

EMMA RICHARDSON



*Con miedo
a Amar*

Con Miedo

a Amar

Emma Richardson

© Emma Richardson, [2020]

Título de la Obra: Con miedo a Amar

Ilustración y portada: @BookdesignLT Luce Monzant

Corrección: Emisellys Sánchez

Maquetación: Tina Monzant

ISBN-13: [número de ISBN]

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares de Copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sea electrónico, mecánico, por fotocopias, por grabación u otros, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler, préstamos públicos.

Dedicatoria

Para mi esposo, quien con su apoyo e incentivo para que escribiera cada día aun cuando mis musas desaparecían, no hubiera podido terminar esta historia.

A mis hijos, por ser el motor de mi vida, mi amor infinito y mis príncipes.

*El olvido es para la gente que ama con los
ojos.*

*Para los que aman con el alma y con el
corazón, no existe el olvido.*

Al-Rumi

Índice



AGRADECIMIENTOS

PRÓLOGO

PERDIDA EN EL PARAÍSO

Y EL DESTINO NOS ENCONTRÓ EN EL CAMINO

UN ÁNGEL

CONTINUAR

EL DOLOR NUNCA TE ABANDONA

SENTIMIENTOS DESPIERTOS

SE AVIVA UNA LLAMA

TENSIÓN SEXUAL

EMOCIONES CULPOSAS

Y CONSTRUYES MUROS...

ENCRUCIJADA

Y TODO EXPLOTA EN TU CARA

ENCONTRANDO LA FISURA

CAPERUCITA SE ENCUENTRA CON EL LOBO

HUIR PARECE LA SALIDA

NO DOBLEGARÁ MI VOLUNTAD

UNA NOCHE A MI MANERA

CORAZONES IRREVERENTES

ESTO ES UNA LOCURA

LA FELICIDAD PUEDE SOSTENERSE

Y NOS TOCA VIVIR Y SENTIR DE NUEVO, ¿QUÉ HAY DE MALO EN ESO?

RETROCEDER NO ES HUIR

OTRA VISIÓN

DESENCUENTRO

EPÍLOGO

SOBRE LA AUTORA

Agradecimientos



Tengo mucho que agradecer, en primer lugar; a Dios por hacer que llegase a mí la inspiración para esta historia y permitirme explorar este camino de la escritura.

A mis padres que siempre me apoyan, y están allí animándome con cada uno de mis proyectos.

A mi esposo, porque siempre cree en mí, me apoya e incentiva como nadie para que culmine mis historias, aun cuando me muestre negativa, por tu apoyo incondicional *Legolle*, te amo con mi corazón, tú y mis tres príncipes lo son todo en mi vida, gracias por darme ánimos y cocinar para todos cuando yo estoy metida de cabeza en la computadora.

Mis hijos, Damián, Daniel y Sebastian, por ustedes todo vale la pena y lo volvería a intentar una y mil veces.

A todas aquellas personas que me han acompañado desde el momento en el que gesté la idea y les pedí, leerme y darme su opinión. Gracias por ser parte de este trayecto.

A las amigas que el destino y la escritura me ha otorgado, Luce Monzant, Tina Monzant, Eris Morningstar, ya digo en un chiste solo para mí, que somos las “mosqueteras” espero que la amistad entre nosotras prime por sobre todo lo demás, incluyendo nuestros caracteres... Las quiero mucho y son personas muy especiales dentro de mi vida. Dicen que la amistad a distancia y sin verse los rostros no existe, sin embargo, creo que sí. Ustedes son una muestra de ello.

A entre amigas; Nadia, Ericka la triple XXX y Andrea “el saltamontes”. Espero seguir teniéndolas en mi vida.

A mis lectoras cero, Betania Vegaz, un gran abrazo y beso enorme, te has leído todas y cada una de mis historias, gracias de corazón. Milagros, mi vecina de años, gracias por leer a este par y darme esas asesorías por WhatsApp, a Yuri mi

bipolar, que se leyó esta historia y está esperando su publicación, amiga gracias por tu tiempo y tu amor por estos protagonistas. A BookdesignLT por el apoyo brindado y por el equipo en el que me han acogido con tanto aprecio y calor.

A todos y cada uno de los que lean esta novela, gracias. Gracias por brindarle la oportunidad de permanecer en sus corazones.

Prólogo



Christopher:

No es que no pudiese fijarme antes en ella. ¿Cómo no hacerlo? Es tan hermosa que mirarla prácticamente me duele, tanto que pareciera estarle robando a Dios por el privilegio de hacerlo. Sólo que cuando la tuve frente a mí de nuevo, percibí más que frío y vacío... hielo, producto del dolor, sé de primera mano lo que el dolor puede reflejar en las miradas de quienes han sido torturados.

No me atrajo su físico, ni su aspecto, fue algo más. Sus ojos, su alma, esa a la que pretendía opacar.

Tenía dos años de haber llegado a ocupar mi antiguo apartamento de soltero, en uno de los últimos edificios que había construido mi compañía. El *penthouse* estuvo en venta por solo unas semanas antes de tomar la decisión de venirme a vivir en él, no pensé que la vida me traería a este lugar, pero no todo está escrito, bien dicen que lo esperado nunca llega, mientras que lo inesperado siempre aparece.

Sin embargo, hace seis meses fue que volví a verla tras cuatro años desde la primera vez, y al hacerlo me sentí igual que en aquella ocasión, mi corazón dormido dio un vuelco, todo estuvo claro, la oscuridad se disipó dejando entrar la luz a raudales, volví a ver, a apreciar los colores, las vibraciones, como si antes hubiera estado ciego o mis ojos no estuvieran preparados más que para ella. No me sonrió. Tampoco creo que me haya visto, ni siquiera se detuvo a hacerlo, al menos no del mismo modo en que lo hice con ella.

Recuerdo como si fuera ayer, sus labios pintados en malva y sus mejillas sonrojadas por el calor de afuera, vistiendo una falda beige que destacaba su figura y exhibía con recato sus piernas, el deseo se avivó como una llama moribunda que se resistía a perecer, volví a sentirme vivo. Su aroma, ese que desprendió de ella se aferró a mi conciencia enraizándose en

mi memoria para nunca más olvidarlo. Olía a frutas, a peras dulces... desde entonces, no existe otro olor para mí.

Algunos dirán que no te puedes enamorar a primera vista, quizá por eso me negué en un primer momento y adjudiqué todo ello al deseo y a una egoísta obsesión. Hacía años que no había vuelto a sentirme de ese modo, me rehusé a sentirme igual una vez más, lo deseché porque hacía más de dos años, había tomado la decisión de cerrar las puertas de mi vida a quien pudiera ser capaz de abrirla. Y sin duda, Annabelle Parisi parecía tener la llave maestra que abriese no solo esa puerta, sino cada una de ellas sin el menor esfuerzo, cual perfecto cerrajero.

Creí haberla olvidado al no volver a verla. Intenté hacer oídos sordos a lo que me decía la intuición o el corazón que muchas veces habla diferente a la razón, incluso ahora sigo intentándolo, aunque ya no me siento egoísta o miserable. Es como una especie de adicción que me hace querer tenerla por encima de mí mismo. Seis meses llevaba pensando en ella y tratando de evitarla a toda costa, meses en los que me permitía ahogar el deseo con un licor de mujer diferente en mi cama y ella no volteaba a mirarme, haciendo que la deseara aún más. ¿Cómo se puede ser adicto a lo que no has probado siquiera?

¡Hasta hoy!

Annabelle:

Todos estaban allí.

Todos sonreían, que importaba si estaban de acuerdo o no.

Miro sus ojos azules y siento la bruma asomarse a mis ojos como un velo traslucido. Y voy a llorar lo sé, soy una sensible sin remedio, es mi mal incurable, —a veces deseo no ser tan llorona, sin embargo, mientras más lo deseo más me convenzo de que no dejaré de serlo.

El limpia mis mejillas con sus pulgares por donde ruedan los dos ríos que se derraman de mis ojos, me sonrío tímido y sé que está tan al borde de las lágrimas como yo.

Presos de los nervios. Mis manos sudan incluso sudo debajo del costoso vestido de diseñador; hoy todo me aprieta o me sofoca, me digo una y otra vez lo que mi madre me ha dicho minutos antes de salir de casa—: Son solo nervios, hija mía —respiro breve y entre cortado. Trago y muestro una sonrisa temblorosa.

—Prometo serte fiel, amarte y respetarte... —mi voz se quiebra—, en la pobreza, en la riqueza, en la salud y en la enfermedad —las lágrimas acuden de nuevo, pero esta vez las retengo, todo mi cuerpo sufre los espasmos contenidos del llanto.

—Hasta que la muerte nos separe —una ola extraña de emociones revienta en el centro de mi pecho, esto implicaba más que un compromiso a corto plazo.

El padre nos mira con una sonrisa.

—Lo que Dios ha unido que no lo separe el hombre. Puedes besar a la novia.

Sus ojos podían brillar cual luceros más luminosos en la plena oscuridad. Toma con ambas manos mi rostro y junta nuestras frentes, su boca desciende con calma hasta mis labios y siento la candidez de su beso y el terciopelo delicado de sus labios. Dios, son tan suaves y carnosos que quisiera morderlos ahora mismo, me contengo tengo de ellos hasta que muera.

—Te amaré por la eternidad —murmura y besa mis lágrimas que habían comenzado a descender de nuevo.

De improvviso, todo se desvanece. Él desaparece, suelta mi rostro y se aleja. Intento asirlo en el aire vanamente, una ola de terror me invade el cuerpo, traspasando mi piel hasta calar en mis huesos y duele, duele tanto que quiero morir.

Grito y niego con la cabeza. Dos focos luminosos golpean mis ojos.

Perdida en el paraíso



Ha vuelto a suceder. Estoy gritando de nuevo y las lágrimas corren a borbotones por mi rostro, sollozo llevando la mano hasta mi pecho. Siento mi alma partirse en dos cada vez que ese sueño regresa para fustigar mis noches. Me acurruco entre las sábanas al recordarlo y continúo llorando, sintiendo como las lágrimas hacen arder mis mejillas, como brasas ardientes. Cuando parece que no resistiré el dolor que me desgarrá, algo me impulsa, sacándome del fondo y obligándome a respirar.

He muerto cada vez que me sucede. Estoy muerta desde que todo pasó.

Miro el reloj despertador sobre la mesa de noche, son las 4:00 am; ya no podré volver a dormir. Me aferro, me aferro a ese halito de aire que me sostiene respirando, cuando la crueldad de mi propia realidad me pierde. El dolor me apresa y me sostiene en la punta, en el filo de la vida y la muerte. No sé por cuanto tiempo resistiré o si me dejaré arrastrar alguna vez por la aflicción. Cuando sientes que has perdido todo, que no tienes nada a qué aferrarte, cuando solo te quedas a ti mismo, sientes que nadie será capaz de rescatarte y puedes estar perdida en el paraíso o encontrándote en el infierno.

Me levanto cuando comprendo que no puedo continuar regodeándome en el dolor que me atenaza. Tomo una toalla del closet y decido comenzar mi día con un buen baño, abro el grifo del agua caliente en la ducha y me sumerjo en ella cuando el vapor comienza a opacar la mampara, cierro los ojos y exhalo.

Hoy no presto atención a la ropa, a lo que vestiré. Esta mañana, mi alma está cansada de batallar contra la pena, este día siento que me balanceo al borde de mi propio abismo. Al fin, me decanto por una falda negra entallada hasta las rodillas, una camisa aguamarina de seda y la chaqueta que coloco sobre mi cama, elijo unos *stiletos* negros, son de marca, aunque no

soy buena en ellas, no tanto como mi hermana Antoniette. Ella es diseñadora de modas, así que se encarga cada vez que viene de visitas, a preparar mis *outfits* más *Chic* y distinguibles para cualquier ocasión. Dejo secar mi cabello de modo natural, aplico una espuma para controlar mis rizos, tras deshacerme de la humedad con el secador, lo recojo en una trenza de medio lado dejando caer al natural unos bucles, seco mi flequillo.

Observo el almanaque como si necesitara confirmar la fecha, dudo que algún día pueda olvidarla por completo o que deje de doler como si fuera ayer. Siento que desde hace cuatro años mi vida se halla suspendida, si bien he avanzado en el ámbito profesional, no lo es así en el sentimental. Esa parte de mi vida está cancelada por completo.

Ser feliz es muy difícil cuando no se tiene una razón.

—Sí, eres un completo desastre sentimental —murmuro mirándome en el espejo, mientras observo mis ojos marrón caoba, rojos aún por haber llorado.

Busco mis bragas *Victoria Secrets*, regalo de mi hermana menor, una vez más y comienzo a vestirme. Siempre he pensado que no es necesario excederse en gastos y se lo reprimo cada vez que puedo. Sin embargo, ella hace oídos sordos a mis sugerencias y me agota con sus pensamientos — de que una mujer siempre debe estar preparada para cualquier ocasión y que a los hombres les encantan las mujeres con buen gusto y todo lo demás—, aun cuando le he dicho que los hombres no ven primero las bragas de la mujer, ansían meterse debajo de ellas; de que, en verdad, son orangutanes a los que les vale un pepinillo las marcas.

Sonrío. Siempre que recuerdo a Antoniette, no puedo evitar sonreír y sentirme bien, tengo una hermana loca, pero única y es la que logra hacerme escapar de la tristeza.



Para: Alexander

Te fuiste hace cuatro años... te culpé, te culpé por dejarme, incluso a todo el que pasaba por mi cabeza por el hecho de que no estuviéramos juntos... creo que al final me cansé de buscar un culpable, porque un día amanecí más resignada o quizás no, sólo amanecí más aturdida por el dolor y el vacío que otros días, de todas maneras el ardor y la cicatriz de la herida no se iría con nada, podía llenar un tribunal de culpables y aun así el dolor y la amargura que había empezado a colarse por las fisuras imperceptibles en mi alma, tampoco se esfumarían. Dios sabe cuánto te culpé por haberme dejado, cuánto me aborrecí por haber despertado. No obstante, ¿cómo se supone que iba a continuar sin ti? Nos íbamos a amar por la eternidad, aunque esta fuera el más allá de la muerte, un territorio indómito y desconocido. Aún con el paso del tiempo he comprobado que las heridas tardan más de lo pensado en cerrar. Que las ruinas que deja a su paso la partida de un ser, amado duelen tras la devastación que queda, es fácil recoger mentalmente el desastre con un cepillo y una pala; y es aún más difícil cuando lo intentamos con el daño emocional.

El caso es que aún no me resigno a dejarte ir, es por ello por lo que cada año estas cartas se repiten.

Hoy soñé con nuestra boda y el foco de luz que me despertó como hace cuatro años atrás. Lloré y el alma se me volvió a resquebrajar. Ahora sé que no me quedé vacía cuando me quedé sin ti, en verdad quedé cargada de recuerdos y tanto amor como dolor, que no me han permitido sentirme vacía.

Por meses no quería nada más que dormir; no lo concebía, no podía, estaba en ruinas, desolada. No obstante ¿en qué límite de la devastación me hallaba consciente?

Hoy te amo, lo hago como si el tiempo en nuestro amor y en este sentimiento, se hubiera detenido.



Con las emociones vívidas y mis ojos aún enrojecidos, dejo la carta que escribí después de vestirme. No tardo

demasiado en maquillarme e intentar cubrir mis ojeras y el semblante de dolor que es evidente en mis pupilas.

Tomo mi desayuno que no es más que en un sándwich de jamón de pavo y queso, vierto el café —que como de costumbre, preparo en la cafetera—, dentro del pequeño termo de mano para tomar en el trabajo, porque no me gusta el que preparan en la oficina, siempre es más puro y por ende más amargo de lo que me apetece.

Agarro mi cartera, el maletín y algunas carpetas que traje conmigo el fin de semana, para analizar unos casos que corresponden a los próximos días.

Soy abogada en un reconocido bufete del país, mi especialidad, los divorcios, en este mundo, un abogado es casi tan necesario como ir al médico cada año y hacerte una exploración exhaustiva. Desde hace dos me encuentro asignada a ello en específico, fue algo que me propusieron así que lo tomé sin pensarlo demasiado. Debo reconocer que ver los conflictos ajenos podía bloquear mis pensamientos reincidentes de infelicidad. Me confirmaba aquel conocimiento ya adquirido de que nada es perfecto en la vida, aunque al principio sus razones me parecían egoístas y más me enojaba por lo injusta que resulta la vida al darle a quien amar a alguien que no lo aprecia y arrebatarlos a otros a quien más amamos.

No todos los divorcios son fáciles, supongo que se debe a que no es tan sencillo dejar ir a las personas, los recuerdos y los años vividos que hayan sido buenos o malos, al fin de cuentas se vivieron. Es todavía más difícil si uno de los dos ha dado más amor y es quien debe cargar con el dolor de una partida. Tal vez, en eso me identifico con el divorcio en sí, ambos significan no solo romper, sino dejar ir, dolor, infelicidad. Lo único que compadezco es cuando hay hijos de por medio, la batalla por el control y el poder de ejercer el dominio sobre ellos para herir al contrario es mucho más común de lo que podemos imaginar. Por algo dicen que, si quieres atacar a matar a tu enemigo, dale donde más le duele. Para un padre, sus hijos.

También están aquellos que traen una sorpresa desagradable, los que se derivan de la violencia; es entonces cuando todo se complica, porque no es solo el paso de dejar al agresor, sino el hecho de denunciar al mismo.

El miedo es como un virus que se instala hasta en la sangre, frena a las personas o las hace moverse y alejarse, para alguien que ha sufrido tal mal, ya es un paso de gigantes el divorcio. Para entonces, se vuelve una constante batalla, no sólo contra el que comete tales actos, también es contra la afectación psicológica de las víctimas, tras tantos años de maltrato. Esas experiencias que trajeron mi nueva posición me enseñaron que el amor no es perfecto, que no solo pueden las personas romper el corazón, sino que eliminar cada rastro de tu esencia y dejarte como un cascarón vacío o uno lleno de monstruos que te condenan a la soledad. Porque todos en su momento hemos sido víctimas del miedo.

Entro al ascensor y presiono PB, cuando llego allí camino hasta donde está Braulio para saludarlo como cada mañana, es un hombre afable y admirable de muy buen corazón, siempre que mi tiempo me lo permite me detengo unos minutos a conversar con él. Es así como sé que es viudo desde hace una década, creo que ese fue el primer vínculo que nos relacionó. *La viudez*. Las personas piensan que es extraño el que sea una persona tan joven y viuda, tal vez porque aún se piensa que la edad determina la muerte, no se puede estar más alejado de la realidad.

Braulio tiene cincuenta años ahora, dos hijos y dos nietos, su cabello es color cenizo, con pómulos pronunciados y ojos color chocolate, enmarcados por cejas pobladas que se ocultan detrás de unos lentes adaptados, para su edad no es gordo, ni barrigón como quizá se le asociaría por la edad, es más de contextura atlética como la de un deportista.

—Annie. ¡Buen día! —dice él apenas me ve acercarme. Hoy como otras veces debido a que he madrugado, puedo pasar por el *hall* del edificio y saludarle.

—Braulio, buen día —digo con una sonrisa cortés. Mis tacones retumban en el lugar, percibo que desciende el volumen del televisor, como es asiduo está viendo las noticias.

—Y... ¿Cómo amanece el país? —le pregunto mientras coloco las carpetas y el maletín, sobre el mostrador de granito gris.

—¡Ah! Muchacha. Como siempre, revuelto y confundido, más revuelto que ayer pero menos confundido que mañana — da un sorbo a su café y me mira con perspicacia.

Sonrío amable y él dice—: Supongo que no has dormido bien.

—Algo. Am... —pretendo sonar indiferente.

—Hasta que no resuelvas qué hacer con lo que te ata al pasado, me temo y mucho, que aún te quedan días de madrugonazos —sé que me está aconsejando y le sonrío.

—Ayer hubo una serie de protestas en algunas zonas del país —busco otro punto de conversación.

—¡Es triste que nos acostumbremos a vivir como dictan unos payasos ineptos desde un poder secuestrado! —exclama.

—Espero que no nos acostumbremos, querido Braulio. Es lo peor que puede sucedernos. —respondo.

Sé que podríamos quedarnos para disertar a nuestras anchas sobre la situación del país, a estas alturas quedan muy pocos que no coincidan en este tema tan engorroso, este mal insidioso que nos aqueja como sociedad.

—Dime, ¿qué han dicho del clima, va a llover hoy o será muy soleado? —cambio de tema, para relajarnos.

—Bueno, dicen que parcialmente nublado y con probabilidades de pequeños chubascos a final de la tarde — dice sonriendo.

Le sonrío de vuelta.

—Parece que este año, el invierno llegará más rápido. — repongo con un mohín. Estamos a mediados de abril y se esperan que el período de lluvia llegue, el calor incluso en la capital es incómodo—. Eso implica que debo permanecer cerca de mi paraguas.

—Será mejor cariño, será mejor —asiente y se hace un minuto de silencio, tomo un respiro y agarro mi maletín.

—Bueno Braulio, son casi las siete de la mañana, si quiero llegar a sobrevivir al tráfico descomunal de la gran ciudad, debo partir ahora.

Me despido y voy hacia el estacionamiento del edificio de veinte pisos en el que vivo, cuando llego allí escucho que suena el timbre del ascensor y como las puertas se abren, el aire trae hasta mi olfato su perfume, es delirante y hasta ahora no lo he percibido en nadie más, estoy tentada a girarme y ver al dueño de esa delirante fragancia, a último momento me detengo. Sé que es un hombre por la fragancia y cada mañana es como si me saludara con un asiduo: “Buenos días”.

Poco a poco, el lugar comienza a desocuparse como cada mañana de lunes a viernes cerca de las siete, inclusive mucho antes dependiendo de cuán lejos se halle cada quien del lugar de trabajo.

Dejo mi maletín en el asiento trasero del carro y saludo a Tadeo que me devuelve el saludo desde su puesto de estacionamiento contiguo al mío, está acompañado de su hijo Tallison, nos conocemos solo de trato breve, a lo mucho hemos intercambiado conversación una que otra vez en un viaje de ascensor o cuando pocas veces coincidimos en el estacionamiento.

—Annabelle, ¿cómo estás? —apenas puede hablar porque Tallison está tirando del brazo de su padre, es un chiquillo de tan solo cinco años. Me hace sonreír de forma espontánea. Tadeo ha de tener la misma edad que tendría Alexander de estar vivo.

Cuando me casé con Alex, ambos éramos jóvenes; quizás demasiado, aunque cargados de sueños, ilusiones y sobre todo mucho amor. Habíamos culminado nuestras carreras universitarias, él comenzaba su residencia como médico cirujano y por mi parte solo esperaba la oportunidad de pasar a conformar el *stand* de abogados en el bufete donde trabajaba como asistente legal. Esa oportunidad no tardaría en llegar

pocos meses antes de cumplir nuestro primer año de casados. Podría decirse que estábamos estables y muy enamorados.

Años atrás conversamos a cerca de la familia y la importancia de esta en nuestras vidas. Creo que fue a partir de allí, que nos comencé a ver como una pareja formal con miras a establecerse en un futuro.

Él, era el segundo de tres hermanos y yo la mayor de dos, por lo que habíamos decidido que si Dios lo permitía tendríamos tres hijos. Nos encargaríamos de afianzar lazos de unión y comprensión entre cada uno de ellos, de modo que donde no entrara uno, tampoco lo hicieran los demás.

Todos esos sueños se desmoronaron uno tras otro de modo doloroso. Ahora no tengo nada, no está él y no hay más que recuerdos de esa unión, solo remembranzas a las que me aferro, aunque sé que dolerá más abajo de la piel, tan punzante como si te atravesara el filo de una navaja en medio del corazón.

Recordar no me hace nada bien, pero también he aprendido a controlar las lágrimas y ahogar el llanto, eso se me ha dado bien con los años.

—Muy bien, Tadeo... El pequeño Tallison está creciendo mucho —acoto.

—Sí, estos muchachos de ahora crecen a pasos de gigantes. Tallison ya comenzó el tercer nivel de preescolar — me dice con una amplia sonrisa y desde mi puesto de estacionamiento, puedo ver el brillo de sus ojos a través de los lentes.

Sonrío y digo adiós buscando no entretenerme con los sueños frustrados. El pequeño Tallison, sube al asiento trasero del auto, mientras su papá lo asegura con el cinturón; sus ojos expectantes y vivos, llenos de inocencia, alegría y de seguridad hacia su progenitor.

Espero para dar tiempo a que ellos salgan del estacionamiento y encender mi auto, no lo logro porque mi celular comienza a repicar dentro de mi bolso.

—¡Antoniette! —respondo sin mirar.

—*Hola, hermanita querida...* —dice con una alegría desbordante que a veces me desquicia—. *Veo que esperabas mi llamada.*

—Como cada año para este día —mascullo.

—*Bueno, entonces está demás decirte que a mediodía paso por ti para que vayamos a almorzar a ese restaurante que tanto te gusta.* —no me está informando o consultando si podemos o no ir, es más como una invitación sin derecho a réplica, casi una imposición.

—Si estoy disponible para esa hora, sí, Antoniette. —le contesto un tanto impaciente.

—*Lo estarás, querida hermanita, lo estarás. No puedes escapar de mí, y lo sabes* —alega triunfal. *Niego con la cabeza en frustración.*

—Debo colgar, estoy saliendo para el trabajo. —me despido sin darle prórrogas para que agregue algo más a la salida. Sé por qué lo hace, la quiero, aunque a veces me saque canas verdes.

Coloco la llave en la ignición y enciendo el carro, miro por el retrovisor para comprobar que no viene ningún auto y procedo a retroceder.

No he logrado salir de mi perímetro cuando oigo el rechinar de unos cauchos sobre el cemento, consecuente a ello un sonoro golpe estremece el auto desde la parte trasera y de no ser por mi cinturón de seguridad, hubiera pegado la cabeza al parabrisas o al volante. Lo que si no logro evitar es el impacto del *airbag* del auto sobre mi pecho que acaba dejándome sin aire, el ruido que hace al desplegarse me ensordece. Mi codo también sale mal parado al asestar un golpe contra la puerta.

—¡Ay demonios! —Siento como el dolor se ramifica a través del hueso de mi codo hasta todo el brazo. Me toma unos minutos caer en cuenta de lo que ha pasado, porque todo fue mucho más rápido de lo que pude procesar. Estoy aturdida por el golpe y no logro sentir dolor alguno, más que en mi codo.

Tras un par de minutos o segundos, no puedo establecer el tiempo, me entero de lo que sucede, el golpe de adrenalina recorre a velocidad de la luz por mi torrente sanguíneo, impidiéndome sentir dolor más fuerte en un primer momento que el de mi codo.

—¿Qué es lo que pasa? —Todo se ralentiza. No puedo hacer un control de daños porque me encuentro aturdida por el impacto con el airbag.

Estoy aferrada al volante con la respiración errática y es cuando todo se torna oscuro.

Y el Destino Nos Encontró en el Camino



Christopher:

Cuando desperté esta mañana, no hubo una sensación previa que presagiara lo que ocurriría. Me levanté como de costumbre, con el sonido del despertador, me duché sin tener pensamientos más importantes que la discusión de la fusión que iba a realizar con otra empresa de la que me beneficiaría por su amplia cartera de clientes. Esta adquisición nos había producido muchos quebraderos de cabeza, pues uno de los hijos del dueño se resistía a morir de ese modo y lo entiendo, pues no es fácil luego de ser alguien, terminar reducido a un pasado que quizás no vuelva.

Por eso, no sopesé que esta mañana tras abandonar el ascensor privado, me toparía casi que con una escena de película. Sin embargo, mi alegría se reducía a un poco de cobardía, porque la vería a ella, aun cuando no me le acercaría. Me rehusé a hacerlo y quise esperar a que ella se diera cuenta de mi existencia en su vida, de que yo era uno de los planetas que orbitaban a su alrededor, como si fuera mi sol. Mi sol particular. En silencio, mi *rosa*.

Lo primero que noto al llegar al estacionamiento, es su olor, esa fragancia que en ella quedaba justa, perfecta. Percibo también un titubeo en su andar y un tímido intento de voltear su cabeza como si quisiera verme, como si ella supiera de mí... ¡Imposible! Inspira fuerte negando con la cabeza y continúa su camino. La sigo con la mirada, como cada mañana. Sé que sueno como un acosador, quizás es eso lo que he sido desde que la vi, pues no pierdo detalle de ella cuando la tengo frente a mí.

Su voz al hablar con el chico del niño pequeño hace que una corriente se vierta por mi cuerpo, erizando cada poro de mi piel. Incluso puedo sentir como se despierta mi deseo por

ella, por escucharla gemir mi nombre. Muchas veces he fantaseado con ello, aunque como dije antes, he tomado una actitud cobarde. Me detengo ante la puerta abierta que Erick mi jefe de seguridad y chofer mantiene abierta para mí, trato de no observarla demasiado, tampoco quiero levantar morbo o suspicacias entre los vecinos.

—¿Cómo me dijiste que se llama el hombre? —pregunto con disimulo a Erick, quien sonrío ante mi gesto sabiendo todo lo que siento por esa mujer.

—Tadeo, señor —asiento desestimando su sonrisa de sabihondo.

Algo que me llama la atención es su mirada triste y como lleva sus manos al vientre tal cual, si recordará algo muy doloroso, entonces inspira de nuevo y entra en su coche, una vez que el hombre y su hijo están casi listos para salir.

Sé lo que hará a continuación y es, dejar que ellos se vayan primero. Tarda unos minutos más en encender el auto, así que entro al mío y espero a que ella salga. Así es mi rutina cuando Annabelle Parisi, aparece en mi radar.

Mi celular repica, justo cuando escucho un auto rechinar sus cauchos en el cemento del estacionamiento, es un acto inconsciente, porque puede provocar un accidente. Pero mi teléfono sigue repicando y atiendo.

—*¡Jefe cómo te has tardado...!* —*Mikael se burla.*

—Buenos días —lo saludo con una sonrisa—. No me digas que te estás comportando como el empleado modelo, porque eso sería un mil...

No termino de hablar, ni siquiera soy consciente de lo que hago. Dejo el teléfono en el asiento del carro y salgo como alma que lleva el diablo, «eso fue un choque, fue un choque», mi mente repite como un jodido mantra, aunque mis ojos aprecian la escena. Estoy en completa negación ante lo que sucede y al darme cuenta de quién es el afectado.

¡Annabelle!

Llego hasta ella lo más rápido que mi corazón lo permite, ya ni me siento dentro del cuerpo.

Al llegar, lo primero que observo es como se sostiene al volante con cierta dificultad para respirar, mi siguiente movimiento es intentar abrir la puerta del conductor que con tal impacto ha quedado casi como un acordeón. Cuando con ayuda de Erick, —quien mantiene la calma de un santo ante esta situación—, me acerco y sin tocarla demasiado, ni moverla, trato de sentir el pulso en su muñeca.

Está acelerado. Su cuerpo está tan rígido que, si no fuera por el calor que emana su piel, juraría que no circula sangre por sus venas.

El vidrio trasero y el del parabrisas están vuelto añicos, noto que parte de él ha caído en su boca, la retiro con cuidado y ella sigue aletargada, me asusta que no reaccione, incluso sus brazos están tensos, hay virutas de vidrio, también en su cabello y pecho. Su codo tiene un hilo de sangre y en su frente cerca del nacimiento del cabello, hay más sangre, roja muy roja. De repente baja el codo con una mueca de dolor en el rostro y lo sostiene en su regazo.

Analizo todo y rápido sé, que solo puede salir por el lado del conductor porque ha impactado con otro carro que, por suerte, no tenía nadie adentro. Así que está atravesada en su lugar.

—Erick llama a una ambulancia —ordeno sin apartar mis ojos de Annabelle.

—Ya lo hice, llegarán en minutos, señor. No la mueva —me recuerda.

—Sí, lo sé —mascullo enojado.

Maldita sea, solo he dejado de mirar un segundo, solo un segundo y ahora ella está así, de nuevo.

—¡Oh, mi Dios! —las voces de las personas en el estacionamiento ascienden con alarma y vienen asustadas hacia nosotros.

—Annabelle, linda —la señora Ferris, dice acercándose con temor hasta la ventanilla del acompañante. Sé quién es, porque es de las personas con las que ella más interactúa.

Lo único que hago, es soltar el cinturón de seguridad, esperando que así respire mejor. Intenta, aunque en vano, alejar mis manos de ella.

Annabelle:

«El perfume, de nuevo aquel perfume».

Cierro los ojos porque todo comienza a girar muy rápido y puedo sentir la respiración dentro de mi cerebro. Estoy hiperventilando.

Quiero levantarme o moverme, no lo hago. Me siento engarrotada, todo me duele, cada músculo del cuerpo y el dolor en el codo se va acentuando. No quiero seguir en este estado, me resisto a vivir algo similar, otra vez. No de nuevo. Comienzo por pensar que estoy en una especie de pesadilla, quiero llorar, me siento pesada, con la impresión de que mis movimientos son torpes y lentos.

—¿Se siente bien? —dice la voz de un hombre a la vez que posa su mano libre sobre mi mejilla.

—E-estoy ma-reada —balbuceo, con mis ojos sumergidos en el verde que son los suyos.

—Es normal. No debe intentar moverse —sugiere. Por otra parte, tampoco puedo, mi cuerpo no responde. Así como me es difícil apartar mis ojos de su rostro, miro sus labios, me detengo en ellos, son prominentes, no tanto y se ven tan suaves, tan seductores. Sé lo que hago, intento no pensarme en esta situación.

«Quiero llorar».

—¡Gracias! —Cierro los ojos con fuerza, queriendo aclarar mis pensamientos.

—¡Oh! Annie querida sería mejor que te viera un médico, estás muy pálida. —la señora Ferris sugiere esta vez.

—Pronto llegará la ambulancia —responde alguien más, sus voces se vuelven lejanas, un zumbido en mis oídos se acrecienta y empiezo a experimentar vértigo. Siento que mi cabeza cae hacia atrás al igual que mi cuerpo. Mi respiración se vuelve irregular, estertórea.

—¿Qui-quién fue? —digo muy débil.

—Eso lo puede saber luego, señorita no creo que el conductor del otro carro se vaya a dar a la fuga —me segura con voz tan controlada, profunda y serena. Lo miro con desconcierto, esta vez lo hago más a consciencia, con la que a duras penas logro preservar.

En todos los casi tres años que llevo viviendo en el edificio, jamás me había topado con él, no había escuchado una voz como esa, capaz de sugestionarme, de erizarme la piel de tal modo. Me atrae tanto como sus ojos en ese hermoso verde primavera.

—Deberías hacer caso, querida no es recomendable que luego de este accidente pienses en otra cosa que no sea en ti —dice la señora, Ferris apelando a mi sensatez.

—¡Annabelle! —exclama, Braulio una vez que hubo visto mi cara. Lo que hace preguntarme, ¿qué habrá notado en mi rostro para que el suyo mostrara señales de preocupación y alarma?

Necesito tranquilizarlo. A decir verdad, creo que a todos ya que por su semblante parece que me estuviera muriendo. Me resisto a morir así. No así, no ahora.

—Estoy bien, Braulio. —digo fallando en mi intento de calmarlo cuando mi voz se oye perezosa. Mi lengua está pesada.

—Oh. No, no, señorita. No estás bien —repone, él con severidad como si reprendiera a una cría insensata.

—Sí. Sí lo estoy —insisto en tono cansino y decidida a hacerme entender sin parecer intransigente.

El desconocido que hasta ahora me sujeta, suelta un respiro cargado de frustración. Pasan unos segundos mientras lo miro con molestia y coloco mi mano sobre su antebrazo para zafarme de su agarre.

—El conductor también necesitará ayuda, así que no tiene sentido que quiera conocerlo, ahora —responde entre dientes conteniéndose.

—Podría soltarme... por favor —rezongo entre dientes.

—No —responde inflexivo y mirándome con un fuego extraño en sus pupilas, que me hace estremecer.

—Tú te vas al hospital a que te revisen y yo me encargaré de todo aquí —agrega, Braulio mirándome como un padre, intentando hacerme entrar en razón.

Lo miro renuente y tras unos respiros que ahora me cuestan más tomar y dejar salir. Asiento. No estoy bien. Todo comienza a dar vueltas sobre mi cabeza de modo más intenso, siento como si mi cuerpo flotara, carente de apoyo busco con una de mis manos algo a que asirme, así que con mi mano sana me sujeto del brazo del hombre que me interpela en cada palabra dicha.

Siento como mi cuerpo se enfría y empiezo a sudar, el dolor se ramifica por todo mi cuerpo con punzadas penetrantes, haciendo que las voces de todos se oigan lejanas y percibo que me preguntan si me siento bien, pero mi lengua parece adormecida. Veo pequeños puntos negros, el dolor en mi cabeza está despierto ahora. Mi codo pone de manifiesto su dolor agudo.

«¡Oh, Dios voy a morir!».

No puedo decir nada más y siento que las fuerzas abandonan mi cuerpo justo después de pasar la mano por mi cabeza y sentir en las yemas de mis dedos algo líquido y viscoso; *huele a sangre...*

—¡Sangre! —no sé si la palabra sale de mi boca porque todo lo que viene después desaparece, estoy sumergida en un hoyo negro y sin fondo.

Un Ángel



Escucho el sonido de sirenas. Sin embargo, es tan distante que parece un eco lejano de mi conciencia y se suma a lo revoltosa que se haya mi cabeza, procuro abrir mis ojos, pero están pesados y aunque logro percibir lo que le hacen a mi cuerpo, no soy capaz de mover ninguna de mis articulaciones.

Colocan algo en mi cuello... vuelvo a estar adormilada.

«No, no tengo sueño, solo estoy agotada».

Floto y luego siento como mi cuerpo queda en una superficie horizontal.

Percibo una mano sujetar la mía que yace sobre mi estómago y en un segundo intento logro abrir mis ojos, enseguida vuelvo a perderme luego de mirar el verde penetrante de su mirada, esta vez observarme con un sutil atisbo de sufrimiento.

—Fémina de veintisiete años aproximados, sufrió un accidente en el lugar donde vive, un carro impactó contra el suyo desde la parte trasera —alguien dice, oigo el chirriar de las ruedas de la camilla y como esta se mueve con premura.

Una pequeña luz danza en mis pupilas que son abiertas a la fuerza por alguien más. Siento que me caigo de nuevo.

«¡Otra vez no!».

De un momento a otro dejo de sentir, el silencio se sume con mi inconsciencia.

Me dejo arrastrar por el sueño o hago un retroceder en el tiempo.



—No lo puedo creer —soy todo sarcasmo y Alexander me mira con su pícara mirada.

—Lo siento bebé... —dice en tono conciliador.

—Sí, claro. Te aseguro que aún no lo sientes —mascullo exasperada

—Annabelle, ¿qué es lo que pasa? Estoy aquí —acota en tono cansino, como si no tuviera suficiente inteligencia como para darme cuenta.

Camino hacia la habitación, no puedo creer que esté pegado a una estúpida consola de video juegos. Antes de entrar a la habitación me devuelvo y desde el pasillo le digo —: Pasa que es triste ver que extrañas más tus tontos juegos que compartir conmigo.

—Ann... —agrega él en tono suplicante.

—Ann... un carrizo Alexander Rossi, los días libres de ambos son para convivir... juntos —le recuerdo algo frustrada, él continúa mirándome con esa paciencia característica que termina por exasperarme—. ¿Si sabes lo que significa juntos o necesitas un diccionario? —ironizo.

La puerta suena estruendosa cuando la cierro. Estableciendo que no lo dejaré entrar en mi espacio, no entiendo por qué estoy tan irascible, sin embargo, no quiero ser condescendiente esta vez.

—¿Ann? Annabelle, cariño lo siento... Sólo quería relajarme un poco, esta semana ha estado de locos en el hospital y... —sus dedos tamborilean en la madera de la puerta.

Niego con la cabeza, pues mi frustración no se debe a no poder ser capaz de comprender su ritmo de trabajo, el mío puede llegar a ser igual de absorbente, es solo que él siempre se justifica anteponiendo su trabajo. Me deshago de los zapatos y entro al baño para desmaquillarme y lavarme el rostro.

—Abre Ann, esto es muy tonto, yo hablándole a una puerta —sus dedos siguen insistiendo y su voz es tan pasiva que parece un tenue murmullo. Una sonrisa curva mis labios.

Nuestro problema siempre ha sido que no sabemos estar molestos y alejados por mucho tiempo. Amo tanto a este

hombre que soy capaz de disculparle casi todo con respecto a sus deseos de volver a ser un adolescente, estar separados no se ha hecho para ambos, sobre todo cuando siempre hemos estado juntos. Es difícil, descubrir que amas a tu mejor amigo, al que has visto como casi un hermano desde la infancia, creo que eso siempre ha afectado nuestra capacidad de estar lejos el uno del otro.

Puedo imaginarlo inhalando hondo y con la frente pegada a la puerta.

—Regresa a tu mundo, Alexander quiero estar sola un momento —le aconsejo sin dar mi brazo a torcer.

—Vamos, Annabelle abre, ¿sí? Cede un poco —sonríó con ironía, es un ladino.

—Vamos, yo tengo que ceder —murmuro con impaciencia.

—Te oigo murmurar —me acusa.

Tuerzo la mirada.

—Annabelle, te perdono por tu ataque de rebeldía —suelta con descaro.

El colmo. ¿Ahora yo era la que debía pedir disculpas?

—¿Se te atrofió el cerebro? —Impulsiva, abro la puerta y por fracción de segundos logra no caerse de espaldas hacia la habitación. Contengo la risa, sobre todo porque lo hice con alevosía.

—¿Mujer quieres matarme? —pregunta fingiendo sorpresa.

—No me cambies de tema señor, no. ¿Qué carajo te hace creer que yo tengo que disculparme? La que ha llegado y te ha visto jugando con tus jueguitos de niño he sido yo, cuando teníamos un compromiso. Se suponía que debías acompañarme, Alexander.

—Sabes que me encanta cuando te enojas y me miras con esa mirada asesina. Yo te disculpo por cerrarme la puerta en la nariz y abrirla a sabiendas de que podía caerme de espaldas. Pude haberme lastimado —menciona compungido.

—¡Rayos! En vez de médico debiste de ser actor... ¿sabes cuán grande sería la lista de errores que perdonarte desde que te conozco? —le bufo.

—Sería grande, ¿cierto? —dice sonriéndome—. ¿Ves? Por eso es por lo que me enamoré de ti, eres mi ángel redentor —camina hacia mí con paso seductor quitándose la franela de algodón, permitiendo a mis pupilas deleitarse con su bien trabajado abdomen, magro y plano.

—Eres un corrompedor... —le digo reprimiendo una sonrisa.

—Debo empezar a redimir mis pecados, ángel —se acerca y me toma en sus brazos hasta que estamos en la cama.

—Hum... necesitas hacer mucho para poder darte la plena absolución por tus pecados. —digo sonriendo.



—Está despertando —alguien murmura.

Me muevo incómoda y doy un tirón a mi mano, la aguja del catéter produce un hincón leve dentro de mi carne.

—¡Hug! —exclamo con la boca reseca y miro la vía intravenosa conectada al suero. El collarín no me deja mover demasiado la cabeza.

Dos grandes ojos color ambarino se ciernen sobre mi cara, espabilo incómoda y pronto reconozco su rostro.

—Hola... —murmuro con un amago de sonrisa, porque, aunque ella sonríe su rostro al igual que sus labios se notan tensos. Intento mover la cabeza, sin embargo, el collarín me lo impide.

—Estoy bien —acoto para tranquilizarla.

—¿Segura? ¿Sabes quién soy? ¿Qué día es hoy? ¿Qué te pasó? ¿Lo recuerdas? —me invade con un sinfín de interrogantes.

—Típico. ¿Cuál te respondo primero? —le respondo cerrando los ojos.

—Lo sé. Es solo que, cuando me dijeron que habías sufrido un accidente... yo no supe que pensar, esto es tan conocido para mí que no quise estar sola pasando por todo — su voz comienza a quebrarse y no puedo evitar sentirme mal.

¡Por favor, que no lllore!

—Lo sé. Lo siento, Anto... —respiro y siento un dolor al costado derecho de mi cuerpo que se extiende hasta el valle entre mis senos.

—¿Te duele? —inquire.

—Un poco, solo un poco —digo para calmarla. Sé que lo sucedido no es fácil para ella, a decir verdad, es como revivir el pasado y de por sí fue bastante doloroso.

—No le has llamado, ¿verdad? —pido saber con preocupación, mientras doy una respiración profunda.

—No aún. Quería saber cuán delicado había sido todo — me confiesa llena de culpa.

—Has hecho bien, hermana —doy palmadas en su mano —. No quiero que se preocupe, ya cuando esté bien, la llamaré para ponerla al tanto.

—¿Si sabes que se va a molestar, por dejarla fuera, cierto? —ella deja ver su punto y asiento.

—Qué desastre, tenía una reunión pautada para las nueve de la mañana —trato de cambiar el tema. Porque estar en la sala de emergencias de un hospital me pone nerviosa y trae reminiscencias de un pasado que no quiero revivir.

—Ya llamé a Silvia y ella está al tanto de todo. Dijo que se encargaría de los pendientes junto con Hernán, el guapo de tu compañero de trabajo —agrega con una sonrisa ominosa.

—Todavía suspiras por él —digo mientras toco una pequeña sección rugosa sobre mi frente, arde. Ella revolea los ojos restando importancia a lo que he dicho.

—Oh, sí. Tienes una herida en la frente, pero dijeron que no te quedará gran marca y por el momento puedes cubrirla con el flequillo. —me aconseja como de costumbre.

—No sentí nada cuando ocurrió. Creo que fue por la adrenalina —reflexiono.

—Creo que el desmayo fue más por la sangre que por cualquier susto referente al accidente —dice ella con una sonrisa tensa.

—Hoy —me detengo en el acto, no creo que pueda continuar con la oración de mi pensamiento, si estoy en este lugar.

—Sí. Había hecho planes para que no pensaras mucho en eso... —aclara su garganta—. Claro. Lo más probable sería que quisieras pasar tus días oscuros a solas —hace inflexión en esa última frase

Miro a un lado huyendo, necesitando esconderme. Las lágrimas empiezan a escocerme los ojos y debo dar caladas profundas de aire.

—Sabes que Alex... no querría verte así.

—Así, ¿cómo? Ni tú, ni yo, nadie sabe cómo querría Alexander que me sintiera, si querría o no verme así, o de otra manera. Eso nunca lo sabremos, Antoniette —le recrimino con dolor y limpio una estúpida lágrima que se me ha escapado.

—Espero no interrumpir —una voz se hace escuchar dentro del reducido espacio en la sala de emergencia en el que me encuentro.

—Oh, sí... tu sexi ángel salvador. —mi hermana dice como secreto sumarial. Me siento como un robot con el nuevo accesorio de mi cuello.

—Quería saber cómo estaba —el sonido de su voz es controlada, pasiva y llena de formalidad, no existe cadencias en su tono, apacigua mis miedos, todo se torna calma cuando la escucho. No obstante, es su mirada la que más me perturba.

—Estoy bien. Gracias. No debió tomarse tantas molestias —trato de sonar segura mientras me acomodo un poco en la camilla, para no verme despatarrada en ella. A decir verdad, me siento apenada porque sé que me comporté demasiado intransigente y para colmo de males, me desmayé en sus brazos.

—No es una molestia, la verdad temía que cuando volviera en sí quisiera reclamarle al otro conductor. Quien, por cierto, se encuentra al otro lado del pasillo en la cama ocho, ha tenido una baja ética al parecer, y eso es lo que ha generado el accidente —me informa y estoy perdida en su voz en sus ojos y su porte, está immaculado e impecable en su traje de sastre.

—De nuevo, gracias —agrega mi hermana—. No sé qué habría sido de Annabelle si no fuese por usted, ha sido un ángel.

¡Oh sí, él es un ángel! Quiero golpear a mi hermanita.

Él sonríe apenas y asiente, asumo que está incómodo así que comienzo a hablar para sacarlo de aquí lo más rápido posible, su presencia logra perturbarme de una manera que activa todas mis terminaciones nerviosas.

—¿Su nombre? —quiero saber.

—¡Qué descuido de mi parte! —se acerca y extiende su mano, dudo de tomarla porque siento que su toque solo empeorará el estado de embriaguez en la que logra sumirme —. Christopher Drummond —extiendo mi mano y siento el calor colapsando en mis mejillas como si fuera una adolescente, parece que el mundo se detiene o soy solo yo quien lo hace.

—Annabelle Parisi —mi voz fue tan débil que me reprendí al instante—. De no ser por el mal momento, hubiera sido un placer —acoto.

—Ya lo creo, miren que vivir en el mismo edificio y no haberse conocido antes, ni siquiera cruzarse, aunque por error asiduo en el ascensor —deduzco entonces que Antoniette ha indagado en su vida. No podía ser de otra manera, de lo contrario no sería mi hermanita.

—¡Buenas! —el doctor entra en el pequeño cubículo y les pide que nos dejen a solas para evaluarme.

—¿Sientes mareos? —inquire revisando mis pupilas.

—Creo que lo necesario tras estar inconsciente — respondo.

—Es posible que experimentes cuadros como esos, acompañado de dolores de cabeza y muscular —me asegura—. Te llevarán a sacar unas placas y una tomografía, unos ecosonogramas para descartar cualquier lesión producida por el accidente, dependiendo de cuán grave sea, y cuando los resultados de los exámenes estén listos podrá irse a casa y guardar reposo por unos días.

—¿Es muy necesario el reposo? —me quejo, no soportaré quedarme enclaustrada en mi apartamento sin poder moverme.

—Sí... Lo siento mucho, ya su hermana nos ha dicho que es una obsesiva del trabajo, pero después de traumas como estos lo mejor es estar en reposo. Además, tendrá que usar un collarín por su cervical, los nervios blandos han sido lastimados y no podrá moverse sin sentir molestias.

«Voy a torcer el pescuezo de mi hermana».

—Supongo que debo resignarme —murmuro.

—Supone bien. Mientras tanto, tendrá imposibilitado el movimiento del brazo izquierdo, por el golpe en su codo, puede que moverlo se torne doloroso debido —dice dándome una palmada sobre el tobillo—. Le recetaré calmantes para el dolor y que pueda dormir mejor.

Christopher vuelve a entrar con Antoniette, esta vez para despedirse, tras verificar como si lo necesitase, que el médico ha hecho su trabajo. El camillero llega con una silla de ruedas y discuto con él a cerca de que no la necesitaba. No obstante, tras la insistencia de Antoniette para que dejara la necedad y aceptara que era la mejor opción si no quería quedar despatarrada en el suelo, dimito de mi tozudez y accedo.

Después de cada minucioso chequeo, me dan de alta. Cosa que deseaba y anhelaba, el olor a alcohol y cloro de los pisos habían sido suficientes por un día. En realidad, no ayuda a menguar el desasosiego y ese dolor tenue que muerde en mi interior al recordar mi última experiencia en unas instalaciones similares.

Al llegar a mi departamento, voy directo a la cama pues como me dijera el doctor, los mareos regresan con fuerza y

empieza a dolerme un poco cada músculo del cuerpo.

—Mamá llamó mientras estaban haciéndote los chequeos
—Antoniette me informa con determinación.

—¿Qué le dijiste? —pregunto con la mirada acusa.

—Nada, la tranquilicé lo más que pude, aunque sabes lo insistente que es, ¿no? —me recuerda.

—Supongo que la tendré instalada en casa hasta que me recupere por completo —digo en tono cansino.

Todo esto ha logrado que rememore lo que serían los días más duros de mi existencia. Estuve hospitalizada antes, fui a rehabilitación durante seis meses, supongo que eso ha predisposto a mi familia para lo que pudiera pasar. Para cuando estuve restablecida por completo, en un *impulsivo arranque* para mis padres, decidí mudarme a otra ciudad. La verdad, era mi huida, necesitaba alejarme de todo cuanto me trajera el dolor de haber perdido a la única persona que amaba y que he amado hasta ahora. Estaba rota y las heridas en mi interior estaban cosidas con un hilo débil y tenso que al menor descuido acabaría abriéndolas de nuevo.

Bien sabía que les haría daño tal resolución justo cuando consideraban que habían recuperado a su hija; mas lo cierto es que esa Annabelle que ellos esperaban ver una vez más, había quedado sumergida en el fondo del océano, en aquella parte donde lo que podía sentir era el frío. Frío adormeciendo mi cuerpo y mis sentidos; necesitaba continuar así. De ese modo, aturdida podía dejar de sentir tanto dolor. No comprendía cómo se me había arrebatado todo aquello a lo que podía adherirme al mundo. No quería ser rescatada, deseaba que el dolor me ahogara y me llevara con ellos.

Un nudo se comienza a formar en mi garganta y siento los pinchazos en mis ojos, arden por las lágrimas que amenazan con derramarse, implorando dar rienda suelta a la carga emocional que he tratado de mantener a raya desde que comencé el día. Recuerdo como si hubiera sido ayer lo que mi madre me dijo al notificarme mi decisión.



—No. No puedes hacernos eso —me reprende afectada.

—Mamá... no pido que me entiendas, no ahora. Pero no puedo quedarme. Lo siento —no hay enojo, ni frustración en mi voz, así estuve por mucho más tiempo, sin mostrar emociones.

Más tarde esa noche papá entra en mi habitación, se sienta en la esquina contraria de mi cama y sólo me mira hasta que el silencio se hace ameno y resulta mejor que decir mucho y hacerme disuadir de lo que había pensado.

—Papá.... No me retractaré —digo sosteniéndole la mirada.

—¿Acaso, estoy aquí para pedirte que lo hagas? —me pregunta con su tono de voz grave.

—Mamá piensa que estoy siendo egoísta —le aseguro con una trémula sonrisa.

—Y... ¿Es así? —inquire con la mirada acusa. Su tono de voz en total serenidad.

—No —y es la verdad, no estaba siendo egoísta. Lo hubiera sido de haberme quedado para que observaran el témpano de hielo en el que me iba convirtiendo de modo progresivo. El ser humano tiene ese instinto de preservación que lo hace parecer indolente, cuando en realidad está tan herido y roto que solo es un guiñapo, rastros de lo que un día fue, solo un recipiente lleno de oscuridad.

—Estaremos siempre aquí. Eso lo sabes —y sin decir nada más se marcha de mi habitación.



Un mes después me instalaba en un nuevo lugar, misma ciudad que cuando estaba con Alex, mas sí, lejos de los lugares que me hicieran recordarlo. Dejé un capítulo de días oscuros entreabierto. Desde entonces, así se encuentra mi vida. Es de esa manera como he rescrito sobre páginas grises la vida

que tengo en la actualidad, no he borrado lo imborrable, para mi infortunio la vida no es como las páginas de un diario, en las que, si te equivocaste al escribir una palabra solo la tachas o borras con corrector y rescribes sobre ella u optas por arrancarla y no pasa nada, no duele y no se padece. En lo que se parece es, en que si has escrito en ellas es difícil que puedas reutilizarlas y escribir sobre las mismas otra historia, otras palabras. Me inventé una vida para poder continuar a flote en una serie sucesiva de días grises.

El sonido del teléfono en la sala me saca del pozo en donde sé que estoy cayendo, tomo un respiro profundo y me duele, lo que me detiene, no puedo moverme como de costumbre, es más, el dolor medio adormecido por los analgésicos, me lo dejan claro. Además, el collarín me impide mover la cabeza como quiero.

—Estúpido borracho —mascullo, a la vez que Antoniette cruza en umbral de mi habitación.

—Es para ti... —dice con una sonrisa, entregándome mi celular.

—Detesto estar sin poder moverme —rezongo.

—Espera a que llegue mamá —agrega haciendo muecas que hacen que casi ría, pero una vez más el dolor me detiene —. ¡Ah! Por cierto, voy de salida, llevaré tu reposo al bufete, Silvia está esperándome. Para que veas que puedo ser de eficiente y cuánto te quiero, hermanita —se burla y sale de mi cuarto a la vez que tomo la llamada.

—¿Compraste las medicinas? —le pregunto antes de que salga.

—Sí. No te toca ninguna aún. Debes esperar a que pase el efecto de los que te suministraron en la clínica. Tómalas solo si el dolor es muy fuerte —me advierte.

—Está bien... solo quería saber dónde estaba todo —mascullo.

—Allí —agrega señalando los frascos en el buró al lado de mi cama.

—¡Aló! —respondo de inmediato haciendo muecas de dolor, no puedo levantar mucho el brazo, ni mover mi cuello, debido al collarín.

—*Un momento, por favor* —me dice una voz dulce y complaciente al otro lado de la línea.

—Gracias —alcanzo a decir antes de escuchar un vacío incómodo.

—*Señorita, Parisi* —nunca había oído su voz al teléfono, hasta ahora y parece que el efecto es el mismo, porque mi corazón se sobresalta y late veloz, como si estuviera siendo perseguido por un cazador.

—Sí —logro decir con esfuerzo.

—*Soy, Christopher Drummond... he querido saber, ¿cómo resultó todo? Llamé hace unos minutos a la clínica y me dijeron que había sido dada de alta* —dice con naturalidad y por algún motivo inexplicable estoy disfrutando de lo hermoso que se oye su voz, tan real y nítida como si lo tuviese frente a mí.

—Oh. Sí, am... todo ha salido bien, no hubo una lesión mayor, las puntadas en mi frente, un collarín para inmovilizarme y unas que otras magulladuras que me han desincorporado de mis deberes, sólo eso. —¿Qué hago? ¿De verdad le interesa como estoy? ¿En qué estoy pensando? Solo está siendo cortés.

—*Hum... me alegro, la verdad no quise irme esta mañana sin estar seguro de que se encontraba del todo bien* —hay una pausa. El silencio inopinado, es como si ambos tuviéramos mucho que decirnos, solo que claudicamos. Decido romperlo.

—Ha sido muy considerado de su parte al tomarse la molestia de llamar. Gracias —digo escudada en la formalidad que necesito establecer hasta ralentizar mi corazón que hace reverberar mi sangre como el brioso caudal de un río.

—*No ha sido ninguna molestia. Al contrario... Además, quería aprovechar para informarle que el seguro recogerá su auto esta tarde. Mis abogados se han puesto en contacto con el conductor y en consecuencia se ha responsabilizado por*

completo, de lo acontecido —me sorprende con esas resoluciones o, mejor dicho, atribuciones de su parte.

—¿Perdón? —el esfuerzo al levantar el tono de voz me provoca un dolor inmediato—. Pensé que Braulio se haría cargo de ello, además no esperaba que se involucraran abogados en todo esto. ¿Sabe qué? El bufete para el que trabajo es al que le corresponde todo el trámite —digo lo más rápido que puedo, pues me da la impresión de que está acostumbrado a llevar la voz cantante.

—¡Annabelle! No me parece que sea bueno hablar de esto por teléfono, por otro lado, no recuerdo haber dicho que me pagara por el uso de mis recursos. Esto correrá por mi cuenta —tercia con voz sinuosa y a la vez determinante.

Y mi nombre suena irreal en sus labios. Es como si se deslizara cada sílaba con presuntuosa sensualidad.

Niego con la cabeza—. No. No. Lo siento, pero no veo la necesidad de eso, yo puedo atender ese asunto —soy inflexible en el tema.

—Bueno. Le propongo que hablemos luego de su recuperación. Por ahora, será mejor que retome su descanso y yo regrese a mis responsabilidades. —me evade por completo.

—No... —tomo un respiro, no comprendo por qué quiero dirimir de todo lo que dice, es como un choque de poderes, cada una jalando hacia su lado—. Bien, sólo por ahora, que quede claro. No permitiré que se haga responsable de todo, no estoy imposibilitada, además mi corredor de seguros puede hacer los trámites.

—No lo dudo —murmura él con cierto humor.

Cuelgo y no sé por qué estoy de nuevo molesta. El dolor comienza a precipitarse en mi cuerpo, los analgésicos han menguado en su efecto, no sé si es hora de hacerlo, aun así, tomo una pastilla y me recuesto, pronto estoy sumida en el sueño.

Continuar



Es el día *no oficial* en que me reincorporo al trabajo, no ha sido fácil haber guardado el reposo y sobre todo llevar el collarín todo el tiempo por siete días, a duras penas he soportado estar en casa y el molesto inmovilizador, porque mi jefe me obligó a tomarme una semana más antes de incorporarme, eso gracias a lo que dicen muchos que tengo; “obsesión por el trabajo”.

Además, mi madre estuvo todo momento sobre mí, solo esperaba a que se cumpliesen los días recomendados por el doctor para deshacerme de él, —suena inconsciente—, sin embargo, ese día fui feliz. Mamá se fue ayer domingo con papá, él no dejaría ni por asombro su trabajo, no obstante, vino de visita unos días y se marchó con ella.

—¡Bienvenida! —Silvia mi asistente, me recibe esta mañana.

—Gracias, Silvia —digo entrando en mi oficina—. Necesito que archives unos casos a los que les redacté conclusiones y me pases el archivo que tengo del caso del matrimonio Marín —le recuerdo en lo que intento sentarme frente a mi escritorio.

—Ya sabía que no te quedarías quieta ni siquiera porque estabas convaleciente —dice sonriendo, tomando las carpetas—. Sabes que todavía podías tomarte más días, tienes tiempo de no usar tus vacaciones.

—Sí, pero ya me siento estupenda. No necesito quedarme en casa a ver el techo —respondo.

—Eres incorregible, necesitas tomarte un descanso, tanto trabajo no es bueno. —me sermonea como es costumbre.

—Estaba ansiosa, no me encontraba dentro de mi apartamento, estaba como en una prisión, Silvia. Estar en reposo es lo peor que podría pasarme —admito con franqueza.

—Bueno, Doctora. Recuerda que debes ir a retirarte las puntadas —sonríe y se detiene antes de salir—. ¡Ah! Casi lo olvido... Hace unos minutos han llamado para confirmar un almuerzo —Silvia sonríe con picardía—. Es una invitación a almorzar.

—¿Invitación? —Niego con la cabeza—. ¿Con quién? —pregunto intrigada.

—Con... a ver... Christopher Drummond —responde ella mientras revisa en la agenda, cierro los ojos asintiendo.

Supongo que la emoción de regresar a entumecer mi mente con el trabajo, me impidió recordar *esa* cita. No digo nada, la miro fijo y continuo en silencio, ella me observa como si esperase una respuesta de mi parte.

—Está bien —asiento y vuelvo la mirada a mi computador.

—Entonces le confirmo —asume con una taimada sonrisa.

—Me pasas la redacción de las deposiciones que llevó a cabo Hernán, por favor. —solicito antes de que se retire. Ella asiente aún con esa sonrisa pícar.

Drummond nunca se da por eludido. ¿Por qué acepté esa invitación? Él suele afectar mi sistema. Todos los días llamaba a preguntar cómo me sentía o para ver si había recibido el arreglo de flores, —rosas, todas ellas—, es sin duda mi flor favorita, a todos les gustan las rosas, sin embargo; a mí me encantan. Recibí una gama de colores, había al menos una docena de rosas blancas, rosadas, anaranjadas y rojas, debo admitir que me quedé atónita ante lo inesperado del presente, sobre todo porque no teníamos mucho de conocernos. Cada vez que llamaba se escurría raudo sin darme tiempo de ahondar en el tema del seguro y el hecho de que se encargase de todo lo concerniente al choque.

Si bien, no se había pasado cada día por mi departamento, cumplía con estar presente de una u otra manera. La primera vez que lo hizo fue al tercer día de mi accidente, mi madre ya se encontraba conmigo.



—Yo abro —anuncio a mi madre que se encuentra en la cocina.

Me muevo lento debido al dolor que remite en mi cuerpo, aparte del collarín decorando mi cuello logrando hacer mis movimientos cada vez más mecánicos. Mayor es mi sorpresa al verlo de pie al otro lado de la puerta, con una camisa azul celeste recogida hasta tres cuartos en las mangas y unos jeans negros, tan perfecto como si llevara un traje, no puedo evitar que mi corazón se agite con violencia dentro de mi pecho, mi boca se seca de repente y mi cerebro obnubilado me impide hilar un pensamiento que no sea lo brutal y hermoso que se ve.

—Buenas tardes —dice con una mirada penetrante y devoradora sin dejar el formalismo. Sus ojos tienen el orbe oscuro alrededor de su iris que lo hace ver peligroso, como un lobo en mitad de la noche.

Me toma tiempo antes de poder articular palabra alguna y responder a su saludo. Sigo aturdida, porque mis recuerdos de él no le hacían justicia.

—¿Puedo pasar? —pregunta con su mirada fija en mí.

—¡Oh! Sí. Por favor y disculpa.

¿Que si actúo como boba? Pues sí, no sé si deba a mi asombro o si es porque recuerdo la facha en la que me encuentro frente a él.

—Lo siento. Es q-que no... —¿Balbuceo? ¿Esto desde cuándo?

—No esperabas que fuera yo detrás de la puerta. — Bueno, eso es una obviedad. De nuevo siento como mi rostro se torna carmesí entre la vergüenza y la euforia desplazándose rápida por mis venas, me siento como una adolescente ante el chico que más le gusta, él viéndose impecable y devastador y yo sintiéndome el patito feo en el estanque. Un total cliché de la romántica.

¿Y ahora, por qué demonios tengo que estar sintiéndome así con él?

—¡Annabelle! ¿Estás bien? ¿Quién...? —pregunta mi madre saliendo de la cocina con el delantal puesto.

—Sí, mamá estoy bien —respondo mirando su expresión, de no saber qué decir.

—Buenas tardes —dice asintiendo en un gesto de cortesía y así sin más, me siento como adolescente que llevase un pretendiente a casa de sus padres.

Salgo de mi letargo y los presento antes de parecer tarada.

—Él es Christopher Drummond, ella es mi madre Magdalena —estoy parada en medio de la sala. En una situación embarazosa.

—El que te ayudó aquel día —ella sonríe y se acerca a él con la mano extendida casi podría adivinar sus palabras.

—Él mismo, mamá —mascullo.

—No tengo palabras para agradecer lo que hizo por mi hija ese día —agrega ella con su usual seguridad en la voz

—No tiene por qué, señora —su voz es tan formal como de costumbre solo que un poco más flexible. Mamá sigue sonriendo y lo invita a tomar asiento.

—Veo que las has recibido —menciona con voz apacible, mientras pasa su mirada discreta hacia el arreglo de flores.

—Sí, no debió molestarse. Gracias —la verdad es que parece que estuviera a 42°C, porque siento como mis mejillas se sonrojan cuando su mirada me escruta. Debo huir porque me siento expuesta. Necesito cubrir mi estupor, me empiezan a sudar las manos.

—Voy a cambiarme de ropa. No esperaba visitas —me disculpo mientras me escabullo hacia mi habitación.

—Lamento haber sido inoportuno, Annabelle —se disculpa y pienso que está incómodo, tanto o igual que yo.

—Está bien —asiento.

—¿Necesitarás ayuda? —pregunta mi madre, sin ocultar su preocupación.

—No, mamá. Tranquila.

Por un minuto me enfado con mi hermana menor, porque ella le había dado más conversación de la apropiada. Tomo unas cuantas respiraciones, el hacerlo cada vez duele menos al igual que mis hombros. Me deshago del pijama y saco un jean desgastado de color azul claro, rasgado en las rodillas como los que uso los domingos para salir a caminar y una camisa blanca con pequeñas flores azules de mangas cortas, debo pasar con cuidado mi brazo lastimado por dentro de la manga de esta, me tardo más de lo querido hasta que la meto dentro de mi pantalón y calzo mis pies con unas cómodas sandalias azul cielo, que uso para estar en casa o salir a la panadería. Vestirme es algo que requiere de todos mis esfuerzos y mentiría si no dijese que me duele cada músculo, las pastillas hacen el milagro.

Me deshago de la cola que ata mis cabellos y que se encuentran descontrolados de tanto permanecer acostada ya no solo por órdenes médicas, sino por persistencia de mi mamá, que a duras penas me deja levantar para ir al baño o sentarme un poco en la sala, tomo un cintillo de tela que mi hermana me regaló de una colección hecha por ella, y así logro parecer más decente. Noto como las frustrantes bolsas debajo de mis ojos han desaparecido gracias al somnífero que me recetaron para poder dormir sin ser perturbada por los dolores musculares de mi cuerpo. Lo único que sigue incomodándome es este collarín, parezco una muñeca barbie, tiesa y erguida.

Un momento... ¿Por qué te arreglas tanto? Me reprendo de inmediato y entonces mis manos comienzan a sudar de nuevo.

—¡Ya basta! —me increpo. Tras unas respiraciones que no sirven de nada, pues quería sentirme más tranquila y no lo consigo, salgo a la sala para ver la sonrisa de mi madre, hechizada en lo absoluto por mi vecino salvador.

—Oh, Annie. Christopher se quedará para la cena —mamá me informa, mientras desaparece por la puerta de la cocina, dejándome a solas con él.

La miro y le sonrío, no quiero mostrar mala cara a mamá por la ya de por sí mala, mala idea de invitar a Christopher a cenar.

—No te sientas obligado. Ella suele ser muy persistente y persuasiva —le aseguro

Camino hasta el sofá para quedar frente a él y me siento con un poco de esfuerzo, en mi interior y con rabia doy gracias al idiota carente de conciencia que chocó con mi auto en el estacionamiento.

—Creo que he debido postergar mi visita para cuando hubieras estado menos convaleciente y pudieras recibir autoinvitados. —dice a modo de disculpas.

—Oh no. Ni te preocupes. A decir verdad, has sido una buena excusa para no tener a mi madre pululando sobre mí y manteniéndome en contra de mi voluntad en la cama —esbozo una sonrisa forzada en mis labios.

Él me mira como si fuera un espécimen extraño, y su mirada, aunque controlada exhibe cierto instinto salvaje que te hace desear saber qué es lo que piensa y siente en el momento, ese fulgor solo se ve en quienes desean y son apasionados. Sin premeditación alguna siento una necesidad eufórica por saber cuánta pasión acumula este hombre.

Dios me hace falta... sino fuera tan contenida podría si quiera pensar la palabra “sexo” sin remordimientos. Aun así, ahora siento como si hubiera una extraña y mórbida conexión entre nosotros que le permitiera leer el pensamiento lujurioso que acaba de hacer eco en mi cerebro, porque sus ojos aumentan la intensidad de su color y en ellos danza una especie de embrujo capaz de hacer doblegar mi alma.

A Dios gracias, él rompe ese hilo imperceptible al retomar el punto en que me había perdido.

—No me siento obligado, tu madre es muy agradable, una mujer encantadora sin duda... —hace una pausa justo cuando pienso que dirá algo más. Unos segundos después lo dice—: Ya me había olvidado de lo grato que es tener una madre que te consienta. Eres muy afortunada, Annabelle —no sé por qué,

pero cada vez que dice mi nombre debo contener la respiración. En instantes se muestra impasible y controlado, casi inhumano y cuando empiezo a acostumbrarme vuelve a su forma humanoide.

—Lo sé, soy mucho más afortunada de lo que imaginas — digo con pesar—. Al menos eso es lo que me han dicho — mascullo con sarcasmo. El dolor de una pérdida que parece haberse detenido en el tiempo no cesa ni un instante.

Él me mira por unos segundos, como si buscara descifrar lo fría que me vuelvo cuando digo cosas como estas.



Mi teléfono repica sacándome de las remembranzas y me lanza al presente.

—No puedo creer que ya estés de vuelta a la acción —dice Pau entre conmocionada y alegre.

—Me temo que no soy muy cuerda a veces —menciono con desgano.

—¡Qué bueno que lo reconoces! —murmura divertida—. De todas maneras, me alegra amiga. Deberíamos de celebrar claro que hoy no sería tan bueno, es lunes... que aburrido... —al momento que lo dice puedo visualizar el mohín en su rostro.

—Aún no puedo abusar de mi suerte. Por el momento solo resta de esperar unas horas para quitarme las puntadas. Y aunque debía volver dentro de unos días a trabajar, no pude contenerme —digo con sublime alegría.

—Mi amiga la impaciente workaholic —musita con una risa—. por lo pronto que te parece si almorzamos juntas. Me encargo de llamar a Yamila, así las tres nos ponemos al día — añade con entusiasmo.

—Lamento no poder complacerte, amiga es que ya tengo el almuerzo copado.

Chasquea la lengua y sé que quiere saber en qué invertiré mi tiempo de almuerzo cuando por lo general, estos son con

ellas dos.

—¿Sabes qué?, al salir de aquí podemos tomarnos un tiempo para una pizza, una película o unas hamburguesas — sugiero para compensar el que hemos estado tan ausentes.

—*¡Huh! Esa sugerencia me suena a remordimientos...* — hace una pausa y aguardo sigilosa a su mordaz comentario—. *¿Quién es?* —inquire.

Río para mí, ella es muy suspicaz y me conoce lo suficiente como para saber que no suelo romper la rutina a menos que sea por trabajo.

—No es nadie especial. Así que deja de ver monos con tranchetes —mascullo

—*Un momento... ¿Nadie especial? Es un guapo y sexi hombre* —lo dice con picardía y cierta ansiedad por conocer más detalles.

No se rendirá.

—Que se trate de un guapo y sexi hombre lo has dicho tú, no yo —repongo con paciencia

—*Está bien no me dirás. No te olvides que tengo mis métodos* —hay una amenaza en sus palabras.

—Pau, tú y esa manía de emparejar a las almas solitarias. No todo es romance y rosa, a veces solo son amigos —le digo con una sonrisa.

—*Romance y rosa no. Romance y sexo sin control, eso... ¡Rayos! Necesito una buena dosis de eso, por cierto. He estado en un prolongado e inclemente verano y ya mi querido "amigo el gigante" no se siente igual, necesito de una buena follada con faena extralarga* —masculla quejumbrosa.

—Comienzo a creer que, sí necesitas de una buena dosis de sexo duro, amiga —le sigo la corriente.

—*¡Claro que sí! Yo lo admito, no lo niego. Quiero sexo... Soy una mujer adulta y con necesidades que suplir* —reconoce haciendo énfasis en esa última palabra.

No puedo evitar reír, ella siempre logra que eso suceda.

—*¡Un momento! Ni por el coño creas que se me ha olvidado lo de tu almuerzo con un prospecto macho, follable —menciona con deleite—. Por Dios, Annabelle. No puedes ser tan cruel, anda comparte por favor. Al menos dime si es ese vecino tuyo que tu madre tanto mencionaba cuando fuimos a visitarte y que decía que era un Adonis —me recuerda con voz risueña.*

—*¡Ay, por Dios! No sé por qué mi madre les dijo eso —mascullo—. Sí, está bien. Es él.*

Tras mi admisión gritos de euforia se escuchan a través del teléfono que debo alejar de mi oído si es que no quiero sufrir sordera temporal.

—*Lo sabía, lo sabía. San Antonio nos hizo el milagro —dice orgullosa.*

—*Estás loca. ¡Que San Antonio ni que ocho cuartos! Ya deja de imaginarte cosas que no sucederán —le reprocho, porque parece que todas las mujeres cercanas a mí están confabuladas para hacerme caer en las redes de Christopher. Nada más pensar su nombre, produce en mí escalofríos placenteros por toda mi piel.*

—*Mi San Antonio es muy concesor de milagros. Si ya pudo uno para ti, entonces tengo fe. Aunque para mí sería algo así como una plegaria de esas que usa la gente en cadena de oración —asegura y no puedo evitar reír.*

—*Ya te he dicho que pones el palo muy alto para el pobre que se te acerca —le recuerdo—, a cada uno le ves un defecto. Así no hay Santo que pueda hacer un milagro —me río, caigo en cuenta de que mi humor ha mejorado.*

—*Es que no aceptan mis reglas... una no quiere involucrarse más que para solo sexear —me hace reír con sus palabras reinventadas—, sexo no es compromiso. Además, no cualquiera puede convertirse en mi esposo, ese título no lo ostentará cualquiera.*

—*Si sabes que el título de esposos se aplica para ambos, ¿cierto? —le recuerdo con sarcasmo.*

—*¡Por favor! Con tantos divorcios para qué casarse* —
dice a bocajarro.

—Eres la versión femenina de Hernán —ella se carcajea
ante mi comparación.

Nos despedimos tras asegurarme muchas veces, que no se
puede huir del destino y que ese hombre estaba escrito en el
mío con tinta indeleble. Recordándome ese don tan peculiar en
ella y del que dispone como una pitonisa: la intuición.

El Dolor Nunca te Abandona



Aparto mis pensamientos de las palabras de Pau temiendo que sus predicciones acaben cumpliéndose.

Silvia ha traído las carpetas con los casos más primordiales. No existen días tranquilos en la oficina, al parecer los divorcios son el pan de cada día, tras todo lo que me ha tocado vivir con cada uno, me pregunto: ¿Cómo es que la gente sigue queriendo casarse? Algunas veces debo ir a tribunales por una resolución, pues muy pocos son indulgentes consigo mismos y terminan convirtiendo la separación en una cacería sangrienta.

Claro que hay ocasiones en las que todo se resuelve en la sala de juntas del bufete y otras en las que la última palabra la tiene un juez si hay bienes a repartir o en su caso, custodias por algún hijo de la pareja. Siempre debo lidiar con peticiones irracionales o de último momento, no es lo que me gusta, sin embargo, soy buena en ello. Escasas han sido las ocasiones en las que me he topado de bruces con matrimonios que llegan a su fin, porque existe violencia intrafamiliar; en esos particulares no he podido dejar de pensar si dedicarme a esta parte donde soy más que una mediadora de personas muchas veces egoístas, es en realidad lo que quiero o lo que necesito.

Desde pequeña siempre quise estudiar leyes para defender al más desvalido, pero debo admitir que me he vuelto algo fría y poco conectada con la vida de otras personas, he sido aprensiva con mi propio dolor, solo cuando emerge una situación en la que veo amenazada la vida y estabilidad emocional de uno de mis clientes me permito ser más vulnerable, mas no débil. Eso me recuerda a Alexander, él solía ser mi ancla a tierra, la parte más sensible y humana en mí, esa parte que se fue con él aquel día fatal.

Abro la pequeña gaveta en mi escritorio y me encuentro de frente con su rostro. Esa arrebatadora sonrisa que iluminaba mi mundo colmándolo de tranquilidad. No puedo evitar que la

tristeza penetre por esas fisuras invisibles de mi alma, esas que supuran cada vez que las rozo con los vestigios de mis recuerdos más felices con Alexander, la había dejado allí la última vez que lloré en la oficina, enojada por haberme sentido tan marcescible. Fue un día de esos malos, en los que tu fe puede quebrantarse hasta casi romper el hilo frágil de la realidad y la esperanza.

Una de mis clientes en una costosa separación, había sido víctima de maltrato en su matrimonio por parte de aquel barbaján que tenía por marido, —apenas logré descubrir semanas antes lo que sucedía a puertas cerradas en aquel matrimonio—, entonces, con la ayuda de Paula en la fiscalía de atención a la víctima, pude orientar a mi clienta sobre qué pasos seguir para una denuncia formal, la pobre mujer estaba aterrada. No obstante, debía hacer frente, pues en algún momento su marido se enteraría de sus planes de divorcio, sabía que él no la dejaría irse tan fácil, fue un plan algo iluso pretender dar un paso sin que él lo supiera. Habíamos logrado darlo con la adrenalina fluyendo veloz por nuestras venas. Si bien el hombre estuvo preso, no significaba un triunfo, sabíamos que eso lo pondría aún más molesto e iracundo, era como estar llevando al toro directo a las corridas luego de azuzarlo con banderines y espadas.

No estuvimos tan erradas después de todo, y cualquier esfuerzo por mantener al margen al marido de mi clienta fue en vano, este logró salir con ayuda de un juez y fiscal corrupto, y lo primero que hizo fue ir por la mujer. Delante de su propia familia e hija, le propinó dos disparos que acabaron con su vida. Él cumplió su promesa. Ese día al recibir tan trágica noticia sentí que la frustración aunada a la impotencia podía flagelarme. Todo volvió a acumularse en mi interior, aunque siempre me había mostrado fría y distante ante el ojo clínico de los que me rodeaban en los tribunales incluso entre mis compañeros de trabajo.

Fue un caso tan doloroso que la culpa derribó de nuevo mi fe por lo que me cuestioné: ¿Qué había hecho mal? ¿En qué fallé? ¿Cómo no lo vi venir? ¿Cómo no pudimos protegerla, si era obvio que él no descansaría? Ella con nuestra ayuda le había quitado la máscara ante una sociedad que lo creía un ser

impoluto y justo. El dinero puede hacer eso, ocultar actos viles, corruptos y precarios del hombre, así como desviar la vista y comprar voluntades.

Recorro con mis dedos la imagen dentro del marco plateado y protegido por el vidrio. El azul de sus ojos y la sonrisa transparente que ambos teníamos el día en que nos comprometimos, mirarla ha despertado sensaciones y remembranzas que dejé tiempo atrás enterradas en un sitio oscuro y frío al que volvía cuando las sentía aproximarse.

El día en que nos hicimos esa foto, fue uno de lo más felices de mi vida junto a él. Antoniette logró captar el momento justo en que nuestros rostros quedaron frente a frente. Tanto brillo y tanta magia. Tanto amor, cualquiera podía predecir entonces con solo mirarnos, una vida plena y feliz.

¿Por qué será que algunos tienen que irse antes de cumplir con sus propias expectativas? ¿Qué razón puede haber ante la partida involuntaria de alguien joven y amado, con tanto amor para dar? Esas y muchas más interrogantes me atosigan cada día, continúo enojada desde que todo se escurrió entre mis dedos como agua y sal, la rabia enmudece a veces mi dolor cuando no puedo respirar.

Una lágrima traicionera se resbala por mi mejilla. Estoy abrumada y por primera vez en días tengo que esforzarme en parecer impasible así que limpio con habilidad mi mejilla y devuelvo la foto a su lugar.

Tocan con sutileza la puerta de mi oficina, así que trato de recomponerme, porque mis cabellos caen por mi rostro, los meto detrás de mis orejas con calma mientras persiste el sobresalto de quien es sacado de concentración.

—A las dos de la tarde —Hernán, abre la puerta mientras da indicaciones frente a mi oficina, sin darme mucho tiempo.

—Belle, belle, belleza... Que alegría verte ya repuesta — juega con mi nombre como de costumbre y me besa en la mejilla. Trato de asir con el pie uno de mis zapatos que yacen bajo el escritorio, mas es inútil, me afano en atajarlo con uno

de mis pies y mirar a Hernán mientras habla, el zapato se aleja hasta salir de debajo del escritorio.

Respiro con impaciencia.

—Hernán, gracias —asiento—. Parece que andas con escaso tiempo.

—Estoy solo de paso, voy saliendo a tribunales un caso de robo y aprovechamiento ilícito —se detiene y me sonrío—. ¡Bah! Para qué te agobio con ello. Pasaba para ver esos hermosos ojos cafés. Y a darte una bienvenida como ha de ser —me entrega una hermosa orquídea dentro de una caja transparente.

—Gracias —respondo sorprendida por el detalle. Aunque es de todos con quien mejor me llevo.

De pronto, me mira con una de sus tantas sonrisas de abogado astuto, que te ha pillado en un incómodo momento y desvía la vista a mis pies que luchan por alcanzar mi estúpido zapato.

Bien, ahora es incómodo, Hernán toma mi *stiletto* y lo coloca sobre el escritorio diciendo—: La princesa ha perdido su zapatilla y aun no sale huyendo.

Lo miro y sacudo la cabeza con una sonrisa.

—Gracias, lástima que no seas el príncipe encantador —bromeo con él.

—Hieres mis sentimientos —sigue mi juego llevándose una mano al pecho—. Me alegra que hayas vuelto, temía que me dieran en cualquier momento uno de esos casos tediosos de divorcio —tuerce el gesto con desagrado—. La gente no entiende que, termina gastando más en el divorcio que en la boda.

—Sí, sí, ya sé... no deberían casarse, para qué esa jodida si no es necesario un papel —ambos terminamos al unísono, lo he aprendido de memoria, de las tantas veces que me lo ha repetido.

—El amor es libre y no requiere de un papel —bufa con una sonrisa sardónica.

Mi amigo y colega, no cree en el matrimonio y dice que atender a gente inconforme de su vida en pareja que opta por divorciarse, requiere de una paciencia que él no está dispuesto a emplear y le causan un tedio a muerte. Él disfruta de las confrontaciones y evidencias o agravantes a presentar en un tribunal. No entiendo por qué huye del compromiso con tanto ahínco, es un hombre apuesto, alto, de tez morena clara, con hermosos ojos negros y rasgos atractivos, su complexión le ayuda añadiendo ese toque necesario para quienes se fijan primero en el físico.

Pero ya lo dije, es la versión masculina de Pau.

Me guiña un ojo e instantes después se ha ido, estoy sola de nuevo entre las cuatro paredes de mi oficina, este ha sido mi refugio por casi tres años, reviso una a una las carpetas que yacen en mi escritorio, me deshago de los zapatos de tacón y los cambio por unos más cómodos y bajos, ya que mi columna aún está resentida por el accidente.

Cuando fijo la vista en el reloj son las once de la mañana, siento como comienzan a formarse los nervios en una mezcla de ansiedad y expectativa, igual que si se tejieran telarañas en mi estómago, soy consciente de que no es la primera vez que me sucede, al igual que reconozco a qué se debe esa construcción que, aunque subrepticia logra anunciarse.

Tomo un sorbo de agua, sin embargo, esta me cae como plomo en el estómago, «no es el agua, soy yo», y al mirar de nuevo el reloj solo han pasado cinco minutos, estoy meditando sobre lo lento que transcurre el tiempo.

—Necesitas volver al trabajo. ¡Concéntrate! —Y pretendo hacerlo tomando una de las carpetas sobre mi escritorio.

Sentimientos despiertos



Hago unas llamadas y culmino con la lectura de un nuevo caso, cuando Silvia me interrumpe. Me doy cuenta de que la mayoría de los ellos son de divorcio y uno que otro, demandas por retraso en la manutención o incumplimientos de acuerdos. Al menos no se han repetido episodios como el que sucedió hace casi un año, cuando perdí la fe en mi profesión y dejé de creer que podría proteger a alguien valiéndome solo de las leyes.

—Dime, Silvia —la miro sonriente y con los ojos agotados.

—Han venido por ti... —anuncia.

—Oh... gracias —verifico mi reloj y son las 11:45 a. m.— El dichoso almuerzo. ¿Cómo es que se pasó tan rápido el tiempo después de haberme parecido eterno durante la mañana? —murmuro.

—Pues, entonces la hora es adecuada para que te despejes, aún es pronto para que vuelvas a trabajar —me recuerda con seriedad.

—Lo sé...

Los nervios comienzan de nuevo haciendo estragos en mi estómago. El saberme próxima a Christopher, es tentativo y ocasiona ambiguas emociones en mí, siento y pienso igual, y en momentos actúo muy diferente a lo primero. Suelo ser mucho más controlada de lo que debería, no me dejo llevar por los impulsos y el momento desde hace muchos años.

«Y si me excuso», pero al instante que lo pienso sé que no funcionará. Christopher no es que se diga alguien que admita noes por respuesta y eso es una de las cosas que me ha dejado ver de su personalidad en las distintas ocasiones en que hemos hablado.

Recuerdo muy bien la última y el poco caso que hizo a mi petición.



—Voy a estar fuera de la ciudad por unos días. Sé que te reincorporas el lunes al trabajo —está aplicando mucho más formalismo del esperado y su rostro pasivo, con las manos enlazadas sobre el comedor, mirándome directo a los ojos. Su posición corporal me indica cuán en serio quiere ser tomado.

¿Y esto qué contiene? Me limito a asentir una sola vez y a escucharlo sosteniendo su mirada.

—Con lo que he dispuesto que Erick se encargue de llevarte al trabajo e ir por ti —lo ha dicho como si estuviera dando órdenes a un subalterno. Peor, ni siquiera lo está consultando.

Le doy una mirada reprobatoria. ¡Oh, no! Usted, señor no pretenda controlar mi vida.

—Por supuesto que no —digo beligerante—. Ya me has excluido de todo lo referente al seguro, cosa que hasta ahora no te he objetado. No pretenda sr, Drummond que me coloque a disposición su personal privado o más de sus recursos sin que yo proteste por derecho a manejarme en mi vida personal —establezco mi punto y lo celebro, con dificultad puedo mantener el hilo de mi discurso cuando estoy mirando el esmeralda de sus ojos.

Cada vez que hablamos, terminamos todo en una discusión por nimiedades que ni al caso, aunque en lugar de causarme ira, me hace sentir viva, instaura en mí renovados deseos de vivir. En quince días se ha infiltrado en mi vida, se embolsilló a mi madre, a quien solo le falta erigirle un altar, a Antoniette ni que decir, a ella se la ganó desde el primer día en el hospital. A mamá parece encantarle que él con aparente desinterés se mostrara tan cordial, atento y preocupado por mí. Como si no supiéramos que en esta vida nada es gratis.

Claro que cuando nos visitaba, llevaba presentes consigo, un vino rosado, uno tinto, incluso chocolates Ferrero Rocher,

esos que a mamá tanto le encantan.

Sabía de nuestras debilidades e incluso creo que tenía el don de conocer nuestros deseos.

—Annabelle no estoy imponiéndome de ninguna manera, menos que menos diciéndote lo que debes o no dejar de hacer con tu vida, solo estoy disponiendo de mi personal para atender a tus necesidades y en este caso es una necesidad, quieres ir a trabajar sin autorización médica, sin tomarte la semana de reposo que te resta. No tienes carro disponible a toda hora y yo tengo uno, más un chofer que no necesitaré —su voz es cautelosa, pero con una mirada profunda, la misma que le he visto usar cuando imparte órdenes a sus empleados, sin mostrar emoción alguna.

Manipulador... Niego con la cabeza.

—Existen los taxis —digo tratando de tomar el control de mis emociones, agarro la copa de vino que nos han servido y doy un sorbo, al instante me arrepiento, por más que intento no está en mí el consumo de alcohol.

—No sé dónde está lo divino en esto —mascullo.

—El Vinotinto es muy saludable. Solo es cuestión de costumbre —responde él a mi objeción sin dejar de mirarme.

—De verdad, Christopher no es necesario que te molestes en asignarme un chofer, incluso podría solicitar uno al bufete —arguyo volviendo al tema e ignorando su comentario acerca del vino.

—Pues es una opción —reconoce—. Sin embargo, pienso que de ese modo tu madre estará más tranquila, mira como hoy has prescindido de tu collarín cuando se supone que debes llevarlo. —agrega colocando la servilleta sobre sus piernas y tomando un trozo de la carne en su plato.

Bicho manipulador. Usando a mi madre de excusa. Me pierdo en los movimientos de su boca, el rosa de sus labios, el castaño de sus cabellos que enmarcan con maravilla sus facciones y sus ojos, esos que me hacen caer en una especie de ensoñación impidiéndome hablar. Son en realidad, poco comunes.

¿De cuándo acá, me callo tan fácil?

—No obstante, respetaré tu punto de vista —su voz es sinuosa y deja caer sus hombros, como en señal de rendición. Su intervención me trae de vuelta al piso y me doy cuenta de que he estado devorándolo con la mirada de un modo tan descarado que mis mejillas se vuelven rojas como las fresas de la Colonia Tovar.

Ya recobrando el pudor, por un instante me siento feliz de haber vencido su imposición, aunque fuera una vez. Con lentitud escabrosa siento que toda esa alegría se desvanece, cuando percibo que; eso quiere decir que este almuerzo es porque no lo veré durante todo el fin de semana.

Un momento. ¿Se va por el fin de semana y no se lleva a su guardaespaldas y chofer? ¿Esto como lo digiero?

Claro es un viaje de placer. Aun así ¿con quién? ¿Y eso a mí por qué debe importarme?

—¿Es un viaje de trabajo? —Quiero saber, es más, necesito saber.

—Puede ser —responde con ambigüedad.

—¿No estás seguro? O ¿No quieres decirlo? —espeto. Pincho con el tenedor un poco de mis vegetales salteados, sin embargo, no los llevo a la boca.

Respira pausado mientras se irgue en su asiento y me mira con la barbilla alzada y sus perspicaces ojos.

¿Me pasé de la raya? No, es un engreído petulante. Eso es todo.

—¿Por qué quieres saber? —responde con una interrogante.

—He preguntado primero. Además, si no hubieras querido que preguntara, no habrías mencionado que pasarías el fin de semana fuera de la ciudad, no te llevas el auto ni a Erick, tu hombre de confianza —argumento y por fin como de los vegetales en mi plato.

Él me sigue mirando y esta vez puedo ver una sonrisa de placer apenas perceptible en sus labios que de inmediato

suprime.

—No he dicho que deje el auto y que otro chofer no irá conmigo —dice y esta vez toma de la copa de vino.

¡Pártete tierra y trágame!

—Lo he asumido mal —lleno mi boca de más vegetales. Y me reprendo en silencio una y otra vez por no haber pensado bien antes de lanzar mis preguntas.

—Es un posible negocio, lo llamaría más una adquisición personal, debo viajar a observar las condiciones de la propiedad. Sólo puedo este fin de semana y al parecer los dueños están disponibles.

Bien ha satisfecho mi curiosidad, inclusive ha dicho más de lo que esperaba, aun así, sé que lo hizo de modo tal que no lo abrumara con interrogatorios de fiscalía.

—Entonces por placer —Asiento. Me he fijado que casi jamás sonrío, eso le deja ver poco jovial. ¿Cuántos años tienes, Drummond?

—¿Quieres preguntar otra cosa, cierto?

—No he dicho nada —me defiendo.

—No es necesario Annabelle, tus ojos suelen hablar por sí solos. Creo que puedo interpretar todo de ti —dice con sus ojos penetrando en los míos.

—Eso es imposible, nos acabamos de conocer —refuto con seguridad.

—Cierto, tú me estás conociendo —aclara, no puedo decir que no me intriga. Estoy a punto de pedir que me lo aclare, pero soy interrumpida—. Por ejemplo, ahora que me miras tan pensativa puedo deducir que, te ha inquietado esto último. Muerdes tu labio inferior sopesando si estás entendiendo bien o si yo quiero confundirte —me lee como si llevara una vida conociéndome.

Eso no es nada cómodo para alguien como yo, si nos fiamos de mi hermetismo.

¡Demonios este hombre es demasiado a veces!

—¡Vaya! Eres muy observador. Deberías dedicarte al psicoanálisis —ironizo y finjo una sonrisa.

Inclina su cabeza a un lado y me mira con una sonrisa sesgada de esas sexis y seductoras que suelen desbaratarme, y que desaparecen de su rostro tan rápido como pretenden mostrarse.

—¿Te ha molestado que lo haga? —inquire con orgullo.

—No, aún falta mucho para que puedas psicoanalizar mi persona —reconozco, a sabiendas de que él puede desarmarme y juntarme como nadie, si se lo propone.

—Has insinuado que soy arrogante y engreído, sin embargo, eres mucho más presumida y engreída que yo —alega él, haciendo alusión a la última vez que lo vi

—Esa fue mi impresión y creo que me disculpé una vez que lo dije, señor Drummond —aclaro.

—Eso es cierto. No obstante, ha sido tu primera impresión al parecer. Y esta vez, pasaré por alto lo del señor Drummond —anuncia como un ultimátum.

—Era de esperarse por como asumiste el control de todo, siendo yo una desconocida.

—Solo quise ser buen vecino, no era mi intención incomodarte. En todo caso, quise ayudarte. —se defiende.

—Bueno, creo que estoy conociendo ese lado tuyo, que es más controlador. —murmuro observando el mantel de la mesa.

—Annabelle —me llama indulgente—. Jamás tengas miedo de decirme lo que piensas, no quiero que dejes de ser la inquisitiva, perspicaz e intrépida Annabelle solo porque estás conmigo. Algo que quiero de ti, es que no te ocultes de mí. Es revitalizante ver ese brillo que exhiben tus ojos cuando quieres indagar sobre algo, pero que ocultas tras el silencio para no parecer, atrevida... ¿Quizás? —presume con ese dejo de arrogancia que en lugar de hacer que lo aborrezca, me mantiene prendada a él.

—¡Quizás! Creo que, si es o no es así, tendré que negarme a negar o admitir tal presunción por tu parte —trato de

mantener mi lado ecuánime erguido—, aunque no deja de ser perturbador que me conozcas en cada gesto.

—Mis negocios dependen de mi capacidad de observar en los demás cada detalle, encontrar sus fortalezas y conocer sus debilidades, si está en mí, pulirlas y hacerlas eficaces según mis necesidades...

—O aprovecharse de ellas para llegar a donde quieras... eso suena muy despiadado —le interrumpo diciendo antes de que él finalice.

—No es nada que no haría otro ser humano. —acota aclarándose la garganta—. Además, el mundo no se ha hecho ni de los débiles, ni para los débiles, se ha hecho por los valientes y fuertes, los que no importa lo que pase no se doblegan ante las adversidades, se adaptan —continúa con acritud—. Incluso tú debes emplearlo con más ahínco dada la naturaleza de tu profesión.

Touché.

—Creo que en este mundo se necesita más humanidad y humildad —acoto—. Aunque debo reconocer que... tienes razón, el mundo no es para los débiles de lo contrario aún existiría la esclavitud, no hubiera líderes y no tendría sentido mi profesión. No es nada desconocido lo que dices, suelo ser así como tú, utilizo mis habilidades a favor de mi trabajo. Debo ser distante muchas veces al actuar y mantener bajo control mis emociones.

—¡Hum... asumo entonces, que sólo te gusta discutir conmigo! —dice a la vez que introduce un trozo de carne a la boca.

Come con tantas ganas que provoca solo quedarse mirando mientras lo hace. Reconozco que me atrae cada movimiento de su rostro, que me aturde los sentidos el tenerlo tan cerca.

¡Annabelle debes controlar tus emociones!

—Creo que eso no lo sabrás hoy —sonríó. Él me mira de soslayo y asiente.

—¿Cuántos años tienes, Christopher? —no puedo evitar que mi voz se exalte ante la pregunta. Me escruta—. No me malentiendas, es que... conozco tan poco de ti, me siento en clara desventaja luego de que casi me has desnudado el alma —me arrepiento al instante de mencionar la palabra “desnudado”

—¿Así que... te he desnudado el alma? —su picardía es latente en la mirada, siento como hierven mis mejillas—. Si logro que te sonrojes de ese modo cada vez que te veo, puedo morir tranquilo —alega con esa sonrisa torcida que dura lo que el poder de su mirada tarda en someterme.

—Estás desviando el tema de conversación... no creo que se deba a que tu edad no sea la que aparentas. Es por eso por lo que no sonríes demasiado, ¿cierto? Reír de vez en cuando no está mal. —argumento, tratando de salir del embrollo en el que me he metido.

Eso te pasa por ser tan intrépida.

Se tensa y me mira con el verde fulgurante de sus ojos, intimidantes e impávido.

—No me quedan bien las sonrisas y en mi trabajo no puedo darme ese lujo —dice y vuelve a tomar de su vino, mientras siento que me mira a esperas de mi próxima pregunta.

—¡Claro! Sabía que esa dentadura demasiado perfecta no podía ser tuya. Postiza, debe ser por eso —acoto con indiferencia.

Tampoco es que se muestre amargado cuando sonríe, además sueno hipócrita al hacerle ver que no lo hace demasiado cuando yo misma me olvido de hacerlo.

—Contigo he sonreído más de lo que comúnmente hago —tiene una mirada cauta, macabra e incitante.

—Pues si eso es lo más que le has sonreído a alguien... siento pena por quienes les tocó padecerte antes de mí —esto pasa muy a menudo, esta especie de familiaridad con Christopher, esa extraña sensación que me hace ser cautelosa y a la vez saca mi lado rebelde y libre.

—¿Me padeces? —dice con sus cejas levantadas y una insinuación de sonrisa en los labios—. Creía que era difícil hacerte sentir algo ante mi presencia. Claro está, que no me gusta ser comparado con un padecimiento, es lo más parecido a una enfermedad, pero contigo ya es algo, Annabelle —reconoce.

—Lo siento, no pretendía tal connotación, yo sólo... olvídalo. —Me obligo a desviar la mirada y tomo más comida de mi plato.

Ambos permanecemos en silencio por un rato, al menos de mi parte estoy tratando de analizar mi conducta ante él y cuestionando esta especie de relación ambivalente que tenemos, no hay amistad, nos estamos conociendo y aun así no puedo obviar que algo se gesta dentro de mí cuando estoy con él. Me enfoco en observar el lugar, evito mirarlo porque siento que pudiera adivinarme el pensamiento, es demasiado analítico y está visto que soy tan cristalina como el agua para él.

—¿Te gustaría? —inquiere sacándome de mis cavilaciones.

—¿Qué cosa?

—Que sonría más —eso me saca de foco, el tema no estaba zanjado.

Subo uno de mis hombros y lo dejo caer como si nada.

—¿No me digas que harías esa concesión solo por tratarse de mí? —pregunta retórica.

—Estoy descubriendo que quizá me gusta complacerte —murmura. Reprimo una sonrisa.

—No creo que disfrutes con ello, la vulnerabilidad no siempre es bien retribuida. —Le aseguro.

—¿No te apetece el almuerzo? —dice en un tono más serio.

—¿Ah? No, está bien. Está delicioso.

Solo que es difícil concentrarse en la comida, inclusive tratar de engullirla con él tan cerca, rasgando las vestiduras

que tanto tiempo he confeccionado para que nadie entre. Además de su aroma inundando mi olfato, arrastrándome consigo junto al influjo que ocasiona en mi psique, mis emociones y mis sentidos. El Christopher que estoy conociendo muestra cada uno de sus rostros con tanta rapidez que se me dificulta adecuarme a uno. Estoy aprendiendo con él, a descifrar lo que dice con sus pupilas o sus gestos.

—No quiero de tus servicios. Mis necesidades puedo cubrir las sin dificultad, tal cual lo he venido haciendo estos últimos años —digo parsimoniosa, volviendo al tema principal. Debía apegarme a lo que nos trajo aquí en un principio, por alguna u otra razón nos desviamos del tema dándole trecho para que se hiciera su santa voluntad.

Exhala y apoya su codo en el borde de la mesa con el dedo índice en la sien y el pulgar en la quijada antes de decir—: Puedes discernir cuanto puedas. Lo sabes. Come —me insiste impávido.

Lanzo todas las miradas asesinas que puedo hacia su humanidad, aun cuando ni así se inmuta. Sabía que me opondría y que él no daría su brazo a torcer. Dios es tan... ¡Argh!

—Come —me insta de nuevo—. Y deja de querer acribillarme con tus miradas.

Tomo un trozo de carne y un poco de vino y no vuelvo a tocar el plato.

—¿Tienes cuarenta años, cierto? —digo mordaz.

Sonríe. —No me digas que sigues queriendo saber mi edad —menciona con incredulidad.

—Eres experto en desviar temas —acoto—. Hoy me siento más intrépida que nunca, soy yo la que no hace concesiones. Y no me gusta que me des órdenes, Drummond.

—¿Sabes cuántas personas sueñan con poder comer, aunque sea una vez al día y tú te jactas de despreciarla?

Abro la boca para quejarme, no sé por qué me contengo.

¡Carajo! Como lo odio y lo peor es que tiene razón.

—Haití es un país muy pobre. ¿Sabías que allá las personas comen barro porque no tienen que comer? ¿Lo afortunados que somos de poder comer en un restaurante, ante la crisis económica del país? —inquire mientras continúa comiendo.

¡Oh no, Mr. Impositor!

—Soy consciente, Christopher —respondo con enojo. De igual modo, decido no tocar nada más del plato—. Ya no puedo comer más —murmuro contenida.

Me mira y asiente con la cabeza, al cabo de unos minutos llega el mesero.

—La cuenta, por favor —solicita al joven a la vez que este retira los vasos y cubiertos que hemos usado.

—De inmediato, Sr. —responde el mesonero con formalidad.

—Disculpe. ¿Podría por favor poner esto para llevar? —solicito sin dedicarle una sola mirada a Christopher.

—Por supuesto, señorita —el camarero se retira y me levanto de la mesa, sin dar tiempo a protestas, directo al baño de damas.

Podía adivinar lo que pensaba ahora. Está mal visto pedir para llevar las sobras y más en este restaurante. Es para personas adineradas, de esas que no piensan en llevar nada ni para regalar al necesitado. Sin embargo, estoy decidida a hacerle tragar sus palabras. Soy consciente de la pobreza mundial, él me hizo sentir como una chiquilla berrinchuda que no entiende nada de la vida.

Para cuando vuelvo, la comida está empaquetada para llevar sobre nuestra mesa y Christopher habla por su celular; parece molesto —esa casi siempre es su expresión—, deduzco por los gestos de su rostro que ha de ser grave o que amerita su presencia inmediata, así que me siento a esperar que termine su llamada.

—Debe quedar terminada la primera etapa, para el próximo viernes —hay una pausa y continúa—. Deben ceñirse al plan presupuestario. Ha sido examinado y evaluado como

es debido antes de aprobarse. No admitiré materiales no aprobados por muy económicos que estos sean. Quiero calidad, eso es lo que nos identifica del resto. —es taxativo al decirlo.

—Quiero reunión con el ingeniero a cargo —hace otra pausa y escucha con el ceño fruncido—. Dentro de una hora —culmina la llamada y mete su celular en el bolsillo interior de su chaqueta. Hoy viste más casual, es extraño mirarlo fuera de su entorno; todo clínico, pulcro, sin vacilaciones y sin formalidades al vestir. De igual manera, irresistible.

—¿Estás lista? —pregunta mirándome más tranquilo y sosegado.

—Siempre —respondo con una sonrisa y tomo la comida.

Camino adelante lo más serena que puedo mantenerme en medio de un huracán, si bien lo conocía iba a buscar que dijera más que palabras cortas, monosílabos o que asintiera sin emitir murmullos.

Busco con la mirada a alguien a quien pueda ayudar con lo que ha quedado de mi almuerzo, en pocos segundos doy con una persona a dos metros del restaurante, aunque son sobras de comida, estoy segura de que esa persona lo necesita, así que cuando estoy frente a el hombre me agacho quedando a su altura en el piso y le ofrezco el empaque junto a un dinero que espero le ayude.

—Muchas gracias, señorita que Dios se lo pague —él me agradece con una sonrisa amarillenta y con la gratitud plasmada en su mirada.

Al levantarme, me doy cuenta de que todos pasan de largo sin detenerse un segundo a observar al hombre. Con tristeza y algo de pena reconozco que hace falta mucha humanidad y amor en nuestros corazones para detenernos a pensar en el prójimo. En otra vida yo sería la que se detuviera, desde hace unos años me he convertido en uno de esos que ahora pasan por mi lado sin mirar más abajo de su nariz. Hasta ahora. A unos metros me espera Christopher con una mirada profunda que me hace sentir que piensa igual que yo. Respiro hondo y camino en su dirección.

El sol ha comenzado a ocultarse tras los rascacielos y edificios más altos de la ciudad, una brisa sigilosa y un paisaje brumoso hacen una grotesca composición, con los gases expulsados por los autos, haciendo todo más gris. En el aire citadino todos los olores se entremezclan, los gases de los motores, el olor a gasolina, a café y cigarrillos, con el de las aguas que corren al ras del bordillo de la acera, todo caótico con el alboroto de las cornetas de los carros que pertenecen a la cola de tráfico de la hora pico, el caminar apresurado y rostros cansados de los transeúntes, un niño llorando en algún lugar, risas de transeúntes que pasan hacia cualquier lugar.

Sin previo aviso, ni consulta toma mi mano y me hace seguirlo. Abro mis ojos en sorpresa y camino intentando no trastabillar con los tacones y caer, no porque vayamos apresurados, Christopher no se apura, camina con aplomo, firmeza y seguridad. La posibilidad de caerme está sujeta a que mis piernas tiemblan, tiemblo y sudo a su tacto, él suele despojarme de mi autocontrol.



Ese día al dejarme en mi apartamento, insistió en que nos viésemos el lunes para almorzar tras su regreso.

«¿No sé por qué le dije que sí? ¿No sé por qué me sentí inquieta durante el fin de semana?».

Está demás decir que esta mañana cuando me disponía a salir al trabajo, su chofer esperaba por mí. Sonríe de lo ridícula que me siento al pensar en todo lo que me hace sentir Christopher Drummond, tal vez sea producto de mi aislamiento social o se deba al hecho de que ningún hombre ha estado tan cerca y con intenciones que, —aunque desconozco —, intuyo como en este caso. Desde que lo conozco he estudiado su comportamiento, el que me ha permitido apreciar mientras estamos juntos.

Lo comparo con un águila, con la mirada sagaz e impertérrita actitud, esperando alcanzar a su presa, dedicándole el tiempo suficiente y siendo sigiloso para atacar. He allí la razón por la que temo a nuestros encuentros. Porque

siento que es el único con el poder para hacer temblar mi mundo. Es una sensación nueva y revitalizadora. Alexander había sido el único capaz de generar sensaciones parecidas, aun cuando él fue un amor ingenuo, puro, controlado, pacífico, sereno, fue paz en medio de mi mundo alocado o de mi personalidad sensible y soñadora, además de bromista.

«Otra cosa que el tiempo se ha llevado consigo».

Muy al contrario de lo que me hace sentir Christopher, él despierta en mí, fuerza, atracción pasional, instintos alborotados, emociones ambiguas, es paz y tormenta. *Fuego y Cielo*. Los dos rostros de la luna.

Respiro unas tres veces y trato de prepararme para su encuentro, cuando estoy con él por mucho tiempo me puedo acostumbrar a su presencia, a sus palabras suficientes, su complejo taxativo y al extremo controlador, después de todo también amo el control, mas no me hago inmune a sus miradas; ni a su fragancia. Es un espontáneo frenesí que arde desde mi interior, me avasalla y deja sin argumentos, su presencia es como ser golpeada con una bola demoledora en el centro del pecho, arrancándome la respiración. Por esa razón debo hacerme de todo el autocontrol posible cada vez que volvemos a vernos, aun cuando discutamos por mi tozudez o por su complejo de controlarlo todo.

Silvia entra de nuevo a la oficina, sé que me he tardado más de lo previsto al recordar aquel día. Estoy colocándome la chaqueta, al instante en que mi celular repica dentro de mi cartera, lo tomo y atiendo la llamada, es más que probable que sea Christopher, así que contesto sin mirar la pantalla.

—*¡Annabelle!* —oigo la voz de Jean Piero, es casi un grito eufórico.

—¿Jean Piero? —inquiero con emoción sosegada. Es una llamada que no esperaba.

—*Dudo, mi bella que conozcas a otro con esta voz tan peculiar y seductora* —siempre agregando su toque magistral.

—Mi Dios, dichosos mis oídos de poder escucharte. No lo puedo creer. Hace cuánto tiempo, primo ingrato —digo con mi

carga de ironía y sarcasmo

—*Cierto, he regresado a mi amado país, he extrañado mi tierra. La situación económica en Venezuela es deprimente lo sé, pero estaba cansado de estar tan lejos de mi patria. Mamá estaba feliz con la idea de verme y no pude resistirme, quizás la convenza de irse conmigo a Italia* —continúa con su perorata.

—Jean, que emoción saber de ti, tenemos que ponernos al día con todo.

—*Bueno no somos gallinas para ponernos, ¿no?* —dice entre risas.

En mi teléfono suena otra llamada entrante. La ignoro y sigo con mi tertulia.

—Idiota —mascullo—. Sabes a lo que me refiero —resoplo.

—*Sí... caro mío lo sé. Quiero verte y saber de ti... Además, mamá me puso al tanto de tu pequeño accidente. Dice que mi tía está aún con los nervios de punta. Esas doñas y sus dramas* —dice sonriendo.

—No ha sido nada grave, para lo que sirvió el accidente fue para tener a mi mamá atendiéndome, y sabes lo dramática que puede ser. Lo menos que quiero es volver a darle un susto. —repongo con una expiración.

—*Bueno, tampoco nos vamos a poner trágicos con ello, lo que pasó, pasó y ya. Ahora cuéntame, todavía te quedaban días de reposo, ¿por qué jodida vaina estás trabajando, Annabelle?*

—¿Tú también? —mascullo ya cansada de dar razones de mi actuar.

Me detengo justo cuando las puertas del ascensor se abren para dejarme ver quién está adentro. Decir que el hilo de mariposas que se ha construido durante toda la mañana en mi estómago no está haciendo estragos en este momento, es una mentira. Como siempre, su presencia se impone. Muerdo mis labios para reprimir el deseo que se despierta cada vez que sus ojos se engarzan con los míos.

—*Sí, yo también. ¿Cuándo nos vemos entonces?* — pregunta.

—Jean Piero si estás en la ciudad, pasa por mi departamento. ¿Te parece? —desvió la mirada, porque siento que he sido golpeada con un ariete.

Capto sus miradas furtivas, su entrecejo fruncido a modo inconsciente y la mano dentro del bolsillo derecho del pantalón, mientras mira con impaciencia el Rolex en su muñeca izquierda.

«Extrema celsitud».

Interrumpo de nuevo la elocuencia de Jean disgregando su discurso.

—Ahora debo dejarte, tengo pautado un almuerzo. Te escribo para pasarte mi dirección, ¿está bien?

—*Prima, mi visita es segura. No te preocupes por la dirección, ya la tengo.* —me asegura riendo, sé que mi madre se la ha proveído, para cuando él se fue a Italia, no tenía mi nuevo departamento.

Intento permanecer en calma, aunque por dentro estoy atrapada en un vórtice que me absorbe sin remedio.

Se Aviva una Llama



—Hola —lo saludo con una sonrisa, mientras entro en esa caja metálica acompañada de mi sexi carcelero.

—Si no podías venir conmigo, pudiste haber cancelado — esta vez no me mira, se muestra circunspecto.

Ignoro su comentario y respondo con una sonrisa sardónica—: ¡Ah! ¿Sí y... hubieras desistido?

Luego de unos minutos rompe el silencio.

—No —murmura con molestia, tan bajo que un simple ruido hubiera roto el placer que sentí al oírlo—. Tuve que subir a buscarte porque tu teléfono iba a buzón. Creí que te habías sentido mal durante la mañana —se muestra preocupado.

El ascensor se detiene en el séptimo piso y le oigo soltar un impropio.

—Me disculpo por ello. He tenido cosas que atender antes de salir de la oficina —miento. Él me mira con renuencia y sonrío cuando volteo para mirarme en el espejo trasero del ascensor.

Dos asistentes jóvenes entran y se quedan mirando con grata sorpresa a mi acompañante que solo asiente en cortesía.

—¡Buenas tardes! —dicen al unísono.

—Buenas tardes, señoritas —responde él icástico. El silencio se instaura en el lugar y me tomo el tiempo para tratar de apaciguar mis nervios y la sensación hormigueante que se pasea por mi estómago. Odio cuando no dice nada, sé que espera a que yo emita siquiera una palabra.

—Estoy muy bien, por cierto. ¡Tú! ¿Cómo has estado esta mañana? —suelto con total placer de incomodarlo, desviando la mirada de las chicas que ahora hablan en tono muy bajo. No se necesita ser demasiado inteligente como para darse cuenta

de que hablan de Christopher, sus miradas desinhibidas lo repasan a través del espejo frente a nosotros.

—Lo siento —masculla y sus labios se convierten en una línea gruesa—. ¿Cómo ha estado tú mañana, Annie? —dice con voz átona.

«Annie. ¡Argh!... Que lo diga con esa voz tan plana, solo me hace saber que está molesto».

Ignoro que me llame Annie, solo papá me dice así y lo hace cuando pretende reprenderme.

—Ha sido muy buena y ocupada —acoto con una sonrisa sarcástica en el rostro.

Jamás reconocería que la mañana había sido caótica producto de la ansiedad, las horas fueron una lenta tortura, los nervios tensaron mi cuerpo y mi corazón en muchas ocasiones daba frenéticos latidos haciendo que doliera mi cuerpo, de repente parecía detenerse haciéndome arder el estómago y la sangre.

—¿La tuya? —inquiero intentando parecer relajada.

Toma un par de respiraciones antes de hablar

—¡Oh! Pues hasta hace unos pocos minutos iba muy tediosa y un tanto más ocupada que la tuya. Imagino —dice lacónico.

Por supuesto, para él sus días de seguro estarán siempre más tediosos y ocupados que los míos, después de todo yo debo rendir cuentas a un jefe superior inmediato, leer casos, ir a deposiciones, lidiar con parejas que jamás se imaginaron cuán incompatibles eran antes de casarse y de repente decidían que el divorcio era la solución perfecta, mientras él... cierto, solo se encarga de solicitarlos a su grupo de trabajo, con tan solo sonar los dedos los tiene a todos trabajando a paso constante y sonante. No menosprecio su trabajo, aunque ignoro en realidad que tan estricto es y cuánto abarcan sus negocios. He podido usar mis contactos para saber de su vida, desde los cerros que posee en su cuenta hasta su infancia, una investigación más allá de lo que *San Google* pudiera proporcionarme, no lo hice. Mi nivel de obsesión se vio

opacada por mi sensatez o mi tozudez al pretender ser solo una vecina agradecida y no una posible conquista.

—En verdad me disculpo de que hayas tenido que subir a por mí. Pero era necesario que atendiera la llamada —no escondo mi sinceridad.

—Lamento haber actuado tan descortés, Annabelle —se oye arrepentido.

—Sé que no eres descortés conmigo, Christopher al menos no adrede —le sonrío.

Abre la boca para decir algo más, sin embargo, la cierra y da un respiro profundo. Quiero inducirlo a que me diga lo que piensa cuando calla, es algo que me exacerba. Justo en el instante en que quiero hacerlo el ascensor se detiene y las dos chicas tras unas sonrisas traviesas salen dejándonos solos.

No decimos nada más y por fin llegamos a destino en completo silencio, pasamos por la seguridad donde entrega su carnet de visitante.

—Annabelle. Que tengas un feliz almuerzo —me dice César con sonrisa picaresca. Es uno de los del equipo de seguridad que se encarga de monitorear todo lo que sucede en el edificio.

Le doy una sonrisa de agradecimiento. César siempre coquetea con todas, aun así, es tan joven que solo lo vería como un hermano. Sin embargo, para Christopher no pasa desapercibido su excesiva cordialidad, porque frunce el ceño incómodo y dirige una mirada penetrante hacia Cesar.

—Al parecer no se han establecido los parámetros de jerarquía contigo —dice con voz profunda.

—¿Cómo? —suelto con ironía—. Por favor, Drummond en este mundo todos somos iguales. Las normas de cortesía y la educación no menoscaben en la jerarquía que se tenga en el sitio de trabajo —emito en reproche.

—Eso veo, Annabelle —su rostro está inmutable.

—Más que un amigo pareces un marido celoso —murmuro.

—Aún sigo siendo tu amigo... —hace una pausa y me mira perspicaz—. Sólo hasta que tú quieras —me incita.

—Huh-huh —me adelanto hasta el auto y me sorprende no ver a Erick esperando afuera.

Miro de un lado a otro en la acera y me volteo intempestiva justo cuando un brazo alcanza la manilla de la puerta del carro, me encuentro de frente y demasiado cerca de su rostro, sus ojos verdes que parecen llamas vivas, ardientes y juguetones, con ese borde en su iris que se hace más gruesa cuando se dilatan, el sublime y sutil susurro de su aliento abruma mis sentidos y me atrapa en una espiral que me arrastra hasta el fondo. Él es mi ola.

¡Dios! Estoy mal.

Mis labios se abren a duras penas en un intento desgarrado por respirar y encontrar mi propio aliento que ahora se haya entremezclado con el suyo, necesito, sino acallar mi corazón ralentizar sus latidos. Algo me dice que, él lo disfruta, muestra de ello es su seductora sonrisa a la vez que sus ojos examinan con pericia mi rostro y las expresiones en él.

«Quiero que me bese...»

Mis mejillas han de exhibir muy bien mi estupor en un rojo carmesí, ya que ese brillo de su mirada no desaparece, es más, se intensifica. Aclaro mi garganta y él me imita, en un liberado movimiento en el que abre la puerta del carro, un mechón de mi cabello se mueve por la brisa, él lo toma con la mano libre y lo mete detrás de mí oreja, ese roce es como electricidad recorriendo mi piel en un sensitivo hormigueo.

—¡Es difícil! ¿Cierto? —murmura.

—¿Qué? —farfullo tratando de que no se perciba mi descontrol, sin esperar respuesta doy la vuelta y en un magistral movimiento entro al auto.

Cierra la puerta y camina por el frente del carro de modo que tengo una visión holística de su persona. Soy consciente de su presencia a mi lado y sé que él me está mirando ahora mientras introduce la llave en la ignición, no lo veo, mantengo mis ojos al frente.

—¿Dónde has dejado a Erick? —pregunto mientras trato de que disminuya el efluvio de emociones que aún sigue haciendo estragos en mi interior.

—Está atendiendo otro asunto —responde con total tranquilidad, lo que me hace cuestionarme si esto solo ocurre en mí.

Asiento, no sé por qué estoy tan nerviosa. Se acrecienta dentro de mí, esa necesidad de correr siempre en sentido contrario a él. Haber estado por tanto tiempo dentro de esa zona comfortable que con ahínco me esforcé en construir para mantener al margen esta clase de emociones, ha terminado por anularme, sintiendo que estoy en arenas movedizas.

Se presenta con su bandera blanca en señal de rendición, la imperiosa necesidad de encender el foco de la esperanza en el amor, esa que creí extinta tras la muerte de Alexander, me hace sentir novata, pueril y atribulada.

¿Cómo puedo volver a enamorarme? ¿Puede alguien como Christopher desplazar de mi corazón al único hombre que he amado en mi vida? No puedo, no puedo hacer eso. No es justo. Siento que traiciono ese gran amor, que soy una hipócrita. Hasta hace unas semanas, sentía el vacío abarcando mi interior, podía incluso sentir los latigazos ardorosos de la pérdida de mi esposo, aunque han pasado cuatro años de su ausencia.

«No. Nunca podría olvidarme de él. Nadie podrá reemplazarlo en mi corazón. Me niego a este sentimiento».

—Cinturón —demanda, sacándome de ese agujero negro que amenaza con sucumbirme.

—¿Debes dejar de querer imponerte por encima de mí? —advierdo con un tono áspero, mas, no estoy molesta con él sino conmigo, por sentirme como una traidora.

—Me gusta verte luchar contra mí —me dice sereno y creo que algo divertido.

«No tanto como me vuelve loca el luchar contra mí misma...»

El silencio se hace dueño del ambiente dentro del carro.

—¿Te molesta si coloco algo de música? —pregunta rompiendo la tensión.

—Es tu carro —contesto con indiferencia mientras él conduce con precisión en medio del tráfico. Nunca vi que un hombre se viera tan poderoso e imponente mientras maneja. Esta atracción me subyuga y me quema como una estrella de fuego. Y es así como me sumo al embeleso que solo él causa en mi persona.

—Te gusta mirarme... —dice él en tono burlón.

—No... no es que me guste hacerlo, simplemente lo hago porque... —él arquea las cejas y exhibe una queda sonrisa—, me da la gana —respondo con rabia al no poder decir nada mejor, no tenía alegato ya estaba metida hasta el fondo.

—Me gusta que te den ganas... —asiente—. Por otra parte, ganas y gusto es casi igual, es lo que te provoca hacer porque te gusta, así que es lo mismo, no creo que alguien deba hacer algo que no le provoca o le gusta —finaliza.

Quiero reír, pero me detengo, siempre hay algo que me frena y no sé si se deba a que estar con él hace que olvide, que me aleje del dolor.

—Muy elocuente, Christopher —digo.

«Annabelle debes pensar mejor cuando estás en su presencia».

No dice más nada por un tiempo y suena por los altavoces del auto *Iridescent de Linkin Park*, me sorprende que le guste el rock. No digo nada y me sumerjo a disfrutar de la música.

Esa letra me hace recordar, la pena por el amor perdido, que he estado viviendo a medias entre el dolor y el aturdimiento. Las tantas veces en que mi respiración se ha detenido, cuan sola que he estado, sin nadie para mí. Y de nuevo me lleva a lo que pensé más temprano en la oficina, Christopher significa volver a vivir a tal magnitud que sin pretender me estoy aferrando a una tenue esperanza que se desplaza con lentitud en mi interior pretendiendo abarcarme.

¡Dios no puedo enamorarme dos veces en una misma vida! Cierro los ojos y respiro hondo, al abrirlos me centro en solo

observar el paisaje citadino mientras estamos atascados en el tráfico. Es una forma de cavilar en algo que no sea la pena que me invade con la letra de la canción. El silencio se hace tan denso que corta mis deseos de respirar.

—¿Estás bien? —escucho la preocupación en su voz.

Tras una calada de aire, asiento sin atreverme a mirarlo. Porque siento que estoy en una bifurcación que definirá el futuro de mi vida y no estoy segura de tomar algún camino o permanecer en la seguridad que me he construido, aunque parezca estancada.

—¿Estás segura? —vuelve a preguntar con premura.

—Estoy bien, Christopher —respondo esta vez mirándolo.

—Odio el tráfico —murmura.

—No eres el único.

Sé que debe estar haciendo un gran acopio de paciencia, porque hallarse esperando a que, por gracia divina, todo se mueva más rápido, no es del gusto de alguien que posee la poca paciencia para que las cosas se den a su ritmo. Al menos no, si él puede hacer que vayan más rápido y del modo que quisiera. Jamás lo he visto desenfocado o perdiendo el control.

Mientras, sigue sonando una colección de música a gusto del propietario, que ha terminado por agradarme y dejarme ver parte de mi realidad reflejada en ella. También estoy sorprendida, tenía tiempo sin disfrutar de la música ya ni cantaba, no después de... Mi teléfono suena con la alerta de los mensajes en mi bandeja de entrada, así que me desplazo hasta abrir el nuevo mensaje y es de Jean Piero y una foto de sí mismo, abarcando toda la pantalla de mi teléfono junto a una nota a pie de esta que dice:

De: JP

Espérame hoy sin falta en tu apartamento... Aquí mi foto por si se te ha olvidado mi bello rostro...

Un beso. Ciao Bellísima.

Sonríó y niego con la cabeza, pensando en que ese ser no cambia y sigue siendo el mismo loco de siempre, presumido y desinhibido.

Suelto un quedo suspiro tras una sonrisa sosegada. El auto se detiene frente a un restaurante al que conozco muy bien, he venido en diferentes ocasiones a degustar de sus platos exquisitos. Es de comida internacional y cocina creativa que capta los mejores platos de todo el mundo.

Miro de soslayo la entrada del restaurante y como sus letras doradas sobre un fondo violáceo, sobresalen: “El Fortunato”. El valet parking abre mi puerta y extiende su mano hacia mí, dudo un segundo si corresponder a su gesto o no, al final lo hago. Christopher le entrega las llaves al joven que no debe tener más de veinte años, leo la placa de metal que lleva en el uniforme de trabajo el nombre de Luis.

Somos recibidos y dirigidos por el *maître* a una mesa en uno de los salones VIP, nunca he entendido el amor a la privacidad en todo lo que hace, como si no quisiera estar rodeado de personas o quizá se deba a que no quiere ser visto en público con una mujer. No sé por qué ese pensamiento me perturba o mejor dicho me molesta, hasta ahora no he preguntado nada de su vida personal.

Y sé por qué no las he realizado, mientras menos sepa de su vida, menos me hallaré involucrada o vinculada. A medida que camino observo la elegancia del lugar, sus paredes de ladrillo beige claro, en contraposición con las mesas blancas y lustradas con una lámina de vidrio templado sobre ellas, todo luce prístino y elegante, sé que cuenta con lo que podría decirse; tres niveles. La barra de bebidas se encuentra en un nivel inferior a la izquierda de la entrada, solo hay que bajar unos escalones y te puedes encontrar en ella, tanto a la derecha como a la izquierda se accede al segundo nivel, es un poco más íntimo, es allí a donde somos llevados, algo que amo de este lugar es como se han distribuido sus espacios, en como el arte y la ornamentación combinan a la perfección con el lugar.

Llegamos al reservado en donde contamos con una barra privada, podría decir que me sorprende, pero no, antes habría supuesto que estos lugares eran reservados para los socios o

dueños del restaurante. El *maître* haciendo uso de su protocolo, nos pasa las cartas con el menú. *¡Qué carajo!* Me sorprendo mirándole a hurtadillas por encima del mismo, tal cual águila, intentando descifrar las tantas manías que de seguro tiene este hombre, me resulta fascinante y ambiguo, puede pasar al extremo odioso y controlado hasta pícaro y desinhibido, más loca *yo* que ya me estoy acostumbrando a las manías de su carácter que continúan atrayéndome como imán al metal.

—¿Te apetece un vino antes de la comida? —pregunta con su voz sinuosa.

—¡Oh! —exclamo sobresaltada, seguía pensando en si había una mujer en su vida y qué es eso que tanto me atrae de él, no estaba fijándome en el menú—, como tú quieras, Christopher —respondo con voz plana.

—Al parecer tu cuerpo se haya frente a mí, aunque tu mente anda en otros rumbos —retoma el control exasperante en su voz—. Un Vermú por favor.

«Si supieras que cuando estoy contigo no logro concentrarme en mí misma o en otra cosa que no seas tú, y como alejarme de tu magnetismo».

—Créeme estoy aquí en cuerpo, mente y alma —digo mirándole a los ojos.

—Me gustaría no solo que estuvieras, también tenerte en mente, cuerpo y alma —admite con picardía en la mirada.

«¡Oh! A este paso es lo más seguro. Digo si es que antes, el corazón no me sale por la boca».

—¿Me está queriendo proponer algo indecente, señor Drummond? —digo con fingida inocencia.

Se irgue en su asiento y siento como si él fuera un padre cuando lo hace y yo fuera la niña que recibirá una reprimenda.

—¿Aceptarías mis propuestas indecentes, señorita Parisi? —pregunta con severidad.

No sé por qué pienso toda clase de cosas estando en su presencia, como que: ¿Me haría esas propuestas indecentes?

¿Qué tan indecentes podrían ser? ¿Le gustará dominar en el sexo? ¿Tendrá fetiches ocultos? Lo peor es que no puedo asegurar que declinaría a cualquiera de sus supuestas propuestas “indecentes”.

«Es el diablo este hombre y me siento una mortal descendiendo a sus dominios de manera intrépida».

—Quien no arriesga ni gana, ni pierde —me defiende.

—Tomaré en cuenta esa admisión —el mesonero se acerca en compañía del maître con el vino que pidió, se lo muestra. De pronto me fijo en que el muchacho está algo nervioso. Aunque, Christopher apenas si lo mira lo suficiente como para saber que es el de vino que pidió.

Alza la copa él mismo, mientras el mesero le sirve para que pruebe el buqué del vino. Me observa mordaz a través del cristal, antes de agitarlo al contraste con la luz, cuando lo huele es algo que podría catalogar como erótico, lujurioso, luego de ello lo sorbe y retiene en la boca para degustar mejor y traga.

«Por favor, alguien que se apiade de mí» Mirarlo es como observar a Zeus dios del Olimpo seduciendo a una mortal.

—¡Excelente! —dice con una sonrisa amable.

Ha de ser así en cada aspecto de su vida, de nuevo estoy pensando en invadir sin previo aviso su *penthouse*, ha de ser tan pulcro y clínico como en apariencia lo es él. Sin siquiera una incipiente barba en el rostro, con el cabello siempre bien cortado, la ropa impecable y la mirada implacable para los negocios, esa voz controlada y demandante que ha de poner a muchos a temblar, pero que logra erizar cada vello de mi piel. Noto que mi epidermis vibra con su voz y se calienta ante su presencia.

Mi copa también está llena. Él levanta la suya y propone un brindis.

—No sé por qué brindar —reconozco. Mi cerebro está *out*.

Me mira directo a los ojos y de ellos pasa a mi boca.

—Se me ocurren muchas cosas por las que podríamos brindar... —alega con sus ojos clavados en los míos y no sé por cuánto tiempo más sostendré su mirada.

»Por tu incorporación hoy sana y salva. Por otra cita contigo. Porque estamos vivos o porque nos conocimos y estamos aquí el uno frente al otro —alega con su voz sinuosa, controlada, y a la vez seductora, cargada de lo que me parece deseo.

«¿Citas? Sí, estúpida. Citas. ¿Qué crees que son las salidas con señor celsitud?». No sé por qué, mas siento una ansiedad escabrosa adueñándose de mí, por lo que mi respiración se torna extraña, casi contenida como si me encontrara sobrecogida por lo que siento en este momento, puedo percibir el ritmo en el que mi pecho se mueve parsimonioso y por una vez siento la necesidad de encontrar albergue entre sus brazos.

—¿No te parecen mis razones? —pregunta vacilante.

Abro la boca y tomo una bocanada de aire, lo necesito. Necesito sentirme en control de nuevo.

—Me parecen... buenas razones, Christopher —alzo mi copa y oímos el tintineo característico del cristal.

—Sigue sin gustarte el vino —asevera cuando ve que apenas mojo mis labios en la bebida.

—No me pidas imposibles, prefiero comer las uvas que tomarlas de esta forma —acoto. Niega con esa asidua sonrisa que urge en borrarse.

—Ya le agarrarás el gusto. Aunque el hecho de que no guste el alcohol no me molesta —presume—. Ya traerán algo más para ti, no quiero someterte a la tortura de tomar algo que no es de tu agrado.

—Cuanta amabilidad de tu parte, no acostumbro a beber, supongo que en algún momento deberé comenzar —admito—. Eres muy considerado al no ejercer imposición sobre mis gustos.

—Todo lo que se refiera a ti, tiene prioridad en mi lista. Estás tú por encima de muchas cosas y no querría jamás socavar tu forma de ser o tus gustos. —reconoce circunspecto.

El modo en que emite cada palabra, como mueve sus labios al hablar y esa mirada abrasiva, apasionada, cauta a la vez, me hace querer descubrir qué tanto pondera mis reflexiones y qué hay más allá de ella, de su modo de ser y actuar.

¿Con cuántos Christopher tendré que compartir, antes de armar el puzle que representa?

«O antes de admitir que has caído en su red».

—Esta vez te lo preguntaré... —hace una pausa y continúa sin dejar de mirarme—. ¿Deseas que Erick pase por ti al trabajo para llevarte a casa?

—¡Oh! Ya que te tomas la molestia de preguntar. —digo con sarcasmo— Sí. Acepto tu ofrecimiento.

No pude evitar sonreír y pronto él vuelve a nublar mi razón con esa sesgada y seductora curva en sus labios similar a una sonrisa que se niega a mostrar.

No ha pasado mucho cuando la entrada está sobre la mesa, una rica ensalada Capresa para mí y para él un *Carpaccio* de Lomito. Esta vez me centro en degustar cada uno de los platillos que son servidos, es inexplicable el hambre que siento en estos momentos, o en realidad estoy siendo influenciada por la comida que está servida en nuestra mesa, sus sabores, su presentación, todo en sí, evoca al arte. Algo de lo que me logro dar cuenta es de que el vino en esta ocasión está siendo sustituido por un jugo de frutas, para mí. Es así como también me percato de que todos se han estado moviendo alrededor de Christopher como si él fuera el sol y los demás solo planetas que orbitasen a su alrededor.

¡Qué hombre tan posesivo! Es asiduo que se adueñe de todo lo que vea o de cada lugar al que llegue. Carga con ese aire autoritario que parece exudar y por el cual, todos se mueven antes de siquiera él manifestarse.

«Una dosis de humildad le vendría muy bien».

—¡Christopher! —una voz juvenil y femenina asciende por las escaleras hacia las mesas VIP del restaurante.

Él sonrío y se levanta, arregla su ropa y abre los brazos a una hermosa muchacha de aproximados quince años con los cabellos dorados y lacios, que con mucha emoción se abalanza hacia él. La abraza dándole toques en la cabeza con afecto, aunque ella parece demasiado cómoda. Él la trata como si fuera una hermanita.

—Nicolle. ¡Qué bueno verte! —La separa de su cuerpo sosteniéndola por los hombros.

—Lo mismo digo. Eres un ingrato ya no me visitas —le reprocha la muchacha cruzada de brazos.

—He estado muy... —es interrumpido a mitad de la oración. Porque ella alza su mano en señal de obstinación.

—¡Ya! Ocupado. Debes dejar tiempo para divertirme —le reprende ella con bastante personalidad.

Por mi parte, no puedo evitar sentirme sorprendida de manera grata, al menos alguien que no tiembla ante el *todopoderoso*, Christopher *sin defectos* Drummond.

—Espero que recuerdes mi cumpleaños dentro de veintidós días. —lo advierte sin intimidarse ante el rostro serio de mi acompañante.

—¡Cierto! Es tu cumpleaños. No me he olvidado —reconoce con una sonrisa.

—¡Más te vale! —dice levantando el dedo índice como advertencia. Entonces ríe con libertad—. Puedes creerlo cumpliré quince años, ya puedo decir que soy una mujer —le guiña un ojo.

—Pues... has crecido un poco o... —se lleva la mano a la quijada agudizando la mirada como si la estuviera midiendo en la estatura. Al final dice ante el puchero de ella—: sí, es definitivo, has crecido uno, quizá dos centímetros.

—Eres malvado, ¿crees que diciéndome enana te zafarás de casarte conmigo? —inquire ella como si eso fuera a suceder.

Aquel comentario me causa risas, sin embargo, las reprimo, no sería bien visto que lo hiciese, no soy de las que

puedan destruir el ego de una mujer.

—Ya muchacha. Ven que quiero presentarte a alguien muy especial —Christopher dice eludiendo su comentario.

La joven se muestra renuente. Aunque accede y se voltea para verme.

—Ella es, Annabelle —Christopher pasa su mirada de ella a mí.

Le sonrío y extendiendo mi mano, enseguida comprendo por su expresión que ya me odia y lo demuestra cuando en un principio se muestra reticente a extender la suya. En fingida rendición lo hace mostrando una dulce y falsa sonrisa.

—Nicolle Kasowa —dice con voz determinante.

—Hola, Nicolle —la saludo, con una sonrisa sosegada y sin apartarle la mirada.

Sin aviso, ni invitación toma una silla de otra mesa y se anexa a la nuestra.

—Es muy raro, ¿sabes? —dice mirando a Christopher que se sienta con el ceño fruncido.

—¿Qué es raro? —inquire él con la mirada acusa, esperando la estocada.

Ella levanta la quijada y continúa diciendo—: No sabía que tenías novia, Christopher.

Abro mis ojos en sorpresa y lo miro buscando un gesto de reproche a su retórica. La chica por sí sola, ha deducido muy pronto una relación que no existe.

—Somos amigos. Por ahora, aunque... ¿cierto que haríamos una excelente pareja? —dice pasando la mirada de la muchachita atrevida a mí.

—Sip... de seguro lograrás tu cometido. Te dejaré hacerlo, de ese modo cuando esté en buena edad, no podrás decir que no probaste a ser feliz con otra persona más contemporánea contigo —acota a modo reflexivo.

No puedo evitar sonreír, la chica me acababa de decir vieja o madura. No sé si sentirme halagada u ofendida.

¡Dios podía destrozar mi ego con una sonrisa de ángel!

—¡Bueno! Me voy mi papá está supervisando en la cocina —se levanta y lleva la silla a la mesa correspondiente, luego se voltea hacia Christopher—. Ha sido un placer para ti haberme visto —le sonrío y cuando se acerca para darle un beso en la mejilla, se empina y dice algo en su oído que causa en él unas risas que reprime de inmediato. Si supiera lo hermoso que se ve cuando sonrío, lo haría más seguido.

—Debes convencerle de que descanse, tanto trabajo le causará vejez prematura —me dice, lanza un beso al aire y se va.

—Wow. Causas furor en todas las edades —lo acuso.

—Es una niña dice lo que piensa, sin filtrar las cosas y no quiso ser odiosa contigo. Es solo un enamoramiento, creo que me ha mal idealizado —se excusa.

—Que no te oiga llamándola niña, tampoco la subestimes. Puede que aún no se haya enamorado, aun así, lo que siente es genuino —le digo en reprimenda.

—Cree que tú y yo acabaremos casados.

Lo dice justo cuando estoy por tragar un bocado de ensalada que acabo de introducir en mi boca.

—¿Estás bien? —Me está dando golpecitos por la espalda y ofreciéndome un vaso con agua.

Cuando he pasado el atoro le digo—: Si tu intención era que muriera por ingesta de alimentos, no te resultó.

—Te asusta el matrimonio —me dice.

Después de unos segundos en los que mi mente retrocedió al pasado le respondo—: No. Ya he estado casada antes, Christopher.

—Lo siento, no ha sido mi intención incomodarte —su disculpa es sincera.

—No te preocupes, es difícil no recordar los mejores y peores momentos de mi vida al mismo tiempo.

—¿No lo has considerado? —inquiére y no puede evitar dejar ver su curiosidad.

—¿Casarme de nuevo? —Lo miro fijo—. No.

—Pero, podría pasar, ¿sabes? Enamorarte de nuevo.

Niego con la cabeza.

—No, Christopher eso es algo que no pasará dos veces en mi vida —soy muy enfática en ello.

—A todos nos pasa cuando perdemos a un ser amado —ahora tiene toda mi atención—. Se nos olvida amar, tenemos miedo a amar y perder, no lo queremos, nos parece suficiente dolor el vivido.

—¿Has perdido a alguien que hayas creído amar para siempre, Christopher o solo lo dices por decir? —digo con aspereza. Siempre he detestado que las personas crean saber lo que siente otro, o crea que está diciendo lo correcto.

Espero a que él diga algo más, mas de nuevo es hermético, podría jurar que hablaba con la voz de la experiencia y eso avivó una llama de curiosidad en mí. Podría ser que fuéramos mucho más similares de lo que esperamos.

—No he querido incomodar. —se disculpa.

—Tranquilo, hay temas que aún cuestan y no los hablo con nadie. —reconozco.

Para el momento en que el postre hace gala, no puedo evitar que mis pupilas brillen como un niño ante la mejor juguetería del mundo.

—Esto lo mandé a preparar especialmente para ti —dice escrutando mi rostro.

—Eres un malvado. Ya sabes cuál es una de mis debilidades —respondo sucumbiendo ante su plan, el chocolate suele elevar mis endorfinas a niveles únicos e inexplicables.

—He dado con muy pocas hasta ahora, sin embargo, sé que daré con todas y cada una de ellas —promete con el brillo

flamígero en sus pupilas. Y que me maten ahora, si esa promesa no se prende de mi alma con indudable anhelo.

—Estás muy confiado en eso —mofo su actitud tan cándida. Mientras me dejo seducir sin resistirme en demasía por el delicioso postre que tengo enfrente. Gimo de placer.

Veo como su manzana de Adán sube y baja con cierta dificultad ante el sonido que emite mi garganta al degustar el triple chocolate.

—Créeme, cuando te digo algo siempre cumplo y ahora estoy más seguro de hacerlo, si puedo escucharte gemir de esa forma con cada uno de mis descubrimientos sobre ti —sonríe con la línea que bordea su iris, viéndose más gruesa. Decido por el bien de mi corazón volver la mirada al postre, antes de seguir imaginándome las maneras que ha de sopesar para descubrir mis secretos, que en verdad no admito poseer.

—No tengo ningún secreto —verbalizo negando con la cabeza.

—Quizás te sorprenda cuando te los muestre —murmura con voz ronca.

A la salida, un hombre joven pasado de los treinta años nos alcanza y pregunta que nos ha parecido el almuerzo, se muestra atento y preocupado por haber satisfecho en especial el paladar y gusto culinario de Christopher.

Mi acompañante hace las presentaciones, entonces me detengo en el uniforme blanco e inmaculado del hombre cuyo apellido es Kasowa y ostenta su cargo de Chef. Asocio con rapidez que se trata del padre de Nicolle.

—Ha estado excelente, Steve. Como siempre, aunque no lo creas la señorita, Parisi es asidua cliente de este restaurante, así que creo más importante la opinión de ella como comensal. —dice con afabilidad.

—Por supuesto, todos nuestros comensales son igual de importantes. —se disculpa el chef con prisa de remediar su trasgresión.

Ambos dirigen sus miradas hacia mí

—¡Eh! Excelente, diría que exquisito menú y atención. No por menos es de mis favoritos. —respondo con una sonrisa.

—Siempre tratamos de mejorar e implementar más platillos de una manera creativa, dando el sello característico de la casa —me asegura el chef con una sonrisa.

—Pude notar que tienen nuevos platos en el menú —reconozco.

—Señorita —dice, Christopher a una joven morena de cabellos oscuros, que se mueve de inmediato hacia él quien a su vez da unos pasos lejos de nosotros.

—¡Señor, Drummond! —Por segundos me pareció que el rostro de la chica se contraía en señales claras de nerviosismo y estupefacción, parece a un paso de la hipnosis, Christopher puede lograr ese efecto, es tan atractivo como lo pecaminoso y lo deseable.

Me compadezco de ella, lo más seguro es que se deba al magnetismo y ese carácter dominante de Drummond. Aunque lo que me sorprende es que todos muestren familiaridad con él y se hayan casi que desvivido por atenderle hasta mejor que a cualquier otro comensal.

—¿Es nueva? —pregunta casi en un murmullo a la mujer que exhibe una trémula sonrisa.

Ella asiente y yo soy espectadora. El chef sigue hablando conmigo, aunque mi atención está en la pareja, sobre todo en la actitud de mi acompañante que habla lo más bajo que puede.

—Hay mesas que debería usted de estar atendiendo, no sé si lo habrán dicho y espero que haya sido así, la atención debe ser por igual excelente para cada cliente —no emplea un tono demandante o de ogro, tampoco busca apenarla, pues al acabar de hablar le sonrío con esa característica diplomacia, la muchacha se retira sin decir nada más y el chef se despide de nosotros con demasiada adulación y cortesía.

Él coloca una mano en mi espalda baja, aquella electricidad que eriza cada uno de mis vellos, subyugándome por completo, voy cómoda con su toque y estupefacta por el

descubrimiento. El *valet parking* ya está frente a nosotros con el auto, deja la puerta abierta mientras entrega las llaves a Christopher y se apresura a abrir la mía.

«¡Dios! Todos están tan nerviosos». Por instantes, me da miedo que en su nervioso afán trastabilen y caigan o cometan un error ante el que parece ser un obstinado jefe, *posesivo controlador*...

Le sonrío a Luis y él responde a esta con timidez, me provoca consolarle, tocar su mano para hacerle sentir mejor, después de todo ya el troglodita se marcha.

El suave ronroneo del auto rompe el silencio.

—Querías ostentar, Drummond —le acuso.

—¿Por qué lo dices? —pregunta mirando siempre al frente.

—Eres el dueño del restaurante y me has traído para lucir tu adquisición —resoplo en frustración, odio que las personas ostenten o exhiban de esa forma su poder.

—Ya me preguntaba, en qué momento comenzaría la batalla —dice con sorna.

—Eres insensible, tienes que dominar a todo el mundo. Por Dios, todos parecían girar en torno a ti, en perfecta sincronización. Creo haber estado en la presencia de lo que pasa cuando los planetas se alinean con el sol —le señalo de manera que no puedo decir si estoy molesta o consternada.

—No te he traído para ostentar. No necesito de eso para conquistarte o impresionarte —¿Conquistarme? He escuchado bien—. Es de tus restaurantes favoritos, no veo el pecado en que me pertenezca, es mío desde que se ha fundado —su boca es una línea recta.

«¡Genial el señor está molesto!».

—No lo sabía. ¿Además cómo te has enterado? Por favor, ¿has interrogado a mi asistente? —inquiero con severa curiosidad.

—Sé todo lo que se necesita sobre ti, Annabelle excepto tus mayores secretos y temores —responde.

—¿Eres un sociópata? —sonrío.

—Te he estado observando por mucho tiempo —me dice sin ninguna vergüenza.

—Eso puede interpretarse como un acoso y es penado por la ley —digo con fingida seriedad. Porque he de estar loca, pero me encanta que se interese en mí.

—Solo... no me recuerdas —murmura.

—¿Recordarte? ¿Te conocí en algún momento de mi vida? —Estoy intrigada, más aún, cuando él no dice palabra alguna, es lo que me molesta.

«¿De dónde pude haberlo conocido?».

Aunque no responde, percibo que es una pregunta que lo incomoda, pues su mandíbula se tensa y respira profundo. Desisto de intentar una respuesta.

—Aun así, sea o no tu negocio; debes dejar de parecer tan omnipotente y troglodita. Apabullas a las personas, las intimidas y les encantas —sonríe o al menos eso parece.

—Solo deseo encantar a una persona en particular.

—¡Jum!

Suelta una respiración en señal de buscar apaciguarse a sí mismo antes de hablar.

—No puedo ser demasiado condescendiente con mis empleados, Annabelle si lo hago en lo que diera media vuelta nadie haría nada, por lo demás me gusta y además es mi deber controlar cada uno de los pasos del proceso dentro de mis negocios, bien sea un restaurante o una construcción, de mí depende el éxito que tenga y según como actúe seré o no inspiración apropiada para mis empleados. No solo soy el dueño del dinero, invierto en el tiempo y la capacitación de mi equipo de trabajo para garantizar el éxito de mis proyectos. Es un compromiso entre mis empleados y yo como su empleador. Todo es relativo y recíproco, doy en la medida en que recibo. Mis equipos de trabajo deben ser eficientes y trabajar como el mejor engranaje de una máquina —dice callándome.

—Parece que monopolizas todo, Christopher —agrego con la misma seriedad.

—No lo monopolizo, aunque solo imagina que un proyecto millonario no avance, se detenga o se derrumbe por falta de un liderazgo de parte de quien valga la redundancia debería ser un buen líder que garantice el éxito. Bien, pierdo dinero sí, no empobreceré rápido, aun así, la mala fama se extiende y es corrosiva, quedaría como un tirano o estafador. En el peor de los casos imagínate que una construcción se venga abajo por mi causa, ¿quién crees que enfrentará todos los problemas legales y económicos? ¿Quién crees que sería señalado? Además, tendría que despedir a todo el personal y no son pocos, muchos dependen de mi capacidad de líder para llevar el sustento a sus hogares. Debo exigir conforme doy ¿no es así?

—Entiendo, no te quito razón. Solo debes tener tacto, es de por sí intimidante tener un jefe, más si eres tú, que pareces un dios y no sé... he visto mucha maldad cada día en esta profesión, que pienso que las personas merecen un trato más humanista. En realidad, ya nos estamos acostumbrando a esa falta de empatía. No creí justo que el esmero llevase al nerviosismo, después de todo es un trabajo, no es que tu vida dependa en su totalidad de ello.

—¿Me acusas de no darle un trato humano a las personas?
—inquiérese con un toque de perversa diversión en su voz.

—¡No! Claro que no... ya —exhalo para apaciguar mi diatriba.

—Créeme no soy Dios. Y la mayoría de la población mundial es pobre, por lo que un trabajo es para ellos algo más que su vida, sobre todo si son el sustento de un hogar.

No puede ser. Terminó en lugar de molesta con él, admirada, en todo tiene razón, en primer lugar; porque sé lo exigente que soy conmigo misma y con los demás. Soy de las personas que piensan que, si yo puedo hacerlo, porqué los demás no, y no cargaría con bacalao sobre mi espalda.

El auto se detiene y sé que he llegado a mi escala. Por primera vez desde que nos conocimos hemos esquivado una

discusión, que dejaría a alguno de los dos con el agrio sabor del enojo.

—Te felicito. Tu restaurante es sin duda de los mejores de la capital. —expreso con solemnidad.

—Lo tomaré como un cumplido de una gran crítica. —dice mirándome con fuego en los ojos. De alguna extraña manera, el mismo fuego que siento puede consumirme por dentro, peor aún, el que quiero me consuma.

—Gracias por el almuerzo —asiento y no sé por qué no quiero irme.

Él asiente y con voz afable, contenida de una emoción que no deja salir por completo me dice—: Ha sido mi mejor parte del día, Annabelle.

«¡Wow! He sido parte de la mejor parte de su día. Se crecerá y desbordará el río de mi ego».

Después de respirar me giro para tomar la manilla de la puerta y salir. Pero él se adelanta y vuelvo a tener su cuerpo perfecto desfilando frente a mí. Tomo su mano, que extiende para que pueda salir.

—Annabelle. Erick pasará a recogerte por la tarde.

—¡Oh! Claro. Lo esperaré —cierra la puerta con una sonrisa, sé que siente que ha ganado, sin embargo, me dejo acariciar por el murmullo de la brisa. Para esta época el sol es menos recio, es gracias al Ávila que la ciudad parece cobijada del sol y la brisa fresca desciende del mismo para amainar el calor emanado por los rayos del sol.

Me sostiene por el hombro y se acerca para despedirse con un beso en la mejilla. De nuevo no estoy pensando con claridad, me abrumba su olor perfecto de *Dolce & Gabana*, siento que podría derretirme como mantequilla en sartén caliente.

Sus ojos están mirando de nuevo a los míos contrariados, con la expresión impasible de siempre, evocando al autocontrol. Muerdo mi labio inferior algo nerviosa y juro que con el hechizo de su mirada estoy a punto de rogarle que me bese y acabe con esto que amenaza con devorarme.

Tensión Sexual



—¡Annie! *Il mio Cuore*^[1]. —ese acento italiano tan conocido con esa voz profunda y seductora, la conozco muy bien.

—¡¿Jean Piero?! —digo sorprendida y lo busco con la mirada por encima del hombro de Christopher, rompiendo con el magnetismo de su mirada. Siento como su agarre se aprieta más en mi brazo, lo está haciendo de manera inconsciente, porque se voltea en dirección a la persona que me ha llamado y, sé que, para él de modo muy personal.

Vuelve su cara hacia mí, esta vez con la mirada profunda y una pequeña arruga de la que estoy segura es inconsciente, en su entrecejo, los músculos de su mandíbula tensos y sus labios solícitos en una línea gruesa.

«¿Molesto?».

—¡Oh! Por Dios —digo deshaciéndome de su agarre. De soslayo creo haber visto como abría su boca en una expresión de sorpresa. Opto por ignorarlo, de haber querido algo conmigo, mínimo ya hubiera siquiera intentado besarme y hasta ahora no lo ha hecho.

«Bien, un poco de celos si es que el señor se permite sentirlos no le vendría nada mal. ¡Un momento! Ese deseo de ser besada por él se aviva cada vez más y no estoy segura de siquiera saber cuánto lo anhelo».

No tengo que caminar mucho ya que Jean Piero hace la mayoría del trayecto, así que estoy a unos cuatro pasos de distancia de Christopher. Estaría mintiendo y con total descaro, si no reconozco el placer que sentí al mirarlo ofuscado y fuera de control, aunque haya sido por una milésima de segundos, pero hoy me había tentado demasiado y él solo dejaba una insinuación y otra en el aire, aunque debo resaltar que la simple mención en voz alta, del comentario de la joven impetuosa de Nicolle me descolocó por unos

segundos, no sé si me llegue a enamorar de nuevo o solo sea el efecto de las hormonas actuando frente a un hombre del calibre de Christopher, exuda poder, dominio, sexualidad y cosas que no experimento por años. Si no fuera por esta culpa subrepticia que pende sobre mi cabeza como la espada de Damocles, es muy posible que diera rienda suelta a esa lujuria que él despierta en mí.

Jean me envuelve en un cálido, entrañable y fraternal abrazo, había extrañado tanto ese rostro y las locas ocurrencias de Jean que, aunque podían desquiciarme, eran capaces de llevarme al otro extremo y divertirme hasta sacarme de mi *black hole*^[2]. Aunque puede ser que me haya adaptado a estar sumida en ese particular agujero que me guarecía de cualquier dolor externo, porque recordando mi última cita con un hombre que no refiera al trabajo fue hace más de cinco años, cuando aún Alexander y yo éramos novios.

«¡Alexander! Pensar en él no me hará bien en ningún sentido. Pensarle es en realidad agobiante, confuso y asienta más la culpa. No sé cómo es que siempre termino cayendo en él».

Estoy inmersa en mi agujero negro, asumo que no he salido jamás de él. Parpadeo y vuelvo a enfocarme en el presente.

—Te he extrañado, *caro mío*^[3]. —dice Jean mientras me da un sonoro beso en ambas mejillas. Me suelta colocando sus manos en mis hombros y miro sus ojos, de inmediato sé que ha leído mi mirada.

—Jean permite que te presente a... —digo girándome para encontrar a Christopher altivo y con rostro yermo mirando a Jean.

—Christopher Drummond —dice en voz átona y severa. Extendiendo su mano.

—Jean Matheus —responde el otro con el mismo tono áspero diciendo: *no me intimidas hombre*.

—Annabelle debo irme, espero que tu tarde sea agradable —me está hablando con demasiada arrogancia y dándole una

inflexión discordante.

—Gracias —sonrío, aunque sé que eso no aplacará su visible irritabilidad y sin duda me siento culpable de haberle dado a entender lo que no es.

«¡Un momento!». Detente ahora Annabelle Parisi, no debes preocuparte por lo que piense o deje de pensar, tampoco debes complacerle o alejarte de todos para que el *señor Todopoderoso*, se sienta cómodo. No hay nada entre los dos; sólo son Christopher y Annabelle, dos personas diferentes, profesionales calificados e independientes. Él no es el sol y tú no eres ni Marte, ni Venus, ni la Tierra, ni los otros restantes cuatro planetas que orbitan más cercanos al sol.

Oigo el rechinar de los cauchos cuando sale a toda marcha del lugar, como lo hace un adolescente o un corredor de *Nascar o Formula 1*.

—¡Carajo! ¿Tendrá cauchos de repuesto? —Jean es irónico. No así, sé que la actitud de Christopher no lo incomoda, ya está acostumbrado a generar celos en los de su mismo sexo, aunque no es que Christopher tuviera que envidiar o comparar lo devastadoramente guapo que es con cualquier otro.

«Bueno tampoco es que deba sentir celos. Menos a causa mía».

—Si sigues haciéndote la tonta, quizás logres convencerte, querida —esa voz en mi consciencia se burla con júbilo.

Miro a Jean y sigue igual de *ardiente* que siempre, —dijera Pau quien por años ha tenido una especie de enamoramiento que llamaría más “ferviente lujuria” por mi primo—, su piel es bronceada producto del mestizaje y el sol, cabellos castaños y ojos de gato grises como nubes en un día lluvioso. Sí, en definitiva, es digno de competir contra Christopher.

¡Claro! Si tuvieran un trofeo en común que perseguir.

—Ya sé. No me lo digas. Y sí, lo he hecho a propósito — responde con picardía a mi pregunta no formulada.

—Eres tan predecible —le digo sonriendo.

—¡Ves! Toda una rompecorazones. El tipo está que te folla, prima hermosa —sigue bromeando.

—Dijiste que pasarías por el apartamento —le acuso mirándolo con severidad y esperando así que cambie de tema.

—¡Ah! Eso... sí, pero llamé a Antoniette para ir a almorzar, ambos pensamos en venir por ti para ir los tres, pretendía que fuera una sorpresa, ¿y qué pasa?, llegamos y tu asistente nos dijo que ya habías salido con alguien a almorzar. Así que viendo frustrada mi sorpresa, nos fuimos... y decidí venir unos minutos antes de que entraras en hora legal al trabajo. —dice dejando caer los hombros y haciéndome caminar con su brazo detrás de mi espalda baja rodeando mi cintura.

Cuando llegamos a planta baja le hacen entrega del carnet de visitante. Lo que sí noto es que César, no me mira como de costumbre, tampoco me sonrío y sus ojos están puestos en el ascensor con cierto anhelo, me atrevería a decir, que con preocupación. Lo dejo pasar porque de camino a los ascensores me encuentro con colegas que quieren saber de mi progreso después del accidente.

—Todos hemos estado preocupados por ti, Annabelle —dice la directora del departamento de recursos humanos.

—Gracias. Por fortuna, no ha sido nada grave —respondo con una sonrisa.

El elevador se detiene y presiono el número siete, en veinte segundos y gracias a que no hizo parada en otro piso, llegamos. Estoy riendo por las historias de Jean Piero, mas en mi interior sigo abrumada por la actitud molesta y evasiva de Christopher. A lo que me pregunto si cumplirá el ofrecimiento de enviar a su chofer para recogerme, aunque debo sopesar esa opción, puede que esté molesto.

—Antoniette... me ha dicho lo del accidente y el repentino interés que despertaste en Drummond —acota Jean Piero, sentándose frente a mi escritorio y dando un leve empujón a la balanza plateada sobre la mesa, de modo que todas las bolitas chocan una contra otra en un efecto desencadenante.

Lo miro sin inmutarme antes de decir de manera enfática —: Somos dos personas que se están conociendo. Eso es todo.

Me mira con suspicacia.

—Y te gusta también. —asevera con su seductora sonrisa torcida, como diciendo: *¡Te pillé!*

—Te has contagiado de los maquinados pensamientos de Antoniette. —Hago una pausa y continúo—: Aunque pensándolo bien, ustedes dos juntos no se contagian se comprimen, colisionan y causan una reacción en cadena.

—¡Boom! —imita el sonido de la explosión y sus dedos se expanden en conjunto.

—Te he extrañado, prima. Y no digas nada porque, aunque eras la más racional de los tres, y lo sigues siendo —su voz se alza, rectificando lo que dijo con antelación—, éramos terribles, siempre me has usado para alejar a tus admiradores y eso es justo lo que hiciste hace un rato al dejarlo creer que somos amigos con beneficio o algo más, en lugar de presentarme como tu primo más querido.

—El único que tengo —le mofo y sacó la lengua mientras tomo asiento.

—Bien, mi Esperanza... —se detiene y sonrío. Es el único que juega con mis nombres a su antojo y aparte de papá el que me dice *Esperanza* y se refiere a mi nombre como queriendo decir: «tengo esperanza. Vamos, la esperanza es lo último que se pierde».

—Cuéntame, ¿qué tienes planeado para este fin de semana? —le pregunto, mirando unos documentos sobre mi escritorio.

—Pues, nada en especial. Me reuniré el viernes por la noche con unos amigos en Valencia y si todo marcha como lo espero, tal vez una bella venezolana termina por hacerme recordar por qué no debí marcharme de mi país —no sé por qué, pero lo que dice me hace creer que JP tiene mal de amores.

—Me huele a mal de amor, primo —lo miro reflexiva.

—Sabes que eso es imposible, yo no me enamoro —se burla negando con la cabeza, sin embargo, es el que no se atreve a mirarme lo que me dice más que sus palabras.

—¿Acaso no tienes un corazón como todos? —bufo tratando de que vuelva a ser el mismo Jean jovial que siempre ha sido—. Ya sé, eres un puto consagrado y posees inmunidad para enamorarte.

—Y te digo que no soy “puto”, no tengo culpa de ser irresistible —se mofa con esa actitud sobrada que no es más que una defensa.

—Claro, tú eres todo un moja bragas —sonríó.

—Bueno, a ver... dime ¿qué está pasando entre tú y el tipo con acciones en la Formula uno? —se refiere a Christopher.

—Nada, solo soy agradecida con un vecino que me auxilió. Nada que no haría con otra persona —respondo intentando parecer inmune al efluvio de emociones que se construye en mis entrañas cuando habló de Drummond.

—¡Ajá! Ahora dímelo sin la excitación y el arrebol en las mejillas —bromea y estoy que le lanzo a la cara la balanza con la que jugaba hace minutos—. Cree en mí, no más con verlos a distancia lo pude percibir. Ustedes

dicen *sexo* por todas partes —ríe ante su comentario.

—Esa visión tuya, como que necesita lentes con urgencia —me defiendo.

—Es que eso se percibe —lo miro sin entender sus medias palabras—. La tensión sexual —niega con la cabeza mientras que siento enrojecer—. Prima. Son cuatro años ya —me señala lo innegable.

—No sé quién de los dos es peor, si tu o Antoniette. Todos parecen querer arrojarme a los brazos del primer hombre que se fije en mi existencia —protesto con los brazos cruzados mientras reposo la espalda en el espaldar de mi silla.

—Bueno, tampoco dramáticos... no es arrojarte, así como así en los brazos de cualquiera, además si no fuera tan

evidente que se tienen ganas, quizás nadie insistiera en hacerte notarlo —asegura con seriedad.

—Entonces no me arrojan, pero sí me aconsejan de caer rendida ante Drummond.

—Prima, se trata de vivir... tú hace años que no vives, te encerraste en ti misma y nos dejaste a todos fuera de ella —su tono es más severo. Al notar que no diré nada más, se levanta del asiento—. Ha sido grato verte y haber sido útil a tus malévolos planes, de todas maneras —me levanto y nos abrazamos—. Sé que debes trabajar y no quiero quitarte tiempo.

—Ha sido una maravillosa sorpresa verte, Jean. No sabía cuánto te extrañaba hasta que te vi —él me aprieta más entre sus brazos.

—También te extraño, prima. —me dice circunspecto—. ¡Hey! Desenreda la maraña, no quiero que el hombre rompa mi rostro movido por los celos. Te imaginas los titulares: «Crimen Pasional: Jean Piero Matheus, molido a golpes por hombre celoso. Causante: presunta prima de la víctima». — Hace un gesto de aborrecimiento con la boca y sonrío.

—No está celoso —objeto

—Hoy al dormir, repite eso como una oración hasta que te lo creas.

—Ya vete. JP, antes de que los titulares de tu sórdida muerte cambien a: «Hombre asesinado por paliza brutal propinada por prima del hoy occiso». —No puedo evitar sonreír. Sin embargo, esa sonrisa no es más que un disfraz.

Se acerca de nuevo y me abraza lo más fuerte que puede, sé por qué lo hace, leyó mi mirada tortuosa como hace un rato en nuestro reencuentro, en el que mi mente se desplazó como una ola que se aleja de la orilla y con fuerza regresa a romper contra las rocas. Lo había estado necesitando. La verdad es que desde hace cuatro años no recuerdo el haber querido tanto un abrazo. El problema residía en que no quería que fueran sus brazos sino los de...

«¡Para! ¡Detente ya con esto! Joder. Te estás obsesionando con Drummond».

Al caer la tarde y cuando comienza a ocultarse el sol detrás de los edificios, el clima desciende hasta volverse agradable, aun así, me detengo un momento para analizar todo lo que ha pasado en mi día. Me levanto de mi asiento y estoy perdida mirando las luces de la calle encenderse a medida que se acerca el crepúsculo. La ciudad se ilumina con luces que a lo lejos parecen pequeñas luciérnagas en el manto oscuro de la noche. Observo mi rostro a través del reflejo en el ventanal de mi oficina y pienso, si alguien pudiera mirarme de pie como lo estoy ahora, ¿pensaría que mi vida es fría y vacía, que hay quizá demasiado silencio y melancolía en ella? ¿Notarían como el dolor muerde en mi interior? No distaría de concordar con mi realidad, si ese fuera el caso. Sin embargo, sé que la mayoría nos dejamos guiar por lo que está a la vista... y a la vista de todos, estoy bien, soy estable tanto en lo emocional como en lo profesional, de modo que todo en mi vida está en orden. Un orden externo para aplacar mi caos interior. Sonrío con sorna y mi reflejo en el vidrio, me devuelve la fría sonrisa acompañada de una mirada vacía y sin emoción.

—¡Qué contemplación! —murmuro. La visita de Jean me hizo viajar a mi pasado antes de Alexander, antes de la boda, antes del accidente, antes de que todo se derrumbara como un castillo de naipes expuesto al viento.

Respiro con calma y no puedo evitar que aún la tristeza me embargue.

«Eras feliz, Annabelle». Parece que mi suerte en el amor le tocó a un farsante. El amor se burló, me estafó.

En cambio, se había generado un momento de impacto. La rueda rodó fuera de su eje; hace unas tres semanas me habría visto gris entre la gente. Ahora parecía posible que retornaran los colores a mi rostro, que me estuviera revitalizando aturdida entre la culpa por la esperanza de un nuevo amanecer y el temor de estar traicionando la memoria de alguien a quien amé. Creo que por demasiado tiempo he estado caminando tan solo guiada por una luz opalescente, que me obligaba a mirar

con más frecuencia el suelo que al cielo para no perderme por completo.

—*Quiero verte volar libre de nuevo...* —*Jean Piero una vez mientras me deshacía en llanto en sus brazos, había dejado fluir su pensamiento.*

No obstante, si una vez fui libre como un ave que surca el azul del cielo, por qué ahora se me era tan difícil alzar la vista de nuevo, mirar más allá de lo que percibo a corta distancia. Estaba petrificada, alendada y acomplejada. Quizá por miedo de elevarme demasiado alto. Demasiado cerca del sol. O por temor a caer sin tiempo a desplegar mis alas.

«¡El sol!». Christopher era ese sol abrasador y mortífero. Ese sol que me podía quemar y del que no podía alejarme sin sentir como el frío tras retroceder en su presencia, avanzaba en su ausencia. Él era vida, representaba vivir, volver a sentir, volver a amar como la primera vez.

«Fuego y Cielo... Calor y frío».

A pesar de ser más consciente de lo que se gesta en mi cuando estoy con él, sé que tengo que curarme antes. ¿Encontrar la cura para el alma basada en qué? ¿En dejar ir el recuerdo de Alexander, en dejar de sentirme culpable cada vez que me he olvidado de él, estando en compañía de Christopher? ¿Podría amarse por tiempo definido? ¿Podría amar a dos personas en una misma vida? Niego con la cabeza es un pensamiento absurdo, aun siento que no me he despedido de uno, para siquiera sopesar la idea de estar lista y recibir a otro. Sé que han pasado años, no obstante, ¿cuántos serían suficientes? No sentí esa necesidad de descubrirlo hasta que Christopher llegó a mi vida.

Silvia ha entrado y no la he sentido. Por lo que me llevo una sorpresa cuando me doy vuelta y la encuentro parada frente a mi escritorio, retirando unas carpetas.

—Lo siento. No he querido interrumpir tus pensamientos —dice, ella apenada.

—No te preocupes. La verdad... —digo reflexiva—. Ya me voy Silvia si quieres puedes irte en cuanto acabes o si ya lo

has hecho todo.

Ella asiente. Tomo mi bufanda y la coloco alrededor de mi cuello con un nudo sencillo, recojo mi abrigo y el bolso, confirmando antes que mi celular esté dentro del mismo. Me debato entre tomar unas carpetas en caso de que el insomnio me visite esta noche. Al final, opto por dejar el trabajo en el trabajo.

—Llamo un taxi —acota, Silvia inclinándose sobre mi escritorio para tomar el teléfono.

—No, Silvia. Hoy caminaré. —sonrío condescendiente.

Ella se endereza de modo que echa sus hombros hacia atrás y me mira angustiada.

—¿Estás segura... tomarás el subterráneo? —pregunta dubitativa.

Asiento.

—Es posible —mi mente no está muy clara del todo. Sin embargo, siento que necesito volver a sentirme parte del mundo; la rutina, los olores, el clima, mezclarme como una persona más del montón.

Minutos más tarde estoy en la entrada del edificio. Y sí, confirmo que la brisa nocturna me presta muy bien, el flequillo de mi cabello se agita y me obstruye el campo de visión. Suspiro y pienso: que sí, sería buena idea moverme entre el río humano que pasa veloz para llegar a destino después de una jornada laboral.

—¿César? —pregunto al verlo todavía en su puesto.

—Annabelle... perdón, doctora... —repone con nerviosismo.

—Parece que no me conoces —bromeo—. Me extrañó encontrarte aquí, ¿no debiste terminar el turno hace una media hora?

—¡Oh, sí! Es que mi relevo, me pidió que lo cubriera por unos minutos —sonríe, aun así, siento que no como de costumbre.

—No deberías permitirlo, ese tiempo la empresa no te lo remunera —le advierto. Él asiente en comprensión—. Bueno, ya me voy. Que pases una buena noche, nos vemos mañana.

Mirando el reloj en mi muñeca noto que faltan quince minutos para las siete, vuelvo la mirada al frente y coloco mi mano izquierda dentro del bolsillo de mi abrigo. Bajo los escalones tras pasar la puerta principal del edificio y freno en seco, me doy cuenta de que el Mercedes Benz de Christopher está llegando, necesito moverme y alejarme de él, aunque en realidad me gustaría verlo, me reprendo de inmediato.

«Cuatro cachetadas. Cuatro, Annabelle para que entres en razón».

Finjo que no lo he visto. Y giro a mi derecha, aprovechando que el flujo de transeúntes ha aumentado, busco camuflarme entre ellos.

—¡Señorita Parisi! —la voz áspera y de locutor de Erick me indica que está detrás de mí, demasiado cerca como para huir.

—Erick... ¿Cómo está? —digo una vez que me doy vuelta para verle.

—Disculpe. ¿He llegado tarde? —pregunta algo vacilante, aguzando la mirada.

Suspiro y trato de parecer ecuánime.

—No, es sólo que quería caminar —le sonrío cortés.

Él asiente, sin apartarme la mirada y sé que espera por mí para irnos.

—Entiendo, aunque el Señor Drummond, me ha informado que viniera por usted y que ya estaba acordado. —se asegura de dejarme en claro el acuerdo entre su jefe y mi persona.

Subo mis hombros y los dejo caer en resignación. Erick continúa mirándome indulgente y a la vez demandante con esos ojos negros cuales pozos de brea.

—Lo siento, Erick he debido avisar con tiempo, esta ha sido una decisión impulsiva de último momento.

—Si desea puedo llevarla camino a su apartamento, a un lugar de paseo así usted camina si lo que quiere es pensar — está siendo persuasivo. ¿Lo aprendió de Christopher o Christopher lo ha aprendido de él?

—Erick excúseme por ser tan inconsciente, en verdad quiero caminar sola e ir en subterráneo hasta la casa. —alego benevolente.

—¿En subterráneo? —su voz parece alarmada y su rostro contraído por algo tan absurdo como usar ese medio de transporte, teniendo algo más privado y personal.

¡Dios subir al subterráneo no es tan malo! Todo el mundo lo hace.

Voy a decir algo, pero noto que ha comenzado a hablar a través del *bluetooth* del celular.

—Sí, señor. Estoy con la señorita ahora mismo, ha manifestado que desea viajar en metro hasta la casa. —Abro mi boca en asombro, está hablando con el todopoderoso Drummond, ¡*qué hombrecito!*

—Sí, señor. Como usted ordene —dice finalmente.

«¿Ordene? ¿Qué carajo ha ordenado?» Cierro los ojos y respiro profundo en busca de paciencia.

—Señorita, no creo que eso sea razonable —Erick ahora se dirige a mí con una mirada persuasiva que me hace sentir que su cabeza está en la guillotina por mi culpa.

—Por favor, Erick... —suelto un respiro y me armo de paciencia porque estoy segura de que está retrasándose por órdenes de Christopher.

—¿Para qué crees que existe el subterráneo, para comodidad del usuario o para un paseo recreativo? Además, pienso pedir un taxi si se me dificulta algo.

Él sonríe.

—Ambos son opuestos y similares a la vez.

—¿Huh? —Me extravié en esa ambivalencia.

—¿Sí me permite emitir una opinión? —Me mira con la cabeza ladeada. Erick es un hombre alto; moreno, fornido y suspicaz eso se le nota en la mirada, aunque no ha de ser tan mayor, debe estar rondando los cincuenta años.

—Puedes, Erick —digo quitando el formalismo. Tengo solo veintisiete años por lo que no me siento bien con alguien mayor que yo hablándome con tanto formalismo.

—Ha sido provechosa para el sr. Drummond su cercanía. Verá, ambos son testarudos y aunque no lo crea le ha hecho mucho bien. Sé que puede parecer demandante y que no la deja ir a donde usted quiere, aun así, créame que es solo porque quiere protegerla, es su instinto. —agrega.

—¡Oh! Lo cree. ¡Dios! A veces es exasperante —digo con una sonrisa.

Me volteo con nerviosismo porque en verdad necesito caminar y moverme sola con mis atormentados pensamientos, quiero recuperarme en lo absoluto, alejarme de la influencia poderosa y atractiva de su jefe es necesario. Mi cabeza es un hervidero de pensamientos contradictorios que no me llevan a algún lugar y me ahogan. Cuando vuelvo la mirada a Erick, lo veo. Christopher.

—Has sido un distractor —acuso a Erick y me doy vuelta para irme en dirección a la estación del subterráneo.

—¡Annabelle! —escucho su voz. Decido hacerme la eludida, odio ser persuadida o manipulada.

Emociones Culposas



Muchas veces ignoramos la voz de nuestros corazones, el miedo a perder nos mantiene no solo pasivos, sino renuentes a aceptar la verdad de nuestros propios sentimientos. Estamos perdiendo el tiempo y el esfuerzo al hacerlo con tal fervor. No obstante, nos empeñamos en hacernos sordos y buscamos mantenernos lejos del caos y el dolor que puede causar un desamor, un corazón roto, la desilusión o la pérdida. Siempre pensamos que nadie puede cuidar nuestro corazón y muchas veces ni nosotros podemos evitar lastimarlo.

Siento mi cuerpo irse con sutileza hacia atrás y de inmediato reacciona a ese delicioso hormigueo que suele despertarlo con su tacto. Que a pesar de lo tanto que conmociona mi alma, me brinda paz y sosiego. Verlo es como una droga, adictiva. Pero igual que ella, cuando no está los miedos me apabullan.

—¿Qué crees que haces? —Su mirada es severa.

—No. ¿Qué crees tú que estás haciendo al agarrarme de ese modo? —le reprocho.

—Estás huyendo de mí, Annabelle y quiero saber... ¿Por qué? Habías quedado de esperar por Erick para ir a casa —dice en un tono afable, como si fuera el vaho de la cobra antes de atacar a su presa. Niego con la cabeza.

—Puedo cambiar de opinión si me da la gana —en este momento estoy ofuscada por sentirme acorralada.

—Puedes. Sin embargo, no llamaste para cancelar —dice con su voz sosegada, y mirada intimidante.

Touché.

—Me disculpo por ello. ¿Está bien? —asumo mi culpa.

—No —su voz es distante.

—No me importa —digo con indiferencia.

—Dios, dame paciencia ¡mujer! —masculla.

—Sólo quiero caminar, Christopher. Necesito andar libre, sin pensar en nada, se me antojó, es solo un impulso. No tengo porqué rendirle cuenta a otra persona sobre lo que quiero hacer.

—Tuviste un accidente hace menos de quince días, mujer deja de ser tan testaruda. —sé que está abogando a mi razón, aun así, lo cierto es que estoy en mi derecho y no pienso hacerlo a un lado por él.

—Tú lo has dicho un accidente hace casi quince días, estoy bien ahora —insisto.

—Tienes demasiada tendencia a accidentarte. Dado el caso deberías de medir tus impulsos —hace una pausa y cierra los ojos. Es tan hermoso como una estatua de mármol del renacimiento. Solo que su belleza se encuentra extraviada en el siglo XXI. Con traje azul grisáceo y corbata violeta. Me mira por unos segundos y sus ojos están más oscuros y metalizados—. Erick, la señorita Parisi y yo vamos a caminar y tomaremos el subterráneo hasta donde quiera y en cuanto tenga un sitio en mente te lo haré saber, para que nos alcances. Espera mis indicaciones —da órdenes y llega a mí en un limpio movimiento. Toma mi maletín y se lo entrega a Erick, sin soltar mi mano para emprender la caminata en silencio.

Genial, ¿cómo es que quiero alejarme de él para dejar de sentir que estoy en una montaña rusa de emociones y acabo con él de la mano, caminando hacia el subterráneo? ¡Bendito, hombre! Me vuelve loca.

Nos detenemos en un cruce a esperar por la señal de paso peatonal. Lleva mi mano agarrada y la aprieta como si temiera a que me suelte. Aun no sé si es consciente de ello. Si supiera que esa sujeción suya dispara mi corazón como bala de cañón.

—Ahora no puedo caminar a solas. ¿Parezco una discapacitada, acaso? —murmuro con displicencia.

—Has leído las noticias de suceso en la capital. ¿Sabes cuántos muertos hay a diario víctimas de la delincuencia y el hampa organizada? Viajar en subterráneo tampoco es que sea

lo más conveniente, cada día falla una línea de alguna estación, dejando varados a muchos. —murmura a la vez que comenzamos a cruzar la calle.

—Soy abogado, Christopher. Soy consciente del flagelo del hampa y por cierto... también leo las noticias —mascullo con molestia, esa perorata era innecesaria—. ¿Entonces ninguna persona en sus cinco sentidos debería de salir de su casa, porque sería un inconsciente que no aprecia la vida?

—No... se trata de ser o no insensato, es solo que, si se puede evitar, por qué exponerse sin necesidad. —responde él con su voz sosegada.

—Ahora en lugar de estar hablando tan despreocupados deberíamos entonces de cerrar nuestras bocas y mirar a los lados como paranoicos, no sea que nos apunten con un arma y no nos demos cuenta —le mofo de modo infantil.

«¡Rayos, él me hace sentir tonta, una adolescente!».

—Deberíamos, señorita Parisi ser más precavidos y evadir posibles circunstancias que pongan en peligro nuestras vidas —mantiene su voz serena.

—Oh, entonces deberíamos de vivir en jaulas como los animales de zoológico —estoy comenzando a enojarme y ni siquiera comprendo por qué, si está más que claro que saberlo preocupado por mi bienestar domina mi sentido de independencia haciendo inverosímil que me aleje de él.

—¿Qué quieres, Annabelle? —pregunta en tono cansino, se detiene para verme de frente, sin importarle que estemos en medio de la acera. Su mirada hace que cada fibra de mi ser tiemble, convulsione y me subyugue haciéndome consciente de su poder, es como caer en un hechizo particular. Cierro los ojos para serenarme y no cometer la imprudencia de besarle como lo deseo.

—Nada, solo caminar, aunque parece que eso tampoco lo puedo hacer. ¿Qué será lo próximo dejar de pensar por mí misma? O ¿Consultar con todopoderoso, Christopher lo que debo o no hacer y esperar tu aprobación

«Vaina, ¿lo dije? Le he dicho el apodo secreto en mi verborrea».

Él abre la boca, su mirada es divertida, parece que fuera a reír, no obstante, recupera su control y me mira pícaro y seductor antes de decirme.

—Así, que soy *todopoderoso*. Imagino que debo poder caminar sobre agua, separar el mar a la mitad o hacer llover hasta el diluvio. ¿Debería de convertirme en tu discernimiento entonces? Y tú deberías de creer ciegamente en mí, ¿no es así? —presume con divertida arrogancia.

Lo miro reticente a continuar con lo imposible, somos dos caracteres demasiado diferentes o quizá somos muy similares y ambos queremos imponernos por encima del otro.

«Bien, jamás estaremos de acuerdo. Yo soy dominante y él también. Yo creo poder con el mundo acuestas y él igual. ¡Dios! ¿Qué hacer con esto?».

—Lo cierto es que te he arrastrado conmigo, ¿te has dado cuenta? —digo complacida.

—Desde el primer día en que te vi —murmura más para sí que para mí.

—Somos dos —regreso en contestación, agarrándome con la guardia baja.

Él me mira asombrado y sé que quiere decir algo más. No obstante, parece no atreverse o quizá reconsidere el momento, el lugar y todo lo que nos rodea.

Me adelanto y bajo por las escaleras mecánicas, voy al dispensador de tickets del metro, introduzco el billete necesario para dos tickets de ida y vuelta. Él me alcanza, así que le doy el suyo y nos estamos mirando de nuevo, con el esmeralda más intenso de sus ojos, hermosos y fulgurantes.

Dejo de verlo y me adelanto, introduzco el ticket en la ranura y paso hacia el otro extremo de la sala para poder abordar, lo retiro y espero a que él se una a mí.

Me toma de la mano y avanzamos hacia las escaleras, las mecánicas esta vez son subiendo así que debemos bajar

escalón por escalón. A pesar de que la cantidad de personas es la que esperaba y todos van tan apurados que no deparan en nosotros, hay quienes, si lo hacen y sonríen al ver a Christopher, —cabe decir, que son mujeres—. Es muy extraño ver a alguien como él vestido en costosos trajes de sastre hechos a la medida, ese rictus tan serio y tomando el tren. Suena el aviso de la llegada del metro con dirección a nuestro destino, y estamos en la gran fila atestada de personas. Miro como pasa el aparato con cada cabina llena hasta el tope de modo que las personas parecen “sardinas en lata” amontonados unos sobre otros.

Las puertas se abren y salen una gran muchedumbre que es reemplazada por otra cantidad similar, debido a la hora pico. Somos arrastrados por la ola humana que se adentra entre tropiezos y empujones hacia dentro. Estoy pensando que esto fue mala idea, el sudor, los perfumes, un niño llorando en algún lugar del vagón, las murmuraciones de las personas, celulares repican incansables. Es un caos, hace tanto que no me veía así de inmersa en el mismo.

—Y pensar que el caos lleva al orden —masculla, Christopher que lleva su cara de acceso denegado.

No hemos conseguido sentarnos así que quedamos al fondo en las puertas dobles del lado opuesto por donde entramos y él es tan alto. ¡Santo Dios! Mi boca queda al ras de su quijada y sé que se debe a mis tacones, la gracia de que me vea tan alta. Rápido me siento absorbida por su magnetismo y en mi estómago revolotean miles de mariposas sin cesar, su perfume me embriaga y estoy mirando sus labios, trato de ralentizar mi corazón, pero es difícil si tengo la causa de mis placeres no concedidos, a solo centímetros de distancia. Su mano me sostiene desde la parte baja de la espalda, presionando nuestros cuerpos.

«¡Qué vaina me pasa! Necesito respirar».

Él ha de notar las emociones que se registran en mi rostro, porque sonríe para sí.

—Hueles a peras dulces —su voz es tan dulce, tentadora y sinuosa, que siento que podría caer rendida ante él—. Me

encanta tu olor.

¡Santo Dios! ¿Cuánto más toleraré el deseo que me avasalla? Su aliento a menta, su olor tan singular, único, hace que olas se agiten en mi vientre.

«Annabelle, concéntrate, deja de soñar despierta y desear que te bese. ¡Carajo! He perdido la práctica, mi cuerpo reacciona por sí solo y mi cerebro está muerto».

—Tú también hueles divino —murmuro y estoy cayendo en el verde metalizado de sus ojos.

La voz de una mujer en el altavoz anuncia el nombre de la estación en la que se detendrá el sub, aunque ni alcanzo a oír, en realidad no estoy prestando atención. El aparato frena y ambos nos tambaleamos, pierdo el equilibrio cayendo hacia atrás de espaldas a las puertas de dos hojas del vagón. Christopher me sujeta por la espalda baja con su mano abierta en una palma y me trae hacia sí, presionándome contra él de nuevo, siento su pecho duro, incluso percibo bajo la palma de mi mano los potentes latidos de su corazón, levanto la cara y sé sin temor a dudar que, estoy perdida en sus brazos.

Nuestros alientos se acercan y entremezclan, mi pecho asciende y desciende con lentitud y mi corazón late con fuerza. Deseo. Su mirada exhibe el deseo y los míos exigen su boca y el mismo deseo que comienza a arder igual que una pequeña llama en el fondo de sus pupilas, la siento como si pudiera devorarme. Pasamos así hasta otra estación, y llega el momento de recomponernos y salir de aquí.

—Ha sido una aventura —dice él y el subterráneo retoma su tránsito.

Soy conducida por él, pues la cercanía anterior me ha obnubilado a tal límite que no puedo pensar a dónde quiero ir. Llegamos a un centro comercial y no sé dónde nos esperará Erick, supongo que estacionado en frente o en el estacionamiento. A decir verdad, mis pensamientos están lejos de volar libres, han sido un amasijo ordinario entre mis emociones. No hay objeto que sirva a confusión alguna, la culpa; no es en realidad culpa, creo que la culpa no es por estar

olvidando a Alexander, eso no podría suceder jamás, él es parte de mi vida, tanto como mi alma y lo que soy.

Es más... miedo, porque sin querer me estoy elevando, extendiendo mis alas como pájaro que emigra del frío hacia donde es más cálido.

—¿Quieres comer algo? —No sé por cuanto tiempo me he dejado guiar por Christopher, porque ni idea tengo en qué nivel del CC me encuentro ahora.

Lo miro y algo debe haberle alarmado, porque me escruta como intentando descifrar un acertijo.

—Sucede algo —no es una pregunta, y siento que, aunque requiere de una respuesta por simple cortesía, no puedo darla ahora.

Siento que cada segundo a su lado es perder mi propio control. Es ceder, es crear lazos que al final me lanzarán al abismo. A un futuro tan incierto como breve.

—Quiero irme —mi voz es plana y casi un murmullo. Trato de darle forma a mis emociones; de encontrar el sentido a lo que él me hace sentir sin poder dejar de sentir culpa y miedo.

—Como quieras —toma mi mano y comenzamos nuestra travesía hacia las afueras del centro comercial. Me suelto de su agarre y me alejo. Es necesario si no quiero sufrir una muerte cerebral por falta de oxígeno. Él saca su celular y habla unos segundos.

—¡Listo! —anuncia haciendo que me de vuelta y camine hacia la salida, huyendo de su tacto, de su roce, de ese magnetismo que me desnuda el alma dejándome inerme.

Encontramos a Erick con el auto en marcha. Acepto su cortesía de abrirme la puerta para que entre. No me cuestiona, mas, sé por su rostro yermo que se contiene.

—¿Te sientes bien? ¿Annie? —Su mano aprieta la mía con firmeza empujando contra mi pierna.

—No me gusta que me llamen, Annie —murmuro.

Su mirada está consternada, suelta su mano y con mi visión periférica le veo llevarlas hasta descansar en sus piernas, abriendo y cerrando como si así aplacara su impaciencia o le sirviera para relajarse. Estoy conteniendo mis emociones para que no erupcionen, quiero llorar como no lo he hecho en tiempo. Algo muere y nace dentro de mí.

—No me lo habías dicho —responde minutos después con su voz afable.

—Lo sé. Entiendo que me dijeras así, mi familia lo hace —reconozco con franqueza.

—Entonces. ¿Debo decirte solo, Annabelle? —Su rostro es ilegible y pienso que tan solo por un momento quisiera ver el rostro joven y despreocupado que en alguna de sus tantas facetas ha de haber quedado relegado, aislado; no olvidado, pero sí quizás flotando en algún lugar.

—Tu podrías llamarme como quieras —murmuro, al momento siguiente que lo hago me arrepiento.

—¡Oh! Mujer. En verdad necesitaré un manual contigo —dice mientras niega con la cabeza.

«Un momento. ¿Manual conmigo? ¿Y qué hay de él? El señor de las mil caras. Ya le he dado tantos sobrenombres que no sé cuál de todos dejar».

—Pues no es que eres muy legible para mí, Christopher —reconozco.

—Eres mucho más enigmática que yo, te lo puedo asegurar, en momentos deseo saber qué es lo que piensas y lo que sientes en realidad cuando te muestras distante o fría, incluso indiferente, ¿por qué cuando tus ojos sonríen no lo hace tu boca? ¿Qué es lo que escondes de mí, Annabelle? Y ¿Por qué siento que huyes cada vez que me aproximo? —pregunta contrariado.

«No huyo de ti... huyo de lo que me haces sentir cuando estoy contigo».

Lo miro y sé que mis ojos están diciendo más lo que no me atrevo a expresar con las palabras.

—¡Annabelle! —su voz parece pesada, cansada, como si ya no pudiera contener una gran carga. Entonces, en un movimiento impensado y estoy segura de ello, su cuerpo se gira en un ángulo de cuarenta y cinco grados mirando hacia mí, toma un mechón de mi cabello y lo coloca detrás de mi oreja. Pasea su pulgar sinuoso por el contorno de mi cara, es una caricia tan trémula que sensibiliza toda mi piel. Me tenso al sentir de nuevo esa electricidad, embargando todo mi cuerpo, haciéndome sentir embriagada. ¡Viva!

—Si dejaras de oponerte quizá yo... —inspira fuerte y por primera vez veo duda en su rostro, vacilación e inseguridad.

—¿Qué? —mi voz es solo un eco de lo que mi mente piensa en el momento.

Lo miro con fijación esperando una respuesta, en verdad quiero esa respuesta, quiero saber lo que parece hacerlo sentir tan inseguro, ansío escuchar como un extraviado anhela una salida, aquello que tiene que decir. Necesitando que me diga si estoy ilusionándome con algo que no existe entre nosotros, que es solo una confusión de mi cerebro. Quería aclarar mis pensamientos, quería la certeza de que estaría allí para atajarme cuando salte al vacío, porque es lo más probable que ocurra. Siento que me meso al borde del precipicio y no sé si habrá una red al final.

Su mirada no abandona la mía, incluso noto como el color de sus pupilas se intensifica, como danza el deseo flamígero igual que en otras ocasiones, y temo que sea solo deseo y yo quiero más que eso. Su respiración es leve, controlada, no entiendo qué lo contiene, sus labios son una sola línea rígida. Mira mi boca y mis ojos, indeciso. Entonces, lo comprendo. No lo dirá. No sé si agradecer por ello o enojarme. Estamos entrando en un vórtice peligroso que puede engullirnos.

Cuando el auto se detiene en el estacionamiento del edificio, no doy tiempo a que Erick o él abran la puerta para salir, me lanzo fuera de ese diminuto y tenso espacio en el que mi mente parece dejar de coordinar lo que piensa con lo que dice mi boca, en el que me siento de un modo al que me reusaba.

—¡Annabelle! —le oigo llamar un par de veces, aun así, en lugar de tomar el ascensor directo a mi apartamento. Camino por el pasillo que me lleva al vestíbulo donde está Braulio haciendo entrega al guardia de turno.

—Buenas noches, señorita Parisi —dice él, haciendo que me voltee a verlo, he de parecer muy alterada porque son casi irrisorias las veces que me ha saludado con tanto formalismo.

Paso una mano por mi frente y respiro, intentando aplacar la vorágine emocional que llevo dentro.

—Braulio. Buenas noches para ti también —pretendo un tono apaciguado.

Él asiente y justo en ese momento el ascensor suena y las puertas se abren, revelando en su interior a Christopher, con la mirada penetrante atravesándome por mi impetuosidad de hace unos minutos.

Inhalo y exhalo como en un ejercicio de relajación, solo que no puedo, no consigo hacerlo, sobre todo porque el motivo de mi irracional enojo se encuentra allí dentro, tan altivo y pimpante, observándome sin emitir palabra alguna apoyado en el pasamanos del ascensor.

Veo que lleva mi maletín en una de sus manos, no dice nada solo aguarda, sé que ni que me pagaran en oro subiría entaconada los doce pisos hasta mi apartamento. Así que no teniendo otra opción entro en la cueva del lobo.

Las puertas se cierran y quedo de frente haciendo lo mismo, mirándolo impasible, aunque sintiendo como mis emociones descienden en picada causando estragos en mi interior, mi corazón está de nuevo palpitando, galopando como un caballo salvaje, golpeando duro contra mi pecho, tanto que siento como mis piernas flaquean.

Extiende su brazo para que tome el maletín.

—¡Gracias! —mascullo. Aún estoy enojada, brava, molesta, irritada, no sé si con él o conmigo por esta indecisión.

Me doy la vuelta dándole la espalda. El silencio es un *impasse* en nuestra situación, por lo que ninguno pronuncia una palabra. Pretendo desviar mi atención de él mientras veo

los números ascender en el tablero con una parsimonia absurda.

Llego a mi destino, estoy por salir del ascensor así que miro por encima de mi hombro, él no se mueve, deduzco que hablar esta vez, está demás. Por lo que salgo decidida a que una vez que mengüe mi enojo, dejaré atrás este episodio llamado, Christopher Drummond.

Las manos me tiemblan al momento de intentar abrir la puerta.

—¡Rayos! Cálmate —respiro un par de veces.

Cierro la puerta una vez entro y entonces allí, justo allí, me derrumbo.

Y Construyes Muros...



Oscuridad. He sido eso por tanto tiempo, he caminado a ciegas, sin suelo en que afianzarme, sintiendo que no pertenezco a algún lugar. Soy nada y ya no sé cómo volver a ser, ese vínculo, aquel cordón invisible que nos ata a la vida y a las emociones se había cortado de mí, dejándome ser con el aire frío y denso.

Es tanta la carga sobre y dentro de mí, que acaba por derrumbarme, ya no puedo seguir aguantando las ganas de llorar, ¿qué había hecho con mi vida en estos últimos años? Aislé a todo el que pude, no volví al lugar en el que había crecido, porque de ese modo no recordaba el dolor, así los recuerdos no avasallaban contra mi cordura. Mi vida social se limitó a una salida cada mes con mis ex compañeras de universidad. Me sumergí en el trabajo, reemplazando mi coraza por una más dura, logré ser inmejorable en mi profesión, demandante y exigente. He superado cada percance, aunque parecía infranqueable, cualquiera que ha querido establecer una relación sentimental conmigo ha terminado con un portazo en las narices.

Me escudé en el dolor por tanto tiempo que se me hice buena escondiendo lo que siento. Me alejé de mis padres, para que no vieran los residuos que había dejado la pérdida en su hija, odié el que me dijeran Annie o Ann, más que cuando era una mocosa, porque lo asociaba como lástima o compasión, me molestaba todavía más una vez que me enfrenté a la pena y la devastación del dolor, cuando tuve que perder mis sueños, deseos y esperanzas de ser feliz junto al ser más maravilloso que pude tener en mi vida.

Yo no estaba lista para despedirme de él, para dejarlo ir, lo quería en mi mundo, en mi vida y de la manera más cruel e inopinada estaba allí frente a una lápida fría en ese lúgubre cementerio diciéndole adiós a una parte de mí de la que no me podía despedir aún. Entonces respirar era como estar bajo el

agua, la vida me lanzó un misil obligándome a lidiar con mis emociones y mi aflicción de otra manera, ocultándome, creando una barrera. Mintiendo, fingiendo. Dejé de sentir pena por mí misma, de llorar por lo que la vida o el destino me quitaba, odié tanto estar viva enfrentando todo, que me aferré a ese odio imperecedero, asiéndome a él con tanta fuerza para tomar el impulso que necesitaba y salir del ardor, hui de lo que pretendía arrastrarme consigo a la luz, esa que no existía en mi vida. Me transformé en penumbra.

Dejé de llorar, quise ser invencible y me convertí en lo que no debía porque solo así, controlaba las emociones e impedía que alguien pudiera lastimarme. Siempre controlada, siempre altiva. Nadie podía ver lo que en realidad era, nada podía tocarme. Aun así, adentro, estaba rota. Muerta.

Ahora que empiezo a sentirme libre y me acerco a la luz, siento que voy en picada. Me siento perdida, mientras lucho sin querer, por encontrarme. No es culpa de Christopher, ni de Alexander, ni de algún humano, ni siquiera es culpa mía sentirme como me siento cuando estoy con Christopher.

Es miedo. Ese que se mantiene tras los muros que construyes para que nada te hiera. Porque el tiempo no aminora el dolor que no se vive mientras te saltas el duelo por la pérdida, el tiempo no se detiene, ni te protege, no te espera mientras te reconstruyes, él avanza y no puedes correr para alcanzarlo. Que el tiempo pase no aminora el miedo, ni arranca el dolor. Lo entumece más no lo quita, porque las heridas no desaparecen y dejan su cicatriz como vil recordatorio de que dolió y que haya cicatrizado no impide que sientas el ardor o que recuerdes qué la causó. Somos heridas con cicatrices, somos luz y oscuridad, miedo y valentía, somos todo y somos nada. Decidimos si avanzamos o claudicamos. Yo avancé, a mi modo, pero lo hice.

Con el tiempo aprendemos que el dolor y el miedo es parte de estar vivo, eso significa estar vivo. Miedo y dolor. Ambos fueron mis defensas en lugar de mis debilidades, así estuve hasta que llegó él irrumpiendo en mi vida con luz, calor, vida... Entonces el miedo laceró, atravesó mis hendiduras y se hospedó en la boca de mi estómago.

Y así ambos, el dolor y el miedo abrieron un agujero en mi pecho, alojándose en mi cerebro. Entonces me confundo, agonizo en el desierto, porque cuando el causante de mis desvaríos y diatribas emocionales aguarda en silencio como depredador, agazapado, esperando por mí en absoluto mutismo. Temo y anhelo como un famélico sus roces, su voz, su calor traspasar mi cuerpo cuando toma mis manos, cuando el calor abrasivo de su mirada se adentra en la mía, volviendo errante mi respiración, convulsionando mi alma.

¿Qué cree que hace, si se niega a dejarme sola, y me mira como si deseara algo más? ¿Cómo espera que me sienta cuando él me quema como una *supernova*? ¿Cómo debo sentirme si se desvive en hacerme sentir única en su presencia? Le da calor a mi mundo frío y amenaza con derretir el hielo que cubre mi corazón protegiéndolo del fuego que quema y devora.

Y me estoy confundiendo. Y me estoy deshaciendo. Me elevo y sé que por ley todo lo que sube ha de bajar, como ahora que me estoy cayendo y no hay nadie que me detenga en el camino a estamparme contra el piso. El problema no es problema hasta que aparece él en la ecuación y le sumamos el miedo que contrarresta con lo trepidante de este sentimiento.

Encrucijada



Estoy tomando un baño cuando el teléfono residencial comienza a repicar. Sé que lo más probable es que sea mi madre.

«No puede mantenerse fuera de contacto». Recuerdo que tampoco la he llamado desde que me reincorporé al trabajo.

Cierro la llave de la ducha y salgo, envuelvo mi cabello en una toalla y mi cuerpo en otra, voy a destilar agua por la madera del piso, pero debo atender antes de que mamá colapse las líneas telefónicas, llame a la policía o los bomberos para que vengan a derribar la puerta del apartamento. No sea que haya perecido en el sueño.

—¡Mamá! —contesto sin molestarme en ver el número en el identificador.

—*¡Annabelle Esperanza!* —exclama ella en alivio.

—Aquí estoy, *mamma* —digo poniendo los ojos en blanco.

—*¿Cómo ha estado tu día de trabajo? ¿Te has sentido bien?* —inquire sin ocultar su preocupación.

—Sí mamá, todo ha ido bien y no he tenido mareos, ni dolores de cabeza.

—*Estás hablando raro, has agarrado el virus de la gripe* —dice ella dejando implícito que vuelve a estar preocupada.

—Mamá no tengo gripe, es solo que estoy agotada y estaba dándome un baño.

—*Está bien. Solo quisiera que te acordaras más de llamar a casa y decirnos cómo estás. Antoniette lo hace, ¿por qué no puedes hacer lo mismo?* —hay un reclamo implícito.

—Lo siento, *mamma*. Prometo ser más considerada —lo digo con franqueza. Dejaré de ser una especie de aislante para las personas que quiero y me quieren.

»Ahora debo dejarte y regresar a la ducha, de lo contrario si me dará gripe —sonrío.

—*¡Dios te Bendiga! Cuidate mucho y recuerda que te amamos —agrega ella con una nota melancólica.*

—Saludos a papá, mamá. También los amo —digo y siento un nudo formándose en mi garganta.

«¿Qué demonios pasa conmigo hoy que estoy tan llorona? Ya me parezco a María Magdalena...»

Doy la bienvenida a la reinventada Annabelle, reinventada o renacida de las cenizas, de los vestigios infortunados de la vida. Y traigo conmigo a la tonta sentimental que siempre he sido. Lo que resta de día lloro como una desconsolada, siento morir, vuelvo a sentir y reconozco que me duele estar viva.

Y es él. Christopher, quien me ha devuelto a la vida. Así que, ¡bienvenido el maldito dolor!



El martes he ido al médico para retirar mis puntadas antes de llegar al trabajo. Me reúno con JP para un almuerzo y terminamos hablando de sus aventuras en Europa y la novia que tuvo durante un año, a la que creyó amar y que por razones que él se negó a decirme terminaron dejándose. Todo lo cuenta con una naturalidad que me descoloca. Sin embargo, no lo juzgo. Respeto que no quiera desglosar su vida ante mí, le doy su espacio y tiempo.

Al llegar a casa por la noche, observo que en mi contestador hay mensajes. Mi perversa ilusión espera que sea una llamada de Christopher. Son dos, así que escucho la primera, es solo silencio. Sin embargo, percibo una respiración, lo que no sé, es si ha sido adrede. Paso de ella y con una renovada esperanza me dispongo en oír el siguiente, es la misma respiración. Asumo que es un idiota sin oficio, de esos a los que les gusta hacer llamadas para molestar, elimino los mensajes y decepcionada voy a darme una ducha para luego cenar.



Es miércoles y salgo del edificio por la puerta de enfrente, donde me espera un taxi que han pedido en recepción. Añooro mi auto, de verdad, en esta ciudad es muchas veces necesario. También extraño a... no. Cancelo el pensamiento justo cuando me subo al Uber y doy la dirección antes de arrepentirme y declinar a mi propósito de alejarme de él. Lo haré, al menos hasta que descubra qué es lo que siento, si atracción o un sentimiento más profundo. Sobre todo, cuando reúna las fuerzas suficientes para verlo sin sentir que me tambalea el mundo y pueda dejar de sentirme estúpida al sentir esperanza de que ambos estuviéramos sintiendo lo mismo.

Busco entre mi maletín el teléfono celular, para revisar a través de las redes sociales, que ha pasado en el mundo. Leo algunos enunciados de *CNN* en español y luego desvío la atención en el pronóstico del clima que por estos días anda variante, resulta extraño tomando en cuenta de que estamos a finales de abril, y las lluvias pronto comenzarán. Mis días transcurren en un ir y venir sin nada importante que acotar, incluso los noto aburridos y monótonos. Son vacíos y grises sin Drummond en ellos. Camino en más de una ocasión hasta la estación del metro, me reúno con Paula y Yamila para ir de compras, esa fue una excusa, —pero necesaria—. En Yamila noto un cambio considerable, está más distraída, menos sonriente, incluso se le ve circunspecta, ensimismada, supongo que las cosas no andan demasiado bien con Tony, él a pesar de ser una constante, logra ser una variante en mi amiga, una no muy buena.

La tarde del jueves, entra una llamada a mi oficina, Silvia se encuentra en su hora de almuerzo así que la tomo.

—¡Buenas tardes!

—*Buenas tardes, una llamada para la señorita Parisi. Es del Corporativo Drummond. —es la voz suave y amable de una de las recepcionistas de la compañía del innombrable.*

Mi corazón late con la fuerza de mil huracanes y los nervios se despliegan por mi estómago como aleteos de

mariposas contenidas en un recipiente.

—Con ella habla —repongo.

—*Señorita, Parisi es para informarle que esta tarde pasará uno de los choferes del Corporativo por usted para hacerle entrega de su nuevo auto. —me informa.*

—¡Oh! Creí que llevaría más tiempo. —admito, me había olvidado por completo del seguro y de mi automóvil, centrada en mi drama existencial dejé todo en manos de Christopher—. No entiendo por qué requiero de chofer, yo paso por él esta tarde. —trato de mediar, de modo que no haya nada que me aleje de la premisa de mantener distancia de Christopher.

—*Las órdenes han sido muy explícitas, señorita —dice ella muy cordial.*

Claro que las órdenes han sido explícitas y sé quién las ha dado. «El todopoderoso de Christopher».

Durante estos días no lo he visto, ni ha intentado comunicarse conmigo y al parecer quiere permanecer tan lejos de mí como pueda cuando no es capaz ni siquiera de llamarme para decírmelo.

«Un momento». ¿Y no es eso lo que has querido durante todo este tiempo, recuperar tu autonomía e independencia? Con tu automóvil la tendrás de vuelta. Claro que lo más probable es que él haya movido influencias para que me lo entregaran más rápido.

Eso de cierto modo, reafirma mi suposición. Él no desea estar cerca de mí. Un ardor distinto al sentido antes, amenaza con encender la llama en mi pecho. Respiro hondo.

—Está bien. ¿Podría decirme la hora por favor? —digo con resignación, reconozco que buscando ese subrepticio sentimiento que se genera al sentirlo cerca y que a conciencia he buscado desplazar. Tal vez, Erick tenga algo más que decirme.

—*5:30 p. m. —responde en el mismo tono cordial que ahora me incomoda, pues parece una burla a mi estado de ánimo.*

—Esperaré. Muchas gracias.

«Manipulador, controlador, compulsivo y tan indeciso. Ahora te apartas como si no hubiera pasado nada».

Debo estar a las dos de la tarde en los tribunales, por uno de los casos que llevo sobre un divorcio con solicitud de paternidad completa, sé que va a ser fuerte pues la madre está luchando contra un hombre poderoso, quien en más de una ocasión ha salido bien librado ante la ley debido a los favores comprados con su dinero.

Luego de la audiencia, me reúno con la fiscal a cargo de atención a la víctima para uno de los casos pro-bono que llevamos en el bufete, se trata de una cliente cuya hija está siendo víctima de maltrato y se niega a reconocer y denunciar. La preocupación asciende porque están involucrados menores de edad. Conllevando a que me den fuertes dolores de cabeza. Se supone que las madres deben proteger a sus hijos. ¿Por qué es que no lo hacen? Lo más razonable sería que en el primer momento en que tu pareja empieza a maltratarte tanto verbal como físicamente, solventaras las cosas, poner fin antes de que empeoren. Se supone que es activar el mecanismo que permite que te coloques a salvo. Se supone que, como madre, has de colocar primero a tus hijos no a tu esposo.

Estos casos parecen asediarme, mas, nunca he podido decirle que no a uno de ellos, parte de la razón por la que me preparé en esta carrera, se debe a que siempre quise hacer algo más por quienes lo necesitaban. Así que, respiro y trato de ver todo esto como un desafío y una manera de demostrar cuán tolerante puedo ser, inclusive condescendiente, todo sea por el bien de quienes no pueden defenderse. Manejando todo con medida para que luego la madre no vaya a retirar la denuncia. Es aún más caótico porque ya tuve un caso similar en el que mis nobles propósitos fallaron de modo estrepitoso. Trato de ignorar ese amargo recuerdo que traen consigo interrogantes que me perturban. Ese hombre aún sigue suelto y sobre nosotras se cierne una amenaza peligrosa. Una que tratamos de ignorar a conciencia.

—Es demasiado frustrante —digo de mal humor.

—Lo sé. Créeme, amiga. Estas fotos del forense no dejan lugar a dudas de que ese tipo es una bestia. —Pau agrega en el mismo tono molesto.

—No sé en qué piensan estas mujeres. Debo ser precavida en todos los sentidos. Tras lo ocurrido en el pasado, no quiero involucrarme en esto. Estoy haciendo una excepción porque no puedo permanecer inmutable ante esto. Es tan simple como que, no lo tolero —mascullo displicente.

—Lo sé cariño, para eso le brindaremos asesoría conjunta e insistiremos en la terapia de ayuda. —ella me asegura.

—Podríamos recomendarle que conviva con las mujeres de la fundación “No más silencio”, no sé... quizás pueda apartar el temor a esa pseudoprotección que cree tener. —le recomiendo a mi amiga. Antes hemos trabajado con la fundación y ha resultado de gran ayuda.

—Es ideal, después de todo la terapia podría recibirla en el centro, por otro lado, el organismo protector del niño y adolescente intervendrá para el bien de los menores involucrados. —ella se muestra optimista al igual que la fiscal.

—Espero que eso último no ocasione un retroceso en esto y ella no se retracte por temor a exponer a sus hijos. —murmuro—. Te juro que ahora me siento como Olivia Benson, seguro me tocará convencerla de que continúe con esto hasta el final.

—Es la parte más ardua de nuestro trabajo, a veces luchamos por proteger a quienes no pueden y otras, a quienes no quieren.

—No sé, cómo le hacen para lidiar con esto cada día y no perder los estribos, ni la fe en la humanidad —le digo mirando las fotos.

—Esto no se va a casa conmigo, Ann. —mi amiga es enfática.

Minutos después me marchó, no sin antes decirle que ha aparecido el truhan de mi primo y toda la escena que armamos delante de Christopher. Sonrió a medida que hablo, aun cuando aquel amargor en la boca del estómago es el

recordatorio de que han pasado días sin verlo y perderme en el hermoso verdor de sus ojos.

Soy una maldita masoquista.



Me erijo en el asiento y Silvia entra en la oficina con un jugo de naranja.

—En vista de que detestas el té —dice ella con una sonrisa.

Le sonrío con pesar—. Gracias.

—Ha sido un día difícil —no es una pregunta, lo sé, por lo que asiento.

Le entrego los últimos avances que he realizado en el caso más pendiente que tengo para que ella haga lo suyo y le pido que solicite a la asistente de apoyo en lo que requiera. A decir verdad, quisiera vaciar mi cerebro y acostarme, doy otras instrucciones y antes de salir me dice:

—Ya me iba sin decirte. —Recuerda antes de marcharse—. Tu hermana ha llamado, quiere que la llames, se oía muy alegre.

—¡Oh! Sí. Ese es su estado natural, efervescente. —le digo.

«¿Qué estará pensando esa cabecita loca?».

—Son las 5:30 p. m. —me recuerda.

—¡Ah! Sí. Debo ir a buscar mi carro, después de todo no ha tardado tanto el que me lo entreguen.

—Me extraña que no te hayan dado un auto, la aseguradora debe proveértelo hasta reponer el nuevo. Ya sabes, política de la empresa —acota. Es entonces que me doy cuenta de cuán largos son los tentáculos de Drummond.

«Idiota».

—Supongo que ha sido porque he dejado todo en otras manos. —respondo para no sentirme más estúpida de lo que ya

me siento.

Tomo mi chaqueta corta color violeta y me arreglo, retoco mi maquillaje para luego peinar mi cabello. Y a quién pretendo engañar, estoy nerviosa, un simple estallido en cualquier lugar por el que pase hará que me sobresalte de muerte. Camino y sé que mis tacones resuenan por el lobby cuando salgo del ascensor.

—Annabelle, feliz noche —César me sorprende con su entusiasta despedida, al menos hoy no lo noto retraído o preocupado.

—Igual, César. ¡Hasta mañana!

—¡Señorita Parisi! —una voz áspera atraviesa la brisa estival.

Me giro para encontrarme con un hombre mayor de unos cincuenta años, mirándome con una sonrisa cordial, presenta calvicie porque se pueden ver sus entradas y el cabello ralo, lleva una pequeña barba incipiente en forma de candado.

Le sonrío afable.

—Soy Martín. He sido enviado por el Consorcio Drummond —se presenta extendiendo su mano con cordialidad.

«Vaya, es enviado por el Consorcio Drummond y no por Christopher», bufo en mi interior.

Asiento. Camino hacia el auto guiada por el chofer designado para la encomienda del señor *Todopoderoso*. ¿No pudo enviar a Erik para sentirme menos incómoda? Mi consciente que parecía entumecido y olvidado hace su movimiento austero.

«¿A quién crees que engañas? Erick servía para intentar sonsacar cualquier información. También mantenía un hálito de esperanza de que él se presentara».

Bueno, tampoco es que el hombre sea un libro abierto, no creo que dijese más allá de lo que consideraba debía saber, siendo permitido por Christopher y respetando las normativas de ley impuestas por su jefe, está demás decir que no

quebrantaría su estricta confidencialidad, pero de algo me serviría ser abogado, sino sería un fracaso en esta profesión. Lo que me lleva a pensar: «¿Les hará firmar contrato de confidencialidad a todo su personal?».

La atestada ciudad lo que provoca es que me tense en el asiento, muchas veces me he sentado en uno de los carros de Christopher y el hecho de hallarme en uno, quizá por última vez me hace sentir nostalgia y rabia, la misma rabia y confusión de hace unos días atrás. Adoro esos ojos verde esmeraldas y como a veces dependiendo de la luz cambiaban a un verde cálido de otoño.

Estoy en las puertas de la oficina del concesionario, Martín aún me acompaña. Soy recibida por una joven diría que, de mi edad, de cabellos rubios ensortijados, delgada y de grandes ojos cafés con largas pestañas, es muy amable y me pregunto si alguna vez Christopher la habrá visto y cortejado.

Eso me lleva a otra cosa, en casi el mes que llevo de conocerle no he oído nada referente a su vida privada, íntima y sexual, quizá debería recurrir al internet después de todo, ha de haber una foto por allí en el ciberespacio.

«Acosadora... No harás eso Annabelle. Para con esto, ahora». Me regaño. Bien dicen que quien busca encuentra. Y lo mejor es que me abstenga. Por otra parte, porque nada me gustaría más que conocer de su vida lo que él esté dispuesto a compartirme.

—Solo debe firmar aquí debajo. —dice la mujer sacándome de aquellos pensamientos voraginosos y turbios, mientras coloca los papeles frente a mí.

—¡Está bien! —respondo apenada por mi falta de concentración. Me entrega un bolígrafo y firmo luego de que leo los papeles.

—Su seguro se ha renovado —me informa, Adela. Esta vez me centro en ella y la información que me da. Sé su nombre no porque recuerde cuando me lo dijo, sino porque lo he visto en el carnet que cuelga de su cuello.

He firmado todo y me entregan el juego de llaves de mi carro, estoy agradecida por tener mi nuevo Camry, tuvieron que dármele nuevo porque había daños irreparables, debo decir que, estuve pensado en cambiarlo, no obstante, la crisis económica en el país ha golpeado con fuerza y he declinado a mi propósito, después de todo, lo importante es que al menos tengo en que trasladarme y hacer mis diligencias.

Busco a Martín rauda con la mirada y lo encuentro con su vista en mí, camino hacia él para agradecerle y liberarlo de su encomienda y vaya, odio ser una o parte de ella. Cuando llego lo veo que toma su celular y está hablando con un tono de voz más formal, no hace falta ser adivina para saber de quién se trata, aunque prefiero esperar y no permitir que mi mente divague o fantasee.

—Sí, señor. Todo está bien —es lo único que logro escuchar, antes de que cuelgue.

—Señor Martín, puede irse, ya me han hecho entrega de mi auto —le informo afable.

Él me devuelve el gesto y con asentimiento de cabeza se dirige hacia el lado del conductor, para irse sin decir nada.

«¡Bendito Christopher! Me quito el nombre si no era él al teléfono, no quiere hablar conmigo. Bien que se vaya a la...»

Respiro profundo y con disimulo, no quiero que se me note lo mucho que me afecta su indiferencia, que yo lo haga es una cosa, que me la hagan y sobre todo él... me exaspera, de cierto modo solo él ha logrado hacerme sentir tanta rabia que, si bien me resulta revitalizante, pues ahora es una muestra de que no soy un robot o un témpano de hielo, siento que estoy suspendida en medio de la nada.

Una hora y media más tarde he llegado al estacionamiento del edificio, feliz de ocupar mi puesto de siempre, aunque continúo molesta por la eficiente indiferencia de Christopher.

¡Vaya! Esta vez sí que se ha dado de interesante.

Un auto está entrando al tiempo que cierro el mío y coloco la alarma. Decido pasar del ascensor directo hacia mi piso y

camino hacia las escaleras para llegar al *hall*, saludo a Braulio quien hoy se ve algo atribulado.

Intercambiamos unas palabras y me informa sobre una junta de inquilinos y propietarios del edificio, seguro para discutir asuntos triviales. Como si el mundo y los que vivimos en él no tuviéramos suficientes problemas. A su vez, me hace entrega de un sobre de manila que solo tiene escrito mi nombre en él. Sin remitente. Lo miro sin tanta curiosidad, después de todo podría ser una miniempresa que ha dejado un menú con los servicios que presta. Algo de emprendedores.

Tomo el comunicado junto al sobre y camino al ascensor, presiono el botón y veinte segundos más tarde este se abre, revelando una pareja muy vistosa que hace tambalear mi interior. Es una mujer, alta de cabellos rojos como el granate, hermosamente cuidado, largo y ondulado, con unos labios carnosos acentuados en rojo pasión y ojos verdes, tanto como los de él.

«¡Christopher!»

En mi cerebro se repite su nombre sin cesar, siento como si hubiera sido golpeada justo en el centro del pecho, comprimiendo el aire en mis pulmones y aminorando el flujo de sangre por mis venas. Ambos me ven, lo sé y lo percibo en cada poro de mi piel que palpita frenético, aun así, solo puedo fijarme en lo inmaculados que están uno al lado del otro. Lo perfecto que se ven, son hermosos por separados, juntos aún más.

«Los ángeles caídos se han escapado del fuego del infierno y han ascendido a la tierra para opacarnos con su hermosura».

No sé si mi boca se abre hasta caer al piso, o si estoy moviéndome hasta la caja que acabará con devorar mi cordura. Me coloco al frente de ellos dándoles la espalda, porque algo que no haría, sería apabullarme al fondo del ascensor pegada contra la pared.

He visto bien su rostro antes de entrar. Inmutable, no ha mostrado un solo gesto que indique sorpresa ante mí, pero se ve hermoso en ese traje, aunque lleva la corbata floja en su cuello, y ella una falda entallada hasta las rodillas con una

camisa de seda azul celeste, marcando su figura de reloj de arena y largas piernas.

«¡Maldición! ¿Por qué quiero llorar?».

Necesito que este ascensor vaya más rápido que de costumbre. A la vez ayudaría si tan solo se bajaran antes, así yo podría respirar, dejar de fingir control y ecuanimidad que en estos momentos están a un paso en falso de caer al precipicio.

Mis ojos arden, por lo que vuelvo a hacer énfasis en el control. Me repito como mantra que todo está bien, que no voy a llorar.

«No eres débil Annabelle. Eres fuerte como la roca, eterna como el tiempo». Solo me cuestiono, por cuanto tiempo.

Siento el alivio cuando se abren las puertas, y apenas sucede cuando ya me he lanzado fuera de esa horrible caja de metal y me sorprende a mí misma deseando que se caiga el ascensor con ellos adentro.

«No... cancelalo, eso no es lo que quieres... Quieres a ese idiota, lo quieres de vuelta».

Me quito la ropa porque siento que me sofoca, necesito un baño. Sí. Un baño que me calme, porque me estoy bombardeando con pensamientos de ellos dos juntos en su *penthouse*, poniendo en práctica todas las posiciones del *Kama Sutra*, o dejándose llevar por las prácticas tántricas.

«Eso te hace daño, Annabelle».

Quiero tirar algo y romperlo, quiero botar toda esta rabia. Me sumerjo en la bañera hasta el fondo, quizá si me concentro en respirar para no ahogarme, deje de pensar en ese par.

Ahí está la respuesta a tu pregunta ¿Que creías gran ilusa que un hombre como ese, no tendría vida privada, viviría en celibato hasta que te conociera? ¿Cómo puedes ser tan estúpida? De seguro las mujeres le caían rendidas a los pies y tendría que quitárselas a sombrerazos. Además, ¿cómo podría yo competir contra ella?

Soy normal, no soy fea, tampoco la más bella, entro en el común denominador a no ser por mi piel que parece necesitada de vitamina D, del resto mis cabellos son castaños y ondulados sin control, por completo rebeldes, no tengo enormes, ni largas y sensuales pestañas, mis ojos son pequeños y marrones, mi rostro ni siquiera yo podría describirlo bien, pues es ovalado, no tengo pómulos pronunciados y mis mejillas exhiben esas pequeñas, aunque visibles venitas que se ven aún más cuando no llevo base o maquillaje.

Aun así, Alexander se había fijado en mí y me hacía sentir hermosa, era “bonita” más no hermosa y siempre le maravilló mi piel, porque era suave y mis rizos siempre le encantaron, para él tenían ese aire rebelde que imperaba en el fondo de mi ser, decía que podía verse mi inocencia a través de la mirada, así como si estaba furiosa o curiosa. Amaba ir a verme cantar en las misas de domingo, le gustaba el sonido de mi voz algo aññada que al cantar parecía tan angelical como tímida.

Me reía porque en verdad cuando me tocaba hacer los solos, me situaba detrás, donde pocos me miraran cuando lo hiciera y así no coartarme.

—Alexander. Eras mi centro, mi mundo y mi todo. ¿Por qué nos tocó tan corto tiempo? De estar tú conmigo, no estaría yo aquí, ni hubiera conocido a Drummond, ni me sintiera como adolescente que no sabe qué hacer con lo que siente.

Sí. Pero nada es perfecto.

«Me compraré un perro, gigante que muerda a los granujas y cautivantes peligrosos antes de que sea tarde».

Y Todo Explota en tu Cara



Viernes

¡Qué felicidad, ya es viernes! Soy todo sarcasmo, la verdad es que no sé qué haré este fin de semana, nunca planeo más allá del viernes. Sin embargo, ya que me he establecido volver a la vida, he de continuar con mi plan.

—¡Bien! Debo hacerlo —musito.

Me visto con un pantalón negro ajustado y una camisa azul rey con chaqueta negra dando un toque formal, combino mi atuendo con unos zapatos tipo botín negros a la moda, punta delgada y unos cinco centímetros en tacón aguja. El azul, siempre va bien con mi piel y el negro calza con todo. A decir verdad, no me siento a pensar demasiado.

Pido el ascensor una vez que desisto de las escaleras, aun cuando sería muy desagradable encontrarme a la «linda parejita de la noche anterior» oliendo a jabón o gel de baño, ella de seguro con los cabellos húmedos por la ducha de esta mañana después de haber pasado la noche retozando como bestias salvajes en la cama de Drummond.

Entro altiva y con los lentes *Gucci* puestos, porque las ojeras evidencian que no he dormido un coño. Casi me ahogo en la bañera anoche porque no pude concentrarme en respirar y mis pulmones comenzaron a quedarse sin aire.

Subo al ascensor agradeciendo ir sola. En el décimo piso sube la señora Ferris, con uno de sus *poodles* enanos.

—Buenos días, Annabelle querida. Qué bueno que ya te encuentres bien —dice con su voz de vieja encopetada y pomposa.

—Buen día, señora Ferris. Gracias —le respondo con una sonrisa.

—Eres una chica muy fuerte. A Dios gracias no ha sido grave.

Si muy fuerte, al menos alguien cree mi mentira.

—Gracias a Dios —coincido con un asentimiento.

—Fue un placer verte, querida —ella se despide con un beso que no llega ni a rozar mi mejilla y su perro da vueltas a sus pies ansioso por salir del ascensor a la planta baja.

Llego al estacionamiento, las personas están comenzando a ocupar sus autos así que todo es un disonante caos de alarmas.

Coloco mis lentes encima del carro mientras busco a tientas las llaves dentro del bolso. No sé por qué todo lo que debería quedar arriba simplemente cae al fondo de la gran cartera.

Estoy rezongando, mascullando y algo apresurada por salir antes de toparme de nuevo con Drummond y su acompañante. Pero claro, a veces no es suficiente la petición de clemencia, pedirle al verdugo que mueve los hilos del destino que sea indulgente o cuando mucho benévolo. Y en algunos casos mientras más pides de ella, más tiende todo a explotar en tu cara.

—¡Oh! Recuerdo tu gran fanatismo por las motos —dice una voz edulcorada y sensual.

—Tengo una que he adquirido a finales del año pasado —y es así como después de días, escucho de nuevo su voz. Acelerando cada fibra de mi cuerpo incluso mi alma.

—Bendita llave —murmuro entre dientes. Mi impaciencia se incrementa porque quiero salir antes de verlos juntos.

«¿Qué acaso mi vida no ha sido una especie de purgatorio?» Pienso con enojo.

—Ya tienes que mostrármela y llevarme a un paseo en ella —sus voces se aproximan y sé que su auto está a unos cuatro puestos del mío.

Quizá haya traído su carro la mujercita.

«Sí, claro, eso es lo que deseas como si fuera hacerse realidad. Si quieres búscate una lámpara mágica y la frotas a esperas de que salga un genio».

«¡Mira, que las vacas vuelan!»

—Es probable que la veas —acota él con su toque seductor. De entre tantas personas, su voz sobresale por encima del resto y causa ese efecto anhelante y a la vez sicalíptico en mí.

Por fin encuentro las llaves, me apresuro a quitar la alarma y abrir el carro, tomo los lentes y cometo el error, el grave error de voltear la vista justo cuando él avanza, así que no puedo evitar caer en el enigma de su mirada. Hoy como de costumbre está para devorarlo entero, no miro a su acompañante ya que su imagen me torturó toda la noche, e imaginarme las expresiones que han de haber tenido sus caras mientras copulaban me martirizó por completo. Trato de parecer impasible, miro como pasa la mirada de su acompañante a mí, ella lleva otra muda de ropa.

«¡Oh! Por Dios. ¿Desde cuándo duermen juntos?». No puedo evitar sentir como mi rostro pasa de impasible a perturbado.

Se detiene y abre su boca para decir algo, no sé si a mí o a ella, tampoco me quedo para averiguarlo. Me pongo los lentes y doy la vuelta para entrar al carro.

Tiro la puerta enojada y a propósito, menos mal las gomas están nuevas y el golpe es amortiguado, claro que hizo eco en el estacionamiento. No obstante, es el eco de mi corazón rompiéndose de nuevo el que me distrae, ¿desde cuándo ha vuelto a doler diferente? Esta sensación me abruma, me pierde, me carcome y arde como si se reavivaran las flamas de algo casi extinto.

Espero que pasen y desato mi rabia con sonoros golpes al volante, mis manos terminan adoloridas.

—Pero quizá el dolor te quite lo pendeja —me reprendo.

Vuelvo a regañarme y los ojos me arden, soy una estúpida llorona. Por primera vez en mi vida estoy considerando irme de fiestas y beber hasta no recordar mi nombre, saber que mierdas se siente hacer eso, no importa el precio que deba pagar al día siguiente con la resaca. Esta necesidad de depurar

mi sistema de su aroma, su risa y aquellos ojos hechiceros. Todo lo que me recuerda su existencia.

—Annabelle, buen día —Silvia me saluda como de costumbre.

—Buen día, Silvia —entro a mi oficina y ella me sigue.

—He dejado el expediente que llegó muy temprano esta mañana, al parecer es importante, requiere de una revisión y trata de un divorcio cotizado —dice ella con pesar.

—Genial. La guinda para el pastel —mascullo. Mientras dejo mi cartera en el perchero detrás de mí.

Por primera vez miro bien a Silvia y en su rostro atisbo que este caso en particular viene con muchas joyas implícitas. Respiro hondo y dejo caer mis hombros.

Abro el folio frente a mí, y no puedo evitar que mis ojos se abran casi saliendo de sus órbitas.

—¡Qué demonios! —farfullo.

—Lo sé, exigen total confidencialidad —me informa—. Te esperan en la sala de juntas dentro de media hora.

—Es imposible que en media hora me empape por completo de esto —murmuro con aspereza.

—Lo sé, al parecer es bastante grave y tocará que trabajes con un ejército.

—Es un escándalo. Se supone que solo me dedico a los divorcios, para evitar todo este drama —le digo—. Esto implica a un político. Ni es mi ámbito.

Apoyo los codos sobre el borde del escritorio y mis manos son un puño que presiono en mi frente, mientras cierro los ojos, respiro y me preparo a consciencia para un día caótico. Sé que mi mal genio no se debe a este inusitado sino a ese idiota de Christopher Drummond, puedo con lo que sea, me preparé para esto. Este trabajo es lo que soy. Aunque es más que obvio que los dramas me persiguen.

—¿Me traes un café, por favor? —pido sin alzar la vista—. Bien dulce —murmuro.

—Enseguida —Silvia sale y me concentro en el expediente.

Es todo un escándalo lo que tengo en mis manos. Un reconocido político encontró a su esposa con un amante en un hotel reconocido de la ciudad y sin poder contenerse golpeó al sujeto, una reacción lógica. Ahora estaba enfrentando una demanda por parte del amante de su esposa coludido con ella, quien exige el divorcio, una compensación, la custodia completa de su único hijo y una pensión de por vida si no quiere un escándalo a mayores donde alegue que él la maltrató durante el matrimonio y que el otro hombre solo la defendía de un ataque de su marido.

¡Menuda joyita!

De ser cierto, su vida política terminaría sin remedio y la sociedad lo acusaría, aunque todo parece un trato codicioso para la mujer. No apoyo la violencia venga de la dirección que venga, así como tampoco estoy de acuerdo con quien usa armas tales para conseguir lo que desea. Si ella quisiera denunciarlo lo habría hecho sin amenazas, ni exigencias y seguro ganaría mucho más.

La mente humana pocas veces trabaja correcto o prolifera por encima del dinero. Silvia entra con mi café y continuo la lectura para saber qué hacer o qué decir en la junta.



—Annabelle, ¿cómo estás? Siéntate por favor —Félix, mi jefe y uno de los accionistas mayoritarios se nota ansioso al hablar. Lo acompaña Hernán quien al verme sonrío asintiendo con la cabeza.

—Félix sé que me tienes en alta estima, ¿pero no crees que este caso pueda ser una especie de ruleta rusa para nosotros como bufete? —comienzo diciendo.

—Sé a lo que te refieres. Luciano Albornoz es un amigo de la familia, por años hemos tenido una fuerte relación de amistad. Y este bufete lleva muchos de sus negocios. Sé que

representa un gran reto, aunque también es una reivindicación tras lo ocurrido hace un año.

Y ahí está, la guinda del pastel. Un caso lava al otro. Aunque el otro haya tomado una vida. Respiro hondo sin apartarle la mirada.

—Sabes que, si golpeó a su esposa, aunque haya sido llevado por el coraje y la rabia, no podrá ser absuelto por las leyes y menos por la sociedad, ¿cierto? —le recuerdo.

—No nos importa si es culpable o inocente —Hernán me recuerda. Se gana una mirada de reproche por mi parte.

—Pues, espero que sea inocente, porque esto pondría en dudas que el incidente anterior de hace un año estuvo viciado por la firma y que tenemos una doble moral en cuanto a estos casos —murmuro para mí misma.

—Su padre, fue quien me lo solicitó bajo confidencialidad. Luciano se niega a negociar con su esposa y, ¿quién no lo haría en su sano juicio?

—Eso es muy elocuente si nos apegamos a las emociones humanas —alega Hernán. Se nota que va tras el nombramiento como socio nominal de la firma.

—Creo que lo mejor que puede hacer es ceder ante el chantaje de su mujer. Ella lo tiene en sus manos y seguro hay testigos, entre ellos su amante quien viendo el queso a la tostada no dudará en avalarla, aunque pueda ser falso —establezco mi punto.

—Ahí entrarás tú, Annabelle —se refiere, Félix.

—Cualquier paso en falso y esta mujer hunde la carrera del hombre por un solo fallo —Hernán asiente.

—Tal vez haya ciertos tecnicismos en los que apoyarnos para disuadir a la mujer —Félix insinúa con su mirada inquisitiva.

—Es muy posible. Además, ella necesitaría de pruebas para demostrar que lo que dice es cierto. También te digo... si es cierto que es un agresor, no tendrá mi defensa. No puedo

hacerlo después de lo sucedido hace un año —soy inflexible y repunto con el tema que ya con antelación él ha mencionado.

—Confía en mi criterio, Annabelle. Luciano es inocente. —Félix insiste—. ¿Aceptas?

¿Por qué amaré tanto los retos? Sé que, si es culpable, no podré dejarlo tan fácil.

—Lo haré. Jamás digo que no, debemos prepararnos para cualquier eventual sorpresa. —advierdo y salgo de la oficina.

A media mañana me toca salir a atender un caso de divorcio con violencia intrafamiliar en los tribunales, esta vez hay una asistente social y una abogada de lo penal. El caso lleva agravante. Se supone que divorciar a las personas es algo más sencillo, no comprendo como soy un imán para esta clase de separaciones con violencia de género. Admito que también acepté los divorcios porque algunos o pretendía que la mayoría fueran divorcios exprés, por mutuo acuerdo. Claro que eso sería como pedirle peras al olmo.

Cuando llego un poco más de las dos de la tarde a la oficina, el olor a rosas golpea mis fosas nasales al entrar. Hay un enorme arreglo floral sobre el escritorio con dos docenas de rosas blancas y azules junto a aves del paraíso.

Respiro profundo porque si son de parte de quien creo, voy a tirarlo a la basura ya que no puedo lanzárselo a la cabeza.

Hay un sobre violeta con una sencilla tarjeta azul rey dentro y una nota escrita a manos por su emisario.

Te he echado de menoS . . . Lo siento

Al parecer todo se ha salido de nuestras manoS . . .

C.D

Cena conmigo

—Cenarás con tu abuela —murmuro. Rompo la tarjeta que va a parar al cesto de la basura y llamo a Silvia para que me ayude con el enorme ramo.

—Saca esto de aquí —le digo decidida.

—Pe-pero Annabelle, está hermoso —responde ella estupefacta por mi impulsiva actitud.

—Sí, pues quédatelo, regálalo, tíralo a la basura, no quiero verlo de nuevo. A partir de hoy soy alérgica a las rosas de... —me detengo antes de decir su nombre, porque puedo arrepentirme.

—¿Y... qué digo a quien te la envió? —inquire ella.

—No creo que llame y si tiene las bolas para hacerlo, dile que se murieron como a quien se las envió.

Tras decir aquello, observo que tiene el teléfono cubriendo la bocina. Abro mi boca y se lo arranco de las manos en un arrebato de malcriadez. Lo descubro a la vez que digo—: Ya oíste. Soy alérgica a las rosas, aves del paraíso y a las plantas en general —cuelgo.

Silvia me observa cautelosa, como si temiera a que le arrancara la cabeza igual que lo hiciese la reina roja de Alicia en el país de las maravillas.

Minutos después estoy sola y mi celular empieza a repicar como loco. Miro la pantalla, es Christopher, en unos minutos tengo llamadas de su celular, así como de sus oficinas. Presiono en la pantalla “ignorar” en cada una.

A las cuatro y media de la tarde, estoy más calmada, aunque el arreglo sigue en el escritorio de Silvia.

Llamo a Antoniette y le pido que planee algo bueno para esta noche, quiero divertirme, es eso o morir dentro de mi apartamento con pensamientos sobre las torrenciales noches de pasión y sexo de Christopher con su amiguita.

—*Seguro que Jean Piero querrá unírse nos* —deduce ella emocionada.

—Buena idea —admito—. Yo lo llamo —estoy animada, por lo que decido que mientras más personas asistan mejor. Por otro lado, sé que mi primo estará encantado y se resarciría por haberme dejado plantada el día que quedó de ir a mi departamento.

Acabo llamando a Yamila y a Paula, ambas están de acuerdo con el plan.

—Hoy seré irracional —le aseguro a Jean quien se carcajea—. No te rías estúpido —lo acuso.

—*Es que tu siendo irracional, es como esperar que llueva de abajo para arriba, Annabelle* —se mofa.

—Tonto. Cualquiera diría que nunca me he divertido —rezongo.

—*A ver Annabelle, dime la verdad. ¿Por qué estás en modo Annabelle “el origen”?* —pregunta haciendo alusión a la película de la muñequita diabólica.

—No estoy en modo nada, quiero salir a bailar y ya. —enfatico con fingida indiferencia. No queriendo que el indague o adivine mi estado de ánimo real.

—*¡Quién no te conozca que te compre! Las veces que has salido con esas ideas de última hora, es porque estás mal* —me asegura. Lo odio.

—No siempre Jean, solo quiero que me digas si vas o no.

—*Claro que iré... eso sí, lleva a alguna amiga atrevida. Que esté dispuesta a todo* —añade lascivo.

—Tu siempre buscas mojar el churro, nada más —lo acuso, estoy a punto de increparlo como párvulo, cuando paro en seco al ver el auto de Christopher aparcado enfrente del bufete.

«¡Bendito Hombre!»

Encontrando la Fisura



Algo me decía que no se quedaría con mis negativas.

Lo ignoro de nuevo y me dirijo al estacionamiento del edificio. Termino la llamada sin despedirme del descocado de mi primo y camino intentando amainar la tormenta interna que amenaza con desatarse en mí, sobre todo porque conociéndolo, estoy segura de que me ha seguido. De todas formas, no soy tan valiente como para voltearme y hacerle frente. La verdad no puedo controlar el enojo, porque al actuar de este modo, parezco una novia engañada y entre él y yo no existe más que un conato de amistad que poco a poco se va disipando como el humo de una hoguera moribunda.

Sigo avanzando cuando me sobresalto por el teléfono, así que nerviosa con mi corazón latiendo a mil, atiendo la llamada sin mirar.

—¡Annabelle Parisi —respondo.

—¡Detente! Ahora. —esa bendita voz demandante.

—No sé quién habla, así que identifíquese —la mía en cambio, es todo un compendio sarcástico.

—Annabelle Parisi, no pienso hacer concesiones hoy contigo —se oye tan molesto que me permito sonreír.

—¡Ah! Sí, quien más sino usted, señor Drummond. Estoy apurada —digo con acritud y resoplo.

—Me harás correr hacia ti siempre, ¿cierto? —dice suavizando su voz, aun así, sé que ese es el Christopher más ladino y peligroso.

—No. Cómo cree. El señor *todopoderoso* puede sudar —soy toda ironía, no me importa que diga algo sobre mi actitud inmadura.

—Cuando te atrape, juro que no podrás zafarte de mí —murmura entre dientes.

—¡Já! Cuando me atrapes y si es que me dejas, el que no querrá ni podrá liberarse serás tú Christopher. Ahora no es bueno que hablemos. —Cuelgo y me siento bien, he dicho la última palabra.

Llego a mi carro sin voltear la mirada, pues si se ha molestado, puede que se haya ido y me dolería confirmar eso, aunque me siento en una especie de montaña rusa emocional, no sé si lo quiero cerca o si de verdad, deseo que se vaya. Estoy jugando muy cerca de la hoguera y no le temo al fuego que podría devorarme. Respiro negando con la cabeza antes de revolver el contenido de mi bolso en busca de mi llave cuando de repente, me toman por el codo y me voltean pegándome al auto.

—¿Qué?! —no digo nada más porque sus labios sellan los míos silenciándolos.

¡Por Dios! Son tan suaves, aterciopelados, dulces, llenos de paciencia y me siento como la chica que jamás ha sido besada. Sus besos son justos, pausados, delicados, tanto que me elevan y estoy llegando al sol. Suelto lo que llevo sujeto en mis manos y las elevo hasta su cuello, una asciende hasta su sedoso cabello, mientras su aliento y su perfume obnubila mi cerebro, huele y sabe rico, celestial. No quiero que pare, la sangre ebulle por mis venas como lava volcánica. Rompe el beso lo suficiente para que respire y cuando nos vemos hay fuego, una hoguera crepitándose en el verde intenso de sus ojos.

Mira mis labios con deseo y me sume en un hechizo del que no quiero escapar, su brazo se mantiene sosteniendo mi cabeza por la nuca, la otra está abrazando mi espalda de modo que permanezco adherida a él. Esta vez sus labios poseen los míos con pasión indomable, como si profanara tierras indómitas con ansias de llegar a su verdadera riqueza, como si lo esperara una gratificante recompensa.

Su boca es caliente y su lengua se abre paso en el interior de la mía, le permito explorar y jugar con mi lengua, saboreamos nuestro aliento hasta confundirlo sin saber a cuál pertenece cada uno. Solo puedo sentir que mi cuerpo comienza a reaccionar a su tacto, a sus besos, como nunca. Mi mente

divaga en el espacio sideral, han de haberse alineado los planetas o sucedido algo en el universo porque esto es único y ambivalente. Siento los músculos de sus brazos sosteniéndome con fuerza como si en menos de lo esperado me hiciera vapor o humo escapando de su agarre. Su pecho duro y bien trabajado se convierte en el hogar que anhelaba sin saberlo con ese sutil calor que emana dejándome inerme, su olor me embriaga y agita mi cuerpo como el mar cuando hay luna nueva.

«Un momento... ¡Despierta!». Mi *yo* consciente suena las palmas en mi rostro como advertencia. Quiero quedarme en su boca y morir en su cuerpo, pero recupero la poca cordura que me queda. Coloco ambas manos en su torso y siento las ondulaciones por encima de la camisa. Lo empujo. Necesito que el oxígeno llegue a mi cerebro. Dejar de pensar como una jodida adolescente.

Respirando agitada, cierro los ojos con fuerza. No puede ser que estuviera haciendo esto. Besarme de esa forma con él, sin reparar en los que nos verían.

¿Cómo puedo dejar que me bese de tal manera y derrumbe mis defensas con tal agilidad? ¿Pasó la noche con otra mujer y viene a besarme?

—No se te ocurra... No vuelvas a hacer eso —le advierto con el rostro rojo, lo sé por la repentina ira que se revive en mí.

—Annabelle, escúchame —su voz está ronca y sus ojos lujuriosos al igual que esa boca que logra desenfocarme. Sus labios están rojos e hinchados, como seguro están los míos.

—¿Qué piensas que haces? —le reprocho intentando recuperar el aliento.

—Annabelle no arruines el momento, por favor —su rostro antes impassible parece confundido. Y sé que ha de pensar que estoy loca, porque hace unos segundos lo besaba con ferviente pasión y me derretía en sus brazos como chocolate a baño maría y ahora lo veía iracunda.

Las lágrimas de rabia que no dejo salir queman en mis ojos.

—No. No he sido yo quien arruinó todo. Eso lo has hecho tú, Drummond —lo acuso. Me agacho y recojo las cosas que tiré al piso en mi loco frenesí. Quito la alarma y abro mi carro. Pero él una vez más me detiene.

¿Está nervioso? Pasa su mano por la cara y llega hasta su cabello en desesperación. Quiero abrazarlo y volver a decirle que me bese, la razón y mi orgulloso corazón pugnan una batalla que presiento será inútil. No obstante, quiero alejarlo. Necesito hacerlo, sobre todo luego de mostrar en esa entrega pasional lo mucho que me hace sentir.

—No quiero que vuelvas a buscarme, ni enviarme rosas, ni nada. Aléjate de mí —solicito señalándolo con el dedo.

—No puedo... —hace una pausa y su mirada se acentúa en mis pupilas con una súplica silenciosa antes de decir—: No quiero, ya es muy tarde para eso —se nota torturado, descolocado y así lo quiero aún más.

Quiero correr a sus brazos y hundirme en su pecho. Eso no me ayuda así que subo al carro y cuando intento cerrar la puerta él la detiene.

—Baja, por favor —me pide indulgente—. No es buen lugar para hablar, pero temo que si te vas ya no me dejarás llegar a ti

«Maldición, maldición... Cierro los ojos evitando que mis lágrimas se viertan por mi rostro».

—Eso es lo que quiero —mascullo insegura. Mirando al frente. *Cobarde* porque de mirarlo a los ojos moriría de gloria, «¿acaso se puede morir de eso?».

—¡Basta! Correré siempre hacia ti —dice cansado—. Jamás escaparía de ti, no tuve alternativa desde que te vi.

Golpeo mi frente contra el volante a punto de perder el valor—: ¿Por qué lo haces? ¿Qué estás haciendo conmigo? —mascullo con enojo y con el dique de lágrimas emanando sin parar—. ¿Qué no ves lo que me haces? Yo no estoy lista, sólo no puedo avanzar aún —me atrevo a mirarlo.

Y veo su hermoso rostro consternado. Sé que sopesa cada palabra que pronunciará. No dejo que hable.

—No entiendes... tengo tanto miedo de esto, porque todo estaba bien —sorbo mi nariz—. Todo estaba controlado en mi vida y luego vienes tú y... —farfullo negando con la cabeza.

—Baja, Annabelle no puedes manejar en ese estado —me solicita.

—¿Crees que siento miedo a morir? —niego con la cabeza.

Y su rostro muestra asombro y preocupación cuando habla —: No pienses en eso, debes dejar ir el dolor, Annabelle. Tú debes continuar, es tu deber y tú derecho —su voz es disuasoria.

—¿Contigo? —su silencio es lo que empeora mi estado—. Lo ves, ¿Por qué no puedes decirlo? Te callas. ¿Qué crees que me estás haciendo? ¡Aléjate de mí! No soy buena para nadie, ahora.

—No —niega con la cabeza y sus ojos como si logaran leer a través de mi como papel encerado—. Quiero que sea con...

—¡Annabelle! —la voz de Jean Piero asciende detrás de nosotros.

Me asomo por la puerta del auto y lo miro avanzar con el rostro rígido, no sé si ha presenciado todo o solo ha llegado en el momento que Christopher sostiene la puerta impidiéndome cerrarla y marcharme. Me limpio el rostro buscando eliminar vestigios de mis lágrimas.

Jean camina con premura y se detiene a dos pasos de Christopher enfrentándose como si fuera un duelo. Siento que debería aclarar las cosas. No lo hago, porque en estos momentos no estoy para lidiar con nada más.

—Me preocupé cuando dejaste de hablar sin despedirte y estaba cerca. —me aclara Jean mientras sostiene la mirada de Christopher.

—Lo siento. Sube y nos vamos —le indico.

Jean retoma el andar pasando de él, se mueve rápido hasta el puesto del acompañante. No voltea a mirar a Christopher, sé lo endemoniadamente molesto que está y sé también lo sexi que se ve cuando muestra emociones que parecen casi extintas en él.

—Como quieras, Annabelle —dice con un asentimiento. Siento como envía su mirada fría en mi dirección. Cierra la puerta y aprieto las manos en el volante. Oigo un carro entrando al estacionamiento, no apaga el motor, de inmediato reanuda la marcha.

—Se ha ido —dice Jean.

Llevo mi cuerpo hasta el asiento y dejo caer mi cabeza hacia atrás.

—¿Qué pasó, bonita? —pregunta él apretando mi mano en un intento de darme calma.

Cierro los ojos con fuerza y vuelvo la mirada al frente, mientras meto la llave en la ignición decidida a alejarme.

—No preguntaré nada solo hablaré —sabía que Jean Piero no dejaría nada por saldado, así que me preparo para su análisis basado en observación. No importa que no diga lo que me pasa, cualquiera podría notarlo. Sobre todo, mi primo. Nos conocemos de toda una vida, no es que pueda ser diferente a lo que ya sabe que soy.

—Está bien, prima no quiero alterarte más de lo que estás. Lo primero que debes hacer es calmarte, respira Ann. —Le hago caso y tomo bocanadas de aire, siento todo mi rostro arder como si estuviera expuesto a las brasas—. Ann...

—No quiero hablar, Jean —niego con la cabeza y pongo en marcha el auto. Sé que esa petición caerá en saco roto.

—¡Óyeme! No conozco nada a este hombre. Es más prima no quiero ser indiscreto, pero es más que un hecho que te quiere y si tú estás así, es porque sientes lo mismo —dice él sin detenerse a observar cómo lanzo miradas fuertes hacia él a través del espejo retrovisor.

—Annabelle Esperanza Parisi Matheus, no me mires así, sabes que lo que digo es cierto —hace un breve silencio y

reanuda—. Ya comprendo.

Asiente con la cabeza y tras una risotada agrega—: Es por ello por lo que quieres irte de *party* esta noche. —Dios sabe cuánto lo quiero, sin embargo, a veces quisiera ahorcarlo, si tan solo dejara de ser tan asertivo.

—No puedes callarte —murmuro a punto de perder la paciencia.

—¿Qué te hizo? Porque algo te hizo para que tú decidas hacerle la vida corta al pobre, ha de haber quedado caliente después de ese beso. —Sé que lo hace para molestarme, por lo que lanzo dardos mortales con mis ojos directo a su corazón.

—JP, estás a punto de quedarte varado en medio de la autopista —lo acuso.

—Estás actuando con tu orgullo herido, Annabelle. Y no soy quién para prohibírtelo, aun así... —resopla y sonríe—, no creo que sea la solución. Creo que es mejor irte despacio, estás actuando por temor.

—Claro que no. No tengo temor —énfatizo.

—Pues nunca has sido de fiestas y de repente quieres irte a una justo cuando aparece un hombre en tu vida —me acusa—. Sé que tal vez no estás lista, pero joder, Annabelle a ustedes las mujeres les gusta torturarnos con sus tiras y encoge, esa vaina no se usa ya. Estás jugando al desgaste y te vas a quedar con las manos vacías.

—Desde cuándo, eres tan concienzudo.

—No sé —masculla enojado—. ¿Sabes qué? ¡A la mierda con la conciencia! Si es lo que quieres y puedo apoyarte, pues así será —me asegura cambiando de opinión.

—¡Qué bien! Porque esa faceta tuya estaba siendo muy difícil de aguantar —le recrimino—. En vez de publicista has de haber sido abogado, detective o inquisidor de la iglesia —me burlo.

—La inquisición... quizá en sus tiempos haya formado parte de ella, en mi otra vida.

—Ni modo que en esta —espeto y ambos nos reímos.

Antoniette llega veinte minutos después que nosotros al apartamento y mientras se pone al día con los sucesos de mi vida, relatados a medias palabras por mí mientras JP se limita a observarme sin decir nada. Ella no pierde tiempo y selecciona unos vestidos tipo cóctel de mi armario. Hago un mohín, no quiero llevar vestidos a una discoteca, quiero intentar divertirme, no atraer pervertidos o pensamientos lascivos de los hombres.

—No, Annabelle... te dejarás arreglar por mí —dice arrebatándome los pantalones de las manos—. A duras penas exhibes tu cuerpo, siempre formal. Aparte de eso tu vida social en discotecas o cócteles ha estado extinta por años, es nula y apesta, déjame decírtelo. Además, siendo hermana de una futura reconocida diseñadora de modas, no dejaré que mi hermana ande por ahí vistiendo y sintiéndose como el patito feo o como estatua de una iglesia —refuta ella con cara de terror.

—Son pantalones y no le veo nada mal a eso —protesto. Aun cuando sé que es inútil ella me usará como Barbie o maniquí viviente de vitrina, vistiendo, desvistiendo, peinando y maquillando.

Después de hora y media estoy lista y metida en un vestido corto ceñido al cuerpo, de escote profundo en color negro con bordes dorados, un collar de piedras esmeraldas y azules, llevo una pulsera de cuero negro con una serpiente que recorre mi muñeca hasta llegar a mi dedo medio con un jade en la punta.

«Dios mío, ¿en quién me ha convertido la atrabancada de mi hermana?»

—¿Ves? Una diosa y seductora, y esos Manolo son estupendos —Antoniette menciona emocionada.

—Parezco una...

—¡Eh! Ni lo digas estás bella para una *lady's night* —mi hermana asegura con una sonrisa.

Tomo una de mis chaquetas cortas de color negro, un bolso de mano y ya me estoy arrepintiéndome de esta aventura, lo que en verdad quiero es dejar de pensar en Christopher, sus besos,

su bendita boca y lo mucho que me enloqueció, al punto de querer que se repita.

«Calla, calla estúpido cerebro se te olvida la pelirroja. ¡Argh!».

Me deshago del pensamiento. Mientras termino de mirarme en la pared de espejo que hay en la sala.

—Pasó algo más en ese estacionamiento —la voz de Antoniette rompe el esquema de mi pensamiento.

—¡Ah! ¿De qué hablas? —inquiero saliendo del apartamento. Estoy nerviosa y el frío que entra por el balcón eriza el bello de mis piernas desnudas.

—Vamos, Esperanza *relax*, estás muy tensa —Jean está metido en un pantalón marrón y suéter azul de rayas blancas con una chaqueta de cuero negra, es todo un coqueto así que empiezo a dudar que pueda ser mi compañero responsable durante la noche. Como que no ha sido la más brillante de mis ideas el llevarlo conmigo.

Antoniette, camina delante de mí con una falda dorada y una camisa negra sin mangas con pedrería en el cuello, una chaqueta corta en color negro va magnífica en su esencia pura de coquetería con su moldeada figura de cintura enjuta y caderas anchas, un buen trasero sin duda, qué puedo decir, ella siempre ha tenido un cuerpo más moldeado que el mío, sacó los ojos amarillos casi dorados de mi padre y una boca sensual.

—Esta noche nos divertiremos —vocifera con alegría, quizá demasiada alegría.

—Estás demasiado feliz hermanita... —le mofo.

—Claro, estoy recuperando a mi mejor compañera y amiga. —es muy entusiasta al decirlo—. Querida hermana parecías una vieja prematura y haz visto la luz al final del túnel.

—Calla, loca —le reprimo. Ella solo sonrío.

—Bueno yo diría que esa luz no es la del más allá, es la de un apuesto y sexi vecino salvador que anda de cacería —se

mofa y estoy a punto de volver a mi departamento.

—Y eso que no viste lo que yo... —Jean musita con una sardónica sonrisa.

—No puedo con ustedes —niego con la cabeza—, les ruego que se comporten y mi vida no tiene que ser tema de conversación.

—No diremos nada, ¿cierto JP? —mira a mi primo con esa picardía de eterna complicidad—. Juramento de meñique —ambos cruzan sus meñiques con una risa ominosa que no me genera confianza.

Jean alza sus hombros y los deja caer como si fuera inocente de todo lo que se le acusa. Sé lo volátiles que resultan estando juntos. Siempre hacían las travesuras en casa o en las fiestas y reuniones familiares, por lo que la tapa para sus dislates era yo o la que mejor dicho terminaba interviniendo a su favor. Los castigos para ellos siempre estaban a la orden del día y en muchas ocasiones me alcanzaban por intentar ponerlos a salvo.

Llegamos hasta el carro y miro por encima del mismo unos puestos más adelante, el automóvil de Christopher no está. No puedo negarlo, eso me causa rabia y tristeza a la vez.

—Dime que no te estás arrepintiendo —me acusa Jean al ver mi rostro compungido.

Niego con la cabeza y le doy una sonrisa escueta que él no cuestiona, toma las llaves y surge de conductor. Hemos quedado en algún lugar exclusivo de la ciudad en Las Mercedes, si me preguntasen como se llama o el nombre de la calle les mentiría porque estoy ajena a la vida nocturna, que no sea ir de pasada para un *Mc Donald*, *Arturo's*, o pizza, con las chicas al menos un fin de semana al mes.

Mi teléfono suena disgregando el tema que colma mis pensamientos. La voz de Pau se escucha un tanto distorsionada, se oye la sirena de una ambulancia a la par de autos que avanzan, —ruido exterior—, por lo que asumo que está en plena calle.

—Annabelle. Yamila y yo vamos a llegar un poco más tarde, sabes cómo es ella, si es que no se arrepiente —masculla esa última frase—, ha tenido problemas con Tony así que al parecer hasta que no solucione todo no se sentirá de ánimos... —se queda a medio terminar, mas no es necesario, el silencio deja a interpretar lo que no ha dicho.

Yamila tiene un novio controlador al que ella se ha adaptado como una sumisa del siglo XIX extraviada en el siglo XXI. Claro que ella lo niega, porque no ve lo que nosotras. Hemos llegado a sospechar que más que controlador, Tony le ha hecho mucho más daño a nuestra amiga del que incluso imaginamos y no me estoy refiriendo al maltrato físico, es más psicológico y de dependencia emocional. No la cuestionamos al respecto y creo que es por eso tan típico y desagradable en el ser humano de no querer ver o ignorar lo que creemos puede perturbarlos, ante situaciones incómodas todos ignoramos el muerto en la sala y a cuenta de ser amigos no preguntamos lo que sospechamos.

«Menudo error».

—¿Todo está bien? —me atrevo a preguntar—. Puedo ir para allá.

—Todo está bien, amiga. Está deprimida por la discusión con el patán ese —Paula no puede evitar mascullar con rabia —, no quiere ir, pero de qué va, va, así tenga que llevarla amarrada —acota muy decidida.

—Bien, entonces será así. Espero que puedas traerla. De todas maneras, si hay cambios de dirección o pasa algo con ustedes estamos en contacto. — digo mientras estamos sumergidos en el tráfico de la vida noctámbula de la ciudad.

—¿Problemas? —inquire, Jean con suspicacia.

—Algo. —respondo átona—. Yamila quiso cambiar de opinión a última hora, Pau se está haciendo cargo de todo.

—¿Tu amiga sigue con el bestia de novio que tenía desde la universidad? —Asiento y él continúa—: no me explico como una mujer tan bella e inteligente puede quedarse con una escoria como esa por tanto tiempo.

—Tienes razón, aunque no pensé jamás que fueras tan observador. —acoto.

—Bueno es que... Me refiero a que, si la quisiera, la valorara y todo lo demás, el tipo es una bestia en dos patas. ¿Cuántas veces pueden perdonarse los cachos?

—No... —Antoniette muestra una mueca de divertida sorpresa—, tienes fiebre, primichis —mi hermana se acerca desde el asiento trasero para tocarlo en el cuello como si le midiera la temperatura. Él frunce el ceño y yo presiono mis labios ocultando una risa observándolo de soslayo.

—Ah no, no me frunzas señor, sabes por qué lo digo, no hay mayor coge culo que tú. Sabes cuántas desfilaron por el sofá de la casa de mis tíos. No hubo un momento en el que estuvieras solo... bueno sí, ¿cuándo a ver? ¡Ah! Sí. Nunca —ella se burla mientras cruza las piernas en el asiento trasero.

Él sonrío con picardía.

—Muchas de sus amigas desfilaron por mis manos —se ufana él con burla.

Asesto una mano en su cabeza y hace un gesto como si le hubiera dolido.

—Patán... —lo increpo.

—Es cierto. No lo niego, aunque a ninguna le fui infiel —se defiende, como si el dejarlas el mismo día que tendría la segunda cita con la otra no contara, jamás dejaba escapar una sin tener segura la otra.

—¡Por favor! —exclamo al ver su descaro—. Desde la primera cita que tuvieras con la otra contaba como infidelidad, Jean Piero Matheus.

—¡Ya! Y solo yo he pecado. Tú, Annabelle me usabas cuando querías deshacerte de algún admirador, inclusive te serví para dar celos. Claro que, eso no ha cambiado. Aún sigo siendo utilizado para tales fines. Y Antoniette, no puedes tirarme piedras al techo si el tuyo está hecho del mismo cristal. ¿O no recuerdas los dos amigos aquellos que te descubrieron...? —dice serio y al final sonrío.

No decimos nada por unos segundos pues debo admitir en lo particular que tiene razón. ¿Pero nadie lo mandaba a ser el único primo?

—Oigan. Y ya dejémoslo así, miren que esto de sacarse los trapitos al sol, apesta como el demonio —dice con fingida seriedad.

—A todas estas... esa es la única vez que me descubrieron y me sirvió de lección, ahora soy mucho más sabia —acota, Antoniette mientras saca el labial y aplica un poco sobre sus labios.

—Por Dios, ¿de verdad pertenezco a esta familia? —digo con ironía.

—Cada huesito, niña y cada cromosoma —agrega con suficiencia.

Caperucita se Encuentra con el Lobo



Son las nueve y media y las filas en las afueras de los clubes y discotecas privadas están atestadas.

—¿Tiene alguno, membresía? —mascullo.

—Claro. —responde Antoniette con una amplia sonrisa.

Se acerca a un hombre moreno, alto, musculoso y calculo a vuelo de pájaro que cada brazo de este es una pierna mía. Antoniette dice algo y él asiente de inmediato, retira el cordón de seguridad y unos dos minutos más tarde estamos entrando por un largo pasillo lo más parecido a un túnel con luces fluorescentes.

Nos dirigimos a los asientos VIP en la planta alta del recinto. No sin antes hacer escala en cada grupo por los que somos abordados. Bien sea porque son conocidos de mi querida hermana o de Jean Piero, aun cuando ha estado ausente durante tres años.

Cuando estamos ubicados en el lugar correspondiente, estoy descolocada en el ambiente. Siento que he envejecido. Necesito encontrar otro aliciente que me haga sentir viva, otro que no sea la cercanía de... «¡Christopher, vamos dilo!». Por inercia, estoy llevando mis dedos a los labios, rememorando la sensación de los suyos en los míos, su beso pasivo y demandante, que fue como agua pura para un náufrago y un remanso de paz en medio de la tormenta, no puedo dejar de pensar en las emociones que despertaron en mi ser, me hizo arder la sangre, logró que olvidara y sintiera temor a perderlo todo de nuevo.

Una extraña ansiedad se esparce por mí, así que intento cavilar en el sonido algo más penetrante que el de la música, es imposible dejar de sentir sus labios como si hubieran marcado su territorio en mí, sé que necesito dejar de pensarlo,

me siento como una tonta, estoy tan confundida. Poco a poco parece que la música comienza a filtrarse por mi piel, porque me muevo a su ritmo y siento ganas de bailar en medio de la pista. Jean extiende su mano hacia mí y le sonrío.

—¿No se te habrá olvidado mover ese cuerpecito, nena? —murmura en mi oído mientras nos movemos al ritmo de la canción que está sonando.

—No he estado muerta, solo ausente —le digo con una sonrisa mientras alzo las manos y giro.

—Hace un rato parecías estar perdida, prima. —grita por encima de la música.

—Me siento... extraña —sonrío.

—Estas viva, Annabelle. Viva y eres hermosa, deja de pensar y siente —él ríe.

No pasa inadvertida en mí, la sensación de que me observan y un trémulo hormigueo desperdigándose por mi piel fluyendo como electricidad que desciende desde mi cuero cabelludo, mi columna vertebral hasta mis piernas, como si al mirarme, se detuvieran en cada parte de mi cuerpo. Aunque, a decir verdad, decido ignorarlo, es difícil no ser observada si estás enfundada en un vestido tan ceñido y atrevido, no es como si pudieras pasar desapercibida, ¿o sí?

Miro un momento hacia Antoniette y está hablando con un guapo y apuesto moreno de ojos negros y cabellos ondulados con corte a lo David Bisbal, está muy sonriente con quien asumo es su cita, sobre todo cuando este la besa y ella parece enganchada al cuello de su acompañante, moviéndose en una especie de baile privado.

—Ha llegado la conquista de Antoniette —le digo a Jean mientras muevo mi cabeza hacia ellos.

—¿Crees que esté...? —dice él sin terminar la interrogante.

—Nah —decimos al unísono y reímos. Me percató y creo que Jean también, de que estoy riendo como tenía tiempo que no lo hacía. Mi hermana hace un tiempo le hizo la cruz al

amor. Sus respuestas siempre han sido: *porque la vida hay que disfrutarla y esta sociedad sigue siendo muy patriarcal. ¡Viva la independencia de la mujer! ¡Hurra!*

—Espero que no te recluyas más, después de esta noche —acota él mientras me hace girar con sus manos. Niego con la cabeza—. El lunes iré a comprar un auto —anuncia mientras nuestras manos juntas están moviéndose.

—Puedo hacer un hueco en la agenda y te acompaño —me comprometo. Cualquier cosa que me aparte del pensamiento a Christopher, la tomaré.

—Nada me gustaría más. —Su mirada pronto se centra en una mujer a pocos metros de nosotros.

—Puto —musito con una sonrisa.

Se me pasa por la mente jugar a algo que solía hacer para espantarle las conquistas a JP, me giro con sensualidad y paso mis brazos alrededor de su cuello, mientras observo el semblante de la mujer pasar por muchas expresiones.

—Niña mala, prima —él sonrío negando con la cabeza.

—Yo no he hecho nada —finjo demencia. Ambos sonreímos.

Veo como entran Paula y Yamila haciéndose hueco entre la multitud en la pista hasta que llegan a nuestro lado.

—Estamos arriba —digo señalando en dirección a donde Antoniette ahora está devorando la boca de su compañero.

Pongo los ojos en blanco, por los besos tan apasionados que se están dando mi hermana y quien quiera que sea el amigo con derecho de turno.

Acomodo mi vestido, verificando que nada se haya movido y no he quedado expuesta en público. Cuando ya necesito acicalarme y tomar algo porque mi garganta está seca, Jean pide los tragos en la barra y subo hasta nuestro lugar.

A medida que subo las escaleras, observo entre la multitud un rostro que creo conocer, no logro determinar de dónde, solo sé que ese escalofrío que ahora recorre mi cuerpo es malo, como un mal presagio que se arraiga en tu pecho, sin

explicación. Por unos segundos en los que nuestras miradas quedaron atrapadas la una en la otra, percibí... rabia. Desvío la vista un segundo y al siguiente que vuelvo a mirar, ya no está el sujeto. Me deshago de esa perturbadora sensación.

—Mejor te vas a un hotel —le mascullo displicente a mi hermana, cuando paso por su lado.

—Envidiosa —dice guiñando un ojo y dándome un empujón con su hombro en el mío.

—Siento mucho que hayamos llegado tarde —Yamila se disculpa y su voz suena pastosa, sé que ha estado llorando, aunque las luces del local no me permiten corroborarlo en sus ojos.

—¿Lograste solucionar algo? —inquiero con voz suave. Ella niega con la cabeza y muestra su mano, de inmediato observo que el anillo que desde hace un año estaba en su dedo anular ha desaparecido, aún se puede ver el espacio más claro que ha dejado.

—Lo siento cariño... —no tengo palabras que decir, aunque su situación y la mía difieren mucho, sé lo que es estar devastada y aplaudo el hecho de que esté aquí con nosotros y no llorando como Magdalena en su casa.

—Vamos a bailar —Paula nos entusiasma a todas para ir a movernos a la pista. Sé que está evitando a toda costa que ambas nos pongamos en plan sentimental, es como diría ella: «llorar sobre la leche derramada».

—Exacto, *la mia vitta* ningún hombre que emplee más su otra cabeza que la que con normalidad debería usar, se merece que piquemos cebollas hasta el llanto mortal —acota Antoniette, despidiéndose de su “amigo”.

—Debo admitir que Antoniette tiene buen punto —atraigo a Yamila por el brazo.

Doy un trago a mi bebida antes de retirarnos. Un delicioso *Tramonto*. Y al ritmo de *The time* de *Black Eyed Peas*, las luces intermitentes, la algarabía y cuatro sexis mujeres con poca ropa moviéndose dentro de una especie de vitrina,

comienza la noche a sumergirnos en la vorágine de movimientos desenfrenados.

Me dejo llevar por el momento sin pensar en que mañana será sábado. Jean se ha ligado a una muchacha joven, con rostro de ángel, pero mirada de experta y con ella ha desaparecido.

Aquella sensación de ser observada vuelve a inquietarme.

—Tiburones a la vista —murmura, Pau.

—A las tres en punto —dice, Antoniette aclarándose la garganta.

Yamila y yo nos miramos y negamos con la cabeza al notar el claro interés que despierta en las susodichas.

—¡Buenas noches, señoritas! —la voz gruesa de un hombre joven se abre espacio entre la música y nuestros murmullos.

—Buenas noches —respondemos.

—He visto que están muy solas. Eso no puede ser posible siendo ustedes tan hermosas —guiña hacia Paula mientras que pienso en lo trillado de ese comentario, casi me río—. Estoy por allá con unos amigos y nos gustaría compartir con ustedes, si es posible la noche o quizá unos tragos y unos bailes —muy ladino como para que quiera unos simples bailes.

—No estamos interesadas, gracias —soy fría cuando me vuelvo hacia él. Es un moreno con cuerpo magro, vistiendo camisa negra, jean azul oscuro, y botines que van por fuera de los pantalones, es sexi y tiene una sonrisa que podría hacer tambalear a cualquiera.

Me sonrío, sin amedrentarse antes de decir—: Me temo que debo insistir.

—Me temo que deberemos declinar a tus atrevidas pretensiones —digo con aspereza y ese tono demandante que tanto he usado en mi profesión.

—¡Ay! No. Yo quiero conocer gente —se queja, Yamila con un mohín en los labios.

«Ya éramos muchos y parió la abuela».

—La verdad es que soy un poco nuevo en el arte de la atracción —dice entrecortado—. Mis amigos han hecho una apuesta de que no podría conseguir invitar un trago y un baile a cuatro bellas mujeres venezolanas, así que estarían ayudando a un buen hombre de caer y ser la burla de sus amigos —suplica con las manos en el pecho en muestra de sinceridad. Es allí donde me doy cuenta de su acento. Se defiende bien en español, aunque se nota su dificultad con algunos fonemas.

—Pues, si miras a tu alrededor, mujeres en este lugar es lo que abunda. No pierdas tu tiempo con nosotras —digo y me encamino hacia las escaleras para llegar a nuestro lugar reservado.

—Annabelle, querida supongo que eso lo dices por ti —Pau me reprocha con una sonrisa en los labios que no es más que para disimular que me quiere matar.

—No los conocemos —le recuerdo.

—Ah sí, claro... Tu esperabas que todas bailáramos juntas con tanto hombre en el lugar —ironiza ella.

—No se preocupen conozco al administrador, cualquier cosa los hacemos salir como corcho e´ limonada —agrega, Antoniette con una agridulce sonrisa.

—No estoy de acuerdo —le dejo saber a la tunanta de mi hermana

—Ya lo sé... —mi hermana agrega en tono cansino—. Confía en mí sí, además somos varias y Jean está con nosotras.

—Pues no confío en que JP sea una opción viable, si ni siquiera sabemos dónde está en estos momentos —alego tratando de hacerla entrar en razón. Sin embargo, pronto entiendo que soy poca fuerza y ellas tres parecen estar apoyadas.

—Hazlo por mí —Yamila pide con esa mirada del gato con botas en Shrek.

—No están actuando como mujeres cuerdas. —mascullo mirando por sobre el hombro de mi hermana al hombre que

según él perderá una apuesta.

¿Cómo fue que nos convertimos en un trofeo?! ¿En dónde quedaba el discurso de esta sociedad patriarcal que solo ve a las mujeres como procreadoras para perpetuar la especie? Ese mismo que tanto mi hermana pronunciaba.

—Decidido —anuncia, Antoniette—, no será por nuestra culpa que pierdas esa apuesta. Vamos a demostrarle a tus sonsos amigos, que pudiste —ella le guiña un ojo.

—Bueno. Permitan que me presente, soy Guillermo Austrias —encabeza la marcha.

—Tranquilo yo hago los honores —Pau se aclara la garganta antes de proseguir—: ellas son, Antoniette, Yamila, Annabelle y yo soy Paula, pero puedes llamarme, Pau —ella culmina con chulería aferrada al brazo del chico.

Soy la última en moverse hacia un reservado en el último piso, una vez que somos dirigidas por el muchacho. Ignoro por qué, aun cuando hay algo que me hace estar alerta.

Son más de cuatro hombres cuando cuento. Tres se colocan de pie y extienden su mano, Antoniette encabeza la fila y me pregunto dónde está el David Bisbal latino de mi hermana. La boca de la atrabancada de mi hermana hace una “O”, y sin más su expresión de sorpresa es remplazada por una sonrisa aprobatoria.

Sus ojos se desplazan hacia mí, que sigo observándola inquisitiva. Ella se mueve hacia el hombre que permanece sentado e intercambian palabras. Es un gran modular que rodea las paredes del pequeño salón VIP. Un guardia de seguridad coloca el cordón, me muevo con cautela, no estoy nada entusiasmada, sí algo más segura desde que Antoniette mostró señales de conocer a uno de ellos.

—Estamos en buenas manos —anuncia ella entusiasta.

Yamila y Paula, parecen animadas en una conversación con los otros tres hombres, son jóvenes unos dos o tres años mayores que nosotras, calculo que están en sus treinta años. Aunque visten de traje informal, todos coinciden en las

camisas blancas y azules y saco negro, parecen más ejecutivos que hombres sin nada que hacer, más que parrandear.

Mientras intento sentarme, pierdo toda concentración y caigo de golpe en el modular al observar el rostro del hombre al que Antoniette nos ha encomendado. Mi boca se abre, dispuesta a protestar, sin embargo, la cierro. Lo miro con frialdad y una naciente furia que hace que me empiece a hervir la sangre en las venas.

«Es un manipulador».

Mi mente comienza a mascullar enojada.

—¡Bienvenida, Annabelle! —dice con una sonrisa sesgada en los labios y la mirada de fuego; esa misma que percibí esta tarde en el estacionamiento.

—¿Qué haces aquí? —pregunto molesta. Él alza su trago y lo lleva a su boca, observo como el líquido ambarino desciende sinuoso por su garganta, cuando baja el vaso, nuestras miradas se encuentran y no puedo evitar pensar en el beso de esta tarde.

Se suponía que todo esto de la vida nocturna era para no recordarlo. Entonces, cómo se supone que lo haga, si cuando no lo está haciendo mi cerebro entrometido, él se materializa.

Realiza un movimiento con su cabeza pidiéndome acercamiento; no me muevo, no solo porque no quiero sino porque estar cerca de él es electrizante, magnético y puede resultar perjudicial para mi *psique*. Además, siento mis piernas entumecidas, incapaces de sostenerme si me pongo de pie. Que pasa con mi cuerpo que parece reaccionar espontáneo a su presencia y en contra de mí misma.

—No te va a morder “caperucita” —murmura entre dientes, mi hermana con fingida sonrisa.

—No estés tan segura —rezongo.

—Si es así deja al lobo que haga lo suyo. ¡Bendito Cristo! Está que arde —agrega una vez más mientras sube su copa y da un trago—. Eso no se escuchó bien, si será mi cuñado —acota mirándome arrepentida.

—No lo será y ninguna hermana que se precie de serlo le diría algo como: que el lobo no te va a morder, *caperucita* —le amonesto.

—Por favor, soy una buena hermana y lo sabes. Además, todos le echan la culpa al lobo porque la única versión que hay es la de caperucita —increpa con una sonrisa.

Odio cuando sale con sus juegos de doble sentido. No obstante, mi atención sigue centrada en Drummond, el único capaz de hacerme temblar por el calor que corroe mis venas.

Christopher se levanta. Antoniette abre un espacio entre nosotros al moverse de lugar, lanzo una mirada que bien pudiera atravesarla, aun así, ella me ignora. Ahora, quiero matarla.

—¿Pensaste que podías huir de mí? —Me mira como cazador a su presa y es casi hipnótico, porque solo me concentro en el movimiento de sus labios y el satinado de sus ojos.

«Dios es un gran predador. Podría ser el lobo. ¡Basta!». Mi subconsciente grita.

—Deja de decir que soy yo la que huye —respondo con acritud.

¡Rayos! Como anhelo ahora mismo un tequila o algo que encienda mi garganta.

—Lo has estado haciendo durante toda la semana, Annabelle —me acusa con su mirada severa.

«¿Toda la semana? No he sido yo la que se acuesta con una sexi pelirroja. Hipócrita».

—¡Oh! Te está fallando la memori... —comienzo a decir.

—Lamento interrumpir su conversación, pero no nos han presentado —un hombre de aproximados treinta años extiende su mano.

—Soy, Mikael —dice él con profundos y hermosos ojos azules.

Extiendo mi mano que de inmediato se lleva a la boca para dejar un beso en el dorso de ella. Me guiña el ojo. Detrás de mí, siento como Christopher se pone rígido y se aclara la garganta. Mikael ríe por lo bajo y lo ignora cuando comienza a presentarme al resto de sus acompañantes que se ven encantados con mis amigas y mi hermana.

—¿Así que tú eres, Christopher? —Paula sonríe con suspicacia.

—¿Cómo? ¿El mismo que te ayudó el día del accidente? —esta vez es Yamila la que habla escrutando a Christopher. La mirada que mis amigas intercambian de aprobación no pasa desapercibida para los presentes.

¡Las voy a matar!

—Mi amigo, el héroe —Mikael observa el rostro de su amigo con una taimada sonrisa.

—Sí, él fue —recalco mirando a mis amigas, para que no continúen con sus insinuaciones.

—Te agradecemos, por la ayuda brindada ese día —Yamila se muestra sincera. De igual manera quiero matarla por no dejar el tema de lado.

—No ha sido un sacrificio. He tenido la dicha de poder conocer a Annabelle —asegura, mirándome con esos ojos que me desarman como quieren.

—Entonces, es un placer conocer a alguien tan estimado para Christopher —uno de ellos se acerca extendiendo su mano para estrechar la mía.

Termino conociéndolos a todos, mientras mis amigas continúan con sus pícaras sonrisas y su mirada puesta en la mano que mantiene Drummond tocando mi pierna. Sin embargo, sus amigos no parecen captar el interés severo que su amigo controlador tiene en mí, me queda más claro cuando uno de ellos, Samuel osa de atrevido y me convida a bailar al ritmo de una canción que está sonando en la pista.

—La señorita, Parisi no está interesada —dice, él demandante como si reclamare una tierra indómita o en pugna.

—Amigo mío, la dama no ha dicho que no. ¿O es que ella no es capaz de decir lo contrario? —increpa este con sarcasmo.

—¡Cierto! —digo volteándome hacia Christopher solo para toparme con su mirada fría como plomo. La ignoro—. He venido a bailar no a sentarme —vuelvo la mirada a Samuel.

Este sonrío y agrega—: Una mujer con poder.

Sonrío.

—Puedes bailar con cualquiera —agrega en tono ácido, hacia su amigo—. Tú. Si quieres bailar, muy bien. Vamos a bailar. —Toma mi mano a la vez que se levanta y me hala lo suficiente como para que ahora yo esté de pie, frente a él, con mi boca abierta por su demandante actitud.

Pasa por entre nuestros amigos y rayos está bellísimo vestido de negro con botines y pantalón ceñido al cuerpo, camisa vinotinto y una chaqueta de cuero negro. Un ángel negro. Y ángel o demonio me encanta.

—No debías ser tan grosero —murmuro.

—No deberías estar tan sexi y provocativa —me mira con dureza. Sin embargo, algo me dice que su actitud no es más que una fachada. Aunque eso no evita que me moleste.

—Puedo vestir como me dé la gana —respondo enojada y puedo percibir como sonrío. La canción “El baño” de Enrique Iglesias suena en este momento.

Me toma por la cintura y me atrae más hacia su cuerpo, carajo y para colmo de males, sabe bailar.

Me recuerda a lo que me dijo mi madre un día: “hombre que sabe bailar sabe follar”.

«No mires a sus pies. No mires a sus pies». Me repito como mantra, porque si le miro a los ojos estoy perdida. Estamos tan cerca que puedo sentir su aliento mezclado con el alcohol y su perfume susurrándome en el cuello.

—Estás condenadamente bella y sexi.

Reprimo una risa de satisfacción, aun cuando no me he vestido para él. Trato de calmar los espasmos que tironean en mi vientre.

—Igual —le respondo conteniendo mis emociones, ¡que estupidez! Seguro se leen en mi rostro.

—¿Así que me veo sexi? —acota con aire seductor, el calor esta vez sube a mi rostro sin remisión.

—Por favor, tampoco es que esté diciendo algo que no sepas, Drummond. Ten cuidado con tu ego, un día te hará salir flotando —repongo con acritud.

—Te ruborizas como una virgen —ese comentario me descoloca por completo.

—Quizás se deba a la falta de práctica —murmuro.

Me está mirando como quien busca encontrar algo más en esas palabras. «¡Carajo mis filtros y yo!».

—Dudo que sea por falta de pretendientes —su mirada es perspicaz.

—Tienes razón. Mas no es mi estilo y no suelo prestar atención a los ladinos y soeces, con poca inteligencia para conquistar —arguyo

—Me gusta. —murmura con una sonrisa burlona—. No quiero que bailes con nadie más —en su voz hay una implícita orden que por muy loco que parezca, no me molesta.

Sin embargo, lo miro pidiendo explicación.

—No he venido contigo —le respondo con aspereza.

—Pero te irás conmigo —me aprieta más hacia él. Me separo con actitud díscola.

Respiro profundo antes de decir algo que vaya en detrimento de mi sensatez, al menos de la poca que pondera en mí.

—Estoy disfrutando de mi soltería, la estoy pasando bien y no eres mi dueño para decir qué debo o no hacer. Olvida que en algún momento podrás gobernarme, Drummond. No soy de tu propiedad.

—Eres una peleonera. ¿Lo sabías? —inquire atrayéndome de nuevo hacia su magro cuerpo con una sonrisa de satisfacción.

—Quizás. Por eso amo lo que hago —alego.

—Tendremos que poner fin a tu soltería y con eso de ser o no tu dueño... pues también habrá que cambiarlo —le miro perspicaz, no me gusta el modo en cómo lo dice, como si fuera un juego.

—Estoy hablando en serio. Además, quién te dice a ti que yo quiero que te sientas mi dueño o cambiar mi estado civil —repongo molesta.

—Siento esa llama ardiendo dentro de ti, Annabelle... — me mira con una sonrisa cálida en la mirada y en un nanosegundo esta se ha tornado fría y pesada como plomo. — ¿Has venido con el Sr. Matheus? —inquire y su boca es una sola línea.

—Sí —respondo con indiferencia. Una mano me toca el hombro y en cuanto volteo, me encuentro con los ojos ahumados de Jean Piero.

—¡Caray! Jean no me sueltes ahora que te irás con esa tipa —le murmuro, él me mira con una sonrisa ladina, ahueca mi rostro entre sus manos y me besa en la frente.

—Drummond —dice asintiendo.

—Matheus.

«¡Oh mí, Dios, ¡el ambiente se ha tensado!».

—Bonita sé que soy responsable por ustedes, pero me temo que al menos tú estás en buenas manos. Me llevaré tu carro y lo regreso mañana a primera hora —me dice a manera de disculpas.

—Ya estamos en tu mañana... —mascullo y siento como mi cuerpo es llevado hacia atrás y la mano de Christopher se enrosca alrededor de mi cintura reclamándome de nuevo.

Observo como se extiende en el rostro de mi primo una sonrisa de júbilo y gozo.

—Deja que se lleve tu carro —susurra en mi oído. Lo que logra que me estremezca y que un pequeño cosquilleo se extienda desde mi cuero cabelludo a través de mi médula espinal.

—Por favor, usa condón sí, no conoces a la tipa esa —le lanzo una sugerencia y reprimo una risa de vergüenza por la manera en que me he expresado. Lo dejo que se lleve mi carro, no porque Christopher lo haya dicho, sino porque no puedo negárselo a JP.

—Yo llevaré a Annabelle sana y salva hasta su departamento —le informa Christopher a mi primo.

—Me complace escuchar eso. Annabelle es un tesoro como pocos —Jean se ha puesto algo serio al decirlo y Christopher sigue territorial.

Jean Piero se da media vuelta ya para irse, lo miro dudar. Entonces me echa de cabeza.

—Por cierto. Drummond, sólo soy su primo, el único que tiene debo aclarar —sonríe con descaro mirando hacia mí.

—Quiero mi carro en una sola pieza y cuídate —sé que mi mirada se muestra severa. Aunque como ya es costumbre en él, ignora mi advertencia y petición.

Me vuelvo hacia Christopher que me mira con una sonrisa, como diciendo: “así que estábamos jugando tu juego”.

—Su primo, señorita Annabelle —da un tono irónico a su comentario.

—Eso es lo que él ha dicho —digo manteniendo cierta ambigüedad en mi respuesta.

—Pudiste haberlo dicho antes —me acusa.

—No sabía que estuvieras interesado en que lazo consanguíneo nos unía a Jean Piero y a mí —le devuelvo.

—*Touché*. Aunque debo admitir que he estado haciendo mis propias investigaciones —farfulla

—¿Cómo? Eso es acoso, Drummond. No tienes por qué investigarme —estoy indignada y lo sabe, por como mi mirada

infalible se acentúa en la suya.

—Es inevitable. Además, sabes que lo he hecho, incluso mucho antes de que pudiera admitirlo. No te has quejado entonces —me dice con tranquilidad absoluta.

—Eres un descarado. Espero que tus inquietudes hayan obtenido respuesta —trato de soltarme de su agarre, no me lo permite.

—¿Te quieres sentar? —pregunta con un brillo depredador en la mirada.

—Es lo mejor, para los dos —coincido.

Volvemos a nuestro puesto VIP, sólo están Antoniette y Guillermo, quienes se levantan y salen a la pista.

—Nuestra mesa ha quedado libre. Alguien parece haberse hecho cargo de la cuenta —Antoniette mira a Christopher.

—No puedo imaginar quién ha sido —acoto con una exhalación ignorando la mirada de complicidad entre ellos, pero sabiendo quién lo hizo—. Por cierto, JP se fue y se llevó mi carro.

—¡Jodido follón! De todas formas, tenemos como irnos, así que ni te preocupes —alega muy ufana.

—Así es —Christopher responde con un asentimiento, mirando a mi tunanta hermana.

Antoniette sale del reservado con una sonrisa de satisfacción.

—Señor Drummond, aquí están las bebidas que ordenó —la voz de un mesero nos interrumpe.

—Sexi y sofisticada —su voz es seductora y envolvente cuando toma la bebida y me la entrega.

—Mmm... ¿Qué es? —inquiero tras darle un pequeño sorbo.

—Un Cosmopolitan —sonríe. Endemoniada sonrisa, que hombre tan hermoso, no hay otra palabra, está como se le da la gana estar. Es exquisito, divino, arrogante, controlador, exigente y demandante, aunque él puede permitírselo.

«Oh sí, claro que puede».

«Y duerme con una pelirroja...» mi subconsciente me grita furioso.

Por primera vez estoy en verdad furiosa. Debo controlarme.

Alzo mi bebida y dejo viajar un largo trago por mi garganta. Sus labios se aprietan conteniendo una risa.

—Más lento —me dice mientras roza mi mejilla—. Te quiero lúcida, cariño —su voz es picosa y seductora.

—¿Estás coqueteando conmigo? —pregunto de nuevo furiosa. Lo he pensado toda la noche, necesito un tequila.

—Puedo y quiero hacerlo —murmura mientras deja su aliento viajar por mi cuello, erizando mi piel y dando un calor agradable que se esparce por todo mi cuerpo.

—Deja de hacer eso —solicito.

—¿Qué con exactitud? —susurra en mi oído y siento que me falta el aire. Continúa dejando su aliento sobre mi cuello, sus labios son como seda cuando se posan en él. Debo respirar, controlar mis impulsos, pero ¡cielos!, es tan rico, tan poderoso, único y enigmático quiero saber todo de este hombre. ¿Cómo es que puede encenderme, incitarme y llevarme como una hoja que es arrastrada por la corriente de un río?

—Para, Christo... —su boca está en la mía presionando y empujando porque mis labios se abran y lo reciban plácidos. Son suaves y fríos, aunque cuando le permito acceso; es tan tibio, caliente hasta quemar, puedo quedarme a morir y renacer en ellos. Nuestras lenguas se enlazan, se unen y exploran nuestras bocas hasta volverse irreverentes. Mis manos quieren sentir su cuerpo, tocarlo me torna ansiosa. Solo deseo incrementar la intensidad del beso y nuestras caricias.

Huir Parece la Salida



Mi subconsciente parece haberse ido a dar un paseo. Porque no aparece por ningún lado. Así que me doy el lujo de degustar los besos de este hombre enigmático, encantador y ardiente como el averno.

—Te deseo, Annabelle —susurra en mis labios.

También lo deseo. Sí, lo quiero tocándome, besándome, haciéndome sentir, vibrar de anticipación. Deseo su boca reclamando mi cuerpo como territorio propio, deseo sentir sus manos haciendo magia en su recorrido por cada terminación nerviosa que se aviva en mi cuerpo, deseo arder hasta que sea inevitable consumirnos en el ardor de la pasión que amenaza con devorarnos. Lo deseo, adentro, profundo sin piedad. Es eso lo que despierta él en mí, lo que me hace sentir viva.

«Deseo... ¡Para! ¡Ahora!». Parece que aquella vocecita ha emergido de la oscura embriaguez en la que se hallaba sumida por el beso. Cuanto deseo que se calle, ella decide hacerse oír.

—Te quiero para mí —mientras continúa con el beso, su mano está en mi muslo desnudo yendo hacia arriba con sutileza. Abro los ojos ante el toque y mi boca se paraliza de inmediato. Tomo su mano retirándola de inmediato.

—Christopher —gimo tragando con dificultad y con el ritmo frenético de mis latidos haciendo correr rauda mi sangre ahora febril. Él me mira concentrado en la consternación que atraviesa mi rostro.

—Cariño, no lo hagas de nuevo —murmura. Echa la cabeza hacia atrás clamando por paciencia o implorando al cielo por ella—. Por favor, Annabelle, esto es... tan perfecto y maravilloso que aún me cuesta creer. Estoy cediéndote el control como nunca lo he hecho.

Inhalo y suelto el aire. Siento que las emociones fluctúan dentro de mí, que emergen como la lava de un volcán que se hallaba inactivo.

—Sé que ha de ser difícil... —tomo un respiro con las lágrimas que se alojan en mis ojos—. Yo no creo estar lista para dejar mi control, para soltarme. No confío en mi suerte si no la controlo.

—Has pasado por mucho, Annabelle y temes no poder controlar esto que se reavivó en ti —su mirada es un remanso de calma, al igual que su voz lo es de envolvente. Pienso que sus brazos serían un buen refugio para mi corazón. Sin embargo, me niego a eso.

—Solo déjame entrar, Annabelle deja que yo te guíe, déjame al frente, sabré proteger tu corazón. Lo prometo —su voz es una seducción para el incauto. Sin embargo, mi corazón ha sufrido el dolor, la pérdida y la desesperanza en carne viva.

Niego con la cabeza y me levanto. Necesito salir de aquí, si me quedo voy a caer y no está permitido, no cuando has probado del mismo fruto su amargo sabor. No cuando la moneda ha girado en el aire y al aterrizar ha dado un resultado tan impío e infausto.

—No puedes... no puedes prometer algo que es tan incierto como el mañana, Christopher o tan frágil como el cristal, delicado e invaluable como una obra de arte que lleva siglos de realizada. No está en nuestras manos decidir por el destino —mi voz está atrofiada, rota y llena de dolor.

—¡Annabelle! —dejo de oírlo cuando corro hacia la salida sin importar llevarme a la gente en el camino. Miro de un lado al otro. ¡Rayos! Estoy arrepentida de haber permitido a JP que se llevara mi carro. No pasa un taxi.

—¿Annabelle? —Yamila me hace mirarla y sé que ha visto en mi rostro la agonía, en estos momentos es el mismo rostro que contemplo en ella.

—¿Trajiste tu carro? —pregunto con ansiedad, mientras limpio mis lágrimas.

Ella asiente. Nos movemos a media cuadra donde ha dejado su auto. Camino con premura, necesito marcharme antes de que Christopher salga y me vea. Encontramos su

Volvo dorado y subimos casi a la vez, necesito que nos saque de aquí cuanto antes.

Cuando pasamos por frente del local, veo a Christopher y a Antoniette afuera, en un carro están montando a sus amigos. Antoniette está al teléfono, seguro tratando de hablar conmigo, en segundos mi celular comienza a sonar y vibrar dentro de mi cartera.

—¿Annabelle dónde estás metida? —inquire molesta.

—Si estás cerca de Christopher aléjate, no quiero que te oiga hablar conmigo —le pido como vil cobarde.

—*Está bien. ¿Te hizo algo? ¿Qué pasó?* —quiere saber conteniendo su impaciencia y su talante. Le he arruinado la noche.

—Nada, él no hizo nada, soy yo la que he salido huyendo. Eso no importa... —hago una pausa y siento los ojos de Yamila puestos en mí—. Voy a quedarme en casa de Yamila, estoy con ella ahora, mañana hablamos de acuerdo. Me preocupa como te vas a ir, Pau no ha llevado carro y yo...

Ella me interrumpe diciendo—: *No te preocupes, Christopher nos llevará. No sé qué pasa con ustedes, pero estás actuando muy inmadura, Annabelle. Ese hombre está hasta el tuétano por ti* —me reprende.

—Ahora no, Antoniette —le ruego.

—*Es ella, ¿cierto?* —la voz de Christopher es tensa, no espero a que hable.

—Vamos a mi casa —dice, Yamila acatando lo que le dije a mi hermana.

—No, era solo por despistar a Antoniette y que no le fuera a decir a Christopher que estaré en mi casa —le aclaro, limpiando una lágrima furtiva.

—Está como quiere ese hombre. ¿Es de quién habló tu mamá, ¿cierto? —ella me mira por el espejo retrovisor.

—Abogados. No creas que no sé lo que haces —le digo sonriendo o al menos intentándolo.

—Esto es una novedad en ti amiga. Así que, si quieres que deje de interrogar, sacia mi curiosidad —ella tercia.

—Lo conocí el día del accidente en el estacionamiento del edificio y es mi vecino. Sí, en efecto es el mismo del que habló mi mamá.

—Wow. Y seguro ni cuenta te habías dado de que era tu sexi vecino —murmura con una sonrisa.

—¿Qué comes que adivinas?! —mascullo.

—¿Te gusta?

—Joder, me encanta —reconozco molesta.

—Se nota que ambos están enganchados —ella sonrío como si supiera algo que yo no. La miro inquisitiva por lo que ella me mira y dice—: él mandó a Guillermo, nosotras éramos el cebo para que él te tuviera. ¡Ay hombres...!

—¿Ah sí?! Pues ese es Christopher, él todo lo puede y lo controla.

—No todo o a todos... a ti no, al parecer —agrega con diversión.

—Lamento haberte incitado en salir, sé que estabas disfrutando. —me disculpo.

—¡Ah! —suspira con necesidad de soltar el estrés—. En verdad, lo intenté. Aun así, ahora no tengo deseos más que de estar en mi cama con un pote de helado de Brownie y apaciguar lo que me duele el corazón en estos momentos —reconoce con ese quiebre de voz característico en quien sufre y aguanta.

—Sabes, tal vez... no veas lo que está ocurriendo en tu relación como lo mejor para tu vida, pero el tiempo tiende a atenuar la pena, aprendemos a ver que lo que pasa, es lo que ha debido pasar. Cuesta —digo cerrando los ojos antes de seguir—, cuesta mucho, no es fácil. Sin embargo, como seres humanos siempre tenemos algo a lo que aferrarnos, siempre encontramos el refugio —sonrío con pesar.

—Tienes razón, si tan solo el tiempo pasara más rápido, quizá sanaría más deprisa —admite cabizbaja.

—¿Qué hizo, Tony esta vez? —me atrevo a preguntar.

—Lo de siempre, esos... celos sin razón y las llamadas extrañas que recibe. ¿Podrás creer que dice que lo han estado llamando de un número desconocido para amenazarlo, ni sé si es verdad? —dice con su mandíbula tensa.

—¿Las llamadas te relacionan de alguna manera? —inquiero.

—No lo sé, él dice que le piden que se aleje de mi —niega con la cabeza—, él muy idiota lo único que cree, es que yo ando con otro... ¡Argh! Ann te juro que no sé qué está pasando últimamente —en su voz se evidencia la frustración.

—Tal vez esta separación lo lleve a reflexionar —procuro dar esperanza y no frustrarla más.

—En mi trabajo, las cosas tampoco fluyen como de costumbre. —admite— Hace unos días, entraron a las oficinas y causaron destrozos. Mi oficina fue la más dañada, incluso parecía ensañamiento.

—¿Hace cuánto sucedió eso? —mi pregunta sale alterada.

—Una semana, fue después de nuestra última salida. No descartamos vandalismo y se está investigando.

—Yami no quiero que dejes pasar esto como algo aislado, debes estar atenta a todo. Y no dudes en decirme si ocurre algo nuevo. ¿De acuerdo? —No puedo evitar preocuparme. Nos despedimos sin mucha dilación, pues ella quería llegar a casa tanto como yo.

Cuando entro a mi apartamento, me dejo caer en el sofá de la sala. No puedo creer que todo esto haya pasado en un solo día. He sentido tanta euforia y deseo con tan solo un beso y a la vez siento que estoy cediendo, entrando en un territorio inhóspito e intrincado en el que puedo quedar atascada o acabar perdiendo más que mi corazón.

Salgo de los tacones de diez centímetros que me he puesto esta noche, y masajeo mis pies recostada en el modular de la sala. Coloco la pulsera de serpiente sobre la mesa del centro. Aun así, tengo mis pensamientos en Christopher, en lo que debe estar pensando por el simple hecho de haber

desaparecido en medio de la noche. Actué fuera de mí, esa actitud cobarde que me arropaba por momentos cuando estaba a su lado, me hacía ver como una tonta infantil e inmadura al no saber qué hacer con mis emociones. Hasta ahora la vida me ha quitado tanto, que parece haberme arrebatado la fe.

¿Cómo puedo hacer que él me entienda? ¿En qué momento me quedé en medio de la nada? He estado por tanto tiempo en el purgatorio que me aferro y temo dar un paso hacia la luz.

A la mañana siguiente, no son más de las ocho cuando recibo una llamada de JP para informarme que mi carro se encuentra sobre las cuatro ruedas y sin un rasguño, estacionado en mi puesto de aparcamiento.

—*Vas a sumergirte en tu agujero negro durante el fin de semana* —dice él con tono acusatorio.

—No... no sé, Jean. Yo estoy confundida —digo vacilante.

—*Esperanza. Créeme, no estás confundida. Estás muy clara lo que no estás es decidida a dar el paso, a soltar el pasado tan cargado que traes a rastras* —me asegura él parsimonioso.

—Wow. En serio un psicoanálisis digno de un psicólogo —me burlo.

—*Búrlate todo lo que quieras, preciosa, pero es así y tú lo sabes...* —hace una pausa y al ver que no niego lo que ha dicho, el continúa—: *¿Crees que un hombre como ese no tendrá por ahí una mujer capaz de darle el alma a cambio de un simple “hola”?* *Y si yo fuera, Drummond no dudaría en tener a cualquier mujer. En realidad, yo no pelaría ni una. Así que... ya basta de la autocompasión y automutilación de sentimientos. Basta de esconderse.* —eso último suena a regaño.

Respiro para aplacarme y no soltarle mi mal humor mañanero por causa del insomnio.

—¿Qué quieres que te diga? Lo quiero y no sólo lo quiero, lo deseo, siento que estaré faltándole a Alexander, se supone que él era el gran amor de mi vida, mi alma gemela.

—Y... *¿Quién carrizo dijo que no lo haya sido?* —inquire con tono cansino—. *Annabelle... Alexander fue un gran hombre, un gran amor en tu vida, aunque no lo creas ahora, él fue tu alma gemela durante el tiempo suficiente para que ambos fueran felices. Él se fue de este mundo sí, no obstante, te dejó su amor y se llevó todo el amor puro y genuino que puede tener una persona, ese amor se lo entregaste tú. Ambos conocieron el amor, él te lo entregó sin temor. Ahora tú se lo podrías estar negando a alguien más. Christopher. Ese hombre puede ser el alma gemela con el que debes vivir y compartir el resto de tu vida. Ambos pueden ser el alma gemela correcta para cada uno... ¿Capisce?*

Una lágrima ha comenzado a viajar por mi mejilla hasta morir en la comisura de mis labios.

—Un amor diferente —murmuro.

—*Sí...* —suelta un bostezo—. *Rayos, es el discurso más largo que he pronunciado luego de una noche lujuriosa y productiva. Por no decir sensiblero... Si yo fuera él pasaba de ti.*

—Ve a dormir, cruel galán —le digo en voz baja.

—*Deja el drama para los culebrones de televisión.*

Unas horas más tarde, el timbre suena. Imagino a una Antoniette molesta con cara de haberse despertado antes de sus perfectas y rejuvenecedoras diez horas de sueño, aun así, con un sermón espinoso preparado. Me levanto del sofá en donde he estado procrastinando toda la mañana, se había tornado frustrante el intentar dormir, mi cabeza era un hervidero de pensamientos que no me conducían a alguna parte, más que a lo mismo. Sentía muchas cosas por Christopher y era más que claro que no sabía cómo manejarlo.

Abro la puerta y el aliento se me congela.

«¡Santo Dios!» Mi mente calcula un movimiento rápido como cerrarle la puerta en la cara y correr a esconderme debajo de las sábanas en mi habitación.

«¡Cobarde! Y los demás días, andarás a hurtadillas, usarás las escaleras y amanecerás en el carro para salir antes que él

del edificio y no encontrarse. ¡Bravo!». Me burlo.

—Christopher —murmuro, sin mirarle mucho a los ojos.

—Buen día, Annabelle. ¿Puedo pasar? —solicita con rostro impassible y su voz controlada.

Asiento y con una mano le convido a que pase.

—Siento mucho lo de... —me detiene cuando se lleva su dedo índice a la boca y emite un sonido implosivo.

—Sssshsss. No he venido por una excusa, señorita Parisi —su mirada es fría y distante.

«Oh no. No me jodas con tu semblante de frialdad. Me partirás el corazón», soy sarcasmo puro. Mi burla mental dura poco cuando me fijo en su vestimenta.

Lleva mono de ejercicio y zapatillas *Nike* de deporte, una franela de algodón blanca que le moldea el cuerpo magro y esculpido a la perfección, es delgado, pero se nota que trabaja muy bien su físico para no parecer que sus venas pueden explotar en cualquier momento. Está algo sudado, su cabello sigue húmedo cayendo deliberada sobre su frente y la brisa que se cuela por la ventana abierta del departamento, trae hasta mi olfato, el olor a gel de baño, mezclado con su propio sudor y desodorante.

Siento mi libido despertar premuroso, abriéndose paso a través del deseo efervescente en mi interior.

—Si me sigues mirando de ese modo... No voy a ser capaz de contenerme —me dice con su voz seductora. ¿Por qué hace eso conmigo? Disfruta que lo observe, es más, sabe que lo disfruto, que lo devoro con mis ojos y, sin embargo, me avergüenza al dejarme al descubierto.

Aclaro mi garganta y siento como si la temperatura en la sala fuera en aumento, hasta sentir emanar calor de mi propio cuerpo.

—Bien, si no viniste para escuchar una excusa y no me permites que te vea. Entonces, ¿a qué has venido, Drummond? —lo cuestiono displicente.

Camino hasta el sofá y me siento, de lo contrario mis piernas caerán como chocolate derretido.

—Esta noche eres mi pareja para una gala en beneficio de la fundación que mi corporación maneja y patrocina, por supuesto —suelta con total normalidad y aquel dejo autoritario en su voz. Lo miro con renuencia.

—Esa no ha sido una pregunta —le increpo.

—Es correcto. No ha sido una petición o una pregunta de si quieres o puedes venir —arguye con pasmosa naturalidad—. Es una imposición si quieres llamarla así, aunque pensaría mejor en algo así... como la cancelación de una deuda pendiente.

—¿Deuda pendiente? ¿Estás teniendo serios ataques delirantes, Drummond? —inquiero con sorna.

—Me dejaste ayer, dos veces, después de haber expuesto mis sentimientos hacia ti. Además, me da la gana de que me pagues como yo quiera —dice con descaro.

—¡Ah! No pues, hágase su voluntad... —siento como empieza a calentárseme la sangre—. ¿Te has fumado un palo de escoba esta mañana? —suelto con irreverencia.

—No. No convivo con ningún vicio, Annabelle.

—Christopher, mi tiempo solo yo puedo manejarlo a mí antojo. No puedes ser tan descarado y venir acá a imponer tu santa y soberana voluntad —refuto.

—Te voy a enviar una selección de vestidos para esta noche. Es Black and White. —Se detiene en la puerta y voltea para mirarme—. Quiero presumir de ti esta noche. Supongo que alcanzará el tiempo necesario para que hagas todo lo que hacen ustedes para verse radiantes... —acota con la mirada acusa y una sonrisa perversa.

—Aunque en realidad, así como estás ahora, resplandeces para mí.

—No voy a ir —me apresuro a decir.

—Oh. Claro que sí... ¿qué número calzas? —Está calmo e impasible como de costumbre.

¡Dios este hombre puede matarme de rabias!

—Ya dije que no iré. Por mí, bien si aceptas o no mis disculpas. Ahora termina de marcharte, tengo cosas que hacer. —soy imperativa e inflexible, muevo mi mano hacia la puerta para abrirla. Mas él me detiene por la muñeca, otra vez está observándome con la mirada de fuego y sus labios se abren como si fuera a decir algo más, se acerca a mi rostro y todo parece moverse en cámara lenta, mi respiración empieza agitarse con estrépito, ese delicioso hormigueo que se pasea por mi estómago para terminar alojado en mi vientre se hace presente y solo puedo desear tener mis manos en todo su cuerpo y mi boca poseyendo la suya. Deposita un beso en mi mejilla, tan ceca de la comisura de mis labios, que siento como mi cuerpo está a punto de ebullición.

—Sofisticada y sexi —dice con voz ronca y me guiña.

Cuando se ha ido, me lleva más tiempo del imaginado amainar mis sensaciones. Él es tan enervante, que puede enloquecerme. Tan ardiente que me quema con su presencia, me enciende hasta sentirme a punto de una combustión espontánea.

No Doblegará mi Voluntad



Me muevo en la cocina para preparar algo que almorzar. Debo dedicarle tiempo a poder limpiar la nevera y desechar todo aquello que ya no es consumible. Se nota que es muy poco lo que cocino y tras la partida de mi madre, la cocina y sus enseres han caído en la desolación. Miro en el refrigerador; saco unos camarones precocidos, calamar y langostinos. En menos de lo pensado tengo todo listo para comenzar con mi almuerzo.

Este ejercicio me está ayudando a olvidar lo perturbador que ha resultado antes la presencia de Christopher.

—Condonar una deuda por abandonarlo. Já. Este hombre tiene grandes problemas de ego. ¿Dónde se ha visto? —estoy hablando sola de nuevo. No iré a ningún lugar. No cederé a sus impositivos chantajes. Podré desearlo, aun así, no doblegará mi voluntad.

Coloco la ropa de la semana dentro de la lavadora, exceptuando la más delicada que lavo a mano. Mantener mi mente activa, evita que la frustración se erija con su portaestandarte para fastidiarme la poca paz mental que me queda. Respiro hondo, no sé por cuánto tiempo, soy muy diestra en ese ejercicio. Así he estado respirando durante todos estos años, solo tomando oxígeno cuando emerjo para volver a sumergirme.

La culpa pugna una batalla inclemente contra mi corazón al sentir que está perdiendo. Por un momento, me extravió en los recuerdos, quizá buscando encontrarme en él, de modo que tal vez, hayan quedado unos trazos de mi pasado aun vagando en mi presente. No se puede perder la esencia del ser por completo, es como dejar de ser tú.



—Tienes que dejarlo ir —la voz de mi madre emerge de mi inconsciente, cuando sostengo la mano de Alexander que yace sobre la cama de la clínica, conectado a incómodos aparatos, mientras un pitido discordante rompe apenas perceptible el silencio de la habitación.

—Debes descansar, Annabelle... —siento el dolor en la voz de mamá, mientras la mía que aún no se alza, se ahoga entre las lágrimas que raudas y en caída libre se escurren por mi rostro.

No puedo caminar, estoy a su lado porque hoy he despertado y suplicado venir a verlo, me han dado pocos minutos ya que mis heridas han sido igual de graves.

—Debes volver a mí. No puedes dejarme, no tienes derecho... Dios, por favor... sé que hay muchas peticiones más importantes, pero... por favor no te lo lleves... Por favor, Dios por favor. —suplico en mis pensamientos, mientras aprieto sus manos como si él pudiera sentirme, suplicándole que se aferre a mí; sin embargo, no hay nada allí, ya no hay vida en sus manos, están demasiado frías, sobre todo siendo antes tan cálidas y llenas de vida como cada vez que me tocaba.



Debo dejar de hacer esto. Debo dejar de recordar y torturarme con lo que me duele. Esos días de oscuridad no me han llevado a nada, solo dejan más desolación y un ardor en mi piel desocada.

Voy hacia el multimueble y enciendo el equipo de sonido. Hace mucho tiempo que no me sentaba solo a escuchar la música y desplazarme por ella hasta desaparecer. En este instante, necesito eso más que nada. Necesito llorar, recordar ese dolor, mi mente está jugando en mi contra hoy. Soy un caos viviente. Insisto con masoquismo en conectarme de alguna forma a mi pasado, a lo que fui. A esa Annabelle que solía ser mientras estuve con él, con Alexander.

Porque cuanto más me acerco a Christopher, más se deshuelan mis emociones y comienza a calentármeme el

corazón. Eso da más miedo que la soledad en la que me hallo inmersa. El miedo se convierte en una elección y hasta ahora no lo he elegido, aun cuando sé que nos recuerda que estamos vivos, que seguimos, que existimos.



—Sería un hermoso regalo si tocaras una pieza en el piano el día de la boda. Ya sabes como regalo para Alex —mi hermana dice con esa voz tan emocionada.

—Sería bueno... —murmuro mientras me detengo frente a las orquídeas—. Si de los nervios no termino olvidando las notas. —sonrío.



No he vuelto a escuchar música clásica desde entonces. Cuando Alexander murió, una parte o gran parte de lo que era y hubiera podido ser, partió con él. A su lado aprendí a volar cuando mis alas temían extenderse, me hizo despegar los pies del suelo y salir al encuentro de ese amor que pasivo y paciente esperaba por mi salto. Fue mi red, mi seguridad, mi sinécdoque, me dio todo lo que tenía con aquella fidelidad y lealtad que nacía de un sentimiento puro e inmarcesible, me dio mucho más que su corazón y Dios, lo amé tanto que me rompí para siempre. O al menos eso creí hasta que llegó, Drummond.

No creo haber vivido el verdadero duelo, pasé por la etapa del dolor y la ira, tal parece que sólo me quedé allí, sin avanzar. La ira me hizo actuar más con frialdad y desconectarme de esa parte humana que todos poseemos.

Allí empecé a construir los muros.

El timbre suena de nuevo, justo en el momento en que coloco mi almuerzo sobre la mesa.

—¿Por qué no me dejan sola? —mascullo enojada.

Abro la puerta de un tirón y con cara de pocos amigos, cuando me encuentro con una joven vestida elegante en ropa

de marca.

—Buenas Tardes. ¿Es usted, Annabelle Parisi? —aunque pareciera frágil, tiene un tono de voz profundo y severo.

—Sí. ¿En qué puedo ayudarla? —respondo con estoicismo.

—Oh. He sido enviada para traerle unos trajes para la gala de esta noche —dice ella con una franca sonrisa.

«Dios ¿Por qué este hombre quería siempre controlarlo todo?».

Asiento con resignación dejándola pasar, no porque esté de acuerdo con los mandatos de Christopher, sino por cortesía. Después de media hora en la que me probé —diría que una decena de vestidos—, aún seguía sin convencerme este juego al que Christopher quería jugar. Todo se había vuelto un camino de curvas muy cerradas en mi pensamiento lineal.

Dios, sí. Él es irresistible, guapo, está mejor que comer con los dedos, es tan eficiente, inteligente, estoy segura como que el cielo está sobre mi cabeza que puedo llegar a mantener vívidas conversaciones con él, así como que sería un buen amante. Sí, un buen amante, ¿pero un hombre capaz de amar con tal libertad, capaz de entregar su corazón y desnudar su esencia...? Lo dudo, los hombres por lo general creen que decir lo que sienten es una debilidad, así como que llorar no es de hombres. Respiro profundo.

Él es un seductor nato... acostumbrado de seguro a que las mujeres cedan sin mucho esfuerzo a sus caprichos. En cambio, yo... odio que me controlen y suelo ser demasiado autocrítica, no me subyugaré a un hombre, no nací para que me digan qué hacer ni cómo. A esta altura de mi vida me doy cuenta de que mi libertad e independencia vale mucho, no estoy dispuesta a ceder.

Tomo mi teléfono con una decisión incuestionable. En vista de que no está dentro de mis determinaciones rendirme ante él, debo alejarme y de ser necesario correr. Marco el número más de una vez, sin pensarlo. Oigo el vacío y espero, suena el primer repique al tiempo que el timbre de mi

apartamento, estoy segura de que, por el modo exasperante de tocar, no puede ser, sino una sola persona y soy tan consciente de eso como de que quiere ahorcarme. Declino de la llamada y abro la puerta, con mi mejor semblante de serenidad.

—Annabelle, voy a matarte la próxima vez que desaparezcas y me dejes tirada —Antoniette aparenta una molestia que a leguas se nota falsa.

—Anto...

—Ni se te ocurra. —me interrumpe levantando su mano derecha para que detenga mi discurso—. Estoy real, real, realmente molesta contigo... —agrega con la mirada acusa como si pudiera perforarme la carne—. Te estás comportando como una idiota —su voz es controlada, aunque severa.

—¿De cuándo acá las hermanas menores regañan a las mayores? —bufo.

—Desde que huyen como cobardes de un hombre más que interesado por ellas... —toma aire mientras camina hasta la mesa del comedor y arroja su bolso sobre ella—. Dime algo, ¿crees que ese hombre no se va a cansar de estar siempre corriendo detrás de ti? ¿Crees estarte comportando como una mujer sensata?

La miro sin decir nada, con sus preguntas en mi cabeza. «Sí, aun así, espero que sea más tenaz que yo, respondo a la primera. A la segunda; no, porque son justo en esos momentos en los que me siento más sensata, cuando salgo corriendo».

—Vamos... ¿Qué esperas que te diga? —le contesto mientras camino a la cocina.

Ella se detiene en el umbral y se recuesta del marco.

—Has sufrido y estado sola por demasiado tiempo. ¿No crees que ha sido suficiente la pena?

Paso mi mano por la cara y tomo un respiro profundo, me volteo hacia ella apoyada de la encimera.

—¡Rayos! Antoniette todo esto es demasiado nuevo e intenso a la vez. Quizás no esté preparada para alguien como

Christopher Drummond —menciono como si me lo pudiera creer yo misma.

—Annabelle... —la observo respirar, quizá suplicando por paciencia—. Alexander ha sido tema tabú en la familia durante todos estos años. ¿Crees que no sabemos que te niegas a ti misma avanzar en el proceso de dejarlo ir? Eres como un adicto al *crack*, el dolor ha formado tanto tiempo parte de tu vida que te cuesta superarlo y continuar —me recuerda lo que sé en demasía.

—Antoniette no seas tan dramática. Mi vida está bien como está. No poseo deudas, puedo con mis necesidades, sé dónde estoy parada y adonde quiero ir... —de repente estoy enojada con ella, por creer que nombrando a Alexander voy a cambiar de opinión.

»No quiero que utilices a Alexander como excusas para escudriñar en mi vida —le advierto.

—Ah, sí. Completa egoísta tú... —me reclama.

—¿Egoísta? Antoniette por favor, ¿sabes el significado de esa palabra? —la cuestiono afectada por su recriminación.

—Sí, sí lo eres —me sigue reprochando con la voz cada vez más elevada—. Mamá vive al pendiente de ti, porque eres incapaz de llamarle cada día para decir que estás bien, aunque solo sea mentira, ¿qué...?, nada te cuesta una mentira piadosa. Papá pregunta por ti con timidez, no sabiendo que decir, mamá siempre discute con él porque parece indolente a todo el drama y él le discute a mamá, por ser mega dramática. Posterior al entierro de Alex, tu solo te involucraste en una crisálida, ya no llorabas, Annabelle no decías nada, no hacías nada, solo dormías y todos sentíamos tu dolor, sabíamos que querías olvidar, intentar creer que era un sueño... —ella se detiene y ya no hay furia en sus palabras.

Mis ojos comienzan a nublarse, como si les cubriera un velo gris y brumoso, la saliva empieza a espesarse en la boca. Mi garganta se seca y el pecho me arde con intensidad. Aprieto mis labios queriendo suprimir el sollozo que poco a poco quiere salir por mi boca, la nariz comienza a picarme como si fuera a estornudar y sé que estoy a un milímetro de

sucumbir al llanto. No puedo decir nada, es tan simple y doloroso como que las palabras no quieren, no pueden salir.

—N-no, era un sueño. Era mi vida —digo entrecortadas palabras porque las traicioneras lágrimas descienden raudas por mi rostro—. No, no he querido ser egoísta, solo... solo quería estar sola, recuperarme a mi manera, sin espectadores, sin hacer más daño a mamá —suelto todo lo que por años me atenazaba el pecho impidiendo que respirara con normalidad, esas palabras que han sido una espada atravesando mi corazón y pulmones, y me dejo caer de espaldas por la pared de la encimera, perdida entre los sollozos.

»Me siento tan culpable... —sollozo.

Se acerca a mí dubitativa, sé que se debe a lo delicado del tema y a mi estado emocional. Me abraza y cuando ve que mi llanto no remite, se aleja con los ojos nublados también y toma mis manos.

—No tienes porqué sentirte de esa manera. Estas palabras son clichés, pero es así Annabelle. No has tenido culpa de nada, es normal continuar. ¡¿Sabes?! El mundo no se detiene porque alguien se muera o porque pasen cosas malas en él y a las personas, es como una rueda, siempre girando, sin detenerse.

Sonrío.

—Lo has leído o escuchado en una canción —le acuso entre las lágrimas y risas ahogadas.

—Algo así. En lo de la rueda, cabe decir —asiente.

—Creo que también he oído la misma canción —intento sonreír con franqueza, no me sale.

—Deja de huir —me pide en un hilillo de voz algo roto y más débil que un susurro.

—No llores, boba... —espeto.

—¿Y tú porque lloras? —me reclama.

—Porque estoy más enredada que pollo comiendo chicle —ambas reímos con las lágrimas secándose en nuestros rostros.

—Siento mucho que hayas tenido que hacer de mediadora entre mi vida y nuestros padres —me disculpo con sinceridad.

Ella se encoje de hombros y los deja caer, diciendo—: ¡Bah! Mamá si es melodramática —repone alargando la palabra.

—Creo que, sí tengo algo de culpa. Viéndolo con detenimiento, si he sido egoísta, aunque haya sido solo para que no vieran, ¿ya sabes...?, cómo me dolía —aún me cuesta abrirme con ella.

—Nah... —dice ella dejando caer una mano—. Tenías derecho de serlo.

—Sí, aunque Alexander no será ya un tema tabú... —hago una pausa y ella se levanta. Busca entre el refrigerador unas bebidas. Se queja porque nunca tengo cervezas en la casa o algo más fuerte que un vino, aunque no lo tomo.

Me defiendo diciendo que quiero mucho mi cuerpo como para dañar mi hígado con alcohol. Reímos un rato y recordamos el pasado, cuando Alexander y yo nos escapamos para ir a un concierto al que no estábamos autorizados. Las veces que me daba de alta en las clases para besuquearnos en una de las salas de cine mientras fingíamos ver una película. Inclusive la vez que nos besamos como traviesos demonios detrás de la iglesia luego de la misa de domingo. Él siempre lograba que hiciera cosas que no estaban dentro de mis cabales o mi asiduo comportamiento, siempre lograba que mis pies se despegaran del suelo con facilidad.

Por muy extraño que parezca no estoy triste, ni siento deseos de llorar como antes y si hoy soñara con él, aun le diría que lo amo, porque es así y de seguro me diría: «muchacha tonta, eso no está en discusión. Siempre nos amaremos», con su particular forma de hablar, ya no me levantaría con el corazón desgarrado. Ahora en verdad, puede ser que esté sanando.

—A veces me comienzo a olvidar de su rostro y de su voz —le confieso en un hilo de voz casi ausente a Antoniette.

—Es difícil no hacerlo, Ann.

—No debería olvidarme de su rostro, ni de su voz. Me siento tan mal e ingrata al hacerlo —insisto.

—No digas eso —la voz de mi hermana se ha alterado un poco, respira profundo buscando dosificar su tono—. No es justo que pienses eso. ¿Si estuviera él en tu lugar, no desearías que fuera feliz? —argumenta en una pregunta muy precisa.

Alzo mi rostro y la miro ausente.

—Claro que sí. Soy cobarde, Anto muchas veces deseé ser la que hubiera muerto y no él, sobre todo cuando el dolor se enterraba cada vez más profundo dentro de mí, me hubiera ahorrado tanta desdicha. Me molesté con él por dejarme y con Dios por habérmelo quitado —los ojos me arden de rabia.

—Es normal la ira es uno de los pasos del duelo... sé que suena psicológico, aun así, es cierto. —enfatisa ella—. Y estás en tu derecho de haber sido cobarde y egoísta —acota.

—Es eso a lo que temo con Christopher... —le confieso pensativa.

—¿A qué te refieres? —Quiere saber con inquietud.

Suspiro mientras me levanto para llegar a la sala y sentarme en el sofá.

—A que no puedo darle lo que sé que quiere y tampoco soy valiente para dejarlo ir. Me siento por desgracia, egoísta y cobarde, ¿entiendes? —resoplo y alejo mis cabellos del rostro.

—Sí puedes y quieres es solo... —dice ella sin finalizar lo que quería decirme.

—Miedo... porque cuando estoy con él, en verdad me olvido de Alexander —concluyo.

Ella asiente y me dice que es normal sentir miedo, que eso implica el estar vivo y comparte conmigo lo de que el miedo es una elección. Una elección que hacemos, que se nos presenta, pero que somos nosotros los que tomamos la decisión de permitir que gobierne nuestras vidas. No puedo más que coincidir con ella. Así estamos por un buen rato y agradezco como nunca que hayamos podido hablar de esto.

—Christopher estaba molesto anoche —me informa con una sonrisa—. Bueno, además de preocupado y ya sabes... caliente.

—Por Dios Antoniette. Si te oyera mamá o papá te voltearían la cara.

Deja caer los hombros restándole importancia al comentario.

—Ellos ya saben quién soy —ríe—. ¿No te has imaginado como sería Christopher en la intimidad? —pregunta con su mirada pícara.

—¡Oye! No te pases —no sé por qué no puedo dejar de ruborizarme. Luego de un rato rio y asiento diciendo—: Ayer...

—¿Ayer, ¿qué? —inquire ella con ansiedad.

—Ayer cuando me besó en el estacionamiento —digo trémula. Ella me mira con la boca abierta y comienzo a reír—. Dios... besa como... —suspiro.

Antoniette, me observa expectante y ávida de curiosidad.

—Besa espectacular, con calidez y con tanta pasión, como si pudiera devorarse el mundo en cada beso, es... tan tan apasionado que me hace olvidar todo, no puedo pensar, ni recordar, mucho menos razonar estando con él. Es toda una explosión de sensaciones, es mi propio “despertar”. Me siento tan viva cuando estoy con él que me aterro —me estremezco con solo decirlo, toco mis labios y recuerdo sus besos.

Antoniette suelta una carcajada y sé que es de felicidad, antes de decir—: Es él... no hay duda, es el indicado para ti hermana.

—Me da la paz, pero también me la quita —reconozco—. A la vez me exaspera, cuando se muestra tan demandante, me muerdo la lengua por no gritarle y terminar perdiendo los estribos. Ahora le ha dado por creerse mi dueño y disponer de mi tiempo a su antojo.

—¡Y júrame que no te encanta! —exclama.

Llevo mis manos a la cara y estoy riendo—: Eso es lo peor... mi cabeza y mi corazón están en diales diferentes, porque me encanta por ratos, verdaderamente me fascina... ¡Argh! Me enloquece, es un loco... está loco, ahora creo que es como una especie de obsesión lo que nos provocamos el uno al otro.

Da un último trago a su copa de vino.

—No, el problema es que ambos pierden el control cuando están juntos. —la miro sin entender bien a lo que se refiere.

—A ver, me explico. Christopher y tú son iguales —hace una pausa y continúa—: Son maniacos del control, llevan un orden en su vida y tu sientes que él irrumpe en la tuya para agitar un poco las cosas y él parece que lo planea, el asunto es, que él tampoco lo planea, creo que le toma por sorpresa la espontaneidad. Es adicto a llevarte la contraria y verte fuera de tu zona de confort, en cierta manera así siente que no es solo él quien tiene todo cuesta arriba. ¿Me explico?

—Si no entendí mal y Dios no me hizo corta de entendimiento, dices que ambos estamos atascados en seguir controlando nuestro mundo alrededor, aunque sin ceder lo suficiente y no hemos caído en cuenta de que el control no se lleva bien entre nosotros, no cala, ni compagina —concluyo

—Algo así... sí.

—Suena muy enredado —suelto un respiro.

—Alguien tiene que ceder, Annabelle. Bueno, ambos tienen que más bien soltar el control... el haber estado sola por tanto tiempo te ha llevado a ser muy meticulosa y pragmática, autosuficiente y todas esas cosas y... de vez en mes hay que dejarse llevar —se levanta y empieza a bailar al son de una de las canciones que se escuchan en el radio.

Estrujo mis ojos como si pudiera quitarme las lágrimas que rápido se forman densas en mis ojos.

—Te tengo noticias —le anuncio a mi hermana que ahora me ve como si me hubiera salido un tercer ojo en la frente.

Una Noche a mi Manera



—¿Hizo eso? —Antoniette pregunta anonadada.

—Pues sí... no me lo preguntó, me lo impuso como un supuesto castigo o deuda pendiente —le aseguro mientras miro los tres vestidos que dejé tras la visita de la *fashionista* que el loco controlador de Christopher envió.

—Te lo dije, ambos aman confrontarse. Cada uno busca prevalecer sobre el otro —ella insiste.

—Será el frío o será el sereno. No puedo dejarlo ganar con tal facilidad —presumo.

—Si tú lo dices... aunque creo que ambos han perdido al querer dominar al otro... como dije. Alguien tiene que ceder —ella levanta sus manos y tuerce sus labios en un gesto de resignación.

Una hora más tarde, el timbre de la puerta vuelve a sonar y sé que son todas las personas que mi hermana ha llamado en lo que ella ha denominado un «extreme makeover», ya he dicho que está chiflada.

—¡Ay! Anto... querida. Estás loca para hacerme venir así de ya para ya, querida —Luis el chico que se encargará de mí durante quien sabe cuánto le dice a mi hermana con cierta diversión bailando en sus ojos.

—Luis, querido. Sabes que tú eres de los que trabaja bajo presión con precisión —ella arguye dándole un beso en cada mejilla.

—Solo por esos halagos que me endulzan el oído es que te digo que sí a todo —mantienen una conversación y siento que se están olvidando del tiempo, por lo que me aclaro la garganta.

—Es cierto —Antoniette me mira de inmediato, conociendo la poca paciencia que tengo—. Ella es mi hermana, Annabelle es a quien debes dejar regia, querido.

—Hola querida, espero complacerte. Aunque viendo bien, no debo hacer demasiado, eres hermosa al natural. Solo resaltaremos tus rasgos más encantadores. Ese hombre quedará sin aliento al verte —me asevera.

—La verdad no lo hago por complacer a un hombre, aun así, debo admitir que me gusta eso de dejarlo sin aliento —repongo con una maliciosa sonrisa.

Tras un par de horas en las que mis expectativas se acrecientan y mis nervios comienzan a aflorar danzando eufóricos en mi estómago, estoy lista. En cuanto me miro al espejo, me quedo impactada. No es que no me arregle jamás, solo que el maquillaje que uso para el trabajo llega a ser sobrio y con tendencia a lo natural. Sin embargo, debo reconocer que, aunque parecen kilos de maquillaje y demasiado arreglo para mis cabellos, en verdad me encanta el resultado y el solo hecho de que Christopher no sabrá que lo golpeó por querer jugar con fuego.

—¿Estás segura? —mi hermana pregunta acostada sobre la cama al mejor estilo de Cleopatra en su lecho mientras me observa.

—No sé si esto funcione, pero no hay vuelta atrás —pretendo sonar tranquila.

—Si te conoce algo, puedo decirte que se lo espera y se divertirá... y también se aprovechará de tu osadía. —Antoniette parece segura al decirlo y por una milésima de segundo dudo de si mi proeza no acabará en mi contra.

Christopher llama cerca de la hora acordada y mis manos comienzan a sudar cuando observo su número en la pantalla de mi celular.

«¡Contrólate! No pareces una mujer que lidia con problemas en un juzgado o que a veces termina siendo mediador en casos de tensión».

Atiendo y con voz controlada, le pido que me espere abajo. No quiero que venga por mí o de lo contrario mi plan se vendría abajo.

Salgo del departamento con la mirada altiva y mi mente enfocada en no dejarme flaquear. Sé que esperar cuando él vea que no he seguido sus exigencias. Sonrío con alevosía.

—Buenas noches, señorita —Erick me recibe con una sonrisa y niega divertido con la cabeza.

—Buenas noches, Erick. ¿Cómo está? —saludo obligando a calmar los nervios en mi estómago. Respiro profundo.

—Estoy bien, señorita. El señor la espera adentro —me instruye abriéndome la puerta del carro para que suba. Me cubro lo suficiente con el chal que llevo sobre mis hombros dispuesta a ver a mi verdugo controlador.

—Annabelle —me recibe con una sonrisa en el interior del auto—. Estás hermosa, más hermosa de lo que ya eres — agrega acercando su cuerpo hacia mí con una sonrisa autosuficiente. Agradezco que las luces del interior del carro no estén encendidas pues podría percibir mis nervios.

Me da un beso en los labios que no me da tiempo a responder o quejarme pues ha sido rápido y suave, sin presión alguna. Sin embargo, me deja con ganas de más.

—Tú... también estás guapo —digo con el aire faltando a mi cerebro.

¡Dios esto es demasiado!

Vuelvo mi vista al frente cuando Erick entra y enciende el automóvil. Agradezco esa breve interrupción porque de lo contrario le hubiera reclamado un beso como era debido.

Siento su mirada sobre mí, soy consciente de ello mientras trato de no parecer afectada. Aunque, a decir verdad, todo mi cuerpo hormiguea deseoso de su tacto, mis labios cosquillean como si una pluma fuera pasada por ellos, anhelantes de sus besos. En esta batalla, estoy perdiendo.

Su pierna con libertad roza con la mía y es como si estuviera siendo tocada por las brasas.

—¿Estás bien? —su voz y su aliento tan próximo a mi oído logra estremecerme y cuando volteo mi rostro para darle la cara. Sé que he cometido un error. El verde de sus ojos

ahora más oscuro me arrolla con una fuerza indescriptible por dentro y hace vibrar mis cimientos. Busco enfocar mis ojos en otra parte de su fisionomía y es allí cuando me doy de bruces con sus labios. Se ven tan suaves, jugosos y maleables. Deseo que posean los míos, sentirlos de nuevo es un anhelo que ignoraba sentir.

—Dime que quieres que te bese y lo haré —dice con su tono de voz ronco, más de lo normal, su mano está apoyada en mi pierna, soy consciente y eso es lo que necesito para desviar mi atención de su tentativa boca.

—No lo haré, señor Drummond. —soy taxativa al decirlo. Coloco mi mano sobre la suya que yace en mi muslo y la quito con sutileza—. Estoy muy bien, se lo aseguro.

No estoy dispuesta a ceder. Eso sería darle el gusto y me niego a hacerlo. Él no lo sabe, pero suelo ser mucho más terca de lo que cree. El viaje no dura demasiado, ayuda el poco tráfico en la ciudad, quizás por ser sábado en la noche no es tan conflictivo y ha mermado lo suficiente como para que no perdamos tanto tiempo. Algo que aprecio pues no estoy segura de poder resistir un minuto más bajo el efluvio magnético de Christopher.

En cuanto nos bajamos del automóvil, Christopher no puede evitar contrariarse. Me deshago del chal y enseguida veo que esta vez su rostro es un poema, el haberme visto dentro del carro y con la poca luz le impidió fijarse a grandes rasgos en mi ropa. Cosa que celebro, pues ya bastante estaba haciendo con ceder a su chantaje o imposición, como él quisiera nombrarlo. Sin embargo, su semblante dura muy poco y contrario a lo que supuse, me sonrío con prepotencia.

—Nunca me defrauda, señorita Parisi —me asegura con una sonrisa anclada en su mirada.

Toma mi mano que no ha dejado de estar fría, no por el clima o la temperatura sino por su cercanía. Si supiera lo tanto que acelera mi corazón y que mis manos son fe de ello, entonces puede que se condoliera de mí.

Subimos las escaleras y es cuando los nervios son un nido de avispas asesinas en mi estómago, hay camarógrafos y

flashes por todos lados. Tal parece que todos esperaban a Christopher.

¿En qué demonios me he metido? Mi agarre sin querer se hace fuerte en el brazo de él, nunca fui fanática de las fotos, no suelo ser tan fotogénica como mi hermana Antoniette.

—Señor Drummond, por aquí por favor —la voz de uno de los periodistas sobresale entre el montón.

Él se voltea llevándome consigo. Sonrío por cortesía y casi puedo sentir ese pequeño y persistente tic nervioso que surge cuando me esfuerzo en mostrar una sonrisa. Respiro hondo para relajarme tras el primer flash que se dispara sobre mi rostro.

Personal de seguridad del lugar nos saca de aquella vorágine y lo agradezco.

—¿Te encuentras bien? —Christopher me pregunta colocándose frente a mí, está preocupado. Eso lo percibo por las expresiones en su entrecejo y su boca convertida en una sonrisa parca que pretende camuflar su preocupación.

—Lo estoy. Tranquilo —respondo con una sonrisa.

—Sé que es desesperante —acota tomando mi mano.

—¡Christopher! —una voz femenina que me resulta conocida lo llama ahora—. ¡Gracias a Dios! Has llegado querido, estaba preocupada. Ya no sabía qué decirles a los contribuyentes. —suelta en retahíla con una sonrisa límpida e inmaculada.

Es cuando está frente a mí, ignorándome por completo que me percató de quién se trata.

Es ella, la misma mujer que hasta hace dos noches lo acompañaba en el ascensor. De repente, me cuesta respirar. La rabia y un tanto más de celos, hierven en mi sangre. No puede ser que venga a encontrármela aquí. Respiro un par de veces más y me suelto del agarre de mi acompañante quien no titubea en tomarla al vuelo y colocarla ahora en su antebrazo mientras la otra la mantiene afianzada rodeando mi espalda baja.

—Estela, ella es Annabelle Parisi mi acompañante esta noche —me presenta con un tono demasiado serio. La mujer arquea todavía más sus cejas y tuerce sus labios en una sonrisa petulante que me hace saber a qué tanto desea llegar con él y que no me considera una amenaza como tal.

Se me es fácil leer la malicia en las personas debido a mi trabajo.

—¡Que bien! No se vería bien que llegaras solo a un evento de tu corporación —deduce ella con arrogancia, sin detenerse demasiado en mi persona. Miro hacia otro lado, buscando calmar mi ímpetu.

—Ella es Estela la organizadora que siempre contrata el corporativo para estos eventos —me dice en voz baja para que solo yo lo escuche.

—Eso habla muy bien de su eficiencia entonces.

Caminamos en compañía de la arrogancia hecha fémica hasta el gran salón de fiesta, preparado con todo esplendor para la gala de esta noche. No le he preguntado a Christopher de qué trata, estoy tan enfocada en controlarme estando tan cerca de él, que ahora me siento grosera y descolocada al no tener la menor idea de lo que trata todo esto.

—¿De qué trata la fundación que diriges? —inquiero.

—¡Oh! Toma, esto te dirá todo lo que quieras saber querida —Estela interrumpe cualquier posible respuesta que me pudiera haber dado él.

Trato de ser cortés con ella, pero es que me la pone difícil y no son celos.

¡Bueno, quizás lo sean! «Dios ella es tan difícil».

—¡Ay qué precavida! Sin duda ya sé por qué Christopher te contrata. Eres muy «eficiente», Estela. —le digo con ese tono muy característico en mí que destila arrogancia y soberbia.

Escucho una risa disimulada por parte de Christopher quien me mira complacido al ver que no me quedo callada.

—Es en beneficio a niños con cáncer. Hemos sido una especie de ayuda humanitaria para las personas que más lo necesitan, sobre todo ante la problemática actual del país. Se ha contactado con muchas organizaciones sin fines de lucro que han creado un canal humanitario, sin embargo, nuestros esfuerzos han sido en vano por la intervención del gobierno, en su campaña antihumanitaria —me informa con rabia contenida.

—Es hermoso. Todo esfuerzo que hagamos es poco. —Le aseguro.

—Eso y que los ricos por competir sobre quién tiene más o es más poderoso, gasta lo indecible en tonterías tan banales y fútiles que bien pueden destinar a una causa social. Por eso realizo estos eventos. —continúa diciéndome con una sonrisa perversa—. Si van a gastar en estupideces, mejor que gasten en lo que sí vale la pena.

Lo que me dice y el orgullo que prepondera en su voz, me hace recordar a Alexander. Si ambos se conocieran, con seguridad acabarían siendo amigos.

¿Qué digo? Gracias a la vida que no es así. De lo contrario como sería si me llegase a sentir tan atraída como ahora por Christopher y peor aun estando casada.

«¡No!». Mi mente grita de inmediato. Eso sería un gran error.

—¿Qué te sucede? Has palidecido. —me asegura escrutando mi rostro.

—Estoy bien, no pasó nada —sonrío.

—¿Segura? —insiste y asiento.

Caminamos solo unos diez pasos cuando somos interrumpidos por más personas que lo reciben con adulancia. No sé a cuántas personas conozco en el trayecto que hay del umbral hasta nuestra mesa. Lo cierto, es que tampoco permanecemos o al menos mi compañero, no se queda demasiado tiempo sentado junto a mí, pues casi de inmediato es requerido por el orador de la noche.

El salón está deslumbrante, tanto como puede estarlo un lugar que reúne tanta gente adinerada con ínfulas de superioridad. Sin embargo, junto a Christopher no puedo imaginarme o tan solo especular con la vida de cada uno. Esta noche me ha demostrado ser más humano de lo que consideré, hay un ser bondadoso tras aquel carácter dominante y controlador que emplea en su empresa y empiezo a creer que es una especie de traje con el que se viste cada día.

—Buenas noches, sean todos bienvenidos a la quinta recolecta para la fundación “Un aliento de vida” que nuestra corporación tiene el grato placer de llevar a cabo. No pienso extenderme con un discurso llenas de palabras que adornen este evento, hoy son nuestros hechos los que definirán el futuro, no solo nuestro sino el de cientos de niños que solo esperan tener “Un aliento de vida”. Esta noche como cada año somos dadores de oportunidades de vida, ayudemos, contribuyamos, seamos agentes de cambio en las vidas de seres que con una valentía que pocos tendrían enfrentan cada uno de sus días, sean buenos, malos o peores que el de cualquiera, con fe, optimismo y una sonrisa. —Christopher ofrece un discurso nacido de sus emociones y por primera vez desde que lo conozco no veo solo al hombre de negocio, sino a alguien con un gran sentido de humildad, capaz de conectarse con las emociones de cada una de las personas presentes en el lugar.

»Son esta clase de acciones las que dejarán constancia de nuestra calidad humana. Ayudar a vivir a alguien más, es una de las tantas cosas que nos llevaremos al partir de este mundo. Mitiguemos el dolor de nuestro prójimo. Hoy solo pensemos en otros, hagamos un bien común —a este punto no puedo evitar que mis ojos no muestren la emoción que me embarga y el orgullo que siento por este hombre. Sus ojos por un corto tiempo que me parece eterno se centran en mi rostro y no puedo más que sonreír—. No sean tímidos y por esta noche solo siéntanse capaces. Disfrutemos de la noche.

Su discurso acaba entre aplausos y vítores de algunos que parecen algo pasados de copas, aunque la noche apenas empieza. Baja las escaleras del podio y las luces lo siguen

hasta donde me encuentro. Se ve devastador, sexi, poderoso. Ya no es solo fuego y hielo.

—Maravilloso discurs... —mis felicitaciones quedan suspendidas cuando sus labios atrapan los míos sin previo aviso. Respondo ante aquel ataque que me corta la respiración y pone mis piernas a temblar cuando siento su mano sostenerme por mi espalda baja.

—¡Gracias! —murmura en mis labios.

—¿Por qué? —pido saber confundida y con una sonrisa nerviosa me pierdo en el olivo de sus ojos.

—Por estar aquí, conmigo —responde atrayendo la silla tras de mí para que pueda sentarme. He de estar tan roja como las fresas porque mi corazón bombea tan rápido que me siento ingrávida. De cualquier forma, es como él me hace sentir cada vez que está cerca y más después de ese beso en el estacionamiento.

Corazones Irreverentes



La música empieza a sonar a la vez que es servido el primer entremés, frente a nosotros está una pequeña carta blanco marfil con filigrana dorada donde podemos encontrar el menú tan elaborado que se irá degustando durante la velada. A nuestra mesa se acerca más gente que al parecer no pueden dejar de lado los negocios y ven en Christopher la piedra angular.

También, Estela procura hacerse notar cada dos por tres, su mirada es como una flama ardiente cuando ve a su jefe esta noche, para mí solo hay miradas de hielo. No sé si reírme o incomodarme. Es hasta incluso paradójico que sienta celos cuando hasta hace unas noches ellos... Detengo mis pensamientos en ese preciso momento. La rabia comienza a abrirse paso en mi interior y se enciende como una llama naciente.

Me concentro en el cuarteto de cuerdas y el sonido sublime del piano. Sonrío con nostalgia, recordando aquellos tiempos que ahora pasan como flashes por mi memoria y que percibo en una apabullante lejanía, cuando me perdía entre sus teclas y el suave sonido que emitía con cada nota que tocaba. Eso me hace recordar a Alexander. Desde su muerte la música y el sonido del piano se detuvieron como mi corazón en el tiempo.

Inician las subastas y todos parecen expectantes sobre todo cuando aparece una hermosa obra de arte de un artista plástico venezolano muy reconocido. Su obra es alabada en todo sentido sobre todo por su dramático realismo. Las pujas no se detienen, se nota que Estela conoce muy bien acerca de los gustos de cada invitado.

—¿Llevas tiempo conociendo a Christopher? —la voz de una de las mujeres en la mesa me pregunta con interés.

—¡Oh, no! Solo unas semanas —respondo con franqueza. Ella me observa con sus ojos negros y esa sonrisa sabihonda dibujada en sus labios.

—Pues la impresión que dan es de conocerse hace mucho.
—me asegura suspicaz.

—Bueno, la verdad no nos llevamos tan mal —deduzco.

—Christopher no es un hombre que exhiba una conquista o se enamore de cualquiera. Eres muy afortunada —me asegura con una amplia sonrisa—. No me entiendas mal, es un buen hombre al cual aprecio como a un hijo.

—Entonces debo sentirme halagada. Soy Annabelle —
extiendo mi mano con una sonrisa.

—Es un placer querida. Soy Madeleine —nos tomamos de la mano y estamos correspondiendo a la sonrisa.

—¿Conoce a Christopher desde hace mucho? —pido saber con la urgencia de conocer un poco más del mundo de este hombre que me ha robado más de un pensamiento a tal límite de sentirme enamorada.

—Lo conocí hace unos años. Desde entonces a la fecha ha cambiado mucho y cada día para mejor. Me siento orgullosa del hombre en que se ha convertido. —alega sonriendo como mamá gallina.

Esa aclaración no hace nada más que instalar la insaciable curiosidad en mí, quiero saber más de él, de su mundo y su vida antes de que llegara a la mía.

—Madeleine, disculpa por no haberte atendido —
Christopher se disculpa con la mujer tomando su mano y besando en el dorso e impidiendo de ese modo que comience a pronunciar todas las interrogantes que se formularon en mi mente, incluso antes de ser consciente de ello.

—Querido mío, no te preocupes. Es imposible que el mundo deje de girar a tu alrededor cuando estás en un lugar.
—repite ella con una sonrisa mientras acaricia su mano como lo hiciera una madre.

—Veo que conoces a Ann —dice pasando su mirada de ella a mí.

—Claro, estaba hablando con ella. Aunque hubiera preferido que me la presentaras antes y la llevaras a casa. —

esta vez lo regaña.

Los observo en silencio por el trato tan familiar que se dan.

—Tienes razón. Ella se merece eso y más.

—Estoy segura, hijo. Es muy bella. —acota ella mirándome.

—Gracias —respondo con el sonrojo en mis mejillas.

—Madeleine es una de las personas más importantes de mi vida. —me asegura—. Al igual que tú, Ann.

Mi corazón bombea sangre a raudales por mi torrente sanguíneo y allí está de nuevo ese sentimiento pletórico naciendo en mi interior, irradiando luz en medio de la oscuridad más umbría. Sus palabras surten un efecto rocambolesco y abrasador. Necesito irme, salir de aquí

—Si me disculpan... Voy al sanitario —me excuso en ese absurdo cuando en realidad el corazón se me atasca en la garganta pidiendo salir expuesto y sucumbir ante esa atracción desmedida que siento por Christopher.

—¿Te encuentras bien querida? —pide saber Madeleine. No emito palabra y me limito a asentir.

Camino sin rumbo, no tengo idea de donde están los sanitarios. Necesito aire, las emociones comienzan a apabullarme sin piedad. No sé de qué sería capaz si continúo allí. Es entonces que hago lo que no me creí capaz de repetir.

Huyo. Me desplazo rauda entre la gente sin siquiera mirar atrás, no puedo pensar con claridad. No sé por qué estoy huyendo. En mí, pugna esa necesidad de permanecer tan cerca de él, aunque pudiera ser mi destrucción y alejarme antes de que el daño sea permanente. Tanto mi salvación como mi destrucción están a su lado.

Frente al espejo del sanitario observo con detenimiento mis ojos, tantas veces he escuchado que los ojos son las ventanas del alma y ni siquiera puedo reconocermé en ellos. El miedo me hizo construir un muro impenetrable para que el amor no volviera a destruirme y, sin embargo, es el mismo miedo el que ahora amenaza con hacer posible que lo que

tanto he evitado se acerque como un ladrón furtivo en plena oscuridad.

Retoco el maquillaje o eso hago en un amago por concentrarme en algo más que mis emociones. Estoy poniéndome más labial cuando entra Estela y se queda mirándome con una sonrisa divertida en los labios.

—¡Qué casualidad! Venirte a encontrar aquí —dice pretendiendo naturalidad.

—No lo creo, es el único baño de damas, ¿no? —acoto con aspereza.

—Bueno, pues viéndolo así, no parece tanta casualidad — agrega con aquella sonrisa ominosa—. ¿Desde cuándo se conocen? —Esta vez no esconde su curiosidad.

—¿Te refieres a Christopher y yo? —le pregunto indiferente.

—Exacto. Me sorprendió que viniera con alguien. ¿Sabes? Él no tiende a involucrarse con cualquiera. —responde con aspereza.

—Será que no soy cualquiera —suelto a la ligera con una sonrisa hipócrita, cuando en verdad quiero demostrarle mi molestia. La ignoro y termino de guardar mi labial dentro de la cartera de mano y tras una exhalación profundo le digo—: Ahora si me disculpas, debo irme.

—¡Suerte, querida! La vas a necesitar —suelta con una sonrisa que me deja claro lo mucho que disfrutará mi caída.

Salgo del lugar antes de que mi coraje termine por ponerme en evidencia ante ella, me molesta la tanta familiaridad y más aún que parezca conocer a un Christopher diferente al que conozco.

Estoy por llegar a la mesa cuando soy interceptada por uno de los periodistas en el lugar, no sé qué pretende así que me detengo por mera cortesía. No estoy acostumbrada a este tipo de eventos y menos a lidiar con paparazis con credencial de periodista.

—Señorita, ¿qué puede decirnos del evento que se está llevando a cabo esta noche? —pregunta al parecer sin terceras intenciones.

—Me parece una labor loable, que debería de repetirse con más frecuencia entre empresarios del país. La vida siempre debe tener sus defensores y los indefensos contar con aquellos que puedan protegerlos. —respondo con naturalidad.

—¿Está usted involucrada de forma directa con el benefactor de este evento, el señor Drummond? —y es así como queda al descubierto el hombre.

—Estoy encantada de haber recibido la invitación de parte del corporativo Drummond a este evento —respondo eludiendo el objetivo principal y en el momento que doy el paso para salir de la vista del sagaz periodista es cuando veo a Christopher acercarse a mí con rostro yermo y mirada intuitiva.

—Por lo visto no necesitas de un superhéroe que venga a rescatarte de las garras de un periodista ladino —Christopher me dice con una sosegada sonrisa.

—Pues creo que tengo práctica en tratar con las elucubraciones ajenas —le aseguro con una sonrisa.

Nos dirigimos a la pista de baile sin acercarnos a la mesa, pues la subasta ha finalizado. Las notas musicales de la canción de *Missy Higgins Sugarcane*, comienzan a sonar. Es allí donde me doy cuenta de que la cantante se encuentra en el escenario.

Sin embargo, las latentes emociones desperdigadas por mi piel se hacen más firmes. Es entonces que me encuentro, confesándome no solo atraída por Christopher, sino mucho más que eso, desde el primer instante que decidí no querer oponerme a lo que representaba en esta nueva oportunidad de vida, fue desde que mis ojos lo miraron con admiración y orgullo por el hombre que sé que es.

Estas sensaciones, estas emociones no son solo producto de la soledad de años, no es que él represente un peligro para mi corazón, así como tampoco que los muros que construí a

mi alrededor no hayan sido sólidos, es solo que el amor no reconoce límites, fronteras, miedos o debilidades, solo nace cuando es correcto y no requiere de esfuerzos por afianzarlo, por sí solo se da. No es un enamoramiento, no sé si ya lo esté, si de algo estoy segura es de que me estoy enamorando de Christopher Drummond.

—Debo confesarte algo —su voz me saca del amasijo de pensamientos en el que me he sumido.

—Sí... ¿Qué será, señor Drummond? —bromeo mirándolo a sus ojos.

—Me encanta que estés aquí esta noche, junto a mí. Cuando estás conmigo no hace falta nada, llenas mis vacíos, me vuelves inmaduro, tonto, un loco, pero no temo a lo que soy cuando estás a mi lado, ni a lo que siento desde el primer día en que te vi —sus palabras están cargadas de una diáfana verdad que me corta el aliento—. Solo sé que el mundo parece irreal, que me abstraes, que no puedo creer mi suerte al tenerte tan cerca, que pierdo el control Ann, lo pierdo como no sopesé perderlo nunca más.

La música continúa y de repente siento no solo que en el salón quedábamos él y yo, sino que flotaba, como el aire, sin forma ni cuerpo.

»Y no sé qué pasará mañana, si te quedarás, si me querrás o te irás a casa esta noche y olvidarás mis palabras. Hoy, esta noche quiero que lo sepas. Estuve muerto antes de verte, vivía para trabajar y los placeres que me pudieran proporcionar otros cuerpos, solo cuando estuve frente a ti, pude darme cuenta de lo que no soy, de que no estaba vivo.

—¡Rayos! —mascullo. Es insólito que él se sintiera del mismo modo. No sé cómo, me deshago de su agarre y voy retrocediendo entre la gente, negando con la cabeza. Christopher me estaba diciendo como se sentía y lo sentí real, sin embargo, me aterra la similitud y profundidad de sus sentimientos con los míos.

Eso es amor. No había duda y no quería que lo dijera tan rápido. Porque en este instante siento que todo sucede veloz. Nadie puede amar con esa certeza tan pronto.

Alcanzo a estar lejos de él y circundada por un montón de gente, doy una respiración profunda y salgo lo más rápido que puedo con el corazón a punto de brotar por mi boca.

Me siento patética al hacerlo y no pienso como lo llegaré a enfrentar el día siguiente o dentro de una semana si es que mi orgullo se reinstaura. Quiero a ese hombre y no solo lo quiero, le deseo con una pasión febril y sé que de dejarlo continuar ya no me quedaría nada más para resistirme.

—Se puede saber a dónde vas tan apresurada, Annabelle Parisi —su voz se oye autoritaria.

Me detengo en el quinto escalón y volteo para verlo. Este hombre va a matarme. No hay modo de que escape sin que me persiga. Debería dejar de hacerlo y darme mi espacio o mi tiempo.

—Ya cumplí con lo que sea que te debía. He aceptado tu invitación, así que no veo una razón buena para mi permanencia aquí —aclaro.

Él inclina su cabeza a un lado y me mira con malicia, antes de hablar—: ¿No te parezco una razón más que suficiente para quedarte?

—Y, ahí va *míster* arrogancia —mascullo. Sé que si ahora discuto con él es porque así establezco una barrera.

—Annabelle, no pretendo ser arrogante. Solo quiero saber qué es lo que hago para que siempre corras.

—Christopher por favor —murmuro en un tono cansino. Niego con la cabeza—. Solo... quiero irme.

Él asiente y respira profundo.

—¿Y cuándo no te queden más lugares a donde huir, ¿qué pasará? —cuestiona bajando los escalones que faltan.

—No sé. No quiero huir, pero no sé qué hacer para no sentirme, así como me siento —reconozco con mi voz a punto de quiebre. Él aprovecha para llegar hasta mí.

—Sé que no te sientes segura. Sé que batallas por no perder el control. —sus manos masajean el dorso de las mías logrando menguar mi ansiedad—. Te pedí que me dejaras

cuidar tu corazón, me dijiste que no podía estar tan seguro de ello. Así que te he abierto el mío, te lo he ofrecido. Te ofrezco mi amor y todo lo que soy.

Muerdo mis labios en un intento por callarme y no sonar repetitiva, no sé cómo decirle que siento lo mismo y creo que con mayor intensidad. Aun así, sé que con mis ojos le estoy diciendo todo porque en respuesta, él sonríe.

—Eres la mujer más hermosa que he tenido el placer de conocer, amas con tanta pasión y lealtad que te aferras aun cuando no existe nada a qué aferrarse. Amo ese fuego en tus ojos, esa tenacidad por prevalecer sobre tus emociones. Amo que no te mimeticés, que no te intimides y que estés dispuesta a luchar, aunque debes admitir que en esta lucha vas a perder, ¿cierto? —su voz es parsimoniosa y seductora, baja con la misma calma y elegancia que le caracteriza y sé que lo que me dice es cierto. Me estoy aferrando en vano a algo insostenible.

—Debes dejar de ser tan arrogante —asciendo mi rostro con la misma prepotencia que a él le caracteriza.

—Y tú de tentarme y pretender siempre huir de mí —su sonrisa es seductora y sus maleables labios causan un efecto que logra sonrojarme.

Tomo un respiro, necesito paciencia, mucha más paciencia de la que he reunido en la sala de un tribunal.

—La verdad... estoy cansada, cómo habrás podido observar el evento va para largo y mi día, aunque no lo sabes ha sido extenuante y agotador —trato de ser condescendiente y de apelar a la sensatez, si es que la tiene, ya que hasta ahora no muestra atisbo de ella.

—¡Lo siento! —Por primera vez su rostro se torna serio y parece haber dejado el juego—. Tienes razón quizá estoy excediéndome con mis peticiones. Además, debes estar descansada para mañana —anuncia con su ya conocida sonrisa de trampa.

—¿Mañana? No iré a ninguna parte mañana —esta vez se ha ido a la basura la condescendencia.

—¿De qué hablas? Aún me debes por haberme dejado botado en el antro la otra noche —lo miro con cara de pocos amigos, «es que lo mato»—, este es solo el primer día de los siete, que me debes. Y esta noche no es que has hecho todo bien, una vez más me dejaste tirado en medio de la pista de baile y saliste como cervatillo asustado por los enormes faros de un auto en medio de la carretera.

—¡Increíble! Te has vuelto loco, ahora sí —agito mis manos en muestra de impaciencia—. Esto ya tacha en lo estúpido y somos adultos como para continuar con un juego sin sentido —mi voz se alza en reproche.

Tiene esa estúpida malévola y aturdidora sonrisa en el rostro, que en otras ocasiones me deleita y que esta vez quisiera arrancársela y pisotearla con los tacones de mis zapatos hasta hacerla añicos.

—Entonces... ¿Qué propones? —Una de sus cejas se eleva y aparece la mirada pícara.

¡Demonios! ¿Por qué tiene que ser tan guapo? ¿Por qué me vine a enamorar de alguien como él, tan parecido a mí? Es aquí donde ahora le empiezo a dar la razón a Antoniette.

—Nada, esto es una estupidez que no consiento en continuar —soy determinante.

—Sabía que no ibas a acceder tan fácil a todo, así que tu negativa absurda, está por demás decirlo, no me sorprende —ahora lo ha convertido en un juego.

—¿Sabes qué? Cuando halles tu cerebro maduro podemos hablar, ahora no es mi clase de juego y no hay nada que me obligue a jugarlo —dejo mi punto claro.

—¿De qué te quejas? ¡La fiesta de hoy era de blanco y negro y no has traído ni el uno, ni el otro! Has hecho tu santa voluntad.

Me río en lo más profundo e intento que no se visualice.

—De noche todos los gatos son negros y los modelos que has enviado a mi apartamento no me gustaron. Por otro lado, yo decido como vestirme, nadie me viste como si yo fuera muñequita de aparador —contesto displicente.

—Lo hiciste para que nadie te olvidara, esa es la verdad y para seguir en una disputa conmigo y está bien estableciste tu punto, eres indomable. ¿Contenta? —dice con algo de diversión.

—No.

Sus ojos se abren en sorpresa y esta vez no pudo evitar una risa.

—Eres insufrible, de esas mujeres indescifrables —murmura.

—Y debes agradecer que no me puse el rojo escarlata que me probé antes que este —lo digo para molestarlo.

Mi vestido es color champagne con incrustaciones de piedras que van en la parte de arriba desde donde empiezan las tiras de este hasta mis caderas, desde allí caen como hilos de estrellas brillantes, espalda descubierta y la abertura sobre mi pierna derecha, solo lo acompañé de un collar largo que culmina antes del nacimiento de mis senos.

—El hecho de que me retes es lo que me hace más adicto a ti —toma mi mano y con la otra desabrocha el lazo de su corbatín dejando que cuelgue en su cuello, mis ojos se detienen en él, cuando saca su celular y llama al chofer.

—Erick trae el carro, por favor. Ya nos vamos —oigo que dice a su chofer.

—¿Nos vamos? Tu no necesitas irte —le aclaro, me ignora impartiendo órdenes a Erick.

—Aquí te espero, Erick —es lo último que pronuncia mirándome con aquellos ojos verdes que me sumen en el sopor del deseo.

—Te equivocas. Si decides que quieres irte. Nos iremos —su voz es segura y sus ojos me lo confirman—. Créeme cuando te digo; que lo que quieras te lo daré. Te entregué mi corazón desde el primer día que te vi. No quiero imponerme a tus deseos, quisiera más bien, ser uno de ellos. Siempre.

Mi corazón henchido de una emoción fulgurante que se desplaza rauda por las venas no permite que emita una palabra.

Si vislumbrara algo de mi deseo hacia él, sabría entonces que en este preciso instante deseo abrazarlo y sumirme en su calidez hasta embriagarme y que su aroma, su esencia fuera una con la mía. Que me besase con aquella pasión que sé que posee y puede abrasarme incluso sin tocarme.

Deseo. Deseo todo, pero esas cadenas invisibles que me atan a mi pasado, a Alexander, son las que limitan mi anhelo, mi emoción y el arrebato pasional que se entreteje en mis entrañas, evitando que dé ese vertiginoso paso hacia él.

Si no lo puedo tener, si no me desprendo de lo que me ata, debería dejarlo ir. Sería el acto menos egoísta que cometiese en mi vida después de aquel accidente que me lo arrebató todo.

—Christopher yo no creo que podamos... —balbuceo con miedo a terminar de pronunciar la oración.

—No lo digas, puedo esperarte. Esto es real, Annabelle. Estoy aquí, puedes tocarme —trago grueso cuando lo dice mientras con su mano me toma por la nuca acercando así nuestras bocas.

Gimo de placer, no puedo negarle mis besos. No hay otra cosa que quiera sentir que no sea él. Mi cuerpo grita su nombre y anhela sus manos.

Esto es una Locura



Subimos al carro en silencio, aunque muy juntos el uno del otro, es casi medianoche y sé que debería tener sueño. En cambio, lo único que percibo es que todo mi cuerpo despierta, vibra y se estremece.

Preciso que necesito hablar para dejar de pensar en esas emociones que me recorren con avidez.

—¿Crees que les haya ido bien esta noche? —pregunto con interés.

—Creo que sí, todo lo que se subastó esta noche, incluyendo viajes con gastos pagos a Europa, han sido un éxito. —asegura atravesándome con la mirada.

Me tomo un segundo para inhalar y exhalar, pues sucede que como siempre, él me corta la respiración. No sonrío, solo me mira deteniéndonos en el tiempo, conservándonos en nuestros recuerdos más imborrables.

De repente mi memoria hace eco de un recuerdo algo desagradable, su organizadora de eventos.

—Y... ¿Desde cuándo conoces a Estela? —la pregunta sale tan inmediata como surge mi pensamiento. He de admitir que haberlos visto juntos hace dos noches me perturba.

Me mira suspicaz y una estúpida sonrisa de arrogancia se dibuja en sus labios.

—¿Por qué esa pregunta? ¿Acaso estás celosa? —cuestiona con diversión.

—¡Huh! Ya desearías, Drummond —suelto al desgano con una falsa sonrisa.

—Me pareció percibirlo en tu pregunta —me dice con la misma sonrisa arrogante.

—Me imagino que lo percibiste. A los hombres les fascina que una pueda sentir celos. Para ustedes es divertido, ¿no es

así? —bufo.

—Solo me gustas tú, Ann. —se acerca con su férrea mirada en mis ojos cafés—. Ya te he dicho que me vuelves loco, que pierdo el piso por ti.

—¡Sí! Supongo que tu locura por mí no es tanta si pudiste pasar la noche con ella en tu departamento —una vez que lo digo me arrepiento.

Esta vez él suelta una carcajada como nunca lo he escuchado antes. Quiero arrancársela a destajo.

—¡Lo sabía! No estaba seguro, pero lo intuía.

—¡Oh! Señor, intuición —me mofo de su gracia.

—Quería una señal. No obstante, sé que en tu terquedad no me la darías, al menos no de modo consciente. —admite esta vez con seriedad, suelta su cinturón de seguridad inclinándose, su cuerpo se acerca esta vez mucho más al mío.

—¿Qué crees que haces? —le increpo al ver que su mano se posa en mi pierna, por la abertura de mi vestido que la deja desnuda y se aproxima sin despegar sus ojos de mí, su tacto no me molesta, en verdad es abrasivo y hace que mis terminaciones nerviosas ya despiertas se catapulten como un cohete al espacio.

—Estás celosa, puedes negarlo todo cuanto quieras. Has disfrutado provocándolos en mí con Matheus. —murmura con su voz más baja y profunda. Toma el control remoto que ni sabía que existía y sube la ventanilla que comunica nuestro lugar con el de Erick.

«¡Demonios! Si no me besa ahora, seré yo quien lo haga».

Sus labios a milímetros de mi boca son una tentación a la que es imposible no ceder. Sonríe complacido cuando percibe mi agitada respiración y como un gemido algo gutural emerge de mi garganta. Cierro los ojos abandonándome por completo a sus propósitos. Sus labios queman en la flor de los míos y ahonda en las profundidades de mi boca con su húmeda lengua. Su mano libre desabrocha mi cinturón de seguridad y luego la pasa por mi espalda alrededor de mi cintura, su agarre

es férreo; como si pudiera escaparme o deshacerme entre ella, semejante al vaho.

Nuestro beso es continuo y alborozado, siento que hiervo en sus manos y mi deseo *in crescendo* hace que ya de por sí mi obnubilado cerebro se sumerja más profundo en las composiciones de mi pasión. Christopher atrae mi cuerpo más abajo hasta que estoy acostada sobre el asiento, se coloca sobre mí y sé que ambos estamos perdiendo el control de nuestro propio deseo, cedemos a él sin intentar oponernos y por primera vez desde que lo conozco, no siento dolor, remordimiento o culpa. Tampoco quiero huir, lo quiero a él y lo necesito en mi vida.

Esparce por la columna de mi cuello, un camino invisible de besos que me hacen balancear al borde del precipicio y por el que estoy dispuesta a caer. Mi mano está en su nuca apretándolo más contra mi cuello, entrelazo mis dedos en las hebras de su pelo, cuando su boca desciende al valle de mis senos que alzan sus puntas en la cúspide por debajo de mi vestido. Gimo de placer, mientras él avanza atrapando entre sus labios uno de ellos. Lo lame con la punta de su lengua y chupa segundos después masajeando el otro.

—¡Oh, Dios! —gimo extasiada.

Christopher no se detiene y en honor a la verdad, no deseo que lo haga. Su mano viaja por mi pierna erizando cada vello mi cuerpo, la humedad desciende desde mi bajo vientre.

—Te deseo desde hace tanto —murmura esta vez mirándome a los ojos. Y no sé qué responder, porque desde que lo vi, jamás pensé que estaría en esta situación con él. De modo que solo hago lo que quiero, acerco más su boca a la mía, ansiosa.

Muerdo su labio inferior, desinhibida y entregada por completo. Su mano continúa el ascenso por mi entrepierna, curvo mi espalda en el asiento cediendo a su toque que me excita mientras su boca causa estragos en la mía. He perdido el control, así como la noción del mismo tiempo. Sus dedos tiran de lado mi braga para luego frotar mi pequeño botón húmedo y caliente, juega con él provocando e incitándome. Abandona

así mi boca centrando su atención a mis senos desnudos y erguidos para él, en tanto que su otra mano sigue alimentando la libido en mi sexo. Se separa un poco de mí alzando sus dedos húmedos por mis jugos y en un movimiento que solo hace que el incendio en mi interior se propague voraz, los lleva a su boca para saborear mi esencia.

—Rica, muy rica señorita Parisi —murmura con sus ojos devorando mi alma. Sonríe negando con la cabeza ignorando su próximo paso.

Mis piernas se sienten débiles y flácidas por todas las sensaciones vívidas en mi cuerpo. Todo está a punto de explotar cuando su boca ocupa el lugar que antes tenían sus dedos. Con su lengua barre y toma mi humedad jugando con mi pequeño botón.

¡Me deshago! Me desintegro, la llama que arde en mi interior y hace reverberar mi sangre se agranda. Introduce su lengua directo en mi centro y sus labios succionan justo allí, cuando en la cima del voraginoso deseo estalla mi orgasmo y en una espiral que luego desciende me siento flotar fuera de mi cuerpo.

—Ha estado... genial —admito con la boca seca.

Christopher arregla mi diminuto bikini y mordiendo sus labios asciende de nuevo hasta mi boca, cuando nuestros cuerpos vuelven a sentir el calor del otro, sé que el fuego que ardía solo se aplacó, más no se ha apagado y su virilidad dura como el hierro me lo demuestra cuando la siento frotarse contra mi sexo por encima del vestido.

—Y eso que solo ha sido una probada. —reconoce con una sonrisa mientras me mira directo a los ojos. Acaricio su rostro, porque se le ve más joven al hacerlo.

—Eso mismo pensé —respondo con la sonrisa de felicidad dibujando mi rostro.

Me repongo en el asiento y acomodo mi ropa a la vez que él hace lo mismo. Minutos después el auto se detiene, un tanto feliz y avergonzada con Erick, bajo cuando Christopher me abre la puerta.

Nos dirigimos hacia el ascensor seguidos por su guardaespaldas y dos personas de seguridad de Christopher, que entran con nosotros en el estacionamiento.

¡Pobres hombres! Duermen sólo después de que su jefe esté placido y dormido en su cama.

«Christopher es un dictador».

Bajamos en mi piso y abro la puerta con mis manos inseguras. Tras esa muestra de deseo que experimentamos hace un rato, mis terminaciones nerviosas al igual que mis extremidades aún parecen gelatina.

Me detengo al abrirla y me volteo para verlo a los ojos. No sé qué esperar. Él dijo que aquello había sido solo una probada, pero me pregunto si finalizaremos lo que empezamos, justo ahora.

Sonríe al mirarme y pienso que ha leído esa interrogante en mi rostro. Enseguida me sonrojo, sé que soy una mujer que no teme enfrentarse a cualquier adversario en un juicio o en una deposición, en cambio con él, no sé por qué tiendo a avergonzarme con tal facilidad.

—¿Qué sucede? ¿Acaso tengo monos en la cara? — increpo con seriedad.

—Nos veremos mañana, preciosa. —su respuesta me sorprende.

¡¿Acaso me tiende una trampa?!

—Está bien. ¡Buenas noches, Christopher! —suelto con acritud y me acerco para besar su mejilla. Hago el intento de apartarme, él no me deja. Con sus brazos rodea mi cintura adhiriéndome a él. Mi cuerpo de inmediato reacciona.

Sin mediar palabras me besa con fuego que arde y quema, marcando mi boca como su propiedad. Me derrito —es una frase cliché, aun así, es lo que me pasa—, sus labios son una sensación sublime y abrasiva a la vez, inevitable que mi cerebro se apague como reacción secundaria a sus besos.

—¡Buenas noches, Ann! Te veo mañana. —me asegura una vez que el beso se rompe.

Exhalo aire que ignoraba contener y sonrío como *piccola* adolescente, asintiendo.

«¡Me estoy ablandando demasiado rápido!». Entonces, me doy cuenta de que tanto Erick como el otro de seguridad se encuentran unos pasos atrás de nosotros, sin mirar la escena.

Entro al apartamento, todavía flotando en esa nube a la que me he subido y al parecer será difícil bajarme.

Me deshago de los zapatos con una exhalación mientras rio cubriéndome el rostro. Sintiéndome feliz y pletórica, como nunca sopesé volver a sentirme. Mi corazón empieza a sentirse así; rebosante de alegría, de modo que no me importa las concepciones previas que tenía esa noche antes del evento, se esfumaron sin dejar huella de su existencia.

—Estás loca, Annabelle —murmuro sonriendo sentada en el sofá de la sala.

—¡Definitivamente! —pego un salto al escuchar esa voz.

—¿Quieres matarme? —le pregunto a mi hermana que me mira divertida recostada del sofá individual—. Creí que te ibas una vez yo me fuera con Christopher.

—Lo consideré —admite acercándose para sentarse a mi lado con una pierna doblada sobre el sofá—. Intuí que esta noche, algo pasaría hermanita. ¡Cuéntamelo todo! —suplica aplaudiendo emocionada y no puedo más que reír y sonrojarme.

Me cubro la cara con las manos, la siento arder algo cohibida porque ni por muy enamorada, loca y errada que esté, le contaré a ella lo que pasó dentro del coche.

Tras relatarle a qué se debía la salida y esmerado formalismo, no pudo evitar acabar admirando a Christopher, tanto como yo lo hiciera en ese momento. En medio de su felicidad y asegurar que algo le estaba ocultando porque cierto brillo en la mirada —que más tarde acabaré buscando en el espejo de mi baño y no encontraré— me delataba, augura para nuestra relación según ella en sus comienzos, dicha, felicidad y sexo ardiente.

Esta madrugada, dormir no es algo que pudiera lograr si mi mente insistía en revivir cada parte de la noche hasta llegar a aquel orgasmo que me proporcionó la avidez sexual de Christopher.

El sonido de mi celular sobre el buró me sacó de esa ensoñación.

Christopher Drummond:

En línea.

Ann, espero que duermas bien. Aunque en verdad deseo no estés dormida ahora.

Paso por ti antes de las 8:00 am, tenemos un viaje. 1:30am

¿Viaje? ¿Se ha vuelto loco?

Yo:

En línea

¿Viaje? ¿De qué hablas? 1:31am

No me responde y luego de media hora en la que continúo despierta estoy más segura de que no lo hará.

La mañana llega mucho más rápido de lo que imaginé y una hora antes de la indicada por el demandante y controlador de Christopher estoy despierta.

Tomo una ducha y me visto con ropa más ligera. Un pantalón de mezclilla ceñido al cuerpo —debo reconocer que lo hago para tentar un poco a Christopher—, necesito saber si él siente todo ese tumulto de emociones de las que soy presa, me pongo una camisa con manga a tres cuartos de color verde claro y unos botines más casuales, por último, trenzo mi cabello dejando al descuido algunos de mis cabellos y aplico poco maquillaje a excepción de mis labios que pinto de rojo carmesí, si hay algo que me gusta son mis labios y hoy sintiéndome un poco más liberal me gustaría que mi boca sea una tentación contra toda cura para que me bese.

Me río de mí misma por tales pensamientos.

Ese hombre hace de mi lo que quiera.

—¿Y tú, te caíste de la cama? —Antoniette entra sin avisar a mi habitación, como ya es costumbre en ella.

—No. —respondo fingiendo que termino de arreglarme.

—Un momento. ¿Tú a dónde vas a esta hora y con la boca roja como una pitajaya? —me pregunta con mirada intuitiva.

—Es eso mismo que estás pensando —le digo con indiferencia.

—¡Oh, Dios! Gracias, gracias —cae de modo dramático sobre sus rodillas a los pies de mi cama—. Estoy feliz por ti, hermanita... por fin. —agrega abrazándome mientras da pequeños saltos y luego ejecuta el tonto baile de la victoria.

—¡Por Dios! La gente se vuelve loca y no avisa —niego con la cabeza.

—¿Dime, estás lista para todo hoy? —inquire esta vez con una ominosa sonrisa y sé justo a lo que se refiere esa mente cochina.

—Ese... —empiezo a decir evitando sonreír—, no es tu problema, libidinosa.

Salgo de mi habitación hacia la cocina perseguida por ella. No me dejará en paz, aun así, la ignoro. A veces, por no decir que en su gran mayoría; mi hermana aparte de tunanta ama ofuscarme con sus comentarios algo fuera de tono.

—Antoniette no voy a salir con él, solo para tener sexo ardiente y loco como el que prácticas. —Me muestro reacia a continuar con ella.

—No digo que vayas a follar con el hombre, aunque malo, malo tampoco sería. Ese hombre está que te lo pide de rodillas, casi. —alega con desparpajo—. Es por ello, por lo que toda mujer debe estar preparada para la guerra, de otro modo nunca la ganará.

—No puedo contigo, en serio... —mi discurso es disgregado por el timbre y es cuando mis pies se congelan, no puedo moverme por los nervios que tensan mis tripas.

¡Es él!

Antoniette me estudia con una mirada divertida. Así que me controlo todo lo que puedo antes de la invasión de Christopher en mi vida. Me apresuro con las piernas temblando hasta la puerta y el aire se me detiene cuando lo veo.

¡Rayos! Este hombre es atractivo hasta vestido con harapos. Lleva puesto unos vaqueros prelavados y una franela manga corta de algodón con una chaqueta corta en color rojo.

—¡Buenos días! —saluda acercándose a mí tan rápido que lo único que alcanzo a sentir son sus labios haciendo presión sobre los míos.

Antoniette se aclara la garganta cuando nota que no nos separamos de inmediato. Cierro los ojos con fuerza, ahora solo quiero convertirme en Thanos y desaparecerla.

—Buenos días, Antoniette. —Christopher dice alzando la vista sobre mi cabeza para ver a mi hermana.

—Buenos días, cuñadito —suelta con diversión.

¡La mato! Yo la mato.

—Voy por mi cartera —anuncio llevándome a mi hermana por el brazo, hasta mi habitación.

—¿Puedes tranquilizarte? —le reprocho.

—¿Por qué? No he dicho nada malo. Viste como te besó, no tengo culpa si malinterpreté las cosas. —se excusa con fingida inocencia.

La ignoro porque seguir pidiéndole prudencia no es algo que lograré tan fácil y además no va a romper esa pequeña burbuja en la que entré desde que Christopher llegó y me besó.

Tomamos el ascensor seguidos por sus guardias de seguridad. Al parecer, deberé acostumbrarme al hecho de que jamás estaremos del todo solos. No hablamos demasiado, pero la energía no deja de fluctuar sobre todo desde que vamos tomados de la mano.

Subimos a uno de sus carros y observo una ciudad mucho más despejada por ser domingo, por lo que no tardamos demasiado en llegar a un edificio con un logo corporativo

realizado en arte cinético con las iniciales de Christopher Drummond al pie de la figura. El edificio es imponente y debe serlo si la rama a la que se dedican es la arquitectura, a vuelo de pájaros calculo unos veinte pisos, con enormes ventanales polarizados. Pasamos por la seguridad del edificio directo a los ascensores, me dejo llevar. No pregunto a dónde nos dirigimos.

Creo que he comenzado a ceder un poco de control.

—¡Bienvenida al Corporativo Drummond! —dice viéndome de soslayo cuando estamos de nuevo en el ascensor.

—¡Ya hablas! —mascullo con una sonrisa, volviendo la vista al frente.

—Creí que debías asimilar el que tu hermana nos interrumpiera hace rato —se justificó.

—¡Vaya! Llegué a creer que tu silencio se debía al comentario de Antoniette en el departamento. —menciono conteniendo la risa.

—Yo no estoy en contra de que entre nosotros surja una relación que me lleve a emparentar con tu familia. —repone con seriedad.

—¿A dónde vamos? —pregunto buscando una salida.

—A una hacienda en el interior —responde con calma.

—¿Una hacienda? No me digas que ahora querrás dedicarte al campo. —suelto con curiosidad.

—Es recuperar algo que siempre ha pertenecido a mi familia —repone icástico.

—La estás comprando para que vuelva a ti.

—Eso mismo.

Las puertas del ascensor se abren y estamos en la azotea del edificio, en donde un helicóptero nos espera. Esto de no preguntar es lo peor que puedo hacer, no soy esa clase de mujer que calla y obedece. Aunque no evita que internamente infiera en que, «¿en verdad debíamos ir en helicóptero?».

Reflexiono al notar la sátira del momento, esta escena es muy parecida a la de Grey y Anastasia.

«¡Oh por favor, cállate! Me reprendo de inmediato».

—Espero no te moleste que no te lo dijera. ¿Le temes a las alturas? —pide saber con sinceridad.

—Y ahora es que te preocupas por eso —murmuro sonriendo mientras camino hacia el helicóptero.

Siento su mano en mi espalda baja y otra en mi cabeza para mantenerla abajo hasta que entremos.

—¿Creí que serías el piloto? —inquiero sonriendo.

—No esta vez.

—¡Ah! Pero también haces eso —suelto sin filtrar—. No sé por qué me extraña.

Solo se dedica a observarme con aquel verde intenso de sus ojos que me aplastan y luego sonrío como si se complaciera de mi actitud.

—Volveremos hoy mismo, casi anocheciendo.

Asiento sin decir nada. No puedo, porque de repente solo estoy pensando en que estaremos solos en un lugar que desconozco y con lo revolucionado que se encuentra mi corazón y lo febril que está mi sangre desde la “probadita” de esta madrugada cuando regresábamos al edificio, mi libido ha aumentado.

—¡Esto es una locura!

—Una muy dulce, Ann —responde a mi comentario y me pone los audífonos para mantenernos comunicados durante el viaje.

La Felicidad Puede Sostenerse



Cuántas veces pedimos ser felices y cuando lo somos deseamos que esa sensación sublime y volátil que hace que nuestros pies despeguen del suelo, dure para siempre.

Hemos comprendido que la felicidad es efímera. Que es tan frágil y fina como un hilo de cristal expuesto al sol, brilla y cuando la sentimos resplandecemos con ella, pero cualquier movimiento puede romperla. Es justo allí que la felicidad duele, porque ya no podemos asirla entre las manos.

Los momentos felices siempre son más, solo que duran poco y cuando llegan las desilusiones, estas terminan pesando menos.

No obstante, yo decidí que quiero ser feliz.

Llegamos a una hermosa hacienda, rodeada de árboles frutales. Recorremos parte de ella desde la pequeña pista privada sobre la que hemos aterrizado, a bordo de una camioneta negra. Diviso unos caballos correr libres por el lugar. Se siente la tranquilidad y lo único que deseo es sentir el viento, disfrutar de aquella libertad que poco a poco se escapa de nosotros, subyugándonos a una vida de trabajo que solo nos permite vivir bien, obviando las verdaderas cosas que importan de la vida. Terminamos siendo presos de nuestra monotonía creyendo que vamos a algún lado, cuando seguimos estando y yendo al mismo lugar día tras día.

Lo que hago es bajar el vidrio de mi lado y asomar la cabeza por ella, el sol es fuerte, la brisa huele a limpio, eso me encanta y sonrío mientras recorremos el camino hasta la casa.

—No creí que fuera a gustarte tanto —Christopher me mira sonriendo.

—Me gusta. No sé si sabes, pero soy lo que dicen en la ciudad: llanera. —sonrío.

—Sé de dónde eres, Annabelle créeme cuando te digo que sé todo de ti. —me afirma.

—Lo he dicho; eres un acosador. —respondo riendo, momento que él aprovecha para besarme.

Ya no huyo de sus besos. Deseo a Christopher Drummond mucho más de lo que he querido aceptar, no me atrevo a afirmar, sin embargo, también creo que estoy algo más que enamorada de él. Me da miedo, no mentiré. Ya perdí a alguien que amé y me aterra que pueda sucederme de nuevo.

—¿Qué sucede? —inquire cuando detengo el beso.

—Nada —respondo rehuyendo a su mirada.

—Sabes que puedo leerte. Sé lo que estás pensando. —dice tomando mi quijada para que lo mire—. No, no voy a abandonarte. No me iré. Siempre buscaré la manera de volver a ti, Ann. Aun no entiendes lo mucho que significas en mi vida. Sé que el tiempo te lo hará ver.

—¡Lo siento! —Me cubro la cara con ambas manos, porque lo que dijo lo he sentido tan sincero y ha calado profundo dentro de mí, haciéndome una madeja de emociones—. Todo esto que me sucede contigo, es como volver a arrojarme a las manos del destino, a un precipicio.

—Para mí también lo es. Estoy entregándote mi corazón, cuando lo había cerrado para siempre o al menos eso creí. Hasta que te vi.

—Somos dos, entonces —murmuro sonriendo y esta vez soy yo quien lo besa con nostalgia, alegría, con lentitud, paladeando sus labios, absorbiendo su aliento, accedo a naufragar en él a dejarme llevar por la corriente, sin intentar flotar.

Al fin, llegamos a la casa principal de la hacienda. Aspiro el aroma de los árboles, el aire puro y sin más contaminación que la natural. Me recuerda un poco a la ciudad donde crecí. Los recuerdos de mi niñez y posterior juventud se ciernen sobre mí reconfortando mi corazón y haciéndome ver que los recuerdos son buenos, aunque no siempre sean felices y es allí

donde pienso que la felicidad puede sostenerse. En los recuerdos y en el corazón.

La casa es grande, de dos pisos, con corredores expuestos para el disfrute. Se nota las remodelaciones que se han realizado en pro de una mejora, aunque conserva un poco de su esencia. Misma de aquellas casas coloniales del siglo XIX. Sus ventanas son de madera, al igual que la puerta principal.

—Dijiste que la estabas recuperando, creí que ibas a cerrar el trato o venías a inspeccionar la propiedad. —lo miro con detenimiento.

—La compré hace menos de dos meses, vine hace dos semanas porque los trabajos estaban finalizando y quería ver cómo andaba todo. —Entramos en la gran estancia y todo es hermoso.

—Buenos días, señor —un hombre mayor nos recibe en las escaleras de entrada.

—Jacinto. Buenos días. ¿Cómo estás? —Christopher se muestra amable y familiarizado con el hombre cuando lo abraza—. Ella es mi novia, la señorita, Annabelle Parisi —cuando escucho la palabra *novia* me ahogo con mi propia saliva.

—¡Qué bueno, señor! Un placer, señorita. Bienvenida a “Mi sueño” —me dice con una sonrisa que muestra las arrugas de sus ojos.

—Le puse así, en honor a mi madre —Christopher aclara al ver mi sonrisa.

—Muy bello nombre.

—Lo es —coincide Jacinto.

Somos escoltados por el hombre hasta la casa, en su interior conserva un poco de lo rústico del ambiente combinado con lo colonial, en las paredes hay pinturas al óleo evocando al campo. Imágenes de caballos cabalgando en la llanura, también de plantas de café.

—¿Era una cafetalera? —la curiosidad es notoria en mi tono de voz.

Christopher asiente con un dejo de nostalgia.

—Era de la familia de mi madre. Todo cuanto poseo ahora, viene de ella. Se puede decir que no he construido mucho — dice con melancolía.

—No creo eso. No solo has construido, has mantenido. Cuesta más mantener algo que crearlo, tu madre ha de estar orgullosa. —le aseguro acariciando su rostro.

—Si ella pudiera recordar quien soy, entonces sería muy feliz —murmura con los ojos empañados. Esa información también me descoloca.

—Creí que tus padres estaban vivos y juntos. Lo siento.

—No tenías cómo saberlo —se acerca para tomar mi rostro con su mano, en una caricia que desboca a mi corazón.

—¿Cómo puedo quererte y no saber de ti? —suelto sin filtrar.

—¿Así que me quieres? —me interroga con una mirada traviesa y una sonrisa que me destartala.

—¡Puede ser! —tonto.

—Pues yo te quiero. Eso no te lo ocultaré. Llevo muchos meses callándolo.

—¿Meses? Siempre te refieres al tiempo. —Se separa de mí y camina hacia un pequeño minibar cerca de la sala principal.

Me siento ansiosa, pues me pregunto: ¿cuánto tiempo ha esperado para aparecerse ante mí? ¿Y si es así, por qué no lo hizo antes? ¿Qué lo detuvo? Se toma el tiempo antes de responder.

Vuelve con un vaso de wiski para él y una copa de vino rosado que me ofrece tomando mi otra mano libre y nos sentamos en uno de los sofás de la sala.

—¡Por más momentos contigo! —Realiza un brindis con una sonrisa.

—Sabes que no me gusta el vino —mascullo y él vuelve a sonreírme.

—Terminará gustándote, ya lo verás. —arguye— Este es más suave. Te gustará.

Le doy un sorbo y me doy cuenta de que tiene razón, es más dulce de lo que he probado antes.

—¿Me responderás o seguirás dándome largas? —acuso la mirada.

—Te vi hace más de seis meses. El día que volvía al *penthouse*. No creí que regresaría allí e iba un poco más que resignado. Sin embargo, cuando te vi y me viste, todo dejó de existir alrededor, tus ojos expresaban candidez, una que rápido se volvió fría y distante, sentí como quemaba ese hielo. En tus ojos expresabas como me sentía por dentro —sus palabras me sorprenden—. Desde ese día me tienes, Annabelle.

—¿Seis meses? ¿Por qué...?

—¿Por qué no me recuerdas? —me interrumpe mirándome perspicaz. Suspiro con resignación—. Tal vez, no era el momento. Para ese entonces yo también estaba pasando por un gran bache emocional. Eso me hizo ver que nuestras almas eran compatibles.

—¿Almas? ¿Crees en eso de las almas gemelas, eso me estás diciendo? —inquiero divertida.

—Desde que te conocí, sí. Lo creo y cada día que he pasado contigo, no hace más que confirmármelo. —su respuesta hace que mi alma tiemble.

—¿Eres un romántico o solo intentas enamorarme? —repongo riendo.

—Me temo, señorita Parisi que deberás averiguarlo por ti misma. —Se acerca a mi hasta acorralarme en el mueble y me besa como siempre, con intensidad, pasión y ternura a la vez.

—Ven. —Me convida levantándose y ofreciendo su mano para que la tome. Agradezco en mi interior que lo haga, porque mis piernas tiemblan y mi cerebro parece no coordinar muy bien lo que debo hacer tras el sopor en el que me ha dejado su beso.

—¿A dónde vamos? —Siento curiosidad.

—A desayunar. Ninguno de los dos lo ha hecho aún. —
Sonríe pícaro.

—Ahora sonríes más Drummond, incluso he podido notar que tu dentadura es auténtica y no falsa como lo presumía —
me divierto al decirlo.

En el comedor se encuentra dispuesto todo lo necesario para un desayuno que bien podría ser para más de dos personas.

—¿Estamos esperando más personas? —pregunto al sentarnos a la mesa.

—No. —responde con una sonrisa.

—Pues esta mesa parece lista para alimentar a un batallón —le digo con burla—. No me estarás diciendo que debo comer más, ¿o sí?

—Quiero que desayunes todo lo que quieras. Es todo. Tengo que descubrir aún tus gustos, lo que prefieres de desayuno...

«Te prefiero a ti». Mi mente disgregó su discurso un momento con ese pensamiento sugestivo.

—No suelo ser muy exigente, Christopher, acostumbro a desayunar un sándwich o unas arepas que me llevo al trabajo con un buen café. —menciono con sencillez.

—Todo lo que concierna a ti, es para mí tan relevante como el hecho de que hoy estés aquí, conmigo —admite, acariciando mi mano.

—Pues, debo recordarte que no tuve opción de dirimir. Vine aquí coaccionada por tu lado controlador. Eres afortunado de que cediera ante tus artimañas, Drummond —le aclaro con un deje seductor en mis palabras.

—Así que estás aquí solo por coacción y no por deseo —acota con parsimonia y eso ojos esmeraldas incrustándose en mi iris con avasallante atracción que hace a mis terminaciones nerviosas despertar precipitadas.

—Bueno, podría decirse que comenzó por coacción y ahora no me decanto del todo porque lo deseara —juego a

enloquecerlo un poco con mis divagaciones.

—No importa si fue uno u otro, mientras te haya traído conmigo. No me incomoda qué lo fue primero, pues yo siempre te he deseado en todos los ámbitos que puedan unirse nuestras vidas.

Respiro hondo reteniendo un suspiro. Christopher sabe cómo sumergirme y dejarme sin palabras ante su manera tan personal de decir las cosas sin mitigar nada de sus sentimientos.

—¿Siempre has sido así? —la pregunta viaja a través de mis labios sin darme tiempo a repensarla.

—¿Así cómo? —inquire con genuina curiosidad danzando en sus ojos.

—Tan directo. Siempre he tenido la impresión de que dices lo que piensas y sientes sin temor a no ser correspondido, aunque debo decir que al principio me volvía loca tus silencios —niego con la cabeza y sonrío—, no sé ni lo que digo. Es obvio que no es asiduo que te topes con paredes al querer seducir a una mujer. Tienes vasta experiencia en ello y claro que la empleas conmigo —esa preconcepción me molesta.

—No sé por qué has concluido eso. Mi vida sentimental no ha estado expuesta mucho más allá de lo que me he permitido.

—Claro, esa fue la impresión que me diste hace unos días. —ironizo apartando mi mano de la suya y alcanzando el vaso de jugo.

—Creo saber a lo que te refieres —sus labios se vuelven una línea recta y su mirada analítica escruta mi rostro—. No pasó nada con ella.

—No estoy pidiendo una explicación —resumo tomando un pedazo de pan para untarle un poco de mantequilla y colocarle una lonja de *prosciutto* para llevarlo a mi boca.

—Lo sé, pero también conozco lo que piensas.

—Eso se escuchó demasiado prepotente, Christopher. Es imposible que sepas lo que pienso. —le reprocho.

—Eres mucho más emocional de lo que crees y tus expresiones para mí, aunque resultan enigmáticas, algunas puedo leerlas. —asegura con aplomo.

—Así que te consideras un buen lector de mis gesticulaciones. ¡Y la enigmática soy yo! —Sonríó con sorna. Odio que sea capaz de leerme, sé que de un tiempo para acá; siendo más precisa, desde que él decidió instalarse en mi vida, mis emociones viajan libres de un extremo al otro haciéndome sentir pueril, inexperta, ansiosa y vulnerable. El miedo comienza a disiparse y los muros antes inquebrantables, han comenzado a caerse con una facilidad asombrosa. El deseo ha reemplazado al miedo y quemarme ya no lo considero tan fatal.

—No he querido molestarte, Annabelle —toma mi mano que yace sobre la mesa mientras me debato entre continuar esta conversación que amenaza con desnudar mi alma o recuperar a la Annabelle algo fría de antes.

—No lo has hecho —sonríó por educación sintiendo como mi piel despierta ante su tacto.

—Es solo que necesitaba aclarar todo esto. No quiero que empecemos con asuntos pendientes o ideas erróneas. — Christopher dice otorgándome razón en cuanto a lo que he percibido de él, que tiene por defecto decir las cosas sin tantos rodeos, aunque pretendiera mantener la distancia entre su raciocinio y sus emociones. Siempre decía lo que pensaba o sentía. Este momento no es la excepción.

—Está bien. No quería parecer una celópata, mucho menos tan insegura. Pero si tú te permites ser franco, también lo seré Christopher. Soy una mujer como cualquiera que siente y padece. Ha sido una tortura tras días de no vernos y hablar, verte con Estela y al día siguiente encontrarlos en el estacionamiento terminó por dolerme mucho más de lo que imaginé —reconozco mirándolo directo a los ojos.

—No ha sido a propósito. Se suponía que ella se iría luego de discutir unas cosas para el evento. No pudimos en la oficina, porque estuve de viaje en esos días. Por ello no te llevó Erick a recoger tu auto y no me sentía a gusto con que te

fueras en subterráneo a la casa. En verdad, quería estar contigo y casi enloquezco esos días. Que nos encontráramos en el ascensor fue una casualidad que solo se prestó a un malentendido. —estaba dándome información que desconocía y el hecho de su organizadora y él en su *penthouse* daba un giro no tan escabroso—. Terminamos muy tarde, estaba cansado y le ofrecí asilo esa noche. Nos conocemos desde hace años, Annabelle y te puedo asegurar que no hemos tenido más intimidad que la de amigos y en el sentido empresarial.

—No sabía que... estuviste de viaje —es lo único que digo obviando el tema de Estela y él. No quería seguir en ese radial.

—Lo estuve —dice acercándose a mí y sentándose en una silla contigua a la mía. Toma mis manos en las suyas haciendo que girara mi cuerpo para quedar frente a frente—. Te extrañé como un desquiciado y lo único que ansiaba era verte. Así pasó, solo que el encontrarme con Estela generó que tus murallas de frialdad se erigieran y me aterró de quedarme afuera, estaba incluso a punto de dormir en tu puerta para que fuera la primera persona que vieras al salir —sonríe como si no pudiera creerse lo que estaba dispuesto a hacer.

—¡Qué lástima que no lo hicieras! —le acuso con una sonrisa.

—Me encantas, Ann me vuelves loco y arriesgado. Quiero estar a tu lado cada segundo del día, casi enloquecí ese día en el estacionamiento —cierro los ojos reprimiendo el recuerdo, estuve muy fuera de mí, incontrolable y contradictoria.

—No te culpo, también me sentí enloqueciendo. Me llevas de un extremo al otro. Algo volátil —lo miro a los ojos al decirlo para que sepa cuán verdadero es.

—Intentémoslo. Solo hagamos eso, si quieres ir despacio iremos. Solo no me dejes por fuera —me suplica. Sonrío asintiendo.

—Está bien.

—¿Estás diciendo que sí? —pregunta con ansiedad e incredulidad.

—¡Sí! —río con emoción efervescente en mi interior—. Sí, estoy dispuesta a lo que sea que deba suceder entre los dos.

Christopher se levanta con mis manos entre las suyas obligándome a ponerme de pie y sin esperar a más funde nuestros labios en un beso casto y comedido a pesar del hambre que percibo y sé que contiene.

Y nos Toca Vivir y Sentir de Nuevo, ¿qué Hay de Malo en Eso?



Liberarse de las cargas y presiones que anclan por demasiado tiempo tu alma, es sin duda elevarse con alas que no creíste poseer, es volverse ligera como el aire que fluye con libertad, sin miedos y temores a los estragos que pueda ocasionar su paso por un lugar si este se vuelve feroz o frío.

Junto a Christopher, me estoy redescubriendo. Sé que muchos dicen que los dolores o pérdidas que sufrimos en la vida, nos prepara para ser valientes y fuertes ante cualquier imprevisto, hoy también sé que vivir mucho tiempo refugiada en el miedo al dolor para evitar ser vulnerables puede ser la peor elección que tomemos en la vida. En lo particular, el miedo me detuvo, endureció parte de mi corazón —creo que todo mi corazón—, viví por demasiado tiempo en el frío y me olvidé de vivir y sentir en verdad.

—Y dime llanerita, ¿sabes montar a caballos? — Christopher me saca de aquella abstracción mental, sonrío al caer en cuenta del modo en que su rostro algo más aniñado me observa.

—¿Por qué? ¿Requieres de una entrenadora en equitación? —inquiero divertida, degustada en sus pupilas.

—Sabes que eso sonó muy sugestivo, ¿cierto? —rió ante el giro mórbido que le ha dado.

—Mucho me temo, que el señor Drummond posee una capacidad extrema de volver sugestiva cualquier oración que salga de mi boca.

—¿De su boca, señorita Parisi? —comenta haciendo una pausa enroscándome entre sus brazos desde la cintura—. No. No solo de su boca, todo lo que fluye de ti, es sugestivo y con tendencia adictiva para mí —asegura dándome un beso que se

torna territorial y posesivo, haciéndome febril y anhelante de mucho más que un beso de su parte.

—Creo que... —alcanzo a balbucear cuando nos separamos en busca de aire—, debemos ir a montar... esos caballos.

Él asiente conduciéndome hasta la cuadra donde un mozo nos aguarda con dos hermosos corceles de lucidas crines. Intenta ayudarme a subir sobre el semental que me dan para montar. Un caballo rucio moro de gran tamaño, no obstante, se lo impido cuando por cuenta propia subo a lomos de este, sin ningún complejo. Acaricio con una sonrisa de niña desde sus lustradas crines hasta la longitud del cuello del animal, recordando que siempre he sentido amor por ellos, tienen esa capacidad de hacerte sentir libre y conectar con tu alma, de un modo que pocos humanos poseen.

—¿Creí que montaríamos juntos? —pregunto a Christopher sacándolo de la especie de embelesamiento con el que me mira.

—¡Lo siento! —se disculpa saliendo de su letargo.

—No me digas que te aburro tanto —me quejo con un mohín manipulador.

—Para nada, es que verte de esta forma es... único.

—Ni que fuera una cosa tan excepcional, soy un ser humano tan parecido al resto —le resto importancia a su comentario.

Él niega con la cabeza sonriendo y sube sobre su caballo con un ágil y experto movimiento, haciendo que todos los músculos visibles de su cuerpo se tensen por lo que me permito devorarlo con los ojos. Decido concentrarme en otra cosa que no sea la anatomía de mi compañero, sobre todo cuando él se percata de la fuerza de mi mirada. Observo el color azabache y brillante de su semental, tan hermoso e imponente como su amo.

Salimos de las caballerizas y ni me molesto en preguntar hacia donde iremos. En esta nueva faceta me quiero dejar llevar sin objetar en demasía.

—¿Una carrera? —pregunto sin esperar una respuesta, pues azuzo a mi caballo para que salga a trote.

Siento el viento golpear en mi rostro, los cabellos que se van deshaciendo de mi trenza volar igual de libres y no puedo evitar sentir que he vuelto a vivir y disfrutar de este instante que ha sido más que un aliciente para seguir mi propósito, escucho cada vez más cerca los cascos del caballo de Christopher y mirando por un breve momento sobre mi hombro izquierdo lo visualizo con su rostro tenso y la mandíbula apretada, niego con la cabeza hasta que llego a un claro en el que aprecio la inmensidad del lugar y la brisa sopla con más fuerza, el sol está como para tostar el cuero, mas no presto atención a ello.

—Muy lento, Drummond —acoto con una sonrisa cuando él se detiene a mi lado.

Da la vuelta para colocarse de frente a mí con su caballo y a tono de amonestación comenta—: y tu muy arriesgada, Annabelle.

—¡Ay no! Por favor, no me digas que te ha incordiado mi espontaneidad —lo miro desafiante.

—No conoces muy bien el lugar, ni yo recuerdo con destreza toda la hacienda, me preocupa que te lastimes. —su tono se vuelve más conciliador.

—Eso es porque no conoces mi faceta de impulsiva —pretendo hacer un chiste.

—No importa que tan impulsiva y rebelde puedas llegar a ser, pero quiero que sepas, que siempre te protegeré, Ann. Es algo inevitable en mí.

—Eso habla más de tu fase controladora que protectora, Christopher. —arguyo.

—Sé que me crees un maniático del control y no niego que lo sea. Es imposible no serlo cuando muchas cosas dependen de ti, aun así, la única que ha sido capaz de sobrepasar mis cercas de seguridad has sido tú, prácticamente me has tenido corriendo detrás de ti. —reconoce mirándome con una sonrisa que remite al recuerdo.

—Pues, no te puedes quejar. El que hayas corrido detrás de mí nos ha conducido hasta aquí —le acoto sonriendo con picardía.

—Quiero mostrarte algo... —se acerca hasta depositar un beso casi fugaz en mis labios.

—Luego dicen que yo soy quien no cede el control —murmuro y sonrío sin que él se dé cuenta.

Cabalgamos el uno al lado del otro mirándonos de vez en cuando, compartiendo sonrisas y disfrutando el estar en armonía con todo, incluso con nosotros mismos. Tenía tanto tiempo de no sentirme libre y ahora parece que quiero vivir mi recién adquirida libertad con desmesura. Tal vez el amor sea quien conceda esta sensación, este deseo premuroso por experimentar.

Hacemos un recorrido por toda la plantación cafetalera que en sus días de gloria habría de ser imponente. A pesar del descuido propio de un dueño que vigilara por su buen funcionamiento, se pueden notar los vestigios de lo que fuere.

Christopher me ayuda a apearme del caballo, lo dejo hacerlo, aunque sé que es innecesario, sin embargo, disfruto de su gesto caballeroso.

—Mis padres se casaron en esta propiedad, en mi niñez me la pasaba entre estas plantas, mi abuelo que en paz descansa, me enseñaba todo lo referente al café, como se volvió parte fundamental de su negocio. El auge que tuvo en sus comienzos en el país. —dice con aire nostálgico—. Siempre decía que el café es la sangre de su familia. —sonríe ante el recuerdo.

—¿Qué sucedió entonces? —inquiero con curiosidad.

—No lo sabes, pero soy el único nieto vivo de la familia, mi madre fue hija única. Cuando ella no pudo hacerse cargo de las cosas tras el fallecimiento de mi abuelo, decidió darle todo el control a mi padre, no es que sea un hombre malo, es solo que él no es de los que se internaría en una hacienda. Yo estaba muy joven. ¿Qué podía entender de esto? —comenta abriendo sus brazos como si pudiera abarcar todo el terreno—. Mi madre sufre de Alzheimer, comenzó muy pronto. Papá

debía hacerse cargo de mí, de esta hacienda y de su propio negocio, así que decidió sacrificar la hacienda.

Mi mente solo piensa en: «¿Cómo puede alguien que ama, deshacerse con tal simpleza de algo que representa el legado de quien ama? Seguro él se sintió desamparado al enfrentarse a esa dura realidad de ver apagándose a quién más amas».

—No lo culpo. Creo que fue su mejor decisión. —lo dice lacónico.

—¿Y tu madre, ¿cómo está? —pregunto.

—Ella está bien... vive aún, sumergida en un mundo de composiciones confusas, en momentos se acuerda de etapas de su vida, en otras solo sus pinturas muestran su mundo interior, ese abstraído de cualquier realidad, uno donde solo ella existe. La extraño mucho. —responde con tristeza.

Me acerco a él para recomfortarlo con un abrazo y acaricio su rostro ahora añorado y desprovisto de ese hombre que mira a todos ejerciendo un poder subyugante. Me observa con su cristalina mirada que exhibe añoranza y anhelo, lo beso con ternura. Una ternura infinita que nace desde lo más profundo de mí. Sabía que lo quería incluso que lo deseaba, más no, cuán profundo.

—Eres un hombre maravilloso, Christopher Drummond —murmuro en sus labios y él sonríe rodeándome con sus brazos para alzarme y devolverme el beso.

—Tú puedes hacer de lo gris algo maravilloso. Eres tú quien despierta mis más grandes anhelos, Annabelle. El cielo es más azul, más hermoso e incluso sus arboles me consumen con deleite —me corresponde, dando vueltas aún en sus brazos.

—Quiero saber todo de ti —le informo con genuino interés, pasando mi mano por su cabello en una caricia suave.

—No tengo nada interesante que esconder, soy mucho más normal y tan interesante como lo es cualquier otro ser humano en el mundo.

—Permíteme dudar eso. Todo lo que concierne a ti, me encanta y me induce a querer saber, no adivinar, ni especular

sobre cómo es tu vida cuando nadie te ve. Quiero que te muestres ante mí, tal cual eres. El Christopher real, no el jefe, el dueño de un corporativo, ni el hombre del que dependen cientos de familias. Quiero conocer al hombre, al soñador, al apasionado, al que ama —repongo eludiendo su comentario anterior.

Él solo sonríe y me mira anhelante con esa expresión de quien quiere más de lo que le ofrecen, y no se atreve a pedirlo por temor al rechazo. Esa expresión es la misma que escondo en mi interior, no por miedo a un rechazo de su parte, sino a ser vulnerable y tener que volver a recoger los pedazos de mí que no pueden recuperarse. En estos momentos parezco un enredo, porque si bien me estoy dejando llevar por lo que él me hace sentir, no termino de entregarme por completo al destino, a sus brazos.

—También tengo miedos, Annabelle. Sé lo que es perder en el amor —me sorprende diciendo mientras acaricia mi rostro con su pulgar sosteniendo esa misma mirada de hace segundos—. No eres tú solo quien se está arriesgando de nuevo, quiero que lo sepas.

Aprieto mis labios sintiendo que en cierta forma me estaba comportando más que contradictoria, egoísta por anteponer mis miedos y mostrarme reticente a lo que siento. Sin embargo, no digo nada y me dejo envolver por sus brazos. Aspiro su olor y escucho los latidos acompañados de su corazón.

—Quisiera quedarme aquí contigo Ann, pero debemos volver. —dice sosteniendo entre sus manos mi rostro y besándome con sutil ternura en los labios—. Hay un equipo que viene a reunirse conmigo. Discúlpame por traerte a un viaje de negocios.

—No lo sé, Drummond. Creo que deberás hacer más que solo pedir disculpas por sacarme de mi cama tan temprano —finjo molestia.

—Eso es culpa suya, abogada. Pues me tiene caminando en una cuerda floja que me hace tambalear entre la cordura y la locura. —me asegura sonriendo.

Nos besamos de nuevo dejándonos llevar por la pasión y el deseo mientras la brisa nos da en la piel filtrándose por nuestros poros. Podría quedarme para siempre en su boca, no obstante, soy quien separa nuestros labios antes de ser arrastrada por aquella necesidad que reverbera en mi sangre producto de la pasión, esa misma que contengo.

Lo que resta del día, mientras él se reúne con las personas encargadas de devolver la vida a la cafetalera, me escabullo como puedo por sus alrededores. Paseo deleitándome en su paisaje que, aunque parece descuidado deja ver rastros de lo que fuera en un pasado no tan lejano. Cierro los ojos respirando profundo antes de exhalar, el sol en su apogeo da en mi rostro haciéndome sentir limpia, relajada y tranquila. Es entonces, cuando me doy cuenta del paso que debo dar a continuación. Antes de seguir deberé retroceder sobre mis pasos, sobre mis sentimientos para soltar, para dejar ir.

—Has estado muy callada desde que salimos de la hacienda. ¿Sucede algo? —Christopher pide saber mirándome con preocupación.

—No. No pasa nada. —niego con la cabeza e intento una sonrisa que de antemano sé que él no cree, pues continúa mirándome esperando una confesión.

—Fingiré creerte, Annabelle. —responde reflexivo—. Aunque estás muy extraña y lo sabes.

No puedo evitar reír. Me doy cuenta de que él siempre está alerta o pendiente de interpretar cada uno de mis gestos.

—No es nada grave, te lo prometo —trato de tranquilizarlo a la vez que dejo reposar mi cabeza sobre su hombro y sujeto su mano con fuerza.

Christopher respira hondo y besa la coronilla de mi cabeza.

—Te quiero —murmura y no puedo evitar que mi corazón se emocione y una sonrisa un tanto nostálgica se dibuje en mis labios.

Retroceder no es Huir



Christopher me acompaña hasta mi apartamento y me nubla la razón con un beso de esos maravillosos que solo él puede darme. Sé que no hemos avanzado mucho luego de lo sucedido la noche anterior y sospecho que se debe a que él espera que sea yo quien dé ese paso. En cierto modo, sería lo correcto. Debo dejar de poner las barreras entre los dos. No es porque él haya dicho que me quiere, no, es porque siento que debo hacerlo, que me lo merezco. El dolor del que he sido prisionera por años no me ha dejado avanzar y he permanecido estancada.

—¿Quieres que pase por ti mañana para ir al trabajo? — me pregunta.

—No. Tranquilo. —Su ceño se frunce al escucharme. Niego con la cabeza y sonrío—. No es por nada malo, Drummond. Es que debo llevar mi auto, mañana deberé hacer muchas cosas fuera del bufete.

Él asiente dubitativo. No obstante, me besa de nuevo y se marcha.

Me preparo algo ligero para la cena y me ducho antes de ir a dormir. Intento no pensar en lo que haré mañana, no voy a arrepentirme de esta nueva oportunidad que significa un paso a la libertad. Esta vez para mí, retroceder no será huir.

Apenas ha amanecido y estoy preparada con ropa ligera para emprender el viaje que tanto necesito. No me tardo demasiado en salir del edificio, pues lo que quiero es irme antes de encontrarme a Christopher. No oculto nada, es solo que, esto necesito hacerlo sola. Es algo que he postergado bastante.

La noche anterior me comuniqué con Silvia para que gestionara un permiso especial para ausentarme. No hubo problema alguno, más que el recordatorio del caso de divorcio

especial que se me asignó hace unos días. Tampoco pretendo ausentarme por muchos días.

La ansiedad y aquella imperante necesidad de mitigar el sabor que no sé si es «agridulce o amargo, de la despedida» hacen de mi estómago un nudo apretado que me obliga a respirar profundo cuando las lágrimas acuden a mis ojos emborronándolo todo.

No hay marcha atrás, ni vuelta de hojas. Coloco música para liberar la presión y desestresarme un poco.

Christopher:

Annabelle. Solo un nombre ocupa mi mente como cada día desde la primera vez que la vi.

Annabelle se ha convertido en esa especie de mantra que recito al irme a la cama y cada mañana al despertar. Ella es mi primer y último pensamiento del día.

Ahora que la siento más mía; más cerca, más caliente, menos fría, el temor a que ella retroceda a las sombras y se escude en el frío, de que se aferre al pasado, a ese gran amor que le ha tenido a su difunto esposo, me paraliza. El solo pensar que ella retroceda corta mi respiración y el flujo de sangre por mis venas. No he sentido esta ansiedad que me genera no tener el control desde que sucedió lo de Natalia. Claro que lo que sentí por aquella mujer no se equipara en nada a lo que siento por Annabelle. Sé que es lo que se siente querer a alguien con tal fuerza que llegas a desconocerte. Natalia me concedía el poder, le gustaba ser protegida por mí, con las atenciones que le daba a fin de que supiera cuanto la amaba o al menos eso fue lo que me dio a entender durante los dos años que estuvimos juntos y antes de que ella me traicionara

En cambio, con Annabelle es como si fuéramos polos similares tirando en la misma dirección, queriendo mantener el control. Debo admitir que me excita, pues genera esa sensación que me impulsa y a la vez me detiene, como si atravesara un campo minado y sé que se debe al temor de poder perderla, de que ella se aleje.

Cuando la encontré dentro de ese ascensor, no esperaba volver a sentir aquella indescriptible sensación de estar frente a mi vida y su significado, ante una fuerza que me atraía como la gravedad. Sin embargo, fue una sorpresa, una inesperada y maravillosa.

No lo sabe aún y en ese entonces mucho menos, pero mi memoria preservó su primer recuerdo, intacto. La primera vez que la vi, aunque no fue la mejor de las circunstancias y aun cuando ella no me mirase, el sentimiento que se aferró a parte de mi alma y que me negué a sentir, surgió con la fuerza de un maremoto, agitó todo un mar de emociones en mi interior; protección, anhelo, deseo, ternura, dolor, salvación. De repente, quise ser para ella todo eso y mucho más. Me sentí culpable e inadecuado, pues el dolor y la agonía que marcaba sus bellas e impolutas facciones me hicieron sentir mezquino en ese entonces.

No es que no pudiese fijarme antes en ella. ¿Cómo no hacerlo? Es tan hermosa que mirarla prácticamente me duele, tanto que pareciera estarle robando a Dios por el privilegio de hacerlo. Sólo que cuando la tuve frente a mí de nuevo, percibí más que frío y vacío... hielo, producto del dolor, sé de primera mano lo que el dolor puede reflejar en las miradas de quienes han sido torturados.

No me atrajo su físico, ni su aspecto, fue algo más. Sus ojos, su alma, esa a la que pretendía opacar.

Tenía dos años de haber llegado a ocupar mi antiguo apartamento de soltero, en uno de los últimos edificios que había construido mi compañía. El *penthouse* estuvo en venta por solo unas semanas antes de tomar la decisión de venirme a vivir en él, no pensé que la vida me traería a este lugar, aun así, no todo está escrito, bien dicen que lo esperado nunca llega, mientras que lo inesperado siempre aparece.

Sin embargo, hace seis meses fue que volví a verla tras cuatro años desde la primera vez, y al hacerlo me sentí igual que en aquella ocasión, mi corazón dormido dio un vuelco, todo estuvo claro, la oscuridad se disipó dejando entrar la luz a raudales, volví a ver, a apreciar los colores, las vibraciones, como si antes hubiera estado ciego o mis ojos no estuvieran

preparados más que para ella. No me sonrió. Tampoco creo que me haya visto, ni siquiera se detuvo a hacerlo, al menos no del mismo modo en que lo hice con ella.

Recuerdo como si fuera ayer, sus labios pintados en malva y sus mejillas sonrojadas por el calor de afuera, vistiendo una falda beige que destacaba su figura y exhibía con recato sus piernas, el deseo se avivó como una llama moribunda que se resistía a perecer, volví a sentirme vivo. Su aroma, ese que desprendió de ella se aferró a mi conciencia enraizándose en mi memoria para nunca más olvidarlo. Olía a frutas, a peras dulces... desde entonces, no existe otro olor para mí.

Algunos dirán que no te puedes enamorar a primera vista, quizá por eso me negué en un primer momento y adjudiqué todo ello al deseo y a una egoísta obsesión. Hacía años que no había vuelto a sentirme de ese modo, me rehusé a sentirme igual una vez más, lo deseché porque hacía más de dos años, había tomado la decisión de cerrar las puertas de mi vida a quien pudiera ser capaz de abrirla. Y sin duda, Annabelle Parisi parecía tener la llave maestra que abriese no solo esa puerta, sino cada una de ellas sin el menor esfuerzo, cual perfecto cerrajero.

Creí haberla olvidado al no volver a verla. Intenté hacer oídos sordos a lo que me decía la intuición o el corazón que muchas veces habla diferente a la razón, incluso ahora sigo intentándolo, aunque ya no me siento egoísta o miserable. Es como una especie de adicción que me hace querer tenerla por encima de mí mismo. Seis meses llevaba pensando en ella y tratando de evitarla a toda costa, meses en los que me permitía ahogar el deseo con un licor de mujer diferente en mi cama y ella no volteaba a mirarme, haciendo que la deseara aún más. ¿Cómo se puede ser adicto a lo que no has probado siquiera?

¡Hasta ese día en el estacionamiento!

—¡Señor! Lo esperan en la sala de reuniones —la voz de mi asistente hace que abandone el pasado.

—En un momento —respondo y ella sale de mi oficina.

Marco al teléfono de Annabelle una última vez antes de partir, me envía a buzón tras dos repiques. Quizá se ha

quedado sin señal, no me extrañaría que sucediese. No obstante, el miedo latente o la ansiedad me hace sentir inseguro, no es la primera vez que la llamo durante lo que va de mañana y sigo obteniendo el mismo resultado. Al salir del edificio la busqué esperando encontrarla en el estacionamiento como era costumbre, no la vi.

Puede que esté imaginando lo que no es. La incertidumbre se sembró en mi durante el regreso a la capital, estaba pensativa, algo ausente y aunque trató de tranquilizarme diciendo que no era por algo grave, no logró su cometido. Y estoy desesperándome mientras busco qué hacer para que ella reaccione y me deje entrar de lleno en su vida.

Tal vez haya sido una flaqueza mía decirle que la quiero. Aun así, no pienso retractarme. Eso es lo que siento, no soy un hombre cobarde que no admite lo que siente. Me sorprende que luego de haberme jurado que nadie más entraría en mi corazón, a ella le he dejado entrar sin resistirme, con miedo, sí, porque lo he sentido, sin embargo, también siento que es lo correcto. Una vez la hube tocado, me fue difícil mantenerme alejado de ella. Se convirtió en mi aire, en mi paisaje, en las estrellas de un cielo oscuro y aciago, en mi oxígeno sin saber que lo necesitaba.

—Has estado extraño durante la reunión, ¿sucede algo? —Mikael pregunta con algo de preocupación.

—Nada. Todo, marcha como debe —respondo parco, con mis pensamientos puestos en Annabelle.

—Estuviste tenso, distante en la negociación con los Manrique. —arremete con la intención de indagar más.

—Ya sabíamos lo que queríamos y las conversaciones más primordiales se habían dado sin imprevistos. No tenía razón para estar nervioso o preocupado. Cuento con un buen equipo de trabajo —presumo dándole una palmada en el hombro.

—Sabes que estás hecho para esto y las personas siempre terminan cediendo ante ti, amigo —él asegura con una sonrisa—. Sin embargo, presumo que lo que te tiene en ese estado de tensión e incertidumbre, lleva nombre de mujer, piernas largas, figura grácil, esbelta y unos ojos marrones impositivos.

Decido no responder, hacerlo es decirle que lleva la razón.

A media mañana recibo una llamada de Estela, ha quedado en venir para conversar sobre los preparativos del próximo aniversario del corporativo. No quiero perder el tiempo ultimando cosas para las que no soy bueno, pero ella insiste en querer saber mi punto de vista en todo, alegando que mi nombre se verá reflejado en el resultado final, cuando es sin duda el suyo junto a su profesionalismo quienes llevarán la firma, hay una razón por la que le permito atribuciones y es porque ella ha estado conmigo cuando las cosas comenzaron a ir mal. Mi madre había tocado fondo con su enfermedad, papá intentaba mantener todo a flote y en ese intermedio llegó Natalia, entonces mi tiempo se lo concedí a esa fútil relación y mi amistad con ella se vio interrumpida de un modo abrupto, era muy joven, iluso y despreocupado. Me dejé llevar por las emociones fuertes, aquellas que generaban adrenalina y el riesgo por lo desconocido, haciéndome ir a mil por horas. Abandoné la universidad, supongo que por la falta de madurez emocional para enfrentar los problemas.

Fue por ello por lo que tampoco me di cuenta de lo que Natalia estaba haciendo. O, mejor dicho, de sus verdaderas intenciones.

—Espero que ya estés listo —Estela entra a mi oficina tomándome desprevenido, es cuando me doy cuenta de que no es tan buena idea que ella siga entrando de esa manera. Mas no le recrimino nada. He sido yo quien cambió en un pasado dejándola de lado.

—Justo estaba recordando que quedamos de almorzar juntos —le respondo con una simple sonrisa mientras tomo mi saco para salir.

—Pues no me pareces demasiado contento o muy animado.

—Acabo de salir de una junta y estoy algo tenso aún —me disculpo caminando hacia ella.

—Si quieres esta noche voy a tu apartamento y te doy uno de esos masajes que aprendí en mi viaje a la India, son de verdad muy buenos.

—Estaré bien, no te preocupes.

Salimos de la oficina no sin antes recordarle a mi asistente que continúe llamando al número de Annabelle y si logra contactarse redirija la llamada a mi celular. Sé que no lograré mitigar la ansiedad que se alojó en mi estómago y a duras penas me deja respirar.

Erick nos conduce entre el tráfico y en menos de lo pensado estamos entrando a un restaurante. Estela quería que la llevara a El Fortunato, sin embargo, sé que allí menos me concentraría en todo lo que ella quiere discutir sobre el evento y también porque no quiero crearle falsas expectativas, una vez estuvimos a punto de llevar nuestra amistad a otro nivel, por fortuna recapacité y pude detener todo antes de tiempo. No podía ser tan egoísta y por dolor arrastrarla conmigo.

—Estaba pensando que el lugar de la celebración este año podría cambiar. Hay un sitio espléndido que cuenta con jardines y su estructura arquitectónica es innovadora. Variar también vendría bueno, ¿no crees? —Estela comenta mientras somos atendidos por el maître.

—Lo que consideres me parece adecuado. Tú eres la mejor en eso —le aseguro levantando mi copa hacia ella antes de darle un trago.

—Ya veo que no te harás de rogar mucho, querido.

—¿Por qué lo dices? —quiero saber.

El mesonero llega esta vez para dejarnos nuestros platos. No he prestado mucha atención a lo que pedí.

—¡Por Dios, Cristo! Te han comido el cerebro —ella se mofa—. Tú eres el señor de los noes, siempre refutas casi todo. Años anteriores te resistías a esa idea de cambiar de lugar, alegando cualquier cosa hasta un atentado y ahora estás más que predispuesto a ello. ¿Te sucede algo, cierto? —intuye y me escruta el rostro con suspicacia.

—Pues este será tu año más afortunado conmigo, entonces —le digo tratando de desviar su atención.

—Espero que ese cambio no esté condicionado por tu nueva conquista —agrega con sorna.

Es imposible que mi mirada la atraviere, ese comentario me desagradó.

—Se llama, Annabelle no es una conquista como lo quieres hacer ver —le aclaro.

—Christopher yo lo... siento —dice de inmediato buscando resarcir el comentario tan inapropiado.

—Está bien. —respondo con aspereza

Ambos comemos en silencio, uno que con el pasar de los minutos se vuelve insostenible e incómodo.

—Estaba pensando en utilizar esta vez a un cuarteto de Cellos para la velada —Estela acota luego de que nos retiran los platos y terminamos nuestra copa de vino.

—Ya te dije que tienes plena libertad, la música es lo menos que me preocupa.

—Bueno. Debo agradecer por tu confianza en mi criterio —denota ella con una sonrisa—. Por cierto, esta tarde me reuniré con tu chef estrella para establecer el menú del evento. Claro que luego debes ir conmigo para la prueba final.

—Avísale a mi asistente cuando ya lo tengas programado —le digo cuando recibo mi tarjeta tras cancelar la comida.

—Eso haré. También te haré llegar la carta del menú con el diseño final para que lo veas.

—Eso no es tan necesario. —alego.

—Chris... pero yo quiero que todo lo que hago te encante —dice inclinándose sobre la mesa para apretar una de mis manos que yace sobre esta. Escruto su rostro y me arrepiento de hacerlo, porque lo que percibo en su mirada es anhelo, ese mismo que siempre ha estado allí.

—Creo que mejor nos vamos. Debo atender otros asuntos en el corporativo. —acoto con cierta incomodidad, deshaciendo su agarre.

—No he querido incomodarte.

—No lo has hecho.

—Chris, espera... —ella vuelve a tomar mi mano antes de que me levante—. No sabía que ibas tan en serio con ella, yo... creí que luego de lo que pasó con Natalia tu no... debo admitir que me ha sorprendido —aclara negando con la cabeza.

—¿Christopher? —una voz hace que aleje mi mano de Estela de inmediato y percibo su dolor. Sin embargo, mi atención se concentra en la otra persona.

¡Demonios!

—Antoniette. ¿Cómo estás? —saludo de inmediato levantándome del asiento.

—Estoy muy bien, por lo visto... tú también —responde con acritud pasando la mirada de Estela a mí.

—Ella es Estela una vieja amiga —las presento de inmediato, me siento absurdo y estúpido pues no estoy haciendo nada malo—. Ella es Antoniette la hermana de Annabelle.

—Un placer. Creí que estarías con mi hermana. —centra toda la fuerza de su mirada ambarina en mí y es como si pudiera arrollarme.

—No. —le digo y la tomo por el brazo para alejarnos de la mesa—. La verdad no he podido comunicarme con ella en todo el día. Pensé que su celular había quedado sin cobertura. ¿Tu, has hablado con ella? —Esta vez la intriga es difícil de ocultar.

—A decir verdad, no —ella frunce el ceño al responder y temo que está tan preocupada como yo—. La llamé esta mañana para saber cómo... estaba, sin embargo, su celular iba directo al buzón. Creí que estaría en una junta. ¡Maldición, Annabelle! —masculla eso último.

—No nos preocupemos. Ha de estar bien, debe tener un día muy ocupado.

—Puede ser —parece reflexionar, luego con una sonrisa agrega—: Discúlpame de verdad, debo ir a mi mesa. Me está esperando mi equipo de trabajo.

Nos despedimos y me queda esa percepción de que algo más podría estar pasando con Annabelle, haciendo inevitable que la paranoia se instaure en mí.

Otra Visión



Anoche tenía una convicción muy clara sobre lo que quería hacer. Esta mañana al llegar al lugar en donde todo comenzó, el mismo donde se quedó la mitad de mi alma y corazón ya no me siento tan valiente.

Creo que nunca dejaré ir el dolor de manera definitiva o que este me acompañará siempre como una sombra sigilosa negada a abandonarme por completo. Solo espero que esta concepción no sea tal y que un día al despertar solo sea un recuerdo de algo que dolió, duele, pero no tanto. Que en lugar de una lágrima brote una sonrisa y en vez de un recuerdo doloroso y trágico, vengan a mí los más hermosos.

Respiro hondo antes de avanzar por ese camino que me conduce a donde dejé mi corazón y mis deseos de volver a amar.

Cuando llego allí, la inscripción sobre la lápida hace que mi corazón se contraiga, se haga un puño y me obligue respirar más hondo de lo normal. Una lágrima se escapa de mi ojo derecho, lo limpio con mi dedo índice y me siento sobre la grama que viste su sepulcro. Tiemblo, mi cuerpo sufre los embates de mis emociones.

—¡Hola! —murmuro acariciando su rostro en la foto que acompaña su nombre en la lápida.

Guardo silencio hasta que creo que mi voz se escuchará menos patosa para hablar. La brisa es como una suave caricia y me cobija la sombra de la acacia a unos pasos de la tumba.

—Alex, que difícil ha sido —me aclaro la voz cuando siento que se espesa mi saliva en la garganta—, que difícil ha sido dejarte ir. Nunca me has dejado de doler, dudo que eso suceda algún día. He querido tantas veces morir contigo, que vengas a mi encuentro, que me arribasen este dolor que no cesa. Mi vida acabó aquel día que tuve que desconectarte de esas máquinas, se fue contigo. ¿Cómo podía seguir sin ti?

¿Cómo podía vivir sin ti? ¿Qué era vivir entonces? Sin embargo, ahora estoy aquí segura de que debo dejarte ir para poder vivir, para recomenzar, para regresar... ¿Cómo lo hago? ¿Cómo lo logro sin sentir que te faltó, que le faltó a nuestro amor, a nuestra historia juntos? ¿Cómo hago para no sentirme culpable? Me he sentido, mala, egoísta y culpable de volver a sentir que quiero a alguien más. Nos prometimos querernos para siempre y ese siempre se nos fue arrebatado, no sé si por... Dios —me cuesta pronunciar ese nombre, he estado peleada con *Dios* desde que lo perdí todo—, o los azares del destino, la vida, el karma, las leyes del universo. Se me ha hecho tan difícil recordar los momentos juntos y felices, cada vez que lo he intentado viene ese otro tan amargo, doloroso e impío a oscurecerlo todo.

»Eres todo lo que más he amado en esta vida, tanto que llegué a pensar que jamás dejaría de hacerlo, que esta vida era muy poca para ello. Tengo miedo, siempre vivo con miedo de que se me sea arrebatado alguien que amo, temo conformar lazos afectivos. He sentido que me ahogo, vivo bajo el hielo y no he querido salir de allí ni cuando el frío me quemaba por dentro o me rompía el alma. Desde un tiempo para acá, quiero... quiero salir de allí. Quiero ese particular calor que solo él me ha hecho sentir. Me ha devuelto a la vida, ¿sabes? Es todo lo contrario a ti, tu tenías esa chispa que me volvía loca y me equilibraba, esa dulzura y ese corazón tan bondadoso que en momentos dudé tener, mi compañero, mi amigo desde que tengo sentido común. Mi mundo, mi principio, mi final y todo lo que necesitaba. En cambio, él es... seductor como lo más hermoso sobre la tierra, como el peligro de poner en riesgo mi corazón una vez más. Ama el control tanto como yo, tiene el poder de quedarse y luchar en contra de mis convicciones o decisiones. Sabe imponerse, rodearme con su calor, con una pasión... —sonríó con una lágrima descendiendo por mi mejilla hasta morir en la comisura de mis labios—. Es tan apasionado, persistente, luchador, me atrae como un sol, me quema y... me devuelve a la vida, hace que todo se llene de colores y siento rabia, celos, me enojo con alguien que sí existe. Soy yo con él, tanto como lo era contigo. ¿Cómo es eso posible, Alexander?

Niego con la cabeza mirando los ojos en su fotografía. Las lágrimas corren libres, pletóricas de por fin rodar con libertad.

»Tal vez estoy siendo egoísta en lugar de agradecida por haber encontrado a alguien que me quiere como soy, que corre detrás de mí cada vez que quiero esconderme y retorcerme en el dolor de no tenerte. Tengo lo que para muchos es el privilegio de ser querida dos veces en una misma vida. Soy cobarde y él es... tan intenso, en medio de todo me vuelve valiente —reconozco sonriendo una vez más. Y me doy cuenta de que cada vez que recuerdo o hablo de Christopher sonrío y mi corazón late viviendo de nuevo.

—Creo que, en este caso, si estuvieras frente a mí, dirías: ¿Entonces que estás esperando niña necia? ¡Caramba, nena! Eres obstinada, terca como una mula, obcecada. ¡Lánzate! ¡Vive! Gana todo, pierde todo. Adelántate a la jugada. Estoy jodido, muerto lo sabes. Claro que me amarás, soy inolvidable. También sabes que no le tengo miedo a la muerte, que para mí es una puerta hacia algo más y no creo que sea malo, nadie ha vuelto de allá. —Y te reirías—.

Cierro los ojos cuando la brisa acaricia mi rostro secando las lágrimas que he estado derramando como una loca que habla, ríe y llora.

—Hoy... vengo a decirte adiós, Alexander... lo que siento por ti jamás perecerá. En algo tuviste razón, eres inolvidable, tengo de ti mucho más de lo que nos quitaron. Ahora comprendo que no me quedé vacía, me quedé llena de tu amor, de nuestros recuerdos, de momentos juntos y sueños; unos que se lograron y otros que no. —Con mi mano doy un beso a su foto y me levanto tras unos largos minutos de silencio.

Esta será quizás la última vez que vendré aquí. Dejar una parte de ti atrás, cuesta más que continuar el camino desconocido.

Christopher:

Me desconozco, no he podido concentrarme en nada durante el día.

¿Cómo es que ella puede desaparecer de ese modo?

Peor aún, ¿cómo ha podido pedir días libres y desaparecer quién sabe a dónde, de esa manera?

Subo al auto molesto, intrigado, nervioso. Annabelle Parisi no mide las consecuencias de sus acciones. No le costaba nada llamarme para despedirse, son las cinco de la tarde y ella ni siquiera se ha molestado en devolver mis llamadas.

¡Esta mujer me va a enloquecer!

Al llegar al penthouse le doy la noche libre a Erick. Doy vueltas como un animal salvaje enjaulado, no sé por qué continúo llamándola si a ella parece no importarle. Tal vez, sí me he precipitado después de todo al decirle que la quiero.

Creí que, desnudando mis sentimientos, ella los valoraría. Me he equivocado. Ella nunca podrá quererme. Estoy luchando contra un fantasma, alguien que no está físicamente, pero continúa allí en medio como una muralla que no me permite avanzar.

Pensando eso decido salir. Necesito olvidar que he hecho el ridículo, que me he expuesto de ese modo, otra vez.

Una hora y media más tarde estoy en el club. Enseguida siento que ha sido la peor idea de todas porque los recuerdos se estampan en mi cara como un balde de agua fría. Allí fue donde la vi bailando aquella noche, misma en donde la besé y ella decidió salir corriendo. Sonrío con amargura ante el recuerdo.

«Siempre ha sabido escabullirse».

Subo hasta la oficina para hablar con Jairo el encargado del lugar. No suelo frecuentar el sitio. Cuando lo adquirí, lo hice porque ayudaba a un amigo y era una excelente inversión. No genera tanto como mis otros negocios, sin embargo, me permite diversificación.

—¡Christopher! Creí que no vendrías hoy —Jairo me recibe levantándose de su asiento y estrechando mi mano.

—No lo tenía planeado, aun así, quería saber cómo marcha todo. Sé que hoy no se abre al público así que, estaremos más cómodos —le respondo tomando mi lugar detrás del escritorio que él antes ocupaba.

—Pues, ya te muestro los libros contables. La declaración de impuesto y todo lo concerniente al negocio y sus finanzas. —dice colocando las cosas frente a él en el escritorio.

Lo menos que quiero es ver libros de contabilidad, comienzo a hojearlo sin prestar atención a los números, por lo que cuando Jairo sale, desecho estos y me recuesto en la silla cerrando los ojos, dándome cuenta de que mis pensamientos eran correctos, nada hace que deje de pensar en la testaruda mujer que corroe mis sistemas, filtrándose por mis venas como droga letal haciendo que pierda el control. Sé que ella piensa que lo he tenido siempre cuando, a decir verdad, ha sido la causante de las innumerables veces que he bajado las defensas y vencido mi propio autocontrol, de alguna manera siempre ha sabido subyugarme, arrastrarme hacia ella. Nada ayuda porque solo pienso en esos ojos marrones que me escrutan adentrándose en mi cerebro, esos ojos que se han convertido en mi delirio, un puerto seguro y un nuevo aliento de vida.

«Ella me está jodiendo la mente y lo sabe».

No me quedo demasiado tiempo en el club y conduzco por la capital que aún se mantiene despierta. Cuando llego a mi departamento lo noto demasiado grande y frío, hoy más que nunca. Me pregunto: ¿por qué no he traído a Annabelle? Ella le daría calor al lugar, todo es tan impoluto, austero, pulcro, clínico y lujoso en exceso. No sabría decir si la decoración me identifica, su diseño de interior es tan sobria e impersonal, a decir verdad, no refleja mucho quien soy, sino en lo que me convertí; alguien frívolo, distante, un tanto amargado, estricto con llevar un control en todo y de todos. Cuando Annabelle me dijo aquel día tras salir del restaurante que parecía que todos me temieran, me di cuenta de que es cierto, sin embargo, lo he ignorado a tal límite que ha dejado de importarme. Durante años me he comportado así y a ello he adjudicado el éxito de mi trabajo. Tanto lo he sido que hoy me cuesta ceder el control y por eso creo que ella se está alejando de mí.

No saber de Annabelle me hace cuestionarme cada cosa, cada paso, cada decisión, cada aspecto de mi vida que pueda vincularse a ella.

«¿Dónde estás, Ann? ¿Qué estás haciendo, mi rosa? No huyas de mí».

Desencuentro



—¡Buenos días, mamá! —la saludo cuando entro a la cocina estimulada por el rico olor del desayuno que está preparando.

—¡Buen día, cariño! ¿Cómo amaneces? —me pregunta quitando la mirada de lo que estaba haciendo para verme.

—Dormí divino, como un bebé —le respondo con un suspiro.

—Eso es bueno. Ayer no pudo haber sido fácil —agrega esta vez sirviéndome una deliciosa y espumante taza de café con leche.

—¿Y papá? —quiero saber mientras le doy un sorbo a mi café.

—Sabes que él madruga incluso si no tiene nada que hacer —ella sonrío.

—Esta tarde me regreso a Caracas y quería pasar rato con él.

—¿Te vas tan rápido? Annabelle, pero si acabas de llegar. —me reprocha.

—Lo sé, mamá. Prometo venir a casa pronto. Es solo que mi permiso ha sido por estos días, no tengo más. Ya hice lo que debía. —repongo sin mirarla.

Ayer luego de ir a la tumba de Alexander, fui a visitar a sus padres. Era algo que le debía a ellos y sobre todo me lo debía. Después de mi recuperación hui de todo lo que me recordase lo feliz que habíamos sido y el dolor imperecedero de perderlo todo cuando consideraba que no era el momento.

Necesito continuar y no era que debía cortar todo lazo con el pasado, aunque sí tenía que dejarlo donde estaba para avanzar. Existía en mí esa demandante necesidad de sentirme libre y más que nunca soltar la carga de mi corazón que seguía anclado al pasado, el tiempo me urgía por reclamar mi

presente de un modo que mi futuro pudiera tener opción de concebirse.

Los padres de Alexander, también sufrieron por la pérdida de un hijo y ese es un dolor insuperable, una ausencia irremplazable. Él fue un gran hijo, un gran hombre, como esposo el tiempo que duró siéndolo conmigo —aunque corto—, fue perfecto y estoy segura de que, de haber llegado a conformar una familia con hijos propios, habría sido el mejor padre del mundo. Tenía defectos como cualquier persona, sin embargo, poseía esa luz enceguedora que te atrapaba, guiándote cual polilla hacia ella, la nobleza de su corazón acompañado de esa bondad en su alma, lo hacían alguien etéreo, perfecto y el hombre soñado.

—Ann —mamá se sienta junto a mí en la mesa y acaricia mi mano—, sé que soltar es lo más difícil, sé que te has apartado de nosotros para que no pudiéramos ver tu dolor, hija cuántas veces quise consolarte y no me dejaste... —las palabras de mi madre hacen que mis emociones afloren con pasmosa rapidez, esta conversación no la tuvimos luego del accidente y sé que ha llegado el momento, mi mirada se empaña por las lágrimas que se acumulan—. Tu corazón ha dolido por demasiado tiempo, aun así, también sabía que el día en que las heridas sanaran dolería menos. Eres fuerte, Annabelle mucho más fuerte de lo que crees y es eso lo que admiro de ti, como te levantaste y continuaste con tus sueños rotos y tu corazón herido —para este momento mi rostro es similar a las cataratas del Santo Ángel.

—Mamá, no es necesario que me digas eso, a decir verdad —me aclaro la garganta y limpio mi rostro—, he sido egoísta en mi dolor, me lo tomé solo para mí y aunque perdí a mi marido, les quité a su hija. Por años me fui y los alejé, mamá lo siento —me acerco a ella para abrazarla.

—¡Oh, cariño! Te amo mucho, hija y siempre estaré orgullosa de ti, siempre. Eres una gran mujer. Lo sabes. Tus cicatrices serán siempre un recuerdo de lo vivido, el recordatorio de su propio significado. Todos las tenemos, es lo que nos hace sentir y apreciar la vida.

Asiento y la abrazo entre trémulos sollozos. No suelo ser tan emotiva, mucho menos soy de las personas que lloran frente a sus padres. Eso no va conmigo, es solo que, en los últimos días, mis sentimientos son un caos que me han mantenido expectante.

—Ahora ya, mejor cómete el desayuno, si seguimos llorando como Magdalenas todo sabrá a lágrimas. —Ella sonríe limpiando sus lágrimas con el delantal.

Busco a papá antes de partir en el único lugar que estoy segura lo encontraré, en su almacén. Me despido de él tras unos minutos con la misma promesa que le hice a mi madre: “volver pronto a visitarlos”.

Al final de la tarde, estoy de vuelta en la capital con renovadas esperanzas, el corazón más liviano y una conciencia sin culpa. Sintiendo que ahora sí estoy lista para continuar, no para recuperar los años perdidos entre las frías sombras, jamás podría recuperarlos, pero sí para seguir y volver a amar sin miedos. Siendo libre para corresponder a los sentimientos de ese hombre testarudo y apasionado que ansío ver más que a nada en el mundo. No para comprobar lo evidente, sino para cerciorarme de que está bien y que no se ha esfumado en el aire.

Me percato de que el coche de Christopher aún no está en su puesto de estacionamiento. Respiro profundo, porque sé que debe estar molesto luego de que ignorara sus llamadas e intentos de comunicarse. Tal vez, él no entienda lo que debía hacer, no obstante, era lo correcto si quería empezar con el pie derecho, lo que fuera que estuviera dándose entre ambos.

«Y sí que se estaban dando muchas cosas».

Suspiro y masajeo mi hombro derecho que se resiente por el viaje en carretera cuando estoy esperando el ascensor y escucho un auto entrar en el estacionamiento. Miro en esa dirección y sonrío. Es Christopher y a pesar de no verlo en dos días mi corazón late con la misma intensidad e incluso más fuerte con solo saberlo allí, tan cerca.

Mi primer impulso es querer salir a su encuentro y abrazarlo tan fuerte que me permita sentirnos en una misma

piel, oler su perfume, tocar su rostro y besarlo. No sabía cuánto moría por estar cerca de él, hasta ahora.

El ascensor se abre, lo ignoro mientras lo veo salir del coche, me mira y es como si el tiempo mismo se detuviera, como si la tierra hubiera detenido sus movimientos. Todo deja de existir en el preciso momento en que mis ojos se encuentran con su imagen y allí está aquella sensación nerviosa aleteando en mi estómago, aferrándose con bridas invisibles a mis emociones. Le sonrío al momento en que sus ojos me miran. Avanza en mi dirección y se detiene a un metro de mí que me parecen diez, me observa circunspecto de arriba abajo sin pronunciar una palabra, como si ante él estuviera un fantasma. Los nervios comienzan a ser un nido de avispas en mi estómago.

—Hola, Christopher —intento que mi voz se oiga normal y no ansiosa como ahora me siento.

—Annabelle —aunque al decir mi nombre sigo derritiéndome al oírlo, también puedo percibir su frialdad.

Mojo mis labios que noto reseco y me adelanto a entrar en el ascensor. Él hace lo mismo detrás de mí, el silencio nos envuelve como bruma que asciende hasta no permitirnos ver y no decimos ni una palabra. Por primera vez, ante él me siento impropia, incorpórea. Semejante a la nada. No sé a dónde carrizo se ha ido mi valentía y mi voz, por qué no logro emitir una sola palabra.

Es el tiempo más corto del mundo cuando el ascensor se detiene y sé que debo irme. Me devano los sesos decidiendo si despedirme o tan solo marcharme como si no estuviera él en ese reducido espacio conmigo, alterando mis hormonas y los latidos de mi corazón. Jamás pensé que estando tan cerca lo sentiría tan distante, más frío que un iceberg, más lejos que cualquier otra galaxia de la tierra. Su distancia es como apreciar la luna, imponente, hermosa, atrayente e hipnótica y querer alcanzarla sin éxito.

Al final no lo hago, no me despido. Me retiro con un corazón desbocado a punto de salir por mi garganta y a la vez un nudo tensando mi estómago a milésimas de reventar como

una úlcera. Sé que está molesto, no sé cuánto tiempo le tome dejar ir su rabia y ahora me siento molesta porque noto que él en lugar de buscar una explicación o entablar una conversación, aunque fuera una aparente normalidad, no lo hace. Ese frío por el que me hace atravesar en este momento hace que me duela su lejanía, su distanciamiento, no sentir el calor emanando de su cuerpo, ni su olor alborotando mi ser debido a su proximidad.

Epílogo

¡ Si Quieres Guerra...!



—No te daré el gusto, Drummond. ¿Qué te has creído? —
mascullo enojada mientras camino hacia la cocina para tomar
un vaso con agua.

—¿Y tú con quién hablas? —la voz de Antoniette hace que
de un grito. No la esperaba.

—¿Qué...? —coloco mi mano en el corazón a la vez que
trato de estabilizar mi respiración aferrando con fuerza el vaso
de vidrio en mi mano—. ¿Se puede saber qué pretendías? Me
vas a matar de un susto. —le reprocho molesta.

—Annabelle, te envié un mensaje de WhatsApp
avisándote que vendría a esperarte —me informa con total
naturalidad abriendo la nevera y sirviéndose un poco de jugo
—. ¿Me dirás entonces con quién hablabas?

—Con nadie, chismosa —la acuso torciendo la mirada.
Paso del agua y me voy a mi habitación.

—No soy chismosa, es que quiero saber si debo ingresarte
a un psiquiátrico, las personas normales no hablan sola —dice
mofándose.

—Para psiquiátrico están otros. —murmuro con enojo
sacándome los zapatos.

—Si me hubieras dicho que irías a visitar a nuestros papás,
te habría acompañado, maluca —me acusa recostándose en mi
cama como la reina Cleopatra.

—Era un viaje que debía hacer sola. —respondo
impaciente.

—Pues, me alegra que lo hicieras, hermanita —dice
tomándome por sorpresa con un abrazo cálido que me hace
sonreír—. Soltar y dejar ir, es necesario, Annabelle es de
inteligentes y sabios saber cuándo debemos irnos o dejar ir.

—Viéndolo así, entonces no fui tan inteligente como ahora y yo que me jactaba de serlo. ¡Já! —suelto con burla.

—No importa qué tanto tardaste. Tal vez hizo falta la llegada a tu vida de ese guapo y ardiente empresario para que tu corazón volviera a latir —bromea con dramatismo paseándose por mi habitación con una pícara sonrisa.

—¡Argh! Ese empresario... —bufo yendo al baño para comenzar a desmaquillarme.

—¿Pasó algo? —pide saber con extrema curiosidad.

—Nada. Acabo de verlo y el muy... controlador, arrogante —emito tratando de calmarme y no explotar—, apenas si me saludo con un escueto *Annabelle*, con su voz formal y profunda como si fuera un socio más. Crápula, controlador emocional.

—¡Uy! Estás molesta y eso que no te he dicho con quién lo he visto —dice en tono bajo sin mirarme a través del espejo.

La miro con una ceja alzada, esperando que continúe, mas no lo hace.

—¿Por qué me miras así? —inquieta como si me hubiera vuelto un Cíclope.

—Dijiste que lo viste con alguien. ¿Dónde? Y, ¿con quién? —le pregunto sin tapujos.

—Fue ayer, no era alguien importante.

—Deja que yo pondere la importancia de tu información, Antoniette —argumento.

—Fui a almorzar con unos compañeros de trabajo y... —ella titubea. «¿De cuándo acá mi hermana titubeaba?».

—Ya suéltalo, Antoniette me estoy impacientando —digo enojada y con la respiración contenida. Ella me mira con cautela como si estuviera ante un *Nephilim* a punto de devorarse una presa humana.

—Era una chica como de su edad, pelirroja con ojos verdes, muy... —su labio tiembla como cuando trata de

disfrazar una verdad o decirla de forma sutil—. Bonita —
suelta quitándole importancia al adjetivo.

—¿Bonita? —sonrió con amargura. ¡Que lo aspen, no
quiero volver a verlo! Sé a quién se refiere mi hermana y él
sabe que me molesta esa mujer, que es motivo de mi último
desvelo cuando los imaginé haciendo la danza de las
posiciones del Kama Sutra en su cama.

«¡Argh! No puedo creer que me hiciera eso, que mientras
yo daba un paso importante para estar juntos, él se hubiera ido
a almorzar con Estela, la planeadora eficiente».

—Está bien —repongo tras una honda respiración y vuelvo
a lo que hacía antes de esa información.

Continuará...

Sobre la Autora



Emma es el seudónimo de Emisellys Sánchez, quien nace en Valle de la Pascua. Guárico – Venezuela, el 28 de enero de 1983. Es la mayor de 5 hermanos. En la actualidad está casada con un artista plástico y es madre de tres hermosos varones, que son su mundo y los príncipes de su corazón. Algo loca, mandona, amante de la música, el chocolate y las risas.

Desde muy pequeña, sintió inclinación por la lectura y la escritura, así como la música y el canto, por lo que participó en las corales de su escuela primaria y en la iglesia católica de su comunidad, siempre fue muy soñadora y creativa. A medida que fue creciendo, la pasión por las letras aumentó tanto como por el canto, siendo la primera la que desarrolló. A los 17 años, comenzó a cursar la carrera de Educación en la Universidad, obteniendo el título de Licenciada. Su tenacidad y las decisiones algo osadas, la llevaron por grandes y hermosas experiencias, desde siempre fue algo terca y cuando se planteaba alguna idea o tomaba una decisión, se enfocaba en ello sin desistir. Trabajó desde los dieciocho años en la radio iniciándose en el mundo de la locución. A los veinte, se casa y tiene su primer hijo, pero sus deseos de escribir nunca se vieron opacados. No es hasta sus 27 años, que decide darle vida a través de las letras a personajes que pululaban por su cabeza, creando su primera historia en el género paranormal y juvenil, que puedes encontrar en la plataforma Wattpad.

Sin embargo, es en el año 2014 cuando por azares del destino conoce la comunidad de wattpad y entonces, su sueño como escritora se hace más tangible, debutando con la primera historia en subir a esta plataforma *Bajo un cielo gris de invierno* que luego se convirtiera en *Bajo el yugo de mi rebeldía*, se adentró en el mundo mágico y utópico, terminando así, de dar vida a sus sueños y a esos personajes que pedían a gritos ser escritos. Su segunda obra se titula: *A diez millas de tu corazón*. Ambas disponibles en Amazon. Esta vez vuelve al ruedo con Annabelle y Christopher en *Con miedo a amar*. La primera parte de esta bilogía.

Contactos:

Facebook:

<https://www.facebook.com/emmarichardson.12177276>

Fanpage:

<https://www.facebook.com/emmarichardsonescrit/>

Twitter:

<https://twitter.com/Emisellysautora?lang=es>

Instagram:

<https://www.instagram.com/emmarichardsonautora/>

[1]. Mi corazón

[2]. Agujero negro

[3]. Mi querida